

PETER KALDHEIM

EL VIENTO IDIOTA

«Una mezcla ingeniosa y cálida entre
Jack Kerouac y George Orwell»

THE TIMES



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Agradecimientos

Peter Kaldheim

Sobre «El viento idiota»

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La historia real de un hombre que cometió todos los errores posibles, pero encontró la forma de superar la tragedia para construirse una nueva vida.

En 1987, una tormenta de nieve golpea Nueva York el mismo día que Peter Kaldheim trata de huir de la ciudad. Tras un último fin de semana de excesos, se podría decir que ha tocado fondo. Endeudado con un narcotraficante y con la carretera como única opción, Peter gasta los pocos dólares que le quedan en un billete de autobús que lo lleve lo más lejos posible. Pero ese trayecto será sólo el principio de un viaje mucho más largo, de coche en coche y de costa a costa, sin mirar atrás.

En ese camino hacia una nueva vida reflexiona sobre las razones que lo llevaron de una carrera prometedora en el mundo de la edición a la prisión más amarga de la Costa Este de Estados Unidos y describe un país a ras de asfalto, una época y un lugar que pocas veces han sido contados con tanta emotividad.

Las memorias de Peter Kaldheim son una oda a la empatía entre aquellos que vagan perdidos y una celebración de las segundas oportunidades. El debut literario de un talento oculto por más de tres décadas.

EL VIENTO IDIOTA

Peter Kaldheim

Traducción de Juan Trejo



Para Gerald Howard y Susanne Williams

Limítate a recordar que en la vida son muchas las cosas inútiles, y que solo unas pocas acaban bien.

TEOFRASTO,
Los caracteres

Capítulo 1

La noche en que escapé de la tierra de los gigantes parecía que la ventisca no iba a tardar en hacer del todo intransitables las carreteras. Soplaban un viento huracanado de noreste que batía la nieve hasta convertirla en espuma blanca, lo cual reducía la visibilidad casi a cero. A pesar de las pésimas condiciones atmosféricas, había algo que tenía muy claro: echar a correr era mi única posibilidad de seguir con vida.

Era el lunes posterior a la Super Bowl XXI —26 de enero de 1987— y las páginas de deportes de los periódicos de Nueva York lucían exaltados titulares que celebraban la victoria de los Giants, el equipo de la ciudad, sobre los Denver Broncos; unos titulares que, lo confieso, apenas soy capaz de recordar. Aunque uno de esos titulares, en las páginas del *Post*, sí se me quedó grabado; en cuanto lo leí supe que lo recordaría. Estaba montado en el IRT que desde la calle Chambers, en la parte alta de la ciudad, tenía que llevarme hasta la terminal de autobuses de Port Authority, en el centro, mientras rezaba en silencio con la esperanza de estar a tiempo de montar en algún autobús —el que fuese— que me sacase de la ciudad antes de que la tormenta de nieve obligase a la compañía Greyhound a suspender por completo el servicio. Cuando el metro se detuvo en la estación de la calle Catorce, uno de los pasajeros se bajó del vagón dejando en el asiento de al lado un ejemplar del *Post*. No tardé en hacerme con él y, de camino a Times Square, lo hojeé hasta llegar a la última página donde dicho titular, formado por tan solo tres palabras, me conmovió de tal manera que no pude evitar estremecerme.

¡TIERRA DE GIGANTES!

Supongo que para la mayoría de los neoyorquinos esas tres palabras no serían más que una hipérbole justificada, pero debido al estado de agitación en el que me encontraba, para mí supusieron algo totalmente diferente. Fueron un oportuno —y doloroso— recordatorio de lo pequeña que era ahora mi vida.

De lo pequeño que era *yo* en ese momento.

Es posible que me estuviese dejando llevar por la paranoia, pero para un hombre en mi situación resultaba difícil no tomar aquellas palabras como una reprimenda cósmica.

Pero ¿cuál era exactamente mi situación? Para empezar, diré que tenía treinta y siete años, que estaba en el paro y arruinado. De hecho, podía ser considerado un indigente. Mi vida se había convertido en algo de lo que no podía presumir. Me limitaba a intentar sobrevivir y no podía

culpar a nadie de mi situación más que a mí mismo y a mis cómplices: el alcohol, la cocaína, y una prolongada racha de lo que mi antiguo profesor de filosofía griega habría denominado *akrasia*: una fisura en la fuerza de voluntad que te lleva a actuar justo en contra de lo que dicta el sentido común. Si la filosofía griega no es lo tuyo, te diré que Bob Dylan también habló de ello. Lo denominó «el viento idiota» (*idiot wind*). Así es como yo lo denomino. Durante una docena de años estuvo soplando en mi vida sin descanso. En ese tiempo, el viento idiota se llevó por delante prácticamente todo lo que me importaba. Mi matrimonio. Mi carrera. El respeto de mis familiares y amigos. Incluso un techo bajo el cual dormir por las noches. Todas estas cosas desaparecieron de mi vida. El viento idiota se las llevó.

En ese momento, camino de Times Square, y por culpa del dinero que le debía a Bobby Bats, también iba a desaparecer de mi vida la ciudad que tanto amaba.

Bobby Battaglia no era un camello al que pudieses fastidiar y salir impune. No le llamaban Bobby Bats (Bobby *el Bate*) por casualidad. En una ocasión le había visto partirle la tibia por tres partes a un tipo porque le habló mal durante un partido de baloncesto en la cancha que hay en la calle Carmine. Por aquel entonces era un sociópata adolescente con un bate de béisbol Louisville que iba por ahí con una pandilla de italianos del West Village. Ahora Bobby Bats era un sociópata de veintinueve años tan musculoso que era incapaz de lanzar un tiro a canasta que, al rebotar contra el tablero, no saliese disparado hasta medio campo. Además, seguía teniendo un buen *swing* con el bate y yo no tenía ninguna intención de descubrir qué sería capaz de hacerle con él a quien le había tomado el pelo quedándose con mil dólares de su cocaína.

El sentido común debería haberme evitado hacer negocios con alguien como Bobby Bats. Sin embargo, el sentido común nunca llegó a desempeñar un papel significativo en mis razonamientos cuando el viento idiota soplabla a mi espalda. No solo eso: estaba convencido de haber trazado un plan «de puta madre». Supuse que el fin de semana de la Super Bowl, habida cuenta de que uno de los equipos finalistas era de Nueva York, era una oportunidad de oro para mí. Los bares de Tribeca —en los que había estado pasando coca desde que acepté que no era capaz de trabajar en algo mínimamente legal— iban a estar abarrotados de seguidores de los Giants durante todo el fin de semana, seguidores que sin duda estarían buscando algo que esnifar; para echarle una mano a su equipo en el camino hacia la victoria, por supuesto. Lo único que tenía que hacer era dejarme caer por allí con la mercancía y el dinero me llovería. Al menos eso era lo que dictaba la teoría en mi cabeza. Y como suele ocurrir con las teorías, no parecía un plan descabellado. Después de todo eran los años ochenta. Estábamos en la gran ciudad, las luces brillaban. Incluso los artistas del barrio, la mayoría de ellos muertos de hambre, se rascarían los bolsillos para conseguir medio gramo en cuanto vieses entrar en el bar a Pete the Hat (Pete *el Sombrero*).

Así pues, un tanto temeroso —aunque no lo suficiente—, me pasé por el West Village el viernes previo al gran partido dispuesto a atender al protocolo establecido por Bobby Bats. Llamé a su apartamento desde una cabina de teléfono que había en la esquina de Carmine con Bedford, junto a la entrada del bloque de apartamentos. Nadie entraba en el edificio de Bobby Bats

llamando directamente al interfono. Tenías que telefonar primero para que él pudiese echarte un vistazo desde la ventana de su dormitorio en la segunda planta. Si te hacía una seña para que subieses, picabas una vez al timbre; solo una vez. Te abría la puerta de la calle y te esperaba con el bate en la mano en el rellano de la segunda planta para asegurarse de que venías solo. (Más adelante se decidió por los bates de aluminio. Dijo que estaba cansado de que se le rompiesen los de madera.)

Una vez llegabas al apartamento, Bobby Bats le echaba un vistazo a su reloj. La regla dictaba que no ibas a poder salir de allí hasta pasada media hora. «No soy un puto 7-Eleven —decía—. Vienes, te quedas el tiempo suficiente como para que parezca una visita de cortesía o te olvidas del asunto. Así los vecinos no me tocan las narices.» Hacía todo lo posible para que su negocio pasase desapercibido, eso había que reconocérselo. Nunca lo veías pasando bolsitas transparentes en el lavabo de un bar, como solía hacer yo. Bobby Bats solo trabajaba con «peso» de verdad, de siete gramos en siete gramos, y solo con clientela selecta. De ese modo reducía al mínimo el tráfico de personas en su apartamento.

Como ya he dicho, conocía a Bobby Bats desde la adolescencia, aunque aun así él nunca me habría aceptado como comprador por el mero hecho de haber jugado juntos al baloncesto en la calle. Alguien, uno de sus conocidos, tenía que avalarte, así que no empezamos a hacer negocios hasta que uno de mis amigos, el dueño de un bar de la calle Hudson, le dio el visto bueno a Bobby una noche a altas horas de la madrugada. Al principio todo era al contado. Pero cuando empezó a sentirse más cómodo haciendo tratos conmigo, de vez en cuando le convenía para que me pasase siete gramos a crédito y me daba dos o tres días para que le llevase el dinero correspondiente. Lo cual nunca habría supuesto un problema si hubiese sido capaz de llevar mi negocio de manera adecuada. Bobby B. me pasaba la coca peruana más pura de la ciudad, una cocaína lo bastante potente como para cortarla con laxante infantil o vitamina B en polvo y aun así dejar plenamente satisfechos a los clientes. Podía comprar siete gramos por quinientos dólares, convertir los siete en catorce y, a cien pavos el gramo, doblar mi inversión sin problemas e incluso quedarme algo para metérmelo yo.

A veces lo acordábamos así y todo iba como la seda. En otras ocasiones, sin embargo, «jodía el paquete», como suele decirse, colocándome con mi suministro y a medida que se acercaba el momento de pagar a Bobby Bats tenía que ir por ahí pidiendo dinero prestado o aceptando «pedidos» de algunos de mis clientes lo bastante ingenuos como para confiarme su dinero por adelantado. En esos casos, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Si tenía que tensar la cuerda con algunas personas lo hacía, todo para que Bobby Bats recibiese su dinero a tiempo. Y lo cierto era que, más allá de algunas llamadas de última hora, nunca había fallado, siempre había cumplido con mi parte del trato. Fue eso, la confianza entre nosotros, lo que me llevó a pedirle que me doblase el crédito durante el fin de semana de la Super Bowl y me pasase catorce gramos en lugar de los siete habituales.

Sabía que no tenía que abordar el tema de manera directa. A su particular modo, Bobby B.

tenía más en cuenta que un jeque beduino las sutilezas asociadas a la hospitalidad. Y ese viernes no iba a ser una excepción. Me hizo atravesar el pasillo estrecho de su apartamento, apoyó el bate de aluminio contra el marco de la puerta, señaló con el mentón hacia su sofá tapizado con piel de cebra y me dijo que me pusiese cómodo. Entonces, con toda la pinta de un oso de Alaska metido en una caravana, embutió su considerable tamaño en la diminuta cocina para prepararme una taza de café y un plato de *cannoli* de la panadería Ferraro de Little Italy, a la que cada mañana enviaba a su novia, Gina, para que comprase bollos. (Gina tenía diecinueve años, estaba buenísima y su única ocupación era cumplir con los recados que Bobby le encargaba. No era un mal trabajo. Siempre llevaba botas de cuero y abrigos de piel de conejo. Y podía meterse toda la coca que le viniese en gana.)

Tras preparar el café, Bobby lo trajo al salón y lo dejó sobre el banco de pesas que hacía las veces de mesita. Nos tomamos el café y nos comimos los *cannoli* y pasamos el rato charlando sobre los diferentes equipos de la ciudad. Los Knicks seguían perdidos. Los Rangers tenían posibilidades. Phil Simms iba a tener que hacer un partido de puta madre para batir a los Broncos. Cuando acabamos con el refrigerio y se llevó los platos, Bobby Bats rebuscó en el cajón de la mesa que tenía junto a su sillón y sacó un gran frasco repleto con su reserva personal de coca sin adulterar. Volcó un poco sobre una bandeja de cerámica que tenía a mano y cortó dos gruesas rayas para los dos. Me pasó la bandeja. Las visitas primero, siempre.

Esnifé dos veces y de inmediato sentí una llamarada recorriéndome la parte posterior del cráneo. «¡Oh, Dios mío!», mascullé al tiempo que reposaba la cabeza en el sillón. Era una mierda de primera. Una mierda como un tren que descarrila. Solo dos rayas y ya estaba fuera de juego. Y debido a eso mis grandes planes para el fin de semana se precipitaron irremediabilmente hacia el desastre. Fui incapaz de verlo en ese momento. Mis ojos apenas veían otra cosa que signos de dólar flotando en el aire.

Me vine arriba con aquel subidón de alcaloides, así que le hice mi propuesta a Bobby Bats y esperé a ver su reacción. Dio la impresión de dudar durante unos segundos, entrecerró los ojos y me dedicó una mirada calculadora, pero acto seguido se encogió de hombros y, tal como había sospechado, dijo: «De acuerdo, hagámoslo. Dame un minuto».

De hecho, fueron más bien cinco minutos los que tardó en salir de su dormitorio, que tenía una ventana que daba a la calle. Di por supuesto que tendría allí algún tipo de caja fuerte, pero solo se trataba de una suposición. Nunca llegué a entrar en esa habitación. Siempre que tenía visita, Bobby cerraba esa puerta. Era otra de las muchas reglas que imperaban en su casa, y era muy escrupuloso a la hora de cumplirlas.

Cuando finalmente Bobby Bats regresó al salón, llevaba consigo una báscula Ohaus profesional de escala triple y un táper lleno de piedras de coca embolsadas. «Toma lo que necesites —me dijo pasándome el recipiente—. Todas las bolsas tienen catorce gramos.» Así trabajaba siempre. Pesaba las dosis antes de embolsarlas, pero te permitía que escogieses la bolsa que más te entraba por los ojos. Después colocaba la báscula a cero y pesaba la bolsa frente a ti, para que no hubiese

duda de que el peso era el correcto. Era un signo de respeto; algo propio de italianos, como solían hacerlo en las carnicerías del barrio.

Escogí una bolsita y después del trámite del pesaje utilicé su pequeño molinillo. Pasé los siguientes quince minutos convirtiendo las piedras de mi bolsa en un polvo fino, listo para poder cortarlo a mi gusto. Cortaría la coca más tarde, cuando estuviese de vuelta en Tribeca. Bobby Bats no te permitía que cortases el perico en su casa. Entendía que formaba parte de la cadena de producción, pero le dolía ser testigo de cómo aquella cocaína perfecta era contaminada; no quería tener que pasar por ello. Podía entenderlo. Pero mira, no todo el mundo puede permitirse ser un purista.

Iban a dar las cinco de la tarde cuando acabé de moler la cocaína y tan pronto la embolsé, la metí en mi mochila junto al resto de los artilugios propios de mi oficio. Me levanté para ponerme el abrigo y me dirigí a la puerta. Le di las gracias a Bobby Bats por su «delicadeza» y le prometí que estaría de vuelta el lunes para pasar cuentas.

—No puedes cagarla con esto, Hat. Lo sabes, ¿verdad? —me advirtió Bobby Bats mientras descorría los cerrojos y abría la puerta para dejarme salir. Sabias palabras las tuyas. Por desgracia, no fui capaz de interiorizarlas y las siguientes setenta y dos horas se encargaron de poner en evidencia mi ineptitud.

—No te preocupes, Bobby —le aseguré como quien no quiere la cosa. Crucé la puerta y desaparecí.

Ya había oscurecido cuando salí a la calle. Era una fría noche de invierno y el aire se había llevado el olor a tubo de escape típico de la hora punta. Estaba tan colocado que no fui capaz de entrar en el metro. En lugar de eso, decidí ir al centro a pie con la intención de que el aire fresco me despejara antes de llegar al Racoon Lodge. Me subí la solapa del abrigo y descendí por la Séptima Avenida a buen ritmo. Al llegar a la calle Canal tuve que abrirme paso entre los coches atascados que se dirigían a Jersey, avanzando lentamente hacia la entrada del túnel Holland. En cuanto superé ese obstáculo, el resto del camino fue una sencilla caminata de diez minutos por la calle Hudson, así que llegué al Racoon Lodge justo al final de la *Happy Hour*.

El Racoon Lodge era, *de facto*, mi base de operaciones. Era un bar alargado y estrecho incrustado en un viejo edificio de seis plantas de ladrillo amarillo en el número 59 de la calle Warren, a unos pocos metros de Broadway Oeste, a la sombra de las desventuradas Torres Gemelas. En aquellos días abundaban los bares de moda pretenciosos debido al resurgimiento del barrio de Tribeca, aunque todavía quedaban un puñado de abrevaderos de la antigua escuela sin ninguna clase de pretensión. El Racoon Lodge era un raro híbrido de ambos estilos. Estaba de moda y, al mismo tiempo, no pretendía aparentar nada; un truco que no he vuelto a ver materializado en ningún otro bar en el que haya alzado mi copa.

El Racoon disponía de uno de los últimos billares en la parte baja de Manhattan que funcionaban con monedas, disponía también de una *jukebox* que era toda una joya, pues conservaba una rara y ecléctica mezcla de tesoros musicales que iban desde el *rockabilly* al

reggae primigenio, desde viejos éxitos Motown al *blues* del delta del Mississippi. La *jukebox* era ya razón más que suficiente para acudir allí. Pero para mí lo más interesante era la mezcla de clientes que pasaban, un batiburrillo de personajes tan ecléctico como la misma lista de reproducción de la *jukebox*.

¿En qué otro lugar aparte del Racoon podías codearte con comerciantes y trabajadores del acero, secretarias y escultores, camioneros y pintores abstractos, profesores y actores incipientes? ¿O toparte con Keith Richards? ¿O cruzar una miradita con Debra Winger? ¿O saludar a Jay McInerney? Nunca sabías quién traspasaría la puerta o qué dirían cuando empezasen a comerte la oreja, pero difícilmente sería una conversación aburrida. Para una cotorra cocainómana como era yo, no habría podido existir un lugar más adecuado para mis negocios.

Cuando entré en el bar aquella noche el barullo era impresionante, como ocurría siempre los viernes. Treinta o cuarenta bebedores, la mayoría de ellos parroquianos reconocibles; la mayoría de ellos sacudiendo copas vacías en dirección al barman y exigiendo que volviese a llenárselas antes de que acabase la *Happy Hour*. Me abrí paso entre la multitud y me acodé en mi rincón habitual en un extremo de la barra, cerca de la mesa de billar. Todavía estaba congelado debido al paseo por la ciudad, así que pedí un Akvavit doble para entrar en calor y una botella de cerveza Rolling Rock para acompañar. El primer trago bajó tan bien que pedí otro chupito al instante. Me acerqué entonces a la mesa de billar y añadí una moneda de veinticinco centavos a la hilera que ya esperaba sobre el pasamanos. Delante de la mía había otras seis. Estuve esperando un rato hasta que me tocó. No me importaba. Necesitaba algo de tiempo para mis negocios.

No tuve que esperar gran cosa. Uno de mis clientes habituales estaba ya allí, con el taco en la mano, junto a la mesa, observando cómo su oponente jugaba y, cuando pasé a su lado, me dedicó una de esas típicas miradas expectantes justo antes de preguntar, en voz baja:

—¿Llevas algo?

Le dediqué una sonrisita y asentí.

—Dame unos minutos, Dave —le dije—. Ahora vuelvo.

Eso era buena señal. Ni siquiera había tenido tiempo de sacarme el abrigo o abrir la mochila y ya tenía mi primer pedido. Ahora lo único que tenía que hacer era bajar las escaleras hasta el almacén del sótano, cortar la coca y meterla en las bolsitas pequeñas. Entonces pondría en marcha oficialmente el negocio.

La puerta del sótano del Racoon donde guardaban la cerveza lucía un cartelito donde podía leerse: «SOLO EMPLEADOS». No le presté atención. No estaba en nómina del Racoon, pero de vez en cuando echaba una mano de manera no remunerada en las noches más ajetreadas, acarreando cajas de cerveza cuando los camareros tenían que reponer. Mis esfuerzos eran recompensados con consumiciones gratuitas y —lo que era más importante— acceso libre al almacén siempre que requería de un poco de privacidad para embolsar la coca. Como regresaba con una caja de cerveza en las manos nadie sospechaba. Era parte del decorado, como las

inadvertidas fotos de Jackie Gleason que colgaban de las paredes cubiertas con paneles de madera del bar.

El almacén para la cerveza ocupaba lo que antaño había sido la bodega para el carbón y se extendía bajo la acera frente a la fachada del bar. En la acera, precisamente, había una plancha de metal que cubría el hueco por el que en otros tiempos se descargaba el carbón. Ahora la trampilla se utilizaba para las entregas de los barriles de cerveza. Los conductores de los camiones de cerveza abrían la trampilla y dejaban caer los barriles sobre una pila de viejos neumáticos colocados en el suelo junto a la entrada. Era un sistema muy práctico.

Las moscas de la fruta infestaban el almacén del sótano la mayor parte del año, pero por suerte desaparecían en cuanto llegaba el frío, así que no tenía que preocuparme por posibles manchitas negras en la coca que estaba a punto de cortar aquella noche. Pero cuando dejé las cosas que llevaba en la mochila en lo alto de una pila de cajas de cerveza y dispuse mi material, me di cuenta de que iba a tener que afrontar un problema mucho mayor que las moscas de la fruta. La botella con los polvos para cortar la droga estaba casi vacía.

No me lo podía creer. ¡Menuda mierda! Mi única posibilidad de subsanar el error consistía en volver a salir a la calle y acercarme hasta la tienda de la esquina de Broadway Oeste; allí, al paquistaní con turbante que llevaba el establecimiento le iba de maravilla vendiendo a hurtadillas algo de droga al creciente número de adictos del barrio. Sabía que disponía de potes de vitamina B en polvo, y se los había comprado alguna vez. Recé para que la tienda todavía estuviese abierta, porque de no ser así estaría bien jodido.

Corrí escaleras arriba y Dave se interpuso en mi camino, impaciente por recibir el gramo que me había encargado.

—He tenido un pequeño problema —le dije—. Tengo que salir un momento para conseguir bolsitas. Un poco de paciencia, vuelvo enseguida.

Era mentira, obviamente, pero «cortar» es una de esas palabras que jamás compartes con un cliente.

Me dio un vuelco el corazón cuando volví la esquina de Broadway Oeste y vi que el cierre metálico de la tienda ya estaba bajado. Habían cerrado a las seis. Cuestión de minutos. ¿Qué mierdas podía hacer? Sabía de otra tienda en el Village, pero no tenía garantía alguna de que estuviese abierta para cuando llegase allí. Por otra parte, llevaba un buen pedal gracias al Akvavit y a los persistentes efectos de la muestra gratuita de Bobby Bats. ¿Por qué arruinar el subidón con un inútil desplazamiento al centro? Lo mejor sería quedarme y hacer de tripas corazón. Podría venderle algunos gramos sin cortar a Dave y a algún otro suertudo que pudiese aprovecharse de mi estupidez. Con algo de dinero en el bolsillo podría cerrar el negocio por esa noche y guardarme el resto del cargamento hasta comprar material para cortar la coca cuando abriesen las tiendas. Me iba a resultar algo más complicado de lo previsto conseguir el dinero de Bobby Bats, eso era innegable. Pero con un poco de suerte, podía recuperarme en los días siguientes. Eso me dije.

De vuelta en el Racoon, bajé a la bodega y me dediqué a rellenar las bolsitas de plástico y a pesarlas en la mini báscula que llevaba en la mochila. Cuando acabé, tenía seis bolsitas de medio gramo dispuestas para la venta. Me reservé para uso propio otro medio gramo; lo llevaba guardado en uno de aquellos pequeños frascos de vidrio que todos los cocainómanos llevaban encima por aquel entonces, con una diminuta cucharilla de latón enganchada al tapón de rosca mediante una cadenita. Guardé en la mochila los más de diez gramos que restaban sin dejar de maldecirme. Me mortificaba pensar en el dinero que podría haber conseguido esa noche.

Antes de subir las escaleras me metí un par de tiritos del frasco, lo que sin duda mejoró mi estado anímico. Guardé mi mochila en un rincón en sombras del almacén para mantenerla oculta y agarré una caja de botellas de Bud para subirlas al bar.

—Gracias, Pete, me has leído la mente —me dijo Ace cuando dejé la caja en un extremo de la barra—. ¿Qué vas a tomar?

Le pedí otro Akvavit y otra Rolling Rock y mientras esperaba a que Ace me trajese las bebidas, miré a Dave y le hice un gesto para que fuese a los servicios. Pilló el mensaje y asintió. Dos minutos después estábamos en el lavabo y habíamos echado el pestillo de la puerta.

—Te va a encantar esta mierda, Dave —le dije con un doloroso asomo de confianza al tiempo que le pasaba dos bolsitas de medio gramo.

—Ahora lo sabremos, ¿no? —respondió sonriendo por debajo de su poblada barba negra—. ¿Te haces un tiritito conmigo?

—No voy a decirte que no —dije yo también con una sonrisa. ¿Cuándo le había dicho yo que no a nadie?

—Lo primero es lo primero —dijo, y sacó cinco billetes de veinte del bolsillo y me los tendió. Estaban enrollados. Debía haberlos estado apretando con su mano sudorosa durante todo el rato que había estado esperándome.

Desenrollé los billetes y los metí en mi cartera mientras Dave abría una de las bolsitas y sacaba un tubito del bolsillo interior de su arrugado traje de Wall Street. Esnifó dos veces con fuerza y pude ver cómo sus ojos se iluminaban cuando me pasó el tubito.

—Me cago en la puta, Hat, ¡no me jodas! Esta mierda es lo más.

—Ya te digo. —Sonreí y me serví un par de tiros.

Tras guardar el tubito y la bolsa de coca en el interior de su americana, Dave le echó un vistazo a su nariz en el espejo del lavabo y se limpió hasta el más mínimo rastro de polvo blanco. Yo hice lo mismo. Cualquiera que nos viese salir juntos del lavabo imaginaría lo que había pasado allí dentro, pero no era cuestión de ser descuidados.

—¿Estamos bien? —me preguntó Dave.

—Estamos bien —respondí.

—Vale, entonces vamos —dijo descorriendo el pestillo—. Hay unas copas que nos están esperando.

Esperé el habitual minuto de cortesía después de que Dave saliese y me uní a él de nuevo en la

barra, donde vi cómo metía discretamente una de las bolsitas de coca en el bolso de su esposa, Andi. Ahora le tocaba a ella empolvarse la nariz. Fue a cumplir con su cometido al baño de señoras mientras Dave pedía una ronda de cervezas.

—Por los Giants —propuso Dave chocando su botella de Bud Light con mi Rolling Rock.

—Por los Giants —repetí.

La fiesta estaba en marcha.

A las siete y media ya había vendido las cuatro bolsitas de medio gramo que llevaba encima. Tenía algo de dinero en el bolsillo pero, lamentablemente, nada de material para los que llegasen después. Lo único que podía hacer para suavizar las malas noticias era ofrecerle a los desafortunados una pequeña muestra de mi reserva personal, pasándoles con discreción mi frasco para que pudiesen ir de visita al lavabo. Supuse que, a la larga, mi generosidad se vería recompensada. Sus amplias sonrisas cuando salían del retrete me convencieron de que al día siguiente volverían a por más.

A medida que la noche avanzaba, el elevado número de invitaciones debería de haberme alarmado. Y así habría sido de haber estado en condiciones de alarmarme. Pero hacía un buen rato que me había metamorfoseado en Don Magnánimo, ajeno a cualquier detalle que no estuviese directamente relacionado con la primera ley del cocainómano: ¡que siga la fiesta! Cada vez que el frasco regresaba vacío yo bajaba a la bodega y volvía a llenarlo.

Todos compartimos aquel estupendo momento.

El resto de la noche pasó en un suspiro y lo siguiente que recuerdo es que los camareros anunciaron que era hora de cerrar. Dave y Andi respondieron al anuncio con amables abucheos. Eran las cuatro de la madrugada y llevaban diez horas en el Racoon Lodge, aunque todavía tenían cuerda para rato. Y yo también. Así que cuando Dave propuso que fuésemos a una fiesta que había en algún otro rincón de la ciudad no tuvieron que llevarme a rastras.

—¿Calle Houston? —sugirió Dave al tiempo que dejaba un billete de veinte sobre la barra a modo de propina.

—A mí me vale —respondí añadiendo otros veinte—. Voy por mis cosas a la bodega.

—Te esperamos fuera —dijo Dave.

No tuvimos que esperar mucho para dar con un taxi. Siempre había montones de taxis recorriendo las calles de Tribeca a la hora que cerraban los bares. Dave detuvo un Checker de color amarillo y nos montamos en él.

—Al cruce de Houston con la calle Mercer —le dijo Dave al taxista.

—¿Vas al *after*? —preguntó el taxista. Todos los taxistas del turno de noche conocían el lugar.

—Sí, señor —respondió Dave.

El *after* de la calle Houston era un club regentado por la mafia en el extremo norte del SoHo, ubicado en un antiguo taller mecánico: un cubo de hormigón de una sola planta, sin ventanas, totalmente anodino. En el exterior no había ningún signo visible que anunciase su presencia, tan solo una pequeña placa metálica en la puerta de acero que daba a la calle Mercer. Solo para

socios. Eso decía la placa. Al igual que ocurría con Bobby Bats, aquel club hacía todo lo posible para pasar desapercibido. Podrías haber pasado por delante un centenar de veces y no tener ni la más remota idea de lo que se cocía allí dentro. A no ser, claro está, que fueras a las cuatro de la madrugada. Porque entonces podías toparte con una larga cola de especímenes nocturnos en la acera, esperando su turno para situarse bajo el foco que había sobre la puerta de entrada y enseñar sus carnés o sus tarjetas de socio al tipo duro con chaqueta de cuero que controlaba el acceso.

Aquel gorila impedía la entrada de cualquiera que se presentase sin un documento que lo acreditase como socio. Si no tenías tarjeta pero acompañabas a alguien que sí la tenía, dicha persona te avalaba y te dejaban subir con ella las escaleras que llevaban al altillo. Allí te encontrabas con la pragmática lesbiana que regentaba el local. Si ella se dignaba a aceptarte como socio y te entregaba una tarjeta, la persona que había posibilitado tu entrada y tú quedaríais vinculados y, en caso de que causases problemas, no serías el único al que le pedirían cuentas.

Por supuesto, aquello era ilegal, así que tenía todo el sentido del mundo ser cuidadoso con quien dejabas cruzar la puerta. Pero por difícil que fuese entrar en aquel club, desde mi punto de vista lo más difícil era salir de allí una vez que habías entrado. En aquel espacio oscuro que palpitaba al ritmo de un bajo demoledor, el continuo espacio-tiempo dejaba de existir. Entrabas allí a las cuatro de la madrugada para tomar un par de copas, nada más, e invariablemente quedabas atrapado en las arenas movedizas del club hasta que se encendían las luces a las diez de la mañana, los gorilas te sacaban a empujones por la puerta y te encontrabas de nuevo bajo la implacable luz del día.

Uno podría haberse hecho rico vendiendo gafas de sol en aquella esquina cuando el reloj daba las diez de la mañana.

Dave, Andi y yo teníamos tarjetas de socio del club y cuando la lenta cola finalmente nos depositó frente a la puerta, pudimos pasar sin problemas. «Cuidado con los escalones», nos advirtió el portero. Era su advertencia habitual. Aquellos dos escalones eran famosos por haber provocado más de un tropiezo. La dirección quería que el local estuviese siempre a oscuras, como el fumadero de opio de *McCabe & Mrs. Miller*, la película de Robert Altman. Y los noctámbulos que frecuentaban el club también lo querían así.

Las sombras ofrecían protección. Protección para pasar por alto indiscreciones —tanto sexuales como farmacológicas— que jamás habrías cometido en ningún otro club. Emboscados en aquellos reservados que se extendían por las paredes del local, en los que apenas se veía nada, podías hacerte tantas rayas como te diese la gana sobre las mesas de pino barnizadas. O, si lo preferías, podías dejar que una de las muchas putas que andaban por entre los taburetes, como las moscas de la fruta del almacén de cerveza, te hiciese una paja a cambio de algo de perico. Mientras no montases un escándalo, los gorilas te permitían ir a tu aire.

Había que pagar un precio por toda esa permisividad, obviamente, y lo recordabas cada vez que te acercabas a la barra. Aunque te limitases a pedir cerveza Pabst o simples chupitos, fácilmente podías dejarte cien pavos en cuestión de horas. Bien que lo sabía yo. Había pasado por

ello muchas veces en los últimos años. Pero allí estaba yo, dispuesto a hacerlo una vez más, con una billetera llena que tendría que haber conservado para pagarle a Bobby Bats.

No te preocupes, me susurraba el viento idiota. Ya lo solucionarás mañana.

El club se estaba llenando con rapidez cuando llegamos, pero todavía quedaban varios reservados libres, así que nos acodamos en uno de ellos en cuanto pudimos. Dejé mis cosas en uno de los asientos y les dije a Dave y a Andi que no le quitasen el ojo de encima mientras hacía la primera visita a la barra. Cuando mis ojos se acostumbraron a la falta de luz me fijé en varios rostros conocidos en la pista de baile al fondo del club, donde sonaba a todo volumen *Caribbean Queen* de Billy Ocean. Los barmans y las camareras solían salir de fiesta cuando acababan sus turnos de trabajo. Nunca sabía con quién iba a encontrarme en la calle Houston, pero hacía tantos años que rondaba por el West Village, por el SoHo y por Tribeca que tenía muy claro que, fuese quien fuese, seguramente se tratase de alguien con quien habría compartido copas o unas rayas de cocaína en alguna de mis salidas. Estaba convencido, mientras me encaminaba a la barra, de que esa noche me cruzaría con unos cuantos candidatos a saludarme.

Me alegró ver que tras la barra estaba mi camarera favorita. Gwen era una rubia de rubensiana figura, su fácil sonrisa y su magnífica disposición siempre lograba que el club pareciese un lugar menos sepulcral. Al igual que yo, era de origen noruego, una «cabeza cuadrada», nacida en Bay Ridge, Brooklyn, y habíamos intercambiado chistes malos noruegos desde que empecé a aparecer por la calle Houston, a mediados de los años setenta. Esa noche, sin embargo, el ceño fruncido con el que me recibió al acercarme a la barra me dio a entender que no estaba de humor para chistes.

—Vaya, vaya, mira quién ha decidido dejarse ver finalmente por aquí —dijo con evidente irritación.

Durante unos segundos me quedé paralizado, intentando imaginar a qué podía deberse que me hablase así. Lo recordé de golpe.

«Oh, mierda. ¡Todavía le debo doscientos pavos!»

La última vez que había visto a Gwen andaba buscando dinero para cubrir una deuda con Bobby Bats. Le pedí efectivo con la promesa de que se lo devolvería en una semana. Había pasado más de un mes.

Tenía motivos para estar cabreada.

—Lo sé, lo sé, soy un idiota integral —le dije con auténtica pesadumbre—. Lo siento, Gwen, ¿qué puedo decir?

—¿Y qué tal si me dices: «Gracias por el préstamo, Gwen, aquí tienes tu dinero»?

—Claro que sí —le dije sonriendo como un cordero degollado mientras sacaba la billetera—. Gracias por el préstamo, Gwen. Aquí tienes tu dinero.

—Así está mejor —dijo Gwen sonriendo finalmente—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Contento de que no me guardase rencor, le pedí tres cervezas y tres chupitos de Peppermint y cuando pagué, dejándome llevar por el sentimiento de culpa, le di una propina de veinte dólares

más antes de volver al reservado.

—Gracias, Hat —dijo Dave cuando coloqué la bandeja de corcho sobre la mesa—. La siguiente ronda la pago yo.

«Mejor que sea así», me dije. Un único viaje a la barra y mi billetera ya estaba vacía. Iba a tener que hacer alguna clase de movimiento en el club antes de que acabase la noche. No iba a poder evitarlo. Pero antes, una copa.

—¡Por los Giants! —brindamos, y no tardé en dar cuenta de mi chupito.

El «trapicheo *freelance*» era una de las escasas actividades no toleradas en el club de la calle Houston. Los italianos tenían a su propia gente moviendo las drogas allí, y a cualquiera que pillasen cazando en su territorio le darían una buena patada en el culo (o algo peor). Sabía que corría un riesgo si intentaba vender algo allí, pero estaba con el agua al cuello en ese momento y dispuesto a jugar mis cartas. Así que cuando Andi arrastró a Dave a la pista de baile, me arrellané en el reservado, con un ojo puesto en los gorilas itinerantes y, con la mochila sobre el asiento, logré llenar tres bolsitas con lo que yo esperaba que no fuese más que un gramo en cada una de ellas. Si me hubiese puesto a trastear con la báscula me habrían pillado en un suspiro. Lo único que podía hacer, habida cuenta de las circunstancias, era calcular a ojo y rezar para no ser demasiado generoso.

Cuando Dave y Andi regresaron al reservado, me excusé y me dispuse a hacer la ronda. En cuestión de media hora, milagrosamente, logré colocar los tres gramos a algunas de las personas a las que les había echado el ojo camino del bar; y los gorilas ni se lo olieron. De repente, la presión desapareció. De nuevo disponía de dinero para gastar. Y antes de ponerle fin a la noche gasté hasta el último centavo.

Como era previsible, la fiesta prosiguió hasta que encendieron las luces del local a las diez de la mañana y nos echaron a las calles del SoHo como si fuésemos cucarachas asustadas. A esas alturas, los tres estábamos hambrientos, así que montamos en un taxi de vuelta a Tribeca que nos dejó en la puerta de un restaurante griego en la calle Hudson, donde no tardamos en engullir tres copiosos desayunos. Seis mil grasientas calorías después, nuestros destinos se separaron por fin. Dave y Andi volvieron a parar un taxi y se fueron a su apartamento con vistas al puerto en uno de los altos edificios que flanqueaban el World Financial Center. Yo eché a andar por la calle Hudson con la intención de pasarme por la tienda del paquistaní. Eran más de las once de la mañana, así que ya habría abierto el negocio y estaría encantado de venderme un bote exageradamente caro de vitamina B en polvo.

Una vez fuera de la tienda, metí el bote para cortar la cocaína en mi mochila y me dirigí hacia la calle Chambers, al hotel Bond, una pensión de mala muerte en la que los pasillos apestaban a insecticida y a higiene descuidada y los grifos de los lavabos, cuando los abrías, soltaban durante unos minutos un agua rojiza. Al igual que los indigentes que lo frecuentaban, el hotel Bond había visto tiempos mejores. Porque no siempre había sido una pensión de mala muerte. A mediados del siglo XIX, cuando se construyó el hotel, se llamaba Cosmopolitan y atendía a una refinada

clientela. A finales de la década de 1930, el edificio sufrió un incendio provocado. El inmueble al completo fue reformado y lo renombraron: hotel Bond, pero nunca llegó a recuperar su antigua gloria. A mediados de los ochenta era un lugar tan deprimente como un antro cualquiera del Bowery.

El Bond, sin embargo, todavía ofrecía tres cosas que me resultaban atractivas. La primera, estaba cerca del Racoon Lodge. La segunda, sus tarifas eran las más baratas que podías encontrar en todo Manhattan. Y la tercera, aunque no por ello la menos importante, sus habitaciones tenían puertas sólidas y cerraduras resistentes, que es algo a tener en cuenta cuando quieres procesar drogas ilegales. Todo ello lo convertía en mi pensión de mala muerte de confianza; cuando podía costearme una habitación.

Difícilmente habría dicho de mí mismo que era uno de los clientes habituales del hotel, aunque había estado allí lo bastante como para que el encargado reconociese mi cara, lo que me ayudó a convencerle de que me permitiese quedarme en una habitación varias horas por veinte dólares antes del *check in* habitual. Le di las gracias.

Llevaba despierto más de veinticuatro horas. Cuanto antes pudiese meterme en la cama, mejor.

Es posible que pienses que después de haber estado esnifando coca durante dieciséis horas seguidas me resultaría difícil dormirme. En absoluto. A pesar de todos los compuestos químicos que recorrían mi flujo sanguíneo, en cuanto me quedé en calzoncillos y me dejé caer en aquella cama maltrecha, me quedé KO. Y así permanecí durante las siguientes cinco horas, hasta que mi vejiga me despertó y me vi obligado a salir de la cama.

Me puse los pantalones gruñendo y me apresuré a salir al rellano para ir al lavabo. En hoteles como el Bond las habitaciones no disponen más que de un lavamanos y un espejo borroso. El lavabo siempre está «al final del pasillo». Lo que en ocasiones provoca cierto tráfico apresurado en los pasillos, como cabe imaginar. (Y probablemente más meadas en los lavamanos de las habitaciones de las que los gerentes del hotel estarían dispuestos a admitir.)

De vuelta en mi habitación, la vista a través de mi mugrienta ventana me permitió comprobar que el sol se estaba ocultando al otro lado del Hudson y que el anochecer iba abriéndose paso entre las calles de Tribeca. Supuse que debían de ser las cinco y media. La *Happy Hour* ya había empezado. Era el momento de ponerse manos a la obra y preparar el producto para la noche.

Encendí la luz para ver bien y me armé de valor antes de abrir la mochila para comprobar cuánta de la coca de Bobby Bats había sobrevivido a mis aventuras nocturnas. Una cosa tenía clara: iba a ser menos de la que esperaba. Aun así, a pesar de mis bajas expectativas, me quedé de piedra cuando pesé la coca y vi que apenas quedaban cinco gramos de los catorce que me había pasado Bobby Bats hacía tan solo veinticuatro horas.

¿Y qué beneficio económico conservaba de todos mis trapicheos? Doce miserables dólares. Eso era lo único que quedaba en mi billetera después de haber pagado veinte por la habitación. Incluso para mis bajos estándares estaba bien jodido. «¿Y ahora qué hago?», me repetí una y otra vez. Me senté en el borde de la cama e intenté hacerme una idea de las dimensiones del desastre.

Disponía de coca suficiente para cubrir mi deuda con Bobby Bats, si sabía sacarles partido a los cinco gramos y los cortaba y no perdía nada y los convertía en diez gramos y los vendía sin echar mano de mi propia reserva. Una situación bastante inverosímil, sin duda, aunque todavía dentro de los límites de lo posible.

«Claro que sí, vamos allá, lo conseguirás», me dijo el optimista que habitaba en mi interior.

Pero el realista que también habitaba en mí no las tenía todas consigo. «¿A quién quieres engañar? No va a ir así la cosa.»

El realista demostró tener razón al sacar la cucharilla para la coca y servirse dos generosos tiros de mi menguante reserva particular.

Cuando el subidón empezó a aclararme la resaca y mi mente empezó a centrarse, de repente, con una claridad cercana a la clarividencia, entendí que mi vida estaba a punto de dar un giro radical para adentrarse en un territorio desconocido. Cuando llegase el lunes tendría que irme de Nueva York. Así de sencillo. Una perspectiva aterradora, aunque a decir verdad la acepté con alivio más que con resignación.

¿Cuántos años hacía que deseaba escapar del basurero en que se había convertido mi vida en Nueva York?

No habría sido capaz de contarlos.

¿Y cuántas veces había fracasado a la hora de reunir la fuerza de voluntad necesaria para llevar a cabo los cambios que me habrían liberado?

Lo mismo.

Ahora que el viento idiota soplaba a mi espalda finalmente iba a ser capaz de encontrar la puerta de salida. Una salida lamentable, a decir verdad, pero me vi obligado a darla por buena. La clave radicaba en conseguir dinero suficiente durante los dos días siguientes para poder financiar mi huida. Confiaba en ser capaz de lograrlo... si no repetía la actuación de las últimas noches. Así pues, sumido en la maravillosa ignorancia de cómo iban a transcurrir los acontecimientos durante las dos próximas noches, saqué todo mi instrumental y me mantuve ocupado cortando y embolsando lo que quedaba de la mercancía; lo cual no resultó sencillo porque siempre me tiemblan las manos cuando me excedo en mis salidas nocturnas. Imagínate a un tipo con párkinson intentando hacer origami y te harás una idea aproximada de mis pintas sentado en la cama cerrando y doblando aquellas bolsitas de plástico. Diez bolsitas fui capaz de completar antes de que me pudiese la frustración y lo dejase correr. Pero diez eran suficientes para empezar.

En ese momento, todavía disponía de cinco gramos en mi bolsa con los que trabajar cuando vendiese las diez primeras dosis; una reserva particular que de inmediato empecé a hacer menguar haciéndome dos rayas a modo de celebración por el trabajo bien hecho.

Para cuando acabé había pillado ya un buen pelotazo. Guardé mis cosas y después de asearme en el pequeño lavamanos, al estilo de las putas, me vestí, comprobé en el espejo borroso que mi sombrero fedora Bogart quedaba en el ángulo adecuado y, satisfecho y dispuesto a encarar la noche, salí de allí en busca de clientes.

Estaban dando las siete cuando llegué al Racoon; todavía no había mucha gente. Gary y Ace, los propietarios principales del Racoon, estaban al otro lado de la barra esa noche, algo que solían hacer los fines de semana. Los saludé y pedí un ron con Coca-Cola. Me acerqué a la *jukebox*, introduje una moneda, y seleccioné una rareza de Leon Russell de 1972 titulada *I'm Slipping into Christmas, I'm Sliding into New Year's Eve*. Era un disco que Ace solía meter en la máquina cuando las vacaciones estaban por acabar. Es el lamento profundamente triste de un fracasado y a mí siempre me había parecido la banda sonora perfecta para abrirse las venas debajo del muérdago durante las Navidades. La primera vez que la escuché me encantó: por aquel entonces no me costaba identificarme con los lloriqueos de los fracasados. No sabía cuándo iba a poder volver a oírla, así que aproveché la oportunidad para hacerla sonar una última vez.

Teniendo en cuenta cómo transcurrió la noche, la deprimente melodía de Leon Russell se convirtió en una elección clarividente. Para cuando salí del *after* de la calle Houston a la mañana siguiente —por segunda vez consecutiva— era el mayor fracasado del mundo y tenía un montón de razones por las que lloriquear. Había vuelto a pasarme la noche invitando a tiros gratis como si se tratase de alguna clase de inversión; aunque en esta ocasión desplegué mi generosidad por un territorio más amplio pues estuve rondando por todos los bares del circuito de Tribeca. Puffy's. Whitey's Tavern. The North River Bar. The Ear Inn. En todos ellos hice muchos amigos, pero gané más bien poco.

Eso no quiere decir que no vendiese algo durante ese viaje. Seis de los diez paquetes que había preparado en el Bond se convirtieron en dinero contante y sonante. Pero cuando salí del *after*, los trescientos dólares que había conseguido se habían reducido a la mitad sin saber cómo; lo cual me habría deprimido mucho si no hubiese alcanzado a esas alturas un estado en el que todo me importaba una mierda. Estaba absolutamente agotado de aquella rutina y dispuesto a dejarlo todo atrás. Ya no me importaba irme de la ciudad sin un centavo en los bolsillos.

Aun así, mis perspectivas no eran del todo desoladoras. Podía mover unos pocos gramos más durante el gran partido del domingo por la noche. O como mínimo eso fue lo que me dije mientras daba con la postura en la cama del hotel Bond. Dormiría unas pocas horas antes de que empezase la fiesta previa al partido que uno de mis clientes iba a montar en su *loft* de la calle Church. Mi intención era largarme de la ciudad con algo de dinero, pero de todos modos me dejé otros veinte dólares en el mostrador del hotel esa misma mañana. De no haberlo hecho tendría que haber esperado hasta el mediodía para reservar la habitación, y necesitaba dormir como si fuese a jugar la Super Bowl.

La fiesta en el *loft* de Ari y Mandy estaba a tope cuando aparecí por allí. Ari era el propietario de una de las tiendas de electrónica más grandes de la calle Church. Su esposa, Mandy, se encargaba de la contabilidad y hacía también sus pinitos como fotógrafa. De las paredes lisas y blancas del *loft* colgaban sus fotografías en blanco y negro, la mayoría de ellas abstractas, primerísimos planos de antiguos ornamentos arquitectónicos de los edificios del vecindario.

Por aquel cavernoso espacio pululaban docenas de conocidos con copas de Bloody Mary en

las manos y gritando para sobreponerse al volumen de la música que salía del equipo de música Bang & Olufsen de Ari. Sonaba *Can't Find My Way Home* de los Blind Faith.

La colección de vinilos de los años sesenta y setenta de Ari era una absoluta maravilla. Disponía de una estantería de seis metros de largo, que cubría toda la pared norte del estudio, repleta de discos ordenados de manera impecable por orden alfabético. Ari y yo teníamos la misma edad y gustos musicales parecidos, así que cuando acudía a sus fiestas le hacía alguna petición musical de vez en cuando; no podía recordar una sola vez en la que alguna de mis peticiones hubiese quedado sin atender.

—Eh, Pete, qué bien que hayas podido venir —me saludó Ari mientras me aproximaba a la mesa de los Bloody Mary.

—Qué pasa, Ari —le dije tendiéndole la mano—. Gracias por invitarme. Me temo que mi vestimenta es un poco inapropiada.

Allí donde posases la vista topabas con una sudadera o una gorra de los Giants. Yo llevaba puesto mi sombrero fedora de ala ancha color gris y la misma chaqueta de *tweed* y el mismo jersey negro de cuello alto que había lucido durante todo el fin de semana.

Ari sonrió.

—Mientras no lleves nada del color naranja de los Broncos no tienes de qué preocuparte.

«Menos mal, porque no lo había tenido en cuenta», me dije. Tenía un montón de preocupaciones, pero la fiesta de Ari no era el lugar adecuado para airearlas.

—Buena observación —comenté antes de darle un trago al Bloody Mary; eran tragos con mucho vodka y una pizquita de tabasco. En otras palabras: Bloody Mary perfectos.

—¿Alguna petición musical? —preguntó Ari.

—¿Tienes algo de los Nazz? —le pregunté con la esperanza de dejarlo fuera de juego por primera vez.

—Claro, amigo —respondió Ari—. Me encanta Todd Rundgren.

Volvió a ganarme, pero lo cierto fue que me alegró. Todd Rundgren me había acompañado durante muchos viajes de ácido en mis tiempos universitarios.

Poco después, la voz de Rundgren invadió el *loft* con su tono sesentero; cantaba *Open My Eyes*.

—Es el momento de seguir avanzando —le grité a Ari al oído—. Permíteme que le dé una propina al DJ —dije sacando mi frasco de coca. Ari y su esposa eran clientes habituales cuando nos encontrábamos en el Racoon.

—Muy amable —sonrió Ari.

Nos acercamos hasta la mesa de café de cristal, con forma de riñón, frente al enorme sofá de módulos en el que ya estaban sentados media docena de los invitados a la fiesta, haciéndose rayas y pasándose los rulos; auténtico espíritu de equipo. Corté cuatro generosas rayas de mi frasco y Ari y yo nos sumamos a la diversión.

La fiesta siguió su curso durante las siguientes dos horas, hasta que a eso de las seis empezaron

las deserciones. Todo el mundo iba saliendo en busca de un bar que dispusiese de pantalla grande. Un buen número de los allí presentes tenía planeado ver el partido en el Galway, un bar irlandés en la calle Varick, famoso por el bufé que servían durante el descanso de la Super Bowl. Me dije que aquel sería un sitio tan bueno como cualquier otro para ver el partido, así que salí con el grupo de Ari y Mandy y recorrimos el escaso trecho que llevaba hasta el bar.

Llegamos casi dos horas antes de la patada inicial, pero el local se estaba llenando a toda velocidad, pues la gente había hecho sus reservas semanas antes. La cuestión clave, en todos los casos, es reservar. Ari y Mandy, como era lógico, estaban en esa lista. A mí no me habían apuntado, pero el barman que hacía las veces de portero era uno de mis clientes habituales.

—Qué pasa, Jimmy —le dije.

—Cómo va, Hat, entra —me respondió haciéndome un gesto sin echarle siquiera un vistazo a su portapapeles.

Por humilde que mi profesión pudiese parecer, era innegable que tenía sus ventajas. Después de dos horas bebiendo Bloody Mary en casa de Ari con el estómago vacío, me supo la mar de bien colocarme en una esquina del bar desde la que tenía una perspectiva bastante decente de la gigantesca pantalla de la parte de atrás. El rincón que conseguí se encontraba en un pequeño hueco, disponía de una mesa alta para dos apoyada en una de las cristaleras tintadas que daban a la calle; un lugar muy íntimo en el que podías hacerte alguna raya sin que nadie te viese.

Por supuesto, ese «alguna» se convirtió en unas cuantas a medida que fue pasando la tarde, y cuando el himno nacional empezó a sonar en el bar, de nuevo estaba ejerciendo de Don Magnánimo, pagando rondas de bebidas para todos e invitando a mi creciente círculo de amigos a tiritos gratis que salían de mi reserva particular.

¡Vamos, Giants!

O como habría dicho Don Magnánimo: «¡Vamos... a volvernos locos!».

Y eso fue exactamente lo que hice cuando acabó el primer cuarto. La única pizca de racionalidad que demostré poseer en todas esas horas fue tomarme la molestia de vender varias de las bolsitas que había preparado en el Bond antes de ir a la fiesta de Ari. De no haber sido así, al llegar la media parte habría estado ya sin blanca.

Llegó la media parte, con los Giants por delante en el marcador. La feliz multitud se puso a hacer cola frente a la gran mesa del bufé. Tendría que haberme puesto también a la cola, pero el perico me había quitado el apetito, así que me quedé donde estaba. Fue todo un acierto, porque si no me habría perdido la entrada de Elena en el bar.

La vi atravesar la puerta de la calle y ella se fijó en mí de inmediato. Una vez dentro se detuvo, me dio la impresión de que se sentía un tanto abrumada por la cantidad de gente que había allí. Aun así, intentó abrirse camino.

Su cara me resultaba familiar, pero me costó un rato ubicarla. Era camarera en el restaurante griego de la calle Houston donde Dave y Andi habían estado desayunando el sábado por la mañana. Estaba tan acostumbrado a verla con el uniforme de camarera que me sorprendió vestida

con unos ajustados vaqueros de marca, botas altas de cuero negro y una chaqueta de leopardo sintético. Era toda una declaración de intenciones, con aquel inconfundible estilo de extrarradio, pero el conjunto perfilaba sus curvas con más gracia que el vestido y el delantal con el que estaba acostumbrado a verla.

En cuanto la reconocí le hice un gesto con la mano para que se acercase hasta mi rincón y me levanté de mi taburete. Dio la impresión de que se alegraba por el recibimiento, aunque el gesto de su rostro me dio a entender que estaba teniendo los mismos problemas que había tenido yo a la hora de ubicarla.

—Soy Pete —le dije tendiéndole la mano—. Almuerzo casi siempre en el restaurante en el que trabajas. Soy el tipo que habitualmente pide el especial de pastel de carne.

Eso pareció prender una chispa en su memoria.

—Elena —me dijo sonriendo al tiempo que me daba la mano con fuerza—. Me pareció que te tenía visto. Gracias por el asiento. Acabo de salir del trabajo. He estado de pie las últimas ocho horas.

—¿Puedo invitarte a una copa? —le propuse.

—Sí, claro —respondió—. Me gustaría un trago doble de ouzo y una copa de vino frío.

«Vaya, ¡esta chica no se anda por las ramas!», pensé.

Empujado por cierta sensación de conexión, pedí también un trago doble de ouzo para mí y alcé mi vaso hacia ella.

—Por los Giants de Nueva York —propuse.

—Por lo que sea —dijo con una sonrisa y entrechocamos las copas antes de beberse el ouzo de un trago—. A decir verdad, no me interesa gran cosa el fútbol. He venido por la fiesta. Libro dos días seguidos y no me voy a ir de aquí hasta que pierda el conocimiento y tengan que meterme en un taxi que me lleve de vuelta a Brooklyn.

En mis circunstancias, su objetivo me pareció completamente razonable, de ahí que en ese mismo instante decidiese que iba ayudarla a conseguirlo.

—De acuerdo, pues entonces será mejor que pidamos otra ronda. Tienes que ponerte a nuestra altura.

Cuando finalizó el alboroto de la media parte y se reanudó el encuentro, andábamos ya por nuestra tercera ronda y Elena se iba poniendo cada vez más cariñosa. En el último cuarto del partido, con la victoria al alcance de la mano de los Giants, Elena ponía ya menos resistencia que la defensa de los propios Denver Broncos. Por lo visto, Phil Simms y sus Giants no iban a ser los únicos en celebrar algo esa noche.

Habría resultado halagador pensar que mi encanto personal y mi ingenio conquistaron a Elena, pero me temo que mi éxito tuvo mucho más que ver con la bolsita de coca que le fui pasando por debajo de la mesa. Elena mostraba la misma ansia por aquellos polvos mágicos que la que había mostrado por el ouzo.

El triunfo de los Giants por 39 a 20 hizo que la multitud que se había reunido en el Galway se

pusiese a dar brincos y a abrazarse y a chocar las palmas de las manos. Elena y yo nos saltamos esa parte de la celebración. Estábamos demasiado ocupados enrollándonos al amparo de las sombras de aquel rincón. Al parecer, montamos un espectáculo, de esos que suelen llevar a que escuches gritos del tipo: «¡Buscaos un hotel!». Pero debido a la euforia y a la confusión general nadie nos prestó atención. Aunque nos habría importado bien poco. A esas alturas de la noche, hacía tiempo que habíamos dejado de preocuparnos por la opinión de los demás.

A las tres de la madrugada, la fiesta empezó a desinflarse y Elena y yo decidimos que era el momento de irnos a su casa. Nevaba ligeramente en la calle Varick cuando nos montamos en el taxi que había de llevarnos a Brooklyn.

—¿Voy por el puente? —preguntó el taxista.

—No, vaya por el túnel de Battery —le respondió Elena—. Es más rápido.

Hasta ese momento, Elena no había dicho en qué parte de Brooklyn vivía exactamente, pero cuando le oí darle la dirección al taxista descubrí que —de todos los posibles lugares— nos dirigíamos a Bay Ridge, el barrio de mi infancia. No había puesto un pie en aquella parte de Brooklyn desde hacía años. Y ahora, en la que iba a ser mi última noche en Nueva York, regresaba a mis raíces, de vuelta a mi viejo barrio, con alevosía y nocturnidad, para una estancia de una sola noche.

En ese momento me pareció una curiosa coincidencia. Pero meses después, a muchos kilómetros de distancia, una vez que dispuse de tiempo suficiente para reflexionar en el carácter simétrico de mi visita de despedida a Brooklyn, pensé que se trató de algo relacionado con el destino.

Mientras recorríamos la orilla de los Narrows apenas pude entrever las luces fantasmales de los buques de carga que cruzaban bajo el puente de Verrazzano. La nieve había alcanzado ya varios centímetros de espesor cuando salimos del taxi frente a la casa de Elena, ubicada en un edificio de dos plantas de ladrillo marrón en una tranquila calle que desembocaba en la Quinta Avenida. Era una de esas viejas casas adosadas a las que accedes después de ascender una escalinata ridículamente alta que ahora, cubierta de nieve, y habida cuenta del precario equilibrio de Elena, supuso toda una aventura pues tenía que engatusarla para que me invitase a subir a su apartamento de la primera planta.

Una vez dentro, a salvo, Elena echó el triple cerrojo de la puerta y me arrastró directo a su dormitorio. Después de nuestros escauceos en el Galway, cualquier intento de jugueteo habría resultado redundante, así que dejamos de lado los preliminares y, sin pensárnoslo dos veces, nos desnudamos y nos pusimos manos a la obra. Estuvimos ocupados durante un buen rato.

Cuando finalmente nuestros cuerpos se separaron, lo único que yo deseaba era dormir. Elena, sin embargo, no parecía del todo satisfecha. Antes de apagar la luz, alargó la mano hacia la mesilla de noche en busca de la bolsa de plástico vacía —la bolsa que había contenido la coca de Bobby Bats— y le dio la vuelta. Como si se tratase de un gato lamiendo restos de leche en un

plato, le dio un lametón a la bolsa de plástico con aquella pequeña y juguetona lengua suya. «El postre», me dijo y, en cierto sentido, eso es tal cual lo que fue.

La última mano antes de abandonar la partida.

Esperaba estar muy lejos de allí cuando llegase la hora de pasar cuentas.

Con ese inquietante pensamiento en mente me di la vuelta y me dormí. No desperté hasta horas después, cuando la voz de Elena, marcada ahora por el pánico, me obligó a abrir los ojos medio grogui.

—¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda! —gimoteaba al tiempo que se libraba del edredón y salía de la cama—. Levántate, Pete. ¡Date prisa, tienes que irte!

—¿Qué pasa?

—¡Es la una y media! —exclamó. Como si eso lo aclarase todo.

—¿Y cuál es el problema? Me dijiste que tenías el día libre.

—Lo tengo —dijo—. ¡Pero me había olvidado de Demetri!

—¿Demetri? —repetí—. ¿Quién coño es Demetri? ¿Tu novio?

—No, Demetri es mi hermano mayor —me explicó—. Va a venir a las dos para arreglarme la lavadora, y no puedes estar aquí cuando llegue.

—¿Por qué no? —le pregunté—. Es tu casa, ¿no? Ya eres mayor. ¿Cuál es el problema?

Sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. Demetri todavía cree que soy virgen.

Tenía razón. No lo había entendido. Aquella chica debía de tener veintitrés o veinticuatro años. ¿Quién podía seguir virgen a esa edad? La habría acusado de estarse quedando conmigo si no hubiese sido testigo de su auténtica preocupación. Corría frenética de un lado para otro de la cama, recogiendo mi ropa del suelo y lanzándola a los pies de la cama.

—¡Date prisa! —me dijo—. ¡Vístete! Llegará en cualquier momento.

—Vale, cálmate —dije saliendo de la cama—. Déjame ir al lavabo primero. Tengo tiempo para mear, ¿no?

—Supongo —dijo—. ¡Pero date prisa, por favor!

Cuatro minutos después cerré los botones de mi abrigo, Elena me escoltó hasta la puerta y me echó de su casa con un besito en la mejilla y una disculpa a modo de despedida.

—Lo siento, Pete. Te lo recompensaré la próxima vez, te lo prometo.

—Te tomo la palabra —respondí antes de alejarme de allí con una sonrisa.

Sabía que no habría una próxima vez, pero ¿qué otra cosa debería haberle dicho? *¿Que te vaya muy bien en la vida, nunca volveremos a vernos?* Elena me gustaba. No podía hacerle algo así. A veces, la verdad es algo demasiado frío.

Y a veces también el mundo al completo lo es; como descubrí en cuanto salí por la puerta de la casa de Elena. Mientras nos acurrucábamos en la oscuridad del sombrío dormitorio, la nevada se había convertido en una auténtica tormenta. En las aceras la altura de la nieve acumulada llegaba ya hasta las rodillas y, al ritmo que seguía cayendo, para cuando se hiciese de noche el grueso

habría ascendido un par de palmos más. Pasar del cálido lecho de Elena a la intemperie que suponía la tormenta de nieve supuso todo un *shock* corporal, pero lo único que pude hacer fue alzar las solapas de mi abrigo y esforzarme en llegar lo antes posible a la estación de metro de la calle Ochenta y seis, a ocho manzanas de distancia. Aunque por obra de un milagro un taxi hubiese pasado por la calle delante de mí no habría podido permitírmelo. El taxi que nos había traído a Bay Ridge se había quedado con mis últimos billetes. Apenas tenía en los bolsillos unas pocas monedas y un par de fichas para el metro.

Durante todo el camino avancé contra el viento. La nieve me golpeaba con tal fuerza en la cara que tenía la impresión de estar siendo atacado por un enjambre de abejas. Parte del trayecto, de hecho, avancé de espaldas porque no lo resistía. Cuando llegué a la estación, mis orejas y mis mejillas estaban prácticamente congeladas.

«¿Cómo cojones voy a salir de la ciudad con una tormenta como esta?» Esa pregunta me atosigaba cuando monté en el ferrocarril que había de llevarme de regreso a Manhattan en un trayecto de cuarenta y cinco minutos.

Cuando estás sin blanca, hacer autostop suele convertirse en la opción más sencilla, pero con ese tiempo hacerlo quedaba descartado. La única alternativa viable eran los autobuses Greyhound, si de algún modo lograba reunir el importe del billete. No iba a ser fácil. No podía pedirle a nadie que me prestase dinero. Cualquiera de mis conocidos había aprendido que dejarme dinero era una apuesta perdedora. De hecho, solo disponía de una opción. Alguien a quien habría preferido no tener que recurrir, pero no se me ocurrió nadie más.

Iba a tener que darle el sablazo a uno de mis clientes.

En el Racoon Lodge cabía la posibilidad de que alguien se me acercase en busca de droga. Cuando lo hiciese, le diría a ese alguien que tenía que ir en busca de «provisiones». Aceptaría su dinero y le prometería estar de vuelta en poco más de una hora. Esa sería la última vez que me viese el pelo. Estaba convencido de que más adelante me las ingeniaría para enviar el dinero al Racoon y saldar cuentas tranquilizando así mi conciencia. Como mínimo eso fue lo que me dije para hacer más aceptable la idea.

Salí del metro en la calle Chambers y, de mala gana, eché a andar hacia el Racoon Lodge. La nieve seguía cayendo sin dar tregua, pero ya no soplaba el viento al que había tenido que enfrentarme en Brooklyn, había dejado tras de sí una calma residual que, de algún modo, hacía que todo resultase más amenazador. Por encima de mi cabeza, el cielo era una masa sólida de nubes grises que iban oscureciéndose a ojos vista. La luz invernal, pálida y débil, iba desapareciendo.

Eran poco más de las tres de la tarde pero todas las tiendas de electrónica de la calle Church estaban cerradas a causa de la tormenta. Me encontré con el mismo escenario cuando volteé la esquina de la calle Warren. Todas las tiendas cerradas, con las luces apagadas. Pero un poco más abajo, las luces del Racoon Lodge brillaban como si de un faro en medio de la penumbra crepuscular se tratase. Lo único que esperaba era que no estuviese vacío. No se puede ejercer de timador si no hay algún incauto cerca.

Cuando estaba llegando al extremo de la manzana me fijé en el destello de neón de los anuncios de cerveza que colgaban del ventanal del bar, tiñendo de color la nieve que se arremolinaba al otro lado del cristal. Copos de nieve de colores prestados —rojo Budweiser, azul Pabst, verde Rolling Rock— bailando en el aire como confeti. Era una visión alegre, aunque a mí no me alegró en absoluto. La fiesta se había acabado, bien que lo sabía yo. Una última copa para el camino y me largaría de allí.

Cuando entré en el bar y empecé a golpear los pies contra el felpudo para librarme de la nieve incrustada en mis Reeboks llamé la atención de todos los que había en el local. Tres personas. En la esquina junto a la cabina de teléfono había acodadas dos agentes de tráfico, ataviadas con sombreros con orejeras, sentadas frente a sendas tazas de chocolate caliente, sin duda protegiéndose un rato de la tormenta a la espera de que acabase su turno. La única cara familiar allí era la de Susan, la camarera del turno de día. Susan y yo habíamos sido amigos durante años; de vez en cuando, incluso, algo más que eso. Levantó la vista de la pila de folletos de supermercado que estaba ojeando y me miró con cierto deje de cinismo.

—Vaya por Dios, mira quién ha traído la tormenta —declaró cuando me acerqué a ella—. ¿Te encuentras bien? Estás hecho una mierda.

Eso era lo que más me gustaba de Susan. Se saltaba cualquier clase de formalidad.

—Tomo nota —dije—. Gracias.

—¿Qué te pongo? —me preguntó—. ¿Café? ¿Colirio? ¿Una transfusión de sangre?

—Muy graciosa —mascullé—. Una taza de café estaría bien.

—Una taza de café. Marchando —dijo con una sonrisa—. ¿Cómo lo quieres?

—Muy negro —dije—. Sin leche ni azúcar ni comentarios editoriales.

—¡Ay, pobrecito! —se burló—. Tenemos la piel fina esta tarde, ¿verdad?

—Más o menos —repliqué—. Trátame bien, ¿de acuerdo?

—Si insistes —dijo sirviéndome el café—. Pero no te lo mereces.

El tono de voz de Susan en ese último comentario me hizo sospechar que tal vez la ofendí en algún momento durante la larguísima juerga del fin de semana. No podía recordar nada en concreto, pero eso no implicaba que no se me pudiese acusar de cualquier cosa. Desde mi punto de vista, era posible que el mero hecho de haber estado de juerga la hubiese ofendido. Susan había sido una de mis mejores amigas durante los últimos años —el tipo de amiga que puede decirte la verdad aunque no quieras oírla— y siempre me había recomendado que me comportase adecuadamente. Era posible que, por alguna razón desconocida, hubiese herido sus sentimientos. De todas las cosas que iba a echar de menos cuando me fuese de Nueva York, la franca amistad de Susan era una de las que estaba entre las primeras de la lista. Sin embargo, no quería que nuestra última conversación se centrara en detalles desagradables.

Por supuesto, Susan no tenía ni la más remota idea de que iba a largarme de la ciudad, y yo quería que siguiese siendo así. En algún momento tendría que hacer una llamada para tranquilizarla. Pero mientras tanto el secreto me parecía la estrategia más sencilla; si no la más

valiente. Pero la preocupación que aprecié en la mirada de Susan cuando entré en el bar hizo que me resultase mucho más difícil mantenerla al margen de mis planes. Me martirizaba pensar en la posibilidad de quedarme allí sentado, bajo su preocupado escrutinio, mucho más tiempo.

—Ah, por cierto —me dijo Susan—, un tipo llamado Bobby ha llamado preguntando por ti. Le dije que llamase durante la *Happy Hour*.

«Un tipo llamado Bobby ha llamado.»

—De acuerdo, gracias —dije, a pesar de que la noticia no me llevó a sentirme agradecido—. Hoy no hay mucha gente —dije cambiando de tema—. ¿Ha pasado alguno de los habituales?

—Con uno basta y sobra —replicó Susan en un tono críptico.

No me costó demasiado hacerme una idea de lo que pretendía decir con eso. Segundos después oí cómo se abría el pestillo de la puerta del lavabo de hombres y me volví en mi taburete para ver a Kentucky Fried Danny salir del retrete y topar contra la mesa de billar de camino a la barra.

—Dios mío, lleva una buena —comenté—. ¿Cuánto hace que está aquí?

Susan puso los ojos en blanco y me comunicó el informe de daños.

—Cerraron el lugar en el que trabajaba a las diez de la mañana y desde entonces he disfrutado del placer de su compañía.

Cuando Danny se acercó, Susan se alejó de la barra y fingió ordenar las plantas, dejándome a solas con el alboroto que había montado.

Y no era poca cosa.

—¡Aquí está Pete the Hat, el hombre importante! —dijo Danny cuando se acercó lo suficiente como para poder centrar la mirada.

Cuando Danny llegó a mi lado pude ver que tenía los párpados caídos, pero el resto de su cara de niño parecía congelada en un rictus que intentaba semejar una sonrisa. Aunque aquella sonrisa hablaba de la muerte. El joven Danny estaba totalmente ebrio. Al verme, sin embargo, dio la impresión de que se liberaba de parte de su estupor y que enderezaba un poco la espalda al caminar antes de apoyar su fornida mano sobre mi hombro.

—¡Hermano, cómo me alegro de verte! —masculló en mi oído—. Deja que te invite a un trago. ¿Qué tomas?

Lo último que necesitaba en ese momento era beber alcohol, pero dado que Danny estaba al borde de las lágrimas, habría sido una pérdida de tiempo intentar discutir con él. Así que le dejé que me pidiese un chupito de Peppermint. No era exactamente una copa, pero supuse que a mi aliento le iría bien. Él se pidió un Jack Daniels doble y una Coca-Cola.

Susan nos trajo las bebidas y el cambio del billete de veinte que Danny le había dado.

—Gracias, cariño —le dijo Danny dejándole un billete de cinco de propina.

Susan asintió y golpeó dos veces con los nudillos sobre la barra de madera de caoba antes de meter el billete de cinco en la jarra de las propinas. En cuanto Susan se alejó, Danny pasó directamente al tema.

—¿Llevas algo? —me preguntó.

Como solía hacer, se llevó la mano a la boca furtivamente cuando me hizo la pregunta. Estoy seguro de que, según sus maneras de pueblerino, pensaba que ese era el modo adecuado de comportarse en público tratándose de un tema ilegal, pero lo único que lograba siempre era, precisamente, llamar la atención sobre nuestras transacciones.

Esas maneras tuyas me molestaban, pero no había logrado que cambiase de hábitos. En esta ocasión, sin embargo, lo pasé por alto. Teniendo en cuenta que quería timarle, era lo mínimo que podía hacer por él.

—En este momento, no —le respondí—. Pero voy en busca de provisiones. ¿Cuánto quieres?

Antes de responder, Danny sacó su billetera de debajo del mono de trabajo y echó un vistazo para comprobar cuánto dinero le quedaba.

—Supongo que me puede llegar para medio gramo —dijo sacando dos billetes de veinte y uno de diez antes de pasármelos por debajo de la barra.

—Sin problema —respondí guardándome el dinero—. Dame media hora.

Le di un último sorbo a mi café y me levanté del taburete. Susan vio cómo me abotonaba el abrigo y me colgaba la mochila del hombro y me dedicó una mirada de reproche. Sabía de qué iba la cosa. O *creía saber* de qué iba.

—¿Ya te vas? —preguntó con sarcasmo cuando me dirigí a la puerta.

—El deber me llama, pero vuelvo enseguida —mentí.

Acto seguido me adentré en la tormenta.

En aquellos tiempos, en los que mentir era mi pan de cada día, Susan era la única persona a la que nunca había intentado engañar. Pensar que me había despedido de ella con una mentira hizo que el aire me resultase incluso un poco más frío. Las lágrimas que inundaron mis ojos de camino al metro que había de llevarme al centro de la ciudad, a Port Authority, me demostraron que todavía tenía conciencia; tal vez, después de todo, aún existía algo de esperanza para mí.

Siempre y cuando los autobuses Greyhound siguiesen funcionando.

Capítulo 2

Cuando salí del metro, Times Square lucía de un blanco fantasmal y estaba sumida en el silencio. Los únicos ruidos eran las cadenas de los neumáticos de un autobús interurbano y el distante chirrido de una quitanieves en algún punto de la zona de los teatros. La calle Cuarenta y dos estaba desierta y mientras me dirigía a Port Authority me asaltó una soledad más sobrecogedora incluso que el frío viento que llegaba del Hudson. Estaba totalmente abandonado a mi suerte y me resultaba doloroso admitirlo. Pero ¿qué otra cosa podía esperar? Cuando se quema el último puente, todo adicto se convierte al instante en una isla; poco importa lo que dijo John Donne.

Pero la pregunta en este caso es otra: ¿por qué escogería alguien ese camino? Había estado dándole vueltas a esa pregunta desde hacía quince años, temiendo afrontar la respuesta que pudiese surgir. Pero ahí estaba ahora. En lo más profundo de mi ser sabía que no tenía ningún sentido huir de la que había sido mi vida hasta entonces si lo que me esperaba a partir de ese momento era más de lo mismo. Iba a tener que encontrar el valor suficiente para coger el toro por los cuernos. Pero había evitado afrontar la verdad desde hacía tanto tiempo que ahora me preguntaba si sería capaz de hacerlo. Y eso me asustaba más que Bobby Bats.

Para cuando llegué a Port Authority, mis pantalones estaban cubiertos de nieve hasta los muslos, de ahí que fuese dejando tras de mí restos blancos con cada paso al atravesar el vestíbulo, rezando para que todavía no hubiese salido el último autobús. Cuando pude echarle un vistazo al panel de Llegadas y Salidas de Greyhound comprobé que el impacto de la tormenta era ya más que evidente. Todos los autobuses que iban hacia el norte o hacia el oeste de la ciudad habían sido cancelados. Pero en el panel todavía brillaba un atisbo de esperanza en relación al soleado sur: estaba previsto que a las seis de la tarde saliese un autobús hacia Miami; todavía no había pasado a engrosar la lista de cancelaciones. ¡Estaba de suerte! ¿Tendría suficiente con los cincuenta dólares que le había timado a Danny para comprar el billete a Miami? No lo tenía claro. En cualquier caso, tendría que guardar algo de dinero para la comida.

—¿Hasta dónde puede llevarme el autocar que va a Miami si me gasto treinta pavos? —le pregunté a la mujer negra con pinta de beata que atendía tras el mostrador.

Resopló y me miró con suspicacia antes de consultar su libro de tarifas.

—La mejor opción es Richmond, Virginia. El billete de ida te costaría treinta y seis dólares.

Estuve a punto de exclamar: «¡Gracias a Dios!», pero me lo pensé mejor. Mi franqueza me habría costado, como mínimo, otro resoplido. Así pues, en lugar de mostrarme eufórico dejé dos billetes de veinte sobre el mostrador. Acababa de invertir el ochenta por ciento de todo mi capital.

Pero me libré del dinero sin lamentarlo. Si me permitía alejarme de aquella tormenta sería sin duda un dinero muy bien empleado.

—El autocar sale a las seis desde la puerta ocho, en el entresuelo —dijo la mujer cuando me pasó el billete y el cambio—. No te confundas, hijo. Es posible que sea el último autocar que salga de aquí esta noche.

—Puerta ocho, gracias —le dije y me apresuré a ver qué hora era en el reloj del vestíbulo. Faltaban veinte minutos para las seis. ¡Lo había logrado con veinte minutos de adelanto! A medida que la tensión abandonaba mi cuerpo, me di cuenta de que estaba hambriento. Las tiendas de comida del vestíbulo aún estaban abiertas pero no podía permitirme pagar sus elevados precios, así que crucé a toda prisa la calle y me metí en una tienda coreana de la Novena Avenida.

La abuela coreana que estaba tras la caja alzó la vista cuando entré y me observó con inquietud, con un gesto rocoso de preocupación y desagrado, mientras yo recorría frenéticamente los pasillos tomando cosas de los estantes. Como no quería que se asustase, y eso la llevase a llamar al 911, le dije por encima del hombro:

—Lo siento, tengo mucha prisa.

Dejé todas las cosas sobre el mostrador y saqué mi último billete de diez dólares. La expresión de la abuela se suavizó y calculó la cantidad con un ábaco muy gastado. No tuvo que hacer grandes cálculos. Una bolsa de pan Wonder Bread. Un pote de mermelada de uva Welch. Un paquete con dos maquinillas de afeitar Bic. Un tubo de pasta de dientes para viaje. Y una bolsa de tabaco para liar Bugler. Nadie podría haber dicho que no viajaba ligero de equipaje.

—Nueve dólares —dijo la abuela cuando las bolas dejaron de moverse. Para mi sorpresa, al devolverme el cambio me dedicó una media sonrisa y añadió con un acento coreano sin matices que me dejó un tanto confundido—: Va lejos.

No habría sabido decir si quería preguntarme algo o si estaba realizando una profecía.

—¿Va lejos? —repetí sin saber qué otra cosa decir.

—Tú va lejos, yo pongo otra bolsa. Mal tiempo —dijo señalando con la cabeza hacia el escaparate.

—Ah, sí. —Sonreí—. Gracias, otra bolsa me irá muy bien.

El autobús de Miami apareció por la puerta ocho justo a las seis en punto y fue recibido con un murmullo de alivio por parte de todos los que esperábamos en fila. Las puertas se abrieron con un siseo neumático y el conductor, canoso y desgarbado, bajó y empezó a tomar los billetes. Cuando le entregué el mío le pregunté:

—¿Qué tal están las carreteras de por ahí?

—Las he visto peores —respondió con un marcado acento de Nueva Inglaterra que inmediatamente me tranquilizó. Porque en el estado de Maine no llegas a vivir lo suficiente como para tener el pelo cano si no conduces de maravilla cuando hay nieve.

El asiento del fondo no estaba ocupado, así que me hice con él sin dilación. Es el único asiento de los autobuses Greyhound en el que puedes tumbarte, aunque sea en posición fetal, y me dije que

estaría bien dormir todo lo posible durante el viaje a Richmond, porque no tenía ni idea de cuándo o dónde podría volver a dormir en un lugar caliente. En cuanto me quité el abrigo y las Reeboks cubiertas de nieve, abrí la bolsa de pan Wonder Bread y la mermelada de uva y, justo en ese momento, me di cuenta de que tendría que haberle pedido a la abuela coreana alguna clase de cubiertos de plástico. Lo que me obligó a improvisar, sintiéndome absolutamente ridículo al verme allí sentado extendiendo la mermelada con el único utensilio que tenía a mano: el mango de plástico hueco de una de las maquinillas de afeitar Bic. En cualquier caso, los sándwiches de mermelada calmaron las punzadas de hambre que sentía en el estómago y, mientras el autocar se dirigía hacia el túnel Lincoln, sentí que el azúcar me espabilaba. Agradecí la sensación. Habían pasado doce horas desde la última vez que esnifé coca y la abstinencia estaba empezando a mordisquear mis sinapsis con sus pequeños y afilados dienteitos.

Observé, al mirar por la ventanilla, cómo las farolas de sodio del túnel vertían una luz amarillenta sobre las paredes de azulejos blancos. Mi intención era echarle un último vistazo de despedida a la franja de azulejos azules que, hacia la mitad del túnel, señala la frontera entre Nueva York y Nueva Jersey. Cuando finalmente la vi experimenté sensaciones encontradas. Por una parte, marcaba el inicio del maratón que iba a tener que correr para recuperar mi vida, algo de lo que debía alegrarme. Pero por otra era también una línea de meta: un recordatorio de que mi vida en Nueva York ahora quedaba a mis espaldas. Reconocerlo me entristecía mucho; como sucede siempre con los sueños truncados.

Quince años antes, licenciado en Lengua inglesa por la Universidad de Dartmouth, había llegado a Nueva York desde New Hampshire para desempeñar mi primer trabajo en el mundo de la edición: corrector en la sección de textos universitarios de Hartcourt Brace Jovanovich. «¡Aquí estoy yo!», me dije. Mis sueños infantiles de tener una carrera literaria en la Gran Ciudad se convertían en realidad. Tenía veintidós años por aquel entonces y todas las piezas parecían ir encajando según lo previsto. Dos meses después de haber sido contratado en HBJ le puse fin a cinco años de noviazgo casándome con mi novia de bachillerato, Marie, a pesar de los reiterados esfuerzos de mi padre por sacarme la idea de la cabeza. Me dijo que estaba loco si me casaba con la primera (y única) chica con la que había salido. Ignoré todas sus advertencias. Era joven, estaba enamorado y creía que podría demostrarle que se equivocaba.

Marie y yo nos fuimos a vivir a un diminuto apartamento de un solo dormitorio en Bay Ridge. Nuestro presupuesto era muy ajustado, no podíamos plantearnos alquilar algo más grande. Éramos hijos de familias trabajadoras y estábamos acostumbrados a apretarnos el cinturón. Por otra parte, como todos los recién casados, creíamos que el amor podría con todo; estábamos convencidos de que los días de abundancia estaban por venir. Y durante unos cuantos años encantadores nuestro optimismo pareció estar justificado. Marie ascendió a jefa de ventas en el departamento de ropa deportiva para mujeres en Gimbel's y, poco después, me ascendieron a editor jefe en HBJ.

Cuando nuestros ingresos ascendieron nos mudamos a un apartamento más grande en la cercana zona de Dyker Heights, donde convertí una de las habitaciones en un estudio para escribir. Fue un cambio notable respecto a nuestro viejo apartamento, pues el único lugar allí en el que podía dejar mi máquina de escribir era la mesa de formica donde solíamos desayunar, en una cocina que, por lo demás, estaba infestada de cucarachas; debido al cambio me prometí empezar a dedicarle más tiempo a lo de aporrear las teclas.

Por desgracia, fue mucho más sencillo formular dicha promesa que cumplirla, habida cuenta de que a lo que empezamos realmente a dedicarle más y más tiempo Marie y yo fue a la vida nocturna de Manhattan. Entre los conocidos de Marie en el mundo de la moda y mis conocidos en el mundo de la edición, recibíamos constantes invitaciones a fiestas que nos retenían hasta altas horas en la ciudad. Cuando bajábamos dando tumbos del tren RR en Bay Bridge y tomábamos un taxi que nos llevase a casa, rara vez me encontraba en condiciones de ponerme frente a la máquina de escribir. Cuando estaba sobrio, le echaba un vistazo a la irrisoria cantidad de páginas que había producido desde que salí de la universidad y se me encogía el corazón. Tras graduarme, me propuse seriamente publicar mi primera novela antes de cumplir los veinticinco. Pero esa supuesta fecha límite ya solo podía verla a través del retrovisor, por lo que dudaba que llegase a cumplir con mi objetivo alguna vez. Sin embargo, en lugar de duplicar mis esfuerzos empecé a sentir lástima por mí mismo. Y fue entonces cuando mis problemas se multiplicaron.

Antes de eso, nunca había tenido que lidiar con dudas respecto a mi persona. Saqué muy buenas notas en el bachillerato, en todas las materias, cumpliendo siempre con todo lo que me propuse. Por eso mismo, cuando me dije que quería ser escritor, después de licenciarme en la universidad, di por hecho, con toda la inocencia del mundo, que también tendría éxito en eso. Pero a esas alturas mis limitaciones en ese sentido habían quedado dolorosamente a la vista. Dado que mis éxitos juveniles no me habían preparado en lo más mínimo para gestionar la decepción, mi primera reacción fue enfurruñarme y entonar una y otra vez el famoso «si no...». «Si no trabajase como un esclavo en HBJ para poder pagar el alquiler, ya habría acabado mi libro. Si no me hubiese casado tan pronto con Marie podría haber pasado más tiempo solo, escribiendo.» Lo cual no hizo sino empeorar las cosas, porque sabía a la perfección que no eran más que excusas; excusas que no ayudaban a solucionar nada. Poco tiempo después, la *Happy Hour* del bar Lion's Head se convirtió en el único rato del día en el que me sentía bien conmigo mismo. A medida que fueron pasando los meses empecé a beber con más intensidad de lo que lo había hecho en la fraternidad durante mis tiempos de universitario.

Como solía decir mi abuela irlandesa: «Una carga compartida es la mitad de una carga» y, viéndolo ahora con la suficiente perspectiva, no tengo duda alguna de que debería de haber confiado en Marie. Después de todo, ¿cuántas miles de horas habíamos pasado juntos compartiendo toda clase de cuestiones desde aquella noche en el baile de Sadie Hawkins, en el gimnasio del instituto Sachem, cuando nos conocimos? Pero en lugar de abrirme a la persona que mejor podría haber entendido por lo que estaba pasando, me guardé mis problemas para mí. Era

demasiado orgulloso, supongo, y no habría sido capaz de confesarle a Marie que su chico maravilla de la Ivy League se había convertido en un fracasado.

En cualquier caso, difícilmente Marie habría podido pasar por alto mis cambios humor, por lo que ella empezó a quejarse de todas las horas extra que yo afirmaba pasar trabajando en la oficina; mi coartada para el tiempo que pasaba bebiendo en el West Village todos los días, engañándome, diciéndome que estar junto a auténticos escritores era lo mejor que podía hacer para convertirme en uno de ellos. Una patética ilusión que solo el alcohol podía sustentar. Llegaba a casa acosado por el sentimiento de culpa, siempre después de las nueve. Marie ya había cenado y se había metido en la cama sin mí. Pero lo cierto era que se le estaba agotando la paciencia y una sombría noche llegué a casa y me encontré con todas las luces encendidas: Marie lloraba histérica sentada en el sofá del salón. Había rebasado su límite.

—Por Dios, Marie, ¿qué sucede? —le pregunté como si no lo supiese.

—Ya no puedo más, Pete —balbució—. Si no eres capaz de dedicarme ni un minuto, ¿qué sentido tiene que estemos juntos?

Me resultaba desgarrador mirarla a la cara y no poder apreciar en ella la sofisticación que había ido adquiriendo durante esos años en el mundo de la moda sino tan solo la fragilidad adolescente que había apreciado en su rostro cuando empezamos a salir. La estaba destrozando; la tristeza provocaba que se mostrase desnuda ante mí. Me sentí tan avergonzado, era tan duro afrontar su mirada mientras me esforzaba por desplegar todas mis disculpas y juraba por lo más sagrado que seguía amándola. Por fortuna, Marie se dejó llevar por su corazón y me creyó. Incluso yo me creí mis palabras. Pero a pesar de mis buenas intenciones no tardé en traicionar su confianza de nuevo, incluso de un modo más ofensivo, acostándome con otra mujer mientras Marie estaba en Francia poniéndose al día en los desfiles de moda *prêt-à-porter* de París.

Los borrachos se cuentan a sí mismos siempre las excusas más insulsas. Aunque sabía que esa última traición no era más que un egoísta intento de evitar lo que realmente me afligía, me dije que había sido una aventura de una noche; mi breve etapa de amor libre pasó a la historia con rapidez durante mis días de *hippie* en la universidad, debido precisamente a la fidelidad que sentía por Marie. Pero la fascinación que me provocó Bobbi B. —una tigresa madura de voz ronca diez años mayor que yo— fue mucho más poderosa de lo que podría haber esperado. Nuestro primer encuentro no tardó en llevar a otro y, al final, nos vimos involucrados en un romance que duró varios años y que solo finalizó cuando Bobbi —al igual que le había ocurrido a Marie— descubrió lo vanas que podían llegar a ser mis promesas.

Bobbi era ejecutiva y tenía que viajar de vez en cuando a Los Ángeles para supervisar anuncios para la televisión. A veces me dejaba la llave de su apartamento en la calle Barrow y me pedía que le recogiera el correo mientras estaba fuera. En su último viaje antes de que rompiéramos me pidió un favor extra.

—He dejado algo de dinero sobre la mesa de la cocina. ¿Podrás ir a pagar la factura de la luz cuando llegue por correo?

—Claro —le prometí, pero después me olvidé por completo... hasta que Bobbi regresó dos semanas más tarde y se encontró con que le habían cortado la luz y que la nevera estaba llena de comida podrida. Después de eso, se libró de mí.

—Follas muy bien, Pete, pero como amigo das pena —fueron sus palabras de despedida. Lo cual me afectó, porque no estaba en disposición de negarlo; como tampoco podía negar que era alcohólico y un pésimo marido.

Poco después, Marie llegó a la misma conclusión y me comunicó que estaba tramitando los papeles del divorcio. Me partió por la mitad oírsele decir. Pero sabía que era el final porque lo estaba viendo venir desde hacía mucho tiempo; no tenía sentido fingir que podría arreglar lo que había estropeado.

Después de todo, los augurios de mi padre se habían cumplido. No fui capaz de convertirme en la excepción que confirmase la regla. Solo había sido otro tonto ingenuo que se casó antes de la cuenta; lo que me llevó a hacerle daño a una buena mujer que merecía algo mejor. A esas alturas, lo único que cabía hacer era retirarse con elegancia, así que con lágrimas en los ojos telefoneé a uno de mis compañeros de HBJ para preguntarle si podría alquilarme una habitación de su apartamento del Upper West Side. A la mañana siguiente —un frío y gris sábado a comienzos del bicentenario de Estados Unidos—, Marie me ayudó a meter mis cosas en una furgoneta de alquiler y nos abrazamos a modo de despedida llorando en silencio. Ninguna palabra habría logrado que nuestra separación resultase más sencilla. Tras hacer sonar la bocina brevemente y dedicarle un gesto con el brazo, me dirigí a Manhattan para ver qué podía salvar de los restos del naufragio.

Curiosamente, los problemas que asolaban mi vida personal no habían afectado mi desarrollo laboral. Con resaca o sin ella, me sentaba en mi escritorio todas las mañanas y daba lo mejor de mí mismo en HBJ. Pero poco después de romper con Marie, dejé el puesto en la editorial y empecé a trabajar como editor de compras para la división de libros de texto de la compañía D. Van Nostrand, en las oficinas que tenían cerca de Madison Square Garden. Ese nuevo puesto suponía un ascenso en el mundillo, y el aumento de sueldo que conllevó iba a ayudarme a saldar muchas cuentas pendientes en diferentes bares, así que en un principio entendí aquel cambio como una mejora. Pero a la larga acabó convirtiéndose en el inicio de mi cuesta abajo.

Un editor de compras pasa mucho tiempo reuniéndose con profesoras que afirman tener la nueva mejor idea para convertir un libro de texto en un *best seller*. En ese sentido, el trabajo aporta un montón de excusas para ausentarte de la oficina. Si decía que iba a pasar la tarde en el campus de la Universidad de Columbia o que tenía que ir a Brooklyn para entrevistar a alguien del instituto Pratt, mis superiores no ponían objeción alguna. De hecho, lo entendían como un signo de buena disposición. No tenían ni la más remota idea de que mis supuestas salidas laborales eran simples excusas para mis cada vez más frecuentes episodios de alcoholismo matinal; al menos en un principio lo ignoraban. Pero seis meses después de llegar allí resultó evidente que el tiempo que pasaba lejos de la oficina no producía contrato alguno, por lo que mis jefes empezaron a mostrarse cada vez más escépticos respecto a mi capacidad para hacer bien mi trabajo.

Sabía que iba lanzado de cabeza a tener que rendir cuentas. Desde que Marie me había echado de casa, mi querencia por el alcohol había alcanzado unos niveles muy por encima de lo normal. Aunque, en última instancia, no fue mi ineptitud para contratar a nuevos autores lo que selló mi destino. Fue mi incapacidad para cumplir con las fechas de entrega en uno de los proyectos de libro de texto que había heredado de mi predecesor, un manual básico para estudiantes de primer año sobre diseño textil. Durante meses mentí respecto a mis progresos editoriales con dicho manuscrito, porque en realidad apenas le había echado un vistazo al primer capítulo. La fecha límite para enviar el texto a la imprenta se aproximaba a toda velocidad y la autora del libro de texto empezó a llamarme casi cada día desde su despacho de la Universidad de Ithaca para preguntarme por qué no le había enviado el manuscrito corregido. Cuando amenazó con hablar con el editor jefe, lo único que fui capaz de prometerle fue que volaría ese mismo fin de semana a Ithaca con el manuscrito para trabajar juntos en las correcciones.

No tenía posibilidad alguna de editar las cuatrocientas páginas del manuscrito en los dos días que quedaban antes de nuestro encuentro, pero como estaba desesperado lo intenté. Esa misma tarde me pasé por el Village en busca del camello al que Bobbi B. siempre le compraba *speed* con la esperanza de hacerme con algo de anfetamina para aumentar mi productividad. Sin embargo, incluso hasta las cejas de anfetamina no fui capaz de adelantarme al reloj y cuando volé al norte del estado aquel sábado por la mañana tan solo había corregido una cuarta parte del libro. Llegué a Ithaca con un colocón provocado por los dos días de *speed* y medio borracho debido a los tres Bloody Mary que me había tomado en el avión; en ningún caso estaba en condiciones de causar buena impresión, a pesar de los caramelitos de menta para el aliento o de haberme lavado la cara en el lavabo. Pero ya no había vuelta atrás, así que me subí en un taxi y, apesadumbrado, me encaminé al apartamento de la profesora.

A pesar de su tono de voz intimidante durante las últimas conversaciones telefónicas, la profesora me saludó con calidez cuando me vio llegar. Era una mujer rubia, voluminosa, que rondaba los cuarenta, con un peinado estilo paje y la sonrisa franca e ingenua típica de las chicas que se han criado en una granja en el Medio Oeste.

—Qué bien que finalmente nos conozcamos en persona, Peter. Pasa —dijo.

Me condujo hasta la mesa del comedor, que había despejado para convertirla en nuestro lugar de trabajo.

Mientras sacaba el manuscrito de mi cartera, ella sirvió café y después nos pusimos a repasar los cambios que yo pretendía sugerirle. Para cuando nos detuvimos para almorzar, ya casi habíamos acabado con todas las páginas que había editado y se me había formado un nudo en la boca del estómago, por lo que a duras penas fui capaz de tragarme el sándwich de jamón y queso que me preparó.

El momento que tanto había temido llegó finalmente y, como no tenía posibilidad alguna de seguir postergándolo, aparté el plato, me aclaré la garganta y le conté la verdad. Aquella pobre mujer se quedó de piedra.

—¿Ni siquiera *has tocado* las siguientes trescientas páginas? —dijo sin aliento—. ¡No vamos a llegar a tiempo para imprimir! ¿Cómo has podido permitirlo?

Le debía una explicación y se la di. Le conté la triste historia de mi separación de Marie y de cómo había empezado a beber de un modo irresponsable. Cuando acabé, lloraba y sus ojos también estaban húmedos, pero su empatía respecto a mis problemas personales no evitó que me dijese que el lunes llamaría a mi jefe para decirle que le pasasen el libro a un editor en el que pudiese confiar. Era lo más sensato que podía hacer y no intenté disuadirla. Pero le rogué que no actuase hasta tener la oportunidad de hablar primero con mi jefe para ponerle al día del asunto, así que le agradecí que, con un gruñido, aceptase posponer la llamada hasta las diez de la mañana del lunes.

De vuelta en Manhattan escribí mi carta de dimisión en cuanto deshice la maleta y después pasé lo que quedaba del fin de semana en el White Horse Tavern, emborrachándome en caída libre como lo habría hecho Dylan Thomas. «¡A la mierda! —me dije—. ¿Para qué hacerlo despacio?» Si bebes lo suficiente llegas a un punto en el que dejas de preocuparte por tus cagadas y aceptas el hecho de que pase lo que pase a partir de ese momento te lo habrás ganado a pulso. Martirio a través del alcohol, como dirían los irlandeses. Me subí a esa cruz como si hubiese nacido para cumplir con ese destino. Y tal vez fuera así. Si sacudieses mi árbol genealógico veríais caer de él a un montón de mártires irlandeses; como a menudo solía recordarme cuando me sentía agotado de acarrear con todo ese sentimiento de culpa. En mi fuero interno sabía perfectamente que no eran más que excusas. Pero cuando vas por ahí tropezándote con los taburetes, eres capaz de agarrarte a un clavo ardiendo; y puedes incluir aquí cualquier superstición irlandesa.

Lo primero que hice el lunes por la mañana, con un aspecto tan miserable como mi estado interior, fue acercarme al despacho del editor jefe, repetir el cuento de mi aflicción y presentarle mi dimisión con efecto inmediato. La reacción del señor Pak a la noticia no fue tan airada como había imaginado. Con ecuanimidad oriental asintió, dolido, y me dijo con voz apagada: «Tendría que haber venido antes». El señor Pak parecía lamentar mi situación más que yo mismo. Lo cual me avergonzó de un modo más profundo de lo que lo habría hecho una verdadera reprimenda; como si mi autoestima no hubiese tocado fondo todavía. El señor Pak no se enfadó conmigo, pero yo sí me enfadé conmigo cuando salí a la calle y juré y perjuré que iba a llevar a cabo algunos cambios. Acto seguido, sin embargo, me metí en el primer pub irlandés que encontré y alcé la copa en un brindis por el futuro.

Con la intención de llegar a fin de mes tras la debacle en la editorial Van Nostrand, pedí trabajo como editor y corrector *freelance* a mis conocidos del negocio. Durante un tiempo me dio la impresión de que tal vez dispondría de otra oportunidad. Tendría que haberme dado cuenta desde el principio: si hubiese tenido alguna vez la disciplina necesaria para ser *freelance*, nunca habría llegado a ser *freelance*. Empecé a pasarme de las fechas de entrega, creándome mala reputación para futuros encargos. En cuestión de dieciocho meses la ruina de mi carrera como editor era completa. No resulta sorprendente comprobar que fue durante esos mismos meses

cuando irrumpió en mi vida un creciente interés por la cocaína; un vicio adquirido recientemente. A partir de ese momento, el viento idiota empezó a soplar a mi espalda, empujándome hacia un futuro plagado de nuevas lamentaciones.

«¡Ya basta!», me dije al tiempo que el autocar emergía del túnel y se las veía y se las deseaba para ascender por los cerros de Weehawken. El mal ya estaba hecho. Revolcarse en la culpa no tenía sentido. Era el momento de empezar a mirar hacia delante. Por fortuna, mi agobiada existencia como cocainómano no había debilitado por completo mi capacidad para el optimismo (así como mis pretensiones literarias), y cuando el autocar se encaminó hacia el sur atravesando Nueva Jersey, tranquilicé mis pensamientos con la amable ficción de que la carretera que se extendía ante mí me llevaría a vivir aventuras al estilo Kerouac; esas aventuras que venía anhelando desde que leí por primera vez *En el camino* en el último año del bachillerato. «¿Quién sabe? —pensé—. A lo mejor saldrá un libro de todo esto.»

En mis fantasías estilo Jack Kerouac siempre me veía a mí mismo como el personaje de Sal Paradise, el *alter ego* del propio Kerouac. Pero ahora estaba ahí, recorriendo la carretera como lo haría su compinche drogadicto, Dean Moriarty. Me preocupaba ese cambio de papeles. Por lo pronto, iba a tener que variar —lo antes posible— el destino de la persona real que inspiró el personaje de Dean, Neal Cassady, pues murió a los cuarenta y un años, lleno de alcohol y pastillas, desafortunada víctima de sus propios excesos. No quería acabar así. Dudaba que el propio Neal quisiese acabar así. Pero nunca lo sabremos. Murió solo, junto a las vías del tren en una noche muy fría en México. Un tipo descerebrado que no quiso aceptar consejos de nadie hasta su último suspiro.

Tenía las manos pringadas cuando acabé con los sándwiches de mermelada, así que agarré mi mochila y me metí en el cubículo del aseo para lavarme y afeitarme. Cuando la imagen borrosa que me devolvía la plancha de metal que hacía de espejo me pareció marginalmente menos indigna, acabé mi proceso de limpieza librándome de toda la parafernalia relacionada con las drogas, enterrándola en lo más profundo de una abarrotada montaña de toallitas de papel, dentro de la papelera. Si un agente de tráfico me detenía por hacer autostop y rebuscaba en mi mochila lo peor de lo que podría acusarme ahora era de vagabundeo. «Previsión», me dije con una sonrisa. ¿Cuándo había sido la última vez que fui capaz de prever algo?

El autocar apenas superaba los sesenta kilómetros por hora mientras recorríamos la autopista de Nueva Jersey, cubierta por completo de nieve. La lentitud me resultaba favorable, a pesar de todo, pues cuanto más tardásemos en llegar a Richmond más podría dormir. Acabábamos de pasar Rahway cuando convertí mi abrigo en una almohada y me dispuse a cerrar los ojos. «Cuando los abra —me dije—, habré dejado atrás toda esta nieve.»

El viaje por Garden State debía de haber invocado su espíritu: Kate, Dios la tenga en su gloria, era una chica de Jersey, de Bergen concretamente. Una belleza irlandesa de cabello castaño con un puntito cheroqui en los pómulos y una sonrisa que podía alegrar mi corazón a una manzana de distancia. La conocí una noche en el Lion's Head, un año después de romper con Marie. Por aquel entonces, estaba empezando a salir con chicas, aunque no tenía ninguna prisa por abandonar esa vida de soltero que me llevaba a saltar de cama en cama en aquel Manhattan postseparación. Pero en el mismo momento en que Kate y su ruidosa amiga Flossie entraron riendo en el bar aquella noche, borracho y al acecho como estaba, mis días de soltería pasaron a la historia.

Ocho meses más tarde estábamos de pie frente al juez de paz de Hoboken, ciudad natal de Sinatra, repitiendo unos votos que ambos habíamos roto con anterioridad. En esta ocasión, sin embargo, lo hicimos bien. Estábamos seguros de lo que hacíamos. Nuestros primeros matrimonios fallidos nos habían hecho más sabios, la amarga lección que habíamos aprendido sin duda haría que el segundo mordisco de la manzana nos resultase mucho más dulce. Y durante los siguientes años, lo fue. Mientras Kate finalizaba sus estudios en la New School para conseguir una licenciatura en Lengua inglesa —un objetivo que había postergado desde su divorcio— me até a la máquina de escribir y empecé a publicar artículos en *High Times* y *SoHo News*, así como a escribir toda una serie de cuentos que publicó Cooper Union Press. Nos compramos una furgoneta Dodge en la que podíamos dormir y con la que celebramos nuestro segundo aniversario viajando a San Francisco, riendo sin parar de un estado a otro, con el disco *Wavelength* de Van Morrison sonando sin parar en nuestro radiocasete. «Esta es una canción sobre tu longitud de onda y mi longitud de onda, cariño», cantábamos a coro con Van the Man, con nuestras voces fuera de tono en ocasiones, pero con nuestros corazones en perfecta armonía; a medida que iban pasando los kilómetros daba la impresión de que nada podría echar a perder nuestra felicidad. Pero mientras tanto, las sombras acechaban en silencio y cuando el viento idiota finalmente volvió a soplar durante nuestro cuarto año juntos, recaí en las mismas rutinas que habían arruinado mi matrimonio con Marie.

Kate esnifaba de vez en cuando, así que nunca me presionó para que abandonase mis costumbres. Ojalá lo hubiese hecho. Tal vez de ese modo no me habría dejado llevar cuando las cosas empezaron a rodar cuesta abajo. Pero no puedo culpar a nadie, más que a mí mismo, por haber perdido la senda y haber vuelto a relacionarme con mis amigos cocainómanos de Tribeca. Cuando amanecía, regresaba a nuestra casa de Hoboken en el tren PATH con un montón de tristes excusas que eran sin duda un insulto a la inteligencia de Kate. Lo cual no hacía sino enfurecerla un poco más. Desde el principio me había dejado claro que no toleraría las mentiras. Ella misma vivió en la mentira cuando engañó a su primer marido, pero desde entonces se había prometido que no volvería a pasar por algo así.

La víspera de nuestro quinto aniversario, Kate mantuvo su promesa y me pidió que recogiese mis cosas y me largase. Lo denominó una «separación de prueba», lo que dejó una grieta de esperanza a la que pude aferrarme cuando me vi obligado a mudarme al otro lado del río,

concretamente a un *loft* a medio construir en la calle Washington, muy cerca del Ear Inn. El colchón hinchable al que tan buen uso habíamos dado durante nuestro viaje por el país era mi único mueble, y en las siguientes semanas lo mojé con mis lágrimas nocturnas cuando, tumbado en la oscuridad, me preguntaba por qué demonios tenía que cometer siempre los mismos malditos errores. La respuesta, como no podía ser de otro modo, la tenía delante de las narices, pero hasta que no fuese capaz de aceptarla nada iba a cambiar.

A pesar de que, en primera instancia, no cabía duda alguna de a quién de los dos se le estaba poniendo a prueba, en último término nuestra separación nos estaba poniendo a prueba a los dos, porque a pesar de todo el dolor y la amargura no habíamos dejado de querernos. Cada tantos meses, Kate me invitaba a Hoboken a pasar el fin de semana y la vieja chispa volvía a prender como siempre había ocurrido entre nosotros. Pero ella quería algo más que eso. Lo que realmente deseaba era alguna clase de gesto que indicase que yo estaba cambiando de vida; poder ver un atisbo de la proverbial luz al final del túnel. Por desgracia, seguí decepcionándola. El único cambio que había experimentado mi vida desde que nos separamos había sido para peor. A esas alturas, no podía mantener un trabajo más de una semana antes de que me diesen la patada por culpa de mi dejadez, así que pasar algo de coca en los lavabos se había convertido en mi principal fuente de ingresos. A pesar de todo, Kate mantenía la esperanza. No sé cómo podía hacerlo, pero así era ella. El corazón humano es un órgano de lo más misterioso.

Llevábamos dos años separados cuando la subida de los alquileres debido a la gentrificación de Hoboken provocó que Kate dejase su apartamento de la calle Garden y se trasladase a un lugar más asequible en Jersey City. Para mí, eso significaba un trayecto más largo en el tren PATH, pero aun así nunca desprecié la oportunidad de pasar un fin de semana con ella siempre que me lo proponía. La última de sus invitaciones periódicas tuvo lugar un frío fin de semana a principios de 1984. Cuando llegué a su apartamento a la hora de la cena aquella noche de sábado, Kate estaba en la cocina con el delantal lleno de harina, preparando pollo frito con mantequilla y unos bollos de pan caseros, otra de sus especialidades del sur (había crecido en Alabama, antes de que su padre se trasladase con toda la familia al norte de Nueva Jersey durante su primer año de bachillerato). Después de cenar, satisfechos y felices, nos retiramos a su dormitorio y pasamos el resto de la noche retozando, fumando hierba y viendo *Saturday Night Live* hasta que los dos nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente tardamos mucho en salir de la cama, solo lo hicimos cuando Kate decidió que era el momento de tomar café. Ella se dedicó a prepararlo y yo me vestí y salí a la calle en busca de algo para desayunar y también del *Times* del domingo. Regresé quince minutos después, cubierto por unos ligeros copos de nieve. Nos sentamos para desayunar sin prisa antes de llevarnos el periódico a la cama con nosotros. Durante las horas siguientes estuvimos tumbados uno al lado del otro, compartiendo el periódico, hasta que a eso de las dos de la tarde Kate me dijo que tenía un poco de sueño.

—Creo que voy a echar una cabezadita —me dijo—. Pero despiértame dentro de una hora o

así, no quiero pasar todo el día durmiendo.

Le prometí que lo haría..., pero jamás cumplí esa promesa.

En cuestión de minutos, Kate roncaba suavemente mientras yo leía el suplemento de libros. Siguió durmiendo apaciblemente durante la siguiente media hora. Tan apacible, de hecho, que casi logró que yo también me durmiese. Pero, de repente, la cama empezó a temblar y cuando me volví hacia Kate me horrorizó ver que convulsionaba de manera frenética bajo el edredón. De inmediato, la agarré por los hombros y la agité, llamándola por su nombre, esperando que no fuese más que una pesadilla. Pero no despertó. Su cuerpo siguió dando saltos a causa de los espasmos.

Presa del pánico agarré el teléfono y llamé a una ambulancia. Los paramédicos llegaron solo cuatro minutos más tarde. Para entonces, yo ya había sacado a Kate de la cama y la había tumbado en el suelo para practicarle la reanimación cardiaca. Los paramédicos me hicieron a un lado y tomaron las riendas, aunque sin efectos visibles. El rostro de Kate había adquirido ya una tonalidad azul y, cuando me hice a un lado, sabiéndome inútil, para ver cómo se la llevaban, entendí en lo más profundo de mi corazón que la había perdido para siempre. Aneurisma cerebral. Eso dictó el informe *post mortem*. Durante treinta y tres años Kate iluminó el mundo con su sonrisa. Se fue muy pronto. Ahí acabó para siempre nuestra separación de prueba.

Habían pasado dos años desde aquella horrible tarde en Jersey City, pero la muerte de Kate seguía acosándome en sueños. Esa fue precisamente la pesadilla que me tuvo atrapado en el autobús hasta llegar a Richmond. Aún estaba dormido cuando entramos en la estación pero, de repente, sentí que mi cuerpo empezaba a temblar. Sentí pánico en sueños. Estaba convencido de que estaba sufriendo las consecuencias de un aneurisma y que convulsionaba como había visto hacerlo a Kate. Fue tan aterradoramente real que creí que estaba sucediendo de verdad. Abrí los ojos de golpe y vi al conductor de la compañía Greyhound sacudiéndome por los hombros y gritando alguna clase de mensaje que yo no era capaz de procesar.

—¿Qué hora es? —mascullé.

—Hora de despertarse —respondió el conductor—. Estamos en Richmond, hijo. Fin de trayecto para ti.

¿Fin de trayecto para ti? No me gustó cómo sonaron aquellas palabras. Pero como me había llevado de una pieza a Richmond, le di las gracias, me puse las zapatillas de deporte y bajé del autocar para intentar descubrir qué tesoros guardaba Richmond para mí. Lo primero que sentí fue conmoción y, acto seguido, llegó el desencanto: ¡en tres de los costados del aparcamiento se amontonaba la nieve! Los montones de nieve tenían una altura considerable, ya que un par de quitanieves que rondaban por allí la habían ido apartando de la carretera. Era un panorama de lo más desalentador, porque tenía la esperanza de haber dejado la nieve atrás.

En el interior de la estación había una docena escasa de personas sentadas en la sala de espera. Una soñolienta mezcla de vagabundos y viajeros a la espera, bañados por la luz de los

fluorescentes. Aquellos que estaban despiertos parecían cansados y aturdidos debido a la resignación, como los noctámbulos del cuadro de Edward Hopper. Comprobé, al mirar el reloj que pendía de una de las destartadas taquillas, que mi cara presentaba ese mismo aspecto. Las tres y media de la madrugada. Una hora lúgubre, sin duda. Decidí que lo más adecuado sería sentarme allí hasta que amaneciese. En el exterior la temperatura todavía estaba muy por debajo de cero y las calles estaban vacías; no era una buena noche para hacer autostop.

Como tenía horas por delante, fui al lavabo e intenté asearme un poco, aprovechándome de las instalaciones mientras me fuese posible. Cuando se hiciese de día me adentraría en territorio hostil: el reino en el que impera la advertencia «Lavabos de uso exclusivo para clientes». Disponía únicamente de cinco dólares, así que más pronto que tarde dejaría de ser cliente. Por el momento, sin embargo, era todavía un hombre con recursos deseoso de tomarse una taza de café en la cafetería del vestíbulo. Mi cuerpo pedía a gritos algo de cocaína. Supuse que una sacudida de cafeína aliviaría en parte esa necesidad.

La cafetería anunciaba servicio de veinticuatro horas, pero dentro no había nadie. Nada de clientes tampoco. Me pareció raro, hasta que me acerqué al mostrador y eché un vistazo a la cocina a través de la ventanita de los pedidos. Vi a una joven camarera muy delgada junto a los fogones, de espaldas, rebañando el interior de un pote con una larga cuchara de madera. Carraspeé para llamar su atención y ella dio un respingo, como una ardilla asustada, antes de darse la vuelta para mirar por la ventanita.

—No corras —le dije lamentando haberla asustado.

Ella compuso una sonrisa avergonzada y respondió:

—Un segundo, ahora estoy con usted.

Cuando apareció detrás de la barra, se me acercó con una carta.

—Lo siento, tenía que remover el chili —dijo—. Andamos cortos de personal esta noche. El cocinero del turno de noche no se ha presentado. No ha podido llegar por culpa de la tormenta. El del turno anterior se quedó para cubrirlo, pero se ha quedado dormido encima de unos sacos de harina en la despensa. Me dijo que descansaría hasta la hora del desayuno, pero eso es una locura. Tal como están hoy las carreteras, no habrá ajetreo ninguno esta mañana. No hemos pegado sello en toda la noche. Hasta que ha aparecido usted. ¿Qué puedo servirle, señor?

Me había dado mucha más información de la que necesitaba, aunque no me molestó. Supuse que estaba ansiosa por hablar con alguien. Mi radar de yonqui, sin embargo, emitió una señal de advertencia cuando me fijé en que sacaba una servilleta de papel de su delantal una y otra vez para frotar suavemente su nariz goteante, y me di cuenta de que también se la pellizcaba. Sus pupilas dilatadas —y su corona de cabello puntiagudo— le daban un curioso aire de heroína japonesa del manga. Una heroína de nombre «Charlene», tal como indicaba su chapa.

—¿Viene usted de Nueva York? —me preguntó mientras me servía el café que le había pedido.

—Eso parece —respondí—. ¿Cómo lo has sabido?

—Por cómo ha pedido el café. Me ha dado la impresión. ¿Es usted actor o algo así?

—¿Actor? —Sonreí—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Su sombrero, supongo. No se ven muchos sombreros como el tuyo en este pueblo, a no ser que los veas por la tele. Le veo como uno de esos agentes del FBI de *The Untouchables*. A mi padre le encantaba esa serie.

—De hecho, soy escritor —respondí.

Una afirmación un tanto endeble, lo admito. No había publicado nada desde hacía años. Aun así, supuse que «escritor», como profesión, resultaba más adecuado que decir «yonqui indigente».

—¿Escritor? Suena bien —dijo Charlene—. ¿Qué escribe?

—Cosas diferentes —respondí—. Cuentos, artículos para revistas como *High Times*.

—¡*High Times*, vaya! —exclamó—. Tiene que ser famoso.

—Solo en mis fantasías —bromeé.

—¿En qué está trabajando ahora?

—Estoy reuniendo material —le dije, algo que venía repitiendo desde hacía demasiado tiempo como para admitir que era mentira—. Creo que voy a escribir un libro sobre hacer autostop por todo el país, como Jack Kerouac en *En el camino*. ¿Lo has leído?

—No, nunca lo había oído —admitió Charlene—. ¿De qué va?

—Dos colegas que van de aquí para allá en los tiempos del *beatnik*, recorriendo el país a base de *speed*.

—¿*Speed*, eh? —dijo Charlene interesada—. ¿Eso es como las metanfetaminas?

—Algo así —respondí—. Pero a ellos les gustaban más las pastillas de bencedrina. En aquel entonces las llamaban *bennies*.

—¿Y a ti qué, también te va el *speed*? —Una pregunta adecuada después de lo que le había dicho sobre escribir en *High Times*.

—Ya no —sonreí.

Llevaba veinticuatro horas limpio y ya estaba fanfarroneando. En cualquier caso, me sentaba bien decirlo. Hasta que mi conciencia me recordaba que no tenía nada de qué presumir. No después de dejar a los pobres Susan y Danny en la estacada.

—Ojalá pudiese decir lo mismo —dijo Charlene limpiándose la nariz con el pañuelo de papel—. He intentado dejarlo, pero no es fácil. —Y con esas sencillas palabras la cafetería vacía se convirtió en un confesionario. Con un tono de voz tan amargo como el café que vertía en mi taza una y otra vez, Charlene se lanzó a relatarme sus problemas.

Me dijo que odiaba estar enganchada a las metanfetaminas. Pero que incluso odiaba más a sus padres por usar su adicción contra ella. La denunciaron por ser una madre irresponsable y convencieron al juez para que les entregase la custodia de su nieta, Kylie. El padre de la niña no tenía nada que decir en ese asunto; se había ahorcado en una celda mientras esperaba a que lo juzgasen por tráfico de metanfetaminas. Charlene también culpaba de esa muerte a sus padres. El sheriff del pueblo en el que creció, Blue Ridge, era sobrino de su madre. Habían movido los hilos de la familia para sacar de la circulación a Daryl, su novio, que había dejado la universidad sin

llegar a acabar la carrera. Pero no antes de que dejase embarazada a Charlene en su último año de bachillerato.

—Los muy cabrones tienen las manos manchadas con la sangre de Daryl —maldijo Charlene—. Ni siquiera pudo ver a su hija. Su hermana y yo lo enterramos un mes antes de que Kylie naciese. Después mis padres se llevaron a Kylie y me internaron en el Bible College de los Ozarks. Una escuela baptista de culos apretados donde me dijeron que Dios me «rehabilitaría» si le abría mi malvado corazón. Menudo puto chiste. No habría aguantado ni una noche allí si no me hubiese llevado una bolsita en el autobús a Missouri. Me quedé una semana. Cuando se me acabaron las provisiones me largué.

—Y después, ¿qué? —le pregunté ganándome que volviese a llenarme la taza.

—Hice autostop hasta una parada de autobús y me gasté mi reserva para libros en un billete a Richmond.

—¿Por qué Richmond?

—La hermana de Daryl vive aquí. No sabía a quién acudir. He estado durmiendo en la habitación de invitados, en su piso compartido, desde entonces. He ido a clases nocturnas de publicidad y meneando mi culo aquí, en el turno de medianoche. Estoy tan cansada que la metanfetamina es lo único que me ayuda a aguantar.

—Entonces ¿aquí no tienes problemas para encontrar material? ¿La hermana de Daryl también consume?

—No, por Dios —dijo Charlene—. Amanda es enfermera. Nunca se ha metido nada. Lo consigo a través de mis amigos de la escuela de arte. A la mitad de ellos les va la meta. Hace que su creatividad fluya, por lo que me cuentan. Es posible, les digo yo, pero siguen siendo yonquis, como yo.

—¿Cómo van las clases de arte? —le pregunté desplazándome hacia aguas más tranquilas.

Regresó la sonrisa avergonzada.

—No están mal, la verdad. Con veinte créditos más conseguiré el certificado. Después buscaré un trabajo en publicidad. Uno que me dé dinero suficiente para pagar a un abogado y recuperar la custodia de Kylie.

—¿Crees que podrás lograrlo? —le pregunté.

—Si puedo superar el análisis de orina, sí —dijo con escasa convicción—. Estar limpia es la parte más dura. Lo dejo durante unos días, pero después caigo otra vez. Siempre. Amanda me ha ofrecido meterme en un programa de rehabilitación, pero yo lo dejo para más adelante. Primero quiero acabar de estudiar. Al menos eso es lo que le he dicho a Amanda. Pero lo cierto es que me da miedo no poder tirar adelante.

—Cuando llegue el momento, te lo aseguro, encontrarás el modo de hacerlo —dije, pero en cuanto aquellas palabras salieron de mi boca pensé: «¡Tonterías!». ¿Quién me creía que era para dárme las de listo y de paternalista? Bien mirado, lo único que había hecho para cambiar de vida había sido alejarme unos cuantos centenares de kilómetros de Bobby Bats. Podía engañar a

Charlene pero no podía engañarme a mí mismo. Me asustaba tanto el futuro como podía asustarle a ella. Lo difícil para mí empezaba ahora, y al igual que Charlene no estaba seguro de poder sobrellevarlo.

Empezaron a brotarle las lágrimas de sus ojos de dibujo manga y se las enjugó con la servilleta de papel.

—Por el bien de Kylie, espero que tengas razón.

Yo también esperaba estar en lo cierto. Respecto a los dos.

Dos agentes de policía de Richmond entraron en ese momento en la cafetería y se sentaron en los taburetes que estaban en el extremo de la barra. Charlene se enjugó las lágrimas con celeridad y se apresuró a tomarles nota mientras yo me dirigía a los servicios. Supongo que sería paranoia, pero cuando acabé en el lavabo me dio reparo volver a la cafetería. No me gustaba la idea de que allí hubiese policías. Hasta ese momento, mi sombrero fedora no había llamado la atención, pero ¿para qué tentar a la suerte?

Estaba dejando pasar el tiempo metido en el lavabo cuando, de repente, me dio por pensar que no había repasado a fondo mi billetera desde que salí de Nueva York. Cuando estaba en racha, solía esconder algo de dinero en los compartimentos secretos de mi billetera y después olvidaba que lo había dejado allí. No tenía muchas esperanzas de tener suerte, pero como no tenía nada mejor que hacer, saqué la billetera y comprobé todos los recovecos. Mi escrutinio no me llevó a encontrar un billete de veinte arrugado, pero la búsqueda no fue en vano, porque descubrí una tarjeta profesional que había olvidado que llevaba encima; una de esas tarjetas podía llegar a ser más valiosa que cualquier dinero en efectivo que hubiese encontrado.

Mi amigo Tanner me la había dado en Navidades, cuando se pasó por el Racoon para tomar unas copas antes de irse al aeropuerto camino de su nueva casa en San Francisco. En su mejor momento, a principios de los ochenta, Tanner había ganado un montón de dinero traficando con droga gracias a su trabajo como importador de manualidades del Himalaya; eso le había permitido introducir en Estados Unidos el espectacular hachís nepalí y afgano. Al contrario que la mayoría de los traficantes, Tanner fue lo bastante inteligente como para dejarlo pronto, cuando todavía estaba en su apogeo. Cuando cerró el negocio, en 1985, se llevó los beneficios a San Francisco y empezó a invertir en inmuebles. Compraba grandes almacenes comerciales y los convertía en bloques de apartamentos de lujo. Cuando nos vimos en diciembre, le dije medio en broma que había la posibilidad de que me fuese al oeste y le pidiese trabajo. Para mí no fue más que parloteo de borracho, pero Tanner se lo tomó en serio.

—¿Serías capaz de colocar paneles de yeso? —me preguntó.

—Por supuesto —le dije y le hablé de las semanas que pasé colocando paneles de yeso con un amigo al que habían contratado para construir una sala de sonido encima del antiguo estudio de grabación de Jimi Hendrix en Greenwich Village, Electric Lady. Tuvimos que fijar cada uno de aquellos paneles por triplicado: tres placas colocadas juntas, como un sándwich, para asegurarse

de que la sala quedaba insonorizada. Así que podía decir que había colocado algunos paneles de yeso.

—Bueno, pues entonces tengo trabajo para ti si te presentas por allí —me dijo Tanner pasándome su tarjeta profesional.

Eran las tres menos cuarto de la madrugada en San Francisco, pero Tanner siempre había sido un animal nocturno, así que no me preocupó pensar que mi llamada pudiese sacarlo de la cama. Tanner contestó al teléfono al segundo tono. Me pareció tan despierto como la operadora de acento sureño con la que tuvo que hablar para aceptar una llamada a cobro revertido de alguien a quien ella se resistía a llamar Pete the Hat.

—Por supuesto —dijo Tanner—. Pásamelo.

—¡Tanner! Qué bien oír tu voz, hermano. Espero no haberte despertado.

—Demonios, no —respondió—. ¿Qué se te ofrece, Hat?

—Me ha pasado una cosa graciosa —le dije—. Acabo de encontrar tu número en una estación de autobuses.

—Sí, sí, ya sé. «Si quieres pasar un buen rato, llama a Tanner.» Qué le voy a hacer, mis seguidores son legión. ¿En qué estación de autobuses? ¿Dónde estás?

—Richmond, en la jodida Virginia. Estoy disfrutando del templado clima sureño. Voy camino del oeste y me estaba preguntando si todavía necesitabas a alguien que supiese colocar paneles de yeso.

—Claro que sí —dijo Tanner y, de repente, mi ánimo se encendió. Gracias a Dios, él era una de las personas a las que nunca había fastidiado—. ¿Cuánto vas a tardar en llegar?

—Voy a dedo, así que supongo que unos tres días, tal vez cuatro.

—De acuerdo. Genial —dijo Tanner—. Llámame cuando llegues a la ciudad y te pasaré la dirección del trabajo. Podrás instalarte en uno de los apartamentos vacíos hasta que te encontremos un lugar en el que vivir.

—Estupendo —dije. Y lo era. ¡Un trabajo y un lugar en el que dormir! ¿Qué más podía pedir? —. Gracias, Tanner, te debo una de las grandes.

—No lo creo —dijo Tanner como si se hubiese limitado a apagar el fuego para que no se me quemase el beicon—. Después de lo mucho que me ayudaste con lo de Nepal, creo que soy yo el que te debe una. Intenta no montar en coches con tipos que lleven un hacha. Nos vemos cuando llegues aquí.

Me alegró descubrir que Tanner seguía teniendo en cuenta aquel antiguo favor. Me hizo sentirme algo menos culpable por abusar de su generosidad. Años atrás, cuando Tanner se dedicaba todavía al negocio de la importación, le organicé un encuentro con un compañero de clase de Dartmouth que estaba relacionado con la familia real nepalí. En su siguiente viaje de «compras» al Himalaya, Tanner se detuvo en Katmandú para encontrarse con mi antiguo compañero de clase y, mientras charlaban, Tanner mencionó su pasión por la pesca con mosca. Eso fue todo lo que mi compañero de clase necesitaba oír.

Casi al instante, Tanner se vio montado en un Land Rover recorriendo las colinas que rodeaban la ciudad para probar suerte en un lago privado reservado para los miembros de la familia real. En su primer intento Tanner pescó la trucha más grande que había pescado en su vida: una trucha alemana marrón de seis kilos y medio. Y eso no fue más que el principio de la diversión. Tanner sacó tantas truchas aquel día que cuando regresó a Estados Unidos no pudo dejar de elogiar «los monstruos marrones del Nepal».

Sonreía de oreja a oreja cuando volví a entrar en la cafetería de la estación. No había policías a la vista que pudiesen hacerme cambiar de humor.

—Estás aquí —dijo Charlene—. Pensé que te había perdido.

—Tenía que hacer una llamada.

—Por tu sonrisa diría que ha sido una buena llamada.

—Una llamada excelente —añadí—. Acaban de ofrecerme un trabajo en San Francisco.

—Bien por ti —dijo Charlene con una sonrisa—. Felicidades.

—Gracias. Será mejor que me cobres. Tengo que seguir mi camino.

—Lamento haber estado comiéndote la oreja toda la noche. No suelo darles la brasa a los extraños, pero tú sabes escuchar. Que tengas buena suerte. Espero que encuentres muchas historias para tu libro.

—Mucha suerte para ti también —dije—. Espero que recuperes pronto a Kylie. Pensaré en ti.

El sol estaba ascendiendo cuando salí de la estación de autobuses y, bajo la clara luz del día, descubrí que no tenía ni idea de cómo regresar a la autopista I-95. Recordé entonces que había visto un mapa local en la estación. Me apresuré a entrar de nuevo para consultarlo y fue entonces cuando me fijé en que el campus de la Virginia Commonwealth University no estaba lejos. ¡VCU! ¿Por qué no había pensado en eso antes? Kate había estudiado allí sus tres primeros años de carrera y también habíamos estado en Richmond varias veces durante nuestro matrimonio para ver a sus amigos de entonces. Uno de sus amigos, un pintor llamado Brett Stuart, había logrado un puesto como profesor en el Departamento de Artes después de licenciarse. Si lograba dar con él estaba convencido de que me haría un pequeño préstamo que podría devolverle en cuanto llegase a la Costa Oeste. Su número aparecía en el listín telefónico. Supuso un gran alivio. Lo apunté y recorrí a pie los seis kilómetros que me separaban del campus de la VCU a pesar del frío helador. A esas horas las calles estaban casi desiertas. De hecho, para cuando llegué allí me había cruzado con más estatuas de héroes de guerra confederados que con transeúntes. Cada una de aquellas estatuas cubiertas de nieve estaban solo ligeramente más tiesas y agarrotadas que yo para cuando detuve mis pies ante las puertas cerradas del edificio de Artes, donde pude leer, en un cartel escrito a mano, que todas las clases habían quedado canceladas hasta próxima notificación. «Como mínimo sé que Brett tiene el día libre —pensé—. Tal vez debería llamarlo ahora mismo.» En busca de un lugar cálido con una cabina de teléfono, seguí un rastro de aroma a beicon frito que me llevó hasta un tugurio en el límite del campus. No pude evitar fijarme en el techo. «Menuda casualidad», pensé con una sonrisa sin apartar la vista de la sorprendente colección de sombreros

que colgaba de las placas de insonorización. Había de todo, desde gorros de piel de mapache a los típicos bombines estilo Laurel y Hardy, así como unos cuantos fedoras como el que llevaba puesto. Como no podía ser de otro modo, me lo tomé como un buen augurio. Pensamiento mágico de nuevo, pero ¿cómo iba a resistirme? Era un loco de los sombreros desde que tía Mary, mi madrina solterona, me regaló una boina francesa cuando cumplí diez años. Cuando marqué el número de teléfono de Brett, sin embargo, me respondió un mensaje grabado afirmando que dicho número ya no estaba en servicio. «¿Y ahora qué?», me dije frunciendo el ceño. Me acordé entonces de alguien a quien podía llamar para saber qué había sido de Brett: su mentor, Morris Yarowsky.

Morris era un dotado pintor abstracto miembro del equipo académico del Departamento de Artes de VCU desde hacía mucho tiempo; también antiguo alumno de Dartmouth. Si alguien podía ayudarme a localizar a Brett ese era Morris. Pero cuando lo llamé, Morris me dijo que Brett había renunciado a su puesto de trabajo el semestre anterior y que se había ido a Ohio.

«Pues estamos bien», pensé y estaba a punto de colgar cuando decidí lanzarme a la piscina.

—Verás, Morris, el asunto es el siguiente —le dije antes de explicarle la situación.

Media hora más tarde estaba de nuevo en ruta, de camino a la interestatal con dos radiantés billetes de veinte en mi cartera.

Morris se presentó en el restaurante diez minutos después de mi llamada y después de darme el pésame por la muerte de Kate, me sorprendió entregándome el doble de lo que le había pedido que me prestase. Su generosidad me puso en mi lugar, aunque sabía que a quien tenía que agradecerse realmente era a Kate; lo cual me entristeció porque me llevó a pensar que estaba negociando con su recuerdo para conseguir algo de dinero. Una deuda más que no podría pagarle. Lo único que podía hacer era rogar que, allí donde estuviera, lo entendiese.

Había caído sobre mí una buena cantidad de nieve para cuando logré llegar a la interestatal, así que estaba ansioso por perder Richmond de vista. Pero la ciudad se negaba a dejarme ir. Durante las tres horas siguientes, con el alma a los pies, vi como coche tras coche pasaba a mi lado sin detenerse, por lo que empecé a sospechar que mi sombrero estilo *Untouchables* —como lo había definido Charlene— me estaba dando mala suerte. A esas alturas estaba tan desesperado que me dije que cambiar de sombrero tal vez cambiase mi suerte, así que a regañadientes regresé a la ciudad en busca de una tienda de ropa y llegué a un barrio que a todas luces había quedado excluido de la «economía de la abundancia» de la que hablaba Ronald Reagan. Me crucé con un montón de almacenes vacíos, con las ventanas pintadas de las que colgaban carteles de «SE ALQUILA». No tenían un aspecto muy prometedor.

Seguí caminando y finalmente vi una pequeña tienda en la que vendían los restos de temporada de una empresa local de prendas de lana. Dicha tienda ocupaba la parte delantera de lo que antaño había sido una tintorería y en las letras medio borradas del cartel de la fachada, encima de la puerta, podía leerse: «AJUSTAMOS MIENTRAS ESPERAS».

«Vamos allá», me dije. Un ajuste oportuno era justo lo que necesitaba; preferiblemente una de

esas gorras de lana para hacer guardia como las que mi padre lucía en las viejas fotos de cuando estuvo en el ejército. Pero cuando entré y le pregunté a la dependienta que estaba tras el mostrador si tenían gorras de guardia de lana se rascó sus trenzas africanas confundida y admitió que no sabía a qué me estaba refiriendo. Le describí lo que andaba buscando y finalmente se le iluminaron los ojos.

—Ah, ya lo entiendo —me dijo—. Lo que quiere es uno de esos de esos gorros de *trei-neu*.

Ahora fui yo el que se rascó la cabeza.

—¿*Trei-neu*? —repetí sin tener ni la más remota idea de qué era eso.

—Sí, ya sabe, uno de esos gorros que llevas cuando te tiras por la nieve.

Me costó no echarme a reír cuando finalmente deduje que estaba queriendo decir *trineo*, pero mantuve la compostura mientras señalaba con la mano en dirección a un enorme barril de cartón lleno hasta arriba de manoplas y bufandas y gorros de lana, todos de unos colores horribles; resultaba fácil entender por qué habían acabado en un contenedor. Escogí el gorro del color menos chillón que pude encontrar y, por la maravillosa suma de un dólar, salí de la tienda orgulloso de ser dueño de uno de esos gorros amarillo bilis de *trei-neu*. De acuerdo, decir orgulloso sería tal vez exagerar un poco, porque era más feo que un vómito de rata. Eso no impidió que tirase mi fedora en el contenedor de basura más cercano, igual que había hecho con el instrumental para las drogas en el autobús. Poco a poco iba desprendiéndome de mi personaje neoyorquino. Me alegraba librarme de él.

A media tarde estaba de vuelta en la rampa de acceso a la autopista y me puse a rezar para que alguien se detuviese antes de que cayese la noche. De no ser así, me vería obligado a gastarme el dinero de Morris en otro billete de autobús. Me fastidiaría mucho tener que hacerlo, pero ahora sabía que me esperaba un puesto de trabajo en San Francisco y que perder otra noche en Richmond no tenía ningún sentido. Necesitaba que la magia de mi gorro de trineo surtiese efecto rápidamente. Y vaya si lo hizo, pues en cuestión de minutos oí el chirrido de unos neumáticos con cadenas para nieve deteniéndose a mi espalda, antes siquiera de que tuviese la oportunidad de alzar el pulgar. Se trataba de un viejo Chevrolet Suburban azul. ¡Parecía haber salido de la nada!

—¿Hacia dónde te diriges, hijo? —me preguntó el conductor. Era un hombre de mediana edad y vientre voluminoso, con el pelo muy corto, los mofletes caídos y unas tupidas patillas a ambos lados de la cara.

—San Francisco —respondí y el conductor alzó las cejas como movidas por un resorte.

—Menudo viaje —dijo.

—Lo será, si empiezo a moverme. Llevo estancado en Richmond desde las tres y media de la madrugada.

—Bueno, yo te puedo llevar hasta Petersburg. Son solo ochenta kilómetros, pero te sacarían de Richmond. Como tú veas. ¿Te bajas y esperas a otro que te lleve más lejos?

No me iba a bajar. Ni por todo el oro del mundo. Podría haber sido uno de los asesinos de los que me habló Tanner, con una jodida hacha manchada de sangre en el asiento de atrás, y yo no

habría cambiado de opinión.

—No, Petersburg me parece bien —le dije. A alguien llamado Pete, ¿cómo no iba a parecérselo?

—Me llamo Randall —me dijo el conductor—. ¿Y tú cómo te llamas? Mejor que dejemos de ser dos extraños.

—Pete —le respondí.

—Vaya, Pete. Tal vez Petersburg te traiga algo de suerte —dijo con una sonrisa.

—Eso espero —añadí—. ¿Vives en Petersburg, Randall?

—Sí, señor; toda mi vida. Enseño carpintería en el instituto, pero como hoy cancelaron las clases he ido a Richmond a visitar a mi hermana. A la pobre le han puesto una prótesis de cadera. Regresaba a casa desde el hospital cuando te vi.

—Gracias a Dios que me viste —dije—. Estaba empezando a pensar que me quedaría congelado antes de que nadie se detuviese.

—Yo viajo bastante —me contó Randall—. En verano, quiero decir, cuando no tengo que dar clase. Nunca he estado en la Costa Oeste, pero he recorrido todo el sur participando en representaciones de la Guerra Civil. Es mi *hobby* desde hace casi quince años, y nunca pasa de moda.

Resultaba difícil imaginarse a un hombre con la panza de Randall sobreviviendo a base de raciones militares de galleta y maíz molido, y todavía más lanzándose a la carga en el campo de batalla, pero resultó que Randall nunca había llevado a cabo cargas porque era un especialista. Como la mayoría de los que participaban en esas representaciones, según me comentó. La especialidad de Randall consistía en que le alcanzase una bala y en morir con gloria en el campo de batalla; preferiblemente lo antes posible. De ese modo, cumplía con su papel en la causa rebelde en posición supina durante el resto de la batalla.

De camino al sur, Randall me mantuvo entretenido contándome sus muchas muertes. En la batalla de Manassas («En la primera y en la segunda»). En Shiloh. En Chickamauga. En Vicksburg. Aquel hombre era todo un veterano. De algunas de esas batallas no había oído hablar jamás, ni siquiera me sonaban, pero Randall conocía todos aquellos territorios de memoria, incluso aquellos que no habían gozado de la presencia de su cadáver ensangrentado. Como sucede con los montañeros que se ponen el objetivo de alcanzar las más elevadas cimas de todos los continentes, Randall se sentía empujado por una misión; una misión ambiciosa y macabra. Soñaba con morir tiroteado en todos y cada uno de los sagrados campos de batalla de los Estados Confederados. Por extraño que pueda parecer, no pude evitar admirar su constancia. «Tal vez por eso la carretera lo puso en mi camino», pensé. Como si se tratase de una indirecta. Bien sabía Dios que necesitaba mucha constancia para volver a empezar de nuevo.

—Mi hermana cree que estoy loco —dijo con una sonrisa cuando salíamos de la autopista en Petersburg—. Dice que nunca lo conseguiré. Pero ¿sabes qué es lo que yo le digo?

—¿Qué?

—Si no puedo morir en todos, al menos moriré intentándolo.

—Yo apostaría por ti, Randall —dije riendo—. Ojalá tengas muchas muertes antes de morir.

«Esa es una frase de despedida que no vas a usar todos los días», pensé con una sonrisa mientras me bajaba del coche y me colocaba tras una farola en la parte sur de la rampa de acceso. Allí permanecí, rodeado por mi propio aliento helado, durante las siguientes dos horas, sintiéndome tan abandonado como uno de esos bebés que dejan en los contenedores, viendo cómo la temperatura bajaba y bajaba sin que pasase un solo coche en mi dirección. *Así que la ciudad iba a darme suerte, ¡y una mierda!* La constancia no me estaba llevando a ninguna parte a excepción de la hipotermia. Tiritaba descontroladamente, los músculos se me estaban agarrotando y supe que tenía que moverme. Diez minutos más y me quedaría tieso de frío como le ocurrió al pobre Neal Cassady.

El único posible refugio se encontraba a unos cuatrocientos metros de distancia: un cartel de neón decía «HABITACIONES LIBRES» frente al pequeño patio de un motel. Empecé a arrastrarme hacia allí y, al sentir cómo mis pies entumecidos hacían crujir la nieve, agradecí la generosidad de Morris.

El dinero que me había dado iba a salvarme la vida.

Capítulo 3

La habitación 29 del Pine Tree Inn no era precisamente una *suite*, pero disponía de su propio calefactor eléctrico y eso era todo un lujo para mí. «¡Menudo día!», gruñí mientras giraba el termostato y me despatarraba en una silla frente al calefactor. ¿Quién me iba a decir que tardaría dieciséis horas en recorrer poco más de ochenta kilómetros? A ese ritmo, llegaría a San Francisco para el día de San Patricio. No quería siquiera imaginar algo así, pero ¿quién podía asegurarlo? Si la aventura de ese día me enseñó algo fue que la carretera estaba plagada de sorpresas.

Es decir, ¿cuáles eran las probabilidades de que pasase mis primeras horas en Richmond escuchando las desventuras de una joven yonqui? Era como si Charlene estuviese allí para poner en marcha mi viaje contándome una historia tan triste como la mía; era difícil no pensar que mi destino era escucharla. ¿Y qué podía decir de Tanner? ¿Quién podría haber previsto que encontraría su tarjeta justo cuando más la necesitaba? ¿O que Morris, un hombre al que apenas conocía y al que no había visto desde hacía años, reaparecería en mi vida y me abrumaría con su generosidad? Tal vez la fatiga estaba trastocando mis pensamientos, pero de algún modo todos mis movimientos parecían predestinados. Como si el camino me estuviese diciendo: «Si quieres cambiar de vida, así se empieza: con empatía, con fidelidad, con caridad».

Ya fuese algo real o imaginario, era un buen consejo y supe que si no lo atendía tendría muy pocas esperanzas de disfrutar de otra oportunidad. No podía dejarla pasar. Estaba harto de tratar a los demás de cualquier manera y de culpar a las drogas y al alcohol de mi mal comportamiento. Por encima de cualquier otra cosa quería empezar de nuevo para poder despertarme todas las mañanas sin lamentar lo que hubiese hecho el día anterior. ¿Era pedir demasiado? Esperaba que no, porque de otro modo lo pasaría tan mal en San Francisco como lo había pasado en Nueva York; y resultaba demasiado deprimente imaginar un futuro semejante.

En cuanto me descongelé, el calor de la habitación empezó a adormilarme y apenas pude mantener los ojos abiertos mientras acababa con los últimos restos de pan y mermelada. Pero no podía ponerme a dormir todavía, por mucho que me pesase el cansancio. Tenía que lavar mi ropa en la bañera y colgarla delante del calefactor para que se secase. Había dejado toda mi ropa en una de las consignas de Penn Station. De hecho, no tardarían en convertirse en propiedad abandonada, así que la ropa que llevaba conmigo era todo cuanto tenía y no quería salir a la carretera por la mañana oliendo a perro muerto. ¿Qué clase de nuevo comienzo sería ese?

«Así está mejor», me dije cuando por fin pude meterme desnudo entre las sábanas, felizmente ignorante de que iba a tener que lidiar con una sorpresa más antes de que acabase la noche.

Cuando desperté para ir al lavabo unas cuantas horas después, sentí de inmediato que algo no iba bien. A excepción de un destello de luz de luna que se colaba entre las cortinas, la habitación estaba oscura como una bodega subterránea. «¿Qué ha pasado con las luces que dejé encendidas? ¿Y por qué hace tanto frío en la habitación?»

De hecho, llevaba rato temblando bajo las mantas, pero en cuanto pronuncié mentalmente la palabra *apagón* sentí una corriente de frío helador. Salté de la cama, retiré las cortinas para confirmar mis temores y comprobé que el rótulo del motel estaba apagado; estaban apagadas todas las luces de la zona. *¡Esto no puede estar pasando!* Me sentí como el gafado personaje de los cómics de Li'l Abner, Joe Btfsplk, el pobre tonto sobre cuya cabeza pende siempre una eterna nube de infortunio. No tenía ni idea de cuándo volvería la corriente. Lo único que sabía era que se me estaba congelando el culo en una habitación con un calefactor eléctrico inservible. Pero ¿qué otra cosa podía hacer más allá de arrebujarme entre las mantas e intentar sobrevivir? Me puse el abrigo, me encasqueté el gorro hasta taparme la cara y me metí bajo las mantas con la esperanza de dejar de tiritar el tiempo suficiente para dormir unas pocas horas más.

A pesar del frío, logré dormirme y no abrí los ojos de nuevo hasta el amanecer. Me despertó una monótona voz típica del Medio Oeste que estaba recitando las ventajas de las semillas de soja. ¿Qué cojones? Recordé entonces que había dejado encendido el televisor cuando me metí en la cama y comprendí que la electricidad había vuelto. ¡Aleluya! ¡Por fin un descanso! Pero mi buen humor se fue al garete al instante cuando salí de la cama y comprobé que toda mi ropa seguía mojada. Mis planes de salir a primera hora iban a quedar en nada. ¿Y ahora qué?

«Espero que encuentres muchas historias para tu libro.» ¿No habían sido esas las últimas palabras de Charlene? Pues bien, mi primer día de camino sin duda había tenido una buena cuota de ellas, lo que me permitió llenar unas cuantas hojas de la libreta del hotel con notas de mi diario de viaje mientras esperaba que mi ropa se secase. Habían pasado mil años desde la última vez que me había emocionado al iniciar un nuevo proyecto; a fin de cuentas, me alegraba que el apagón hubiese retrasado mi partida. Había querido ser un escritor famoso desde que experimenté por primera vez las mieles del triunfo en la clase de la señora Heit, en tercero, gracias a una historia con rima que había escrito imitando el clásico del Dr. Seuss, *Y pensar que lo vi en la calle Porvenir*. Sin avisarme, la señora Heit envió mi cuento a un concurso de escritura creativa estatal y quedé el quinto en la categoría de primaria. Varios meses después, el director me hizo subir al estrado durante la ceremonia de fin de curso y me entregó un certificado al mérito de la Asociación de Profesores del Estado de Nueva York. Desde ese momento, siempre que alguien me preguntaba qué quería ser de mayor, mi respuesta era la misma. (Curiosamente, diez años después volví a imitar al Dr. Seuss y entré en la Universidad de Dartmouth, *alma mater* de Theodore Geisel. El mundo es un pañuelo...)

Eran casi las once de la mañana cuando finalmente volví a la autopista con la intención de que me recogiesen pronto y recuperar el tiempo perdido, pero lo único que obtuve durante la siguiente hora fueron miradas suspicaces por parte de un desfile de colgados que me escrutaban al pasar y

me dejaban allí, sometido al azote del frío. «Kerouac olvidó mencionar esta parte», mascullé para mí mismo. Tal vez no se había quedado estancado tan a menudo. Estados Unidos no estaba tan marcado por la paranoia cuando Kerouac andaba por sus carreteras a finales de los años cuarenta. En la actualidad, sin embargo, y gracias a psicópatas como Charlie Manson o Ted Bundy, la gente se lo pensaba dos veces antes de montar en su coche a un extraño. Una precaución comprensible, suponía yo, pero resultaba triste comprobar cómo habían aumentado las dificultades a la hora de hacer autostop desde los años sesenta, cuando regresaba a casa desde la universidad haciendo dedo para ver a Marie prácticamente todos los meses. Mierda, tenía una pinta mucho más desaliñada en mis años de *hippie*, pero podía hacer autostop desde Hanover a Brooklyn y llegaba más rápido de lo que lo habría hecho en un autobús Greyhound. Por lo visto, esos tiempos habían quedado muy atrás. Hacer autostop hasta la Costa Oeste iba a requerir de una buena dosis de paciencia, ahora lo tenía claro. Pero ¿qué podía hacer aparte de poner mi mejor cara de *no-soy-un-asesino-en-serie* y esperar a que mi suerte cambiase?

Me percaté entonces de que *sí* había algo que podía hacer. Hasta ese momento había estado haciendo autostop de manera legal colocándome en la rampa de acceso en lugar de arriesgarme a que me llamase la atención la policía de carreteras por hacer dedo en la interestatal. Pero ir sobre seguro no me había llevado a ninguna parte, así que descendí la rampa hasta llegar a la interestatal y en cuestión de minutos un Renault sedán amarillo brillante se detuvo para recogerme. «Debería haber hecho esto hace dos horas, seré estúpido», me dije mientras corría hacia el coche. Era todo sonrisas cuando subí al coche y le di la mano al joven de pelo corto y llamativo bronceado que estaba tras el volante.

—Gracias por parar —le dije—. Había empezado a pensar que era invisible.

El joven me preguntó hacia dónde me dirigía y cuando le dije que a San Francisco me dijo:

—Bueno, yo puedo llevarte hasta Selma, si te va bien.

—¿Selma, Alabama? —le pregunté. Era la única Selma que se me ocurrió.

Él se echó a reír.

—Eso es también lo que mis compañeros de tripulación siempre piensan. Pero soy de Selma, Carolina del Norte. A unos doscientos kilómetros al sur por esta carretera. En cualquier caso, dejarás de pasar frío durante unas horas.

¡Casi doscientos kilómetros! Con varios de esos desplazamientos más llegaría a Florida en un suspiro.

—¿Estás en la Armada? —le pregunté. Llevaba ropa de calle pero parecía demasiado aseado para ser marino mercante.

—Sí, señor. Va para tres años.

—¿En qué base estás? ¿Norfolk? —pregunté pensando en mi padre.

Mi padre había pasado la mayor parte de sus dos años de servicio en la Armada, cortándole el pelo a los soldados en la peluquería de la base de Norfolk, Virginia, antes de licenciarse en 1948 y poner su granito de arena en el *baby boom* posterior a la guerra.

Mi madre y él no eran precisamente holgazanes: nació un año más tarde, y en 1955 ya tenía tres hermanos pequeños, todos nosotros condenados a pasar los años escolares rapados por cortesía de la destreza de mi padre con la máquina. Lo cual podría haber estado bien si hubiésemos estudiado en casa o en las instalaciones de la Hermandad Aria, pero en las escuelas públicas de Long Island nos convertía en blanco para las bromas sobre cabezas rapadas. ¿Se entiende ahora por qué desarrollé mi gusto por los sombreros?

—¡No me jodas! —se burló—. Menudo basurero. No, llevo año y medio en la isla de Andros. La mejor base del Atlántico.

—¿La isla de Andros? Tiene que ser un sitio muy soleado. Por eso estás tan moreno.

—Hay pocos lugares tan soleados como las Bahamas. —Sonrió.

—Eso lo explica todo —dije—. No sabía que tuviésemos una base en la Bahamas. ¿Y a qué te dedicas ahí abajo?

—Me encargo del sónar en el AUTEK —respondió—. Son las siglas de la Armada para el Centro de Evaluación de Pruebas Submarinas del Atlántico. El AUTEK es donde los capitanes de submarinos obtienen el certificado para manejar sistemas de armamento submarino. También probamos los prototipos de los nuevos equipos de sónar. Algunas de las cosas que estamos probando te alucinarían. Si un pez caga a tres kilómetros de profundidad no solo podemos detectar su mierda, podemos decirte qué ha desayunado.

Me eché a reír.

—Te estás quedando conmigo, ¿no?

—Vale, he exagerado un poco —admitió—. Pero llegará el día en que podamos hacerlo, créeme.

—Te tomo la palabra —dije.

Y no mentía. Aunque resultaba difícil imaginar una situación en la que los encargados de la seguridad nacional se dedicasen a analizar mierdas de pez. En cualquier caso, tengo que admitir que, para cuando llegamos a Selma, sabía más de sistemas de sónar de lo que habría aprendido viendo las reposiciones nocturnas de la película *Run Silent Run Deep*.

—Que disfrutes de lo que te queda de permiso —dije al salir del coche.

—Dos días más y tendré que largarme —respondió con una sonrisa—. Estoy deseando volver al calor.

«En eso coincidimos», pensé con la esperanza de que el próximo trayecto me alejase definitivamente de la línea de nieve.

Si es que alguien volvía a recogerme. Tres frustrantes horas después, seguía atrapado por la melancolía de Selma, con la oscuridad acechando y la temperatura descendiendo muy rápido. Estaba empezando a ponerme nervioso. Apenas me quedaba dinero para comprar algo de cena cuando crucé la carretera para calentarme en un Kentucky Fried Chicken, así que ni siquiera podía plantearme la posibilidad de hacer noche en un motel. Si no me recogía alguien pronto iba a tener problemas.

Por fortuna, en cuanto regresé a la autopista un camión de transporte de muebles se detuvo.

—Acabas de salvarme la vida —le dije saltando al asiento del copiloto. El camionero era un tipo joven con peinado *mullet* y una camiseta de Van Halen bajo su chaleco térmico acolchado. Debía de tener unos diecinueve o veinte años, supuse.

—No lo sabía —dijo—, pero puedo llevarte hasta Fayetteville.

—¿A cuánto está de aquí? —le pregunté esperando una cifra elevada.

—Unos setenta kilómetros hacia el sur —respondió—. ¿Hacia dónde vas?

—Tengo que llegar a San Francisco —le dije—. Pero ahora mismo iría a cualquier parte en la que no haga frío. Si puedo llegar a Florida para cuando esté amaneciendo, me convertiré en un alegre campista.

—Bueno, en Fayetteville puedo dejarte en una parada de camiones. Muchos tipos que hacen rutas largas paran allí a repostar. Tal vez puedan llevarte más al sur si preguntas en el aparcamiento.

—Me gusta cómo suena —dije al tiempo que él aceleraba aquel gran camión Mercedes diésel y nos poníamos en marcha—. ¿Llevas muebles a Fayetteville?

—No, vuelvo al almacén. Dejé mi última carga en Virginia hace un par de horas. En el jodido Petersburg —dijo con una mueca de desdén.

—Qué gracia —repliqué—. Pasé la noche allí. Me da la impresión de que no es tu ciudad favorita.

—Tuve un accidente allí el mes pasado. Una vieja cabrona se saltó un semáforo en rojo y me golpeó por detrás. Le dio un sofoco y ahora me enfrento a una condena. No tengo suerte.

—¿Condena, por qué? —le pregunté—. Si se saltó el semáforo en rojo, ¿qué hiciste mal?

—El problema es que estoy en libertad condicional y estaba en Carolina del Norte. Salir del estado sin permiso es delito. No me molesté en decírselo a mi agente de la condicional. Estaba haciendo entregas fuera del estado. En cuanto la policía de Petersburg se hizo con mi carné de conducir supe que estaba jodido.

—Vaya mierda —dije.

—Sí, un mal rato —coincidió—. Tengo audiencia de la condicional mañana por la mañana. Si deciden que la infringí, me encerrarán para la hora de comer.

—Mierda —dije—. Supongo que esta noche no dormirás gran cosa.

—¿Esta noche? Mierda, no he dormido bien desde hace semanas. Pase lo que pase mañana, me alegraré de dejar todo esto atrás.

Sentí lástima. Sabía por lo que estaba pasando. Ocho meses después de que Kate muriese, me pillaron vendiendo perico a una policía de incógnito: una falsa prostituta del departamento de narcóticos vestida de un modo muy sexi a la que enviaron al Racoon una noche con un montón de billetes marcados para dar con algún camello. Yo fui el tonto que mordió el anzuelo. Me costó seis meses en Rikers Island, por eso me mostré receptivo a la historia de aquel joven y no pude evitar identificarme con él. A pesar de todas sus preocupaciones, había sido lo bastante amable

como para recoger a un extraño en la carretera y eso iba a tener un espacio en mi libro. Cuando estábamos cerca de Fayetteville incluso se molestó en hacer una llamada por radio preguntando a los camioneros que andaban por la zona si podían llevar a un pasajero hacia el sur. No obtuvo respuesta, pero le agradecí que lo intentase.

La parada de camiones donde me dejó el chico de la camiseta de Van Halen resultó ser un lugar poco prometedor. Había unos pocos camiones de grandes dimensiones aparcados allí, pero el camarero de la cafetería me dijo que los camioneros ya se habían ido a dormir, lo cual me puso de mal humor pues me vi obligado a recorrer de vuelta los siete kilómetros que llevaban a la interestatal. Me sentí un poco mejor cuando me fijé en que ninguna de las destartaladas casas que flanqueaban la carretera de acceso tenía nieve en sus jardines. ¡Al sur de la línea de nieve, por fin! Tres kilómetros más adelante, las viviendas dieron paso a un bosque de pinos bordeado por una valla metálica con carteles anunciadores cada cien metros que decían: «FORT BRAGG — PROPIEDAD DEL GOBIERNO—. NO PASAR». Daba miedo cruzar aquel trecho en la oscuridad, así que me sentí aliviado cuando finalmente oí cómo se aproximaba un coche. Pero cuando me di la vuelta y alcé el pulgar lo lamenté de inmediato.

A pesar de no tener marca alguna, se veía a la legua que el Ford Crow Victoria de color oscuro era un coche de policía. Cuando vi que se aproximaba a mi posición aminorando la velocidad, como haría un coche patrulla, empecé a sudar y me preparé para enfrentarme por primera vez a un sheriff sureño. Por suerte, en lugar de un policía se trataba de un anciano predicador baptista que había decidido ejercer de buen samaritano de camino a su iglesia. Suspiré sonoramente.

—¿De dónde eres, hijo? —me preguntó.

—De Nueva York —respondí.

—Vaya, Nueva York. Pues ahora estás en lo que se conoce como el Cinturón de la Biblia —dijo con una sonrisa excesivamente maliciosa para un predicador, por lo que me pareció.

—Sí, pero pensaba que iba a hacer más calor aquí abajo, en la tierra del Señor.

—Sentirás el calor cuando te deje en Lumberton. Está a solo cuarenta kilómetros de aquí, hacia el sur, pero por alguna extraña razón están a cinco o seis grados más de temperatura que en Fayetteville. No me preguntes por qué.

Me importaba bien poco la razón siempre que fuese cierto. Cuando tomamos la interestatal eché un vistazo a la carretera y me fijé en varios coches de policía sin marcas colocados en el arcén de los carriles que iban hacia el norte.

—Vaya control de velocidad ha montado ahí la policía —señalé.

—No es un control de velocidad —me dijo el predicador—. Están ahí para capturar a traficantes de droga. Pillan a muchos que suben desde Florida. Una lástima que no los pillen a todos. Es una vergüenza ver cuántos jóvenes echan a perder sus vidas hoy en día por culpa de las drogas.

No tenía sentido discutir por eso. Y menos aun siendo yo una especie de prueba viviente de lo que estaba diciendo.

—Entiendo la tentación —me dijo el predicador—. Fumé estramonio siendo joven. Por aquel entonces lo llamábamos «la mata del infierno». Te hacía ver cosas muy raras. Supongo que algunos creían que era divertido, pero a mí me daba miedo. ¿Alguna vez has tonteado con las drogas, hijo?

—Sí, cuando era joven, pero ya no —mentí.

Si le hubiese hablado de todas las drogas con las que experimenté en la universidad se habría quedado de piedra. Los psicodélicos años sesenta. Jamás ha existido una trampa más tentadora para adolescentes ingenuos con una curiosidad infinita y una mínima capacidad de control. En aquel entonces, fantaseaba con el segundo regreso de Allen Ginsberg y estaba deseando comprobar la validez de aquella teoría que había formulado mi ídolo y que decía: «El poeta se convierte en vidente cuando trastorna de manera prolongada, inmensa y razonada todos sus sentidos». LSD, mescalina, hongos alucinógenos, hachís... los probé todos y nunca tuve un mal viaje. Pero en lugar de abrir con ellas las tan cacareadas «puertas de la percepción» de las que hablaba Aldous Huxley, lo único que demostraron mis experimentos con los psicotrópicos fue que mi cerebro disfrutaba viéndose químicamente trastornado. Eso debería haber supuesto una revelación, debería haberme asustado —como le había pasado al predicador con el estramonio—, pero en lugar de eso me llevaron a pensar que podía lidiar con cualquier clase de droga.

Colocarme en mis horas libres no evitó que mantuviese tres trabajos a tiempo parcial en el campus o que llegase a ocupar un puesto en la lista del decano, así pues ¿qué daño podían hacerme las drogas? Ninguno, por lo que yo había visto; como mínimo en aquella época. Pero más adelante volví a experimentar la falsa noción de que, de algún modo, era una persona a prueba de balas cuando finalmente empecé a meterme cocaína y descubrí, ya demasiado tarde, que había drogas a las que no podía controlar. Lo que ocurrió después le habría proporcionado material al predicador para el menos una docena de sermones admonitorios. Por fortuna para él, hacía muchos años que había dejado de confesarme frente a hombres con hábitos; cumplí con mi cupo durante mi época de seminarista. No había vuelto a poner un pie en un confesionario desde que dejé el seminario St Mary a mitad del bachillerato. De hecho, ese había sido el único hábito del que había sido capaz de librarme, y no tenía ninguna intención de recaer.

Hablando de recaer, recuerdo que pensé en lo poco que me había afectado el mono los días anteriores. No sé si fue porque había estado medio congelado la mayor parte del tiempo o porque las cuestiones relacionadas con la carretera me habían exigido demasiada atención y no había podido detenerme a analizar los síntomas de la abstinencia. En cualquier caso, me sentía agradecido: estaba alejándome de las drogas con una facilidad mucho mayor que la que cualquier yonqui podría esperar.

La parada de camiones de Lumberton donde me dejó el predicador parecía mucho más ajetreada que la de Fayetteville y me dio la impresión de que iba a tener mejores posibilidades allí cuando pasé frente a los surtidores de combustible para probar suerte con el conductor de un camión con media carga con manga de irrigación. Negó con la cabeza y me rechazó.

—Lo siento amigo, no puedo ayudarte. Ojalá pudiese, pero el camión es de la compañía. No nos dejan llevar a nadie. La mayoría de los camiones de la flota tienen las mismas normas. Son cosas del seguro, según dicen. En tu situación, regresaría a la autopista.

A falta de una idea mejor, seguí el consejo del camionero y crucé la calle hacia la entrada de la autopista. No pasó mucho rato hasta que dos coches salieron de la curva y se acercaron con los faros encendidos. Deslumbrado, alcé mi dedo pulgar y vi cómo el primer coche pasaba de largo. No hubo suerte. Pero el que venía detrás ralentizó la marcha y se detuvo a mi lado. «¡Bingo!», pensé componiendo una sonrisa... hasta que mis ojos se ajustaron a la luz y me di cuenta de que le estaba sonriendo a una patrulla. En esta ocasión sí era real. ¡Mierda, mierda, mierda!

—«ACÉRQUESE DESPACIO AL VEHÍCULO Y MANTENGA SUS MANOS DONDE PUEDA VERLAS» —bramó el megáfono de la policía.

«Ay, Dios —pensé—. Vamos allá.»

Me aproximé al coche con las palmas de las manos hacia arriba, como si quisiera saber si llovía.

—Muy bien, quédese ahí —dijo el policía cuando estaba ya al lado de su ventanilla—. Ahora enséñeme su carné.

Eché mano de mi cartera y ahí es cuando las cosas pasaron de Guatemala a Guatepeor: ¡mi bolsillo trasero estaba vacío!

Mientras el agente me miraba escéptico, empecé a palmeo frenéticamente todos los bolsillos de mi ropa pero no pude encontrar la billetera por ninguna parte.

—¡No me lo puedo creer! —gruñí—. Tenía mi cartera cuando cené en Selma, hace unas horas, agente, ¡se lo juro!

Empecé a imaginar posibles situaciones paranoicas. ¿Y si me acusaba de vagabundeo? ¿Y si buscaba mi expediente? ¿Y si descubría que había atrapado a un traficante de drogas convicto? No solo a un traficante, a un traficante de Nueva York. ¿Qué clase de hospitalidad sureña podía esperar de Lumberton una vez que apareciese mi expediente policial en la pantalla del ordenador? Tenía la desagradable impresión de que no iba a tardar en descubrirlo.

Por suerte, nada de eso ocurrió. Para mi inmenso alivio, el agente se limitó a apuntar mi nombre y el número de la Seguridad Social que le recité y me dio un ultimátum.

—Si no has desaparecido de aquí para cuando vuelva a pasar a media noche, dormirás en la cárcel de Lumberton. ¿Nos entendemos?

Le aseguré que le había entendido a la perfección y cuando se alejó me quedé allí, con flojera en las piernas, agradeciendo a los astros haberme librado de aquel problema tan fácilmente. Lo que no era capaz de entender, sin embargo, era dónde había ido a parar mi billetera. ¿Se me habría caído del bolsillo cuando estaba en el camión de muebles o en el coche del predicador? No tenía sentido. Entonces lo vi claro. ¡Tenía que haberse caído cuando fui al lavabo del KFC después de cenar, en Selma!

Era la única explicación plausible; de lo más apropiada, por cierto, en sentido kármico.

Después de ochocientos kilómetros estaba pagando el precio por haber timado a Kentucky Fried Danny. Lo único que pude hacer fue sacudir la cabeza con admiración a regañadientes. Era innegable que se trataba de una lección en toda regla. Aun así, me aterrorizaba pensar en todas las dificultades que iba a tener que afrontar a partir de ese momento, pues cruzaría el país sin ninguna clase de identificación personal.

Además, sobre mi cabeza pendía la espada de Damocles. El agente de policía me había dado un ultimátum: apenas disponía de una hora para buscarme la vida antes de que volviese a pasar. Por si eso no fuese presión suficiente, empezó a soplar un fuerte viento de sudeste que traía consigo un gigantesco banco de nubes de lluvia provenientes del Atlántico. En cuestión de minutos me vi sometido a una tormenta tan considerable que no tuve más remedio que echar a correr en busca de refugio.

Me resguardé bajo la marquesina de la puerta del restaurante de la parada de camiones y me quedé allí observando el aguacero. Al poco salió el encargado del restaurante y se me acercó. Supuse que iba a sacarme de allí a patadas, pero aquel joven se limitó a invitarme a pasar y a servirme una taza de café gratis. Ya se tratase de la famosa hospitalidad sureña o de simple caridad cristiana, para mí no había diferencia alguna. Fue un gesto de amabilidad inesperado y me llegó al corazón de un modo que no podría haber imaginado.

—Llevo un rato viéndote en la carretera. Se me ocurrió que tal vez podrías pasar y calentarte un poco —dijo acompañándome hasta la barra.

—Sí, cuando ha empezado a llover la cosa se ha puesto más fría —asentí.

El reloj del restaurante marcaba las once y cuarto, así que mientras me sentaba a la barra para responder a las preguntas del encargado el ultimátum del agente de policía seguía cerniéndose sobre mí. ¿Cómo iba a conseguir marcharme de Lumberton a tiempo?

—Bueno, yo voy a ir al almacén a hacer inventario. Quédate aquí cuanto quieras. Si quieres más café, Elli te lo servirá —dijo el encargado señalando con la cabeza hacia la camarera que estaba tras la barra. En cuanto el encargado se fue, Ellie se me acercó para proponerme algo; Lumberton estaba empezando a convertirse en un lugar plagado de sorpresas.

—El tipo de la mesa del fondo me ha dicho que te pregunte si quieres sentarte con él —me dijo con una sonrisa.

Me giré sobre el taburete para fijarme en la persona a la que ella se refería y vi a un jovencito con aspecto de niño-bien, de pelo rubio lacio, que me saludaba con la mano.

—No te preocupes, lo conozco —me dijo Ellie cuando me volví de nuevo hacia la barra con gesto escéptico—. Se llama Sean. A lo mejor te agobia con su parloteo, pero es inofensivo.

—Qué demonios, ¿por qué no? —dije.

Seguía lloviendo a mares. De momento no iba a irme a ninguna parte. «¿Quién sabe? —pensé—. A lo mejor puedo pedirle al chaval que me lleve a algún lugar fuera de los límites de Lumberton.»

De ese modo dio comienzo mi estrambótico encuentro con Sean. Se trataba del heredero de un

imperio inmobiliario en Lumberton, acababa de salir de una estancia de un mes en un sanatorio mental y había dejado de tomar su medicación. Por supuesto, no me enteré de todos esos detalles en cuanto me senté a su mesa. A decir verdad, tenía el gesto demacrado, como de haber tomado mucha cafeína, propio de los estudiantes universitarios de primer año durante los exámenes finales, pero por otra parte no parecía una persona fuera de lo corriente. Bueno, hasta que abrió la boca.

—Gracias por sentarte conmigo —me dijo tendiéndome la mano—. Te estaba observando en la barra y pensé: «Ese tipo tiene una pinta de lo más interesante. Seguro que tiene más de una historia que contar». Me llamo Sean, ¿y tú?

—Pete —respondí.

—Me gusta tu *trei-neu*, Pete —dijo—. Estoy seguro de que es un buen gorro para hacer autostop.

—Me calienta las orejas, sí —repliqué.

—¿Eres cristiano, Pete? —me preguntó sin motivo aparente. No me apetecía que se tratase de un auténtico creyente con ganas de darme una charla sobre la Biblia.

—Soy católico no practicante, pero sí, supongo que podría decir que soy cristiano.

—¡Lo sabía! Soy un guerrero ninja de Cristo. Puedo detectar a otro cristiano en cualquier situación. Es una de mis habilidades ninja —afirmó con un brillo en los ojos que empecé a sospechar que no tenía mucho que ver con el fervor religioso y sí con el consumo de cafeína.

—Impresionante —asentí. ¿De qué otro modo podía responder a semejante afirmación? No podía imaginar qué sería lo siguiente, pero volvió a sorprenderme con un brusco giro que se centraba en un territorio más previsible.

—¿Adónde te diriges, Pete? —me preguntó encendiendo un cigarrillo con su sólido Zippo dorado. Me tendió el paquete por encima de la mesa.

—Hacia la Costa Oeste. San Francisco —dije sirviéndome uno de sus cigarrillos Parliament.

—Vaya, eso es un largo viaje. ¿Cuánto crees que vas a tardar en llegar?

Me eché a reír.

—Al ritmo que voy es posible que no llegue nunca. Salí de Nueva York hace dos días y todavía estoy a mitad de camino de Florida.

—¿Y no te resultaría más sencillo tomar un Greyhound desde aquí? Estoy seguro de que un autobús podría llevarte a San Francisco en un par de días.

—Es posible —reconocí—, si dispusiese del dinero para comprar un billete. Pero no tengo un centavo. Perdí mi billetera en Selma. No me había dado cuenta de que no la tenía hasta que llegué aquí, a Lumberton.

—Maldita sea, no estás teniendo mucha suerte, ¿no? ¿Qué tal si yo te compro un billete a San Francisco? De un cristiano a otro.

Sí, Lumberton estaba lleno de sorpresas.

—No. Es una oferta muy generosa, Sean, y te lo agradezco, en serio, pero un billete a San

Francisco podría costar unos cien pavos. No podría permitir que te gastases ese dinero.

—No te preocupes por el dinero. Mi padre me dejó una buena herencia cuando murió. Pasa la noche aquí conmigo y sacaré algo el dinero por la mañana, cuando abra el banco. La estación de autobuses Greyhound está cerca de mi banco. Te compraré un billete y estarás en San Francisco el fin de semana. ¿Qué me dices?

Era una proposición muy tentadora, tenía que admitirlo. Pero me costaba creerlo.

—¿Harías algo así por un completo desconocido? ¿Estás seguro? —le pregunté.

—No eres un desconocido —dijo con una sonrisa—. Eres un hermano en Cristo. Así que tema resuelto. Te meteré en un autobús a primera hora de la mañana. Eh, mientras pensaba en esto se me ocurrió que hay algo que quiero enseñarte. Deja que vaya al coche un segundo.

Tras esas palabras saltó de su silla y salió corriendo por la puerta. Ellie se fijó en su marcha y se acercó con café recién preparado y una sonrisa conspirativa.

—¿Todo bien por aquí? —me preguntó—. ¿Sean te está calentando mucho las orejas?

—Todo bien —respondí—. No estoy seguro de que sintonicemos en la misma frecuencia de onda, pero hago todo lo que puedo para seguirle el rollo.

Soltó una risotada.

—No creo que nadie sintonice en la onda de ese muchacho. Lo pasó muy mal cuando murió su padre hace unos años. Ha estado un poco descolgado desde entonces. Pero estoy convencida de que agradece tu compañía.

Poco después, Sean entró de nuevo en el restaurante con una mano oculta en la parte interior de su cazadora de satén negro. Transmitía cierto aire napoleónico cuando cruzó el salón y volvió a sentarse frente a mí.

—Crees en la Virgen María, ¿verdad? Pues mira esto —dijo sacando la mano de la chaqueta para mostrar una pequeña y sucia figura de yeso que parecía más bien un hueso de perro desenterrado que una imagen de la Santa Madre de Dios—. Andaba buscando lombrices junto al río el año pasado y ahí estaba, enredada en un puñado de raíces, esperando a que la liberase. Parece muy antigua, ¿verdad? Tal vez sea romana o algo así. ¿Tú qué crees? —me preguntó pasándome la figura.

A mí me pareció una de esas baratijas religiosas que venden en las tiendas de *souvenirs* del Spanish Harlem, pero me guardé mi opinión y me dediqué a estudiar la figurita con reverencia tal como parecía esperar Sean. Cuando la alcé y froté una de las partes sucias de la base pude leer las palabras «Hecho en México». Pero tampoco dije nada. Parecía tan contento con su hallazgo que no me vi capaz de pinchar su burbuja.

—No soy un experto, Sean, pero también me parece bastante antigua —dije.

Tan antigua como la revolución industrial, en cualquier caso. Tenerlo contento se había convertido en mi único trabajo en las horas siguientes, pero no podía quejarme. Tenía que ganarme el billete de autobús. A eso de la medianoche, Sean dijo que estaba cansado de estar allí así que nos montamos en su Camaro negro y nos fuimos a dar una vuelta nocturna por las soñolientas

calles de Lumberton. Sean se desplazaba a un ritmo constante y el leve rugido del motor del coche proporcionaba una especie de telón de fondo.

Cuando pasamos junto al señorial palacio de justicia en la calle Main, Sean me dijo que había sido utilizado como decorado en una nueva película titulada *Blue Velvet* que David Lynch había estado rodando allí meses atrás.

—Al parecer es una película un poco rara. Yo creo que a ese Lynch se le ocurren cosas extrañas —dijo.

«La sartén le dijo al cazo», pensé, pero probablemente el muchacho tenía razón. Había visto la primera película de Lynch, *Eraserhead*, a principios de los ochenta y las escenas del bebé mutante me llevaron a preguntarme de qué centro psiquiátrico se habría escapado Lynch.

En todos los rincones de Lumberton, Sean encontraba un edificio que había pertenecido a la empresa de su padre. Sin duda resultaba impresionante, lo que hizo que me sintiese algo menos culpable respecto a aceptar su caridad. Finalmente, salimos del territorio urbano y pasamos varias horas recorriendo caminos de grava a través de plantaciones de tabaco y bosques de pinos, viendo cómo echaban a correr las criaturas nocturnas. Cuando una zarigüeya o un mapache salían corriendo frente a los faros del coche, Sean reía y decía:

—Todos huyen del Conductor Fantasma.

—¿De qué va eso del Conductor Fantasma? —me atreví a preguntar a pesar de lo que me dictaba el sentido común.

—Así es como me llaman los indios lumbi que corren por aquí. Son descendientes de los croatans, la tribu perdida original del Roanoke. Siempre recorro estas carreteras cuando anochece y cuando ven el Camaro negro con la cara blanca en la ventanilla dicen: «El Conductor Fantasma está de ronda otra vez».

La luna descendía y el interminable monólogo de Sean me estaba adormeciendo, pero me desperté de golpe cuando le oí exclamar:

—Ah, mierda, nos estamos quedando sin gasolina.

No había vuelto a ver una gasolinera desde que salimos de la parada de camiones y temí que nos hubiésemos alejado demasiado. Pero Sean me dijo que no me preocupase, que sabía dónde teníamos que ir. Unos pocos kilómetros más adelante había un acceso que llevaba hasta una cabaña cubierta con tela asfáltica. Cuando nos acercamos las gallinas que merodeaban por allí se apartaron. Nos detuvimos junto a una vieja camioneta Dodge.

—La casa de mi tío Arlen —anunció—. Me dará algo de gasolina.

Al poco el tío Arlen salió por la puerta, ataviado con un albornoz, para comprobar quién había llegado. Sean le preguntó si podía darle algo de gasolina y su tío le dijo que tomase uno de los bidones de cinco litros del cobertizo. En cuanto Sean se alejó, el tío Arlen se me acercó y me preguntó cómo se estaba comportando. Me dijo que la madre de Sean estaba preocupada porque había dejado la medicación y no había dormido mucho últimamente.

—El doctor dice que es maniaco-depresivo. Acaba de volver a casa después de pasar un mes en

el hospital, donde controlaban sus medicamentos, y ahora no los toma. Hazme un favor, hijo. Mira a ver si puedes conseguir que vaya a ver a su madre. Quiere hablar con él. Si le digo algo se pondrá hecho una furia por entrometerme.

A esas alturas de aquella larga noche, las declaraciones del tío Arlen no podían sorprenderme. Yo había llegado a un diagnóstico más o menos similar horas atrás. A pesar de que no creía que pudiese lograr nada positivo, le prometí que intentaría convencer a Sean.

Llevábamos recorridos cuatro kilómetros cuando tuve la entereza suficiente como para sacar el tema, pero Sean no se dio por aludido.

—Tengo hambre —dijo—. Veamos qué ha preparado mamá para desayunar. —Nos detuvimos frente a una casa de una sola planta en una calle tranquila en el límite del pueblo—. No sé si mamá se habrá levantado ya —dijo Sean—. Será mejor que demos la vuelta y esperemos en mi casa del árbol.

La casa del árbol era una construcción sin forma concreta ubicada entre las ramas de un roble gigantesco. Podías apreciar la buena mano de su padre en la solidez de la construcción.

—Hazte cargo de las tropas durante unos pocos minutos. Volveré enseguida —dijo Sean y me dejó en la casa del árbol para que apreciase los estantes en los que guardaba su colección de antiguos soldaditos de plomo.

Tras todo el parloteo maniático de Sean, el silencio que entrañaba la compañía de soldaditos de juguete fue todo un bálsamo. Pero mi tranquilo interludio no duró demasiado. En cuestión de minutos, oí a Sean y a su madre moviéndose dentro de la casa, gritando lo bastante fuerte como para despertar a todo el vecindario. Siguieron discutiendo durante unos cinco minutos antes de guardar silencio. Tuve que esperar otros veinte minutos en la casa del árbol, preguntándome qué demonios habría pasado, hasta ver reaparecer a Sean, recién duchado y resplandeciente con una americana azul de botones metálicos y una gorra de capitán de barco. «¿Vamos a ir a una regata?», me pregunté. Rareza tras rareza.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó—. Mamá se pone de mal humor a veces. No me quería dejar salir de casa sin tomarme mis medicinas y asearme. Suerte que te dejé aquí —me dijo con una sonrisa—. Te he traído unas pasas y unos cacahuets salados que puedes comerte cuando estemos en el coche. Vamos, tengo que ir a un sitio antes de llevarte a la estación de autobuses.

Sean me llevó hasta el *dojo* donde aprendía artes marciales, en el centro del pueblo, y entendí por qué afirmaba ser un «guerrero ninja de Cristo». Insistió en que entrase con él para conocer a su maestro, un hombre llamado Vic Moore. El apartamento de su maestro se encontraba en la segunda planta y mientras Sean subía las escaleras en su busca, me fijé en los recortes de periódico enmarcados que colgaban de las paredes del *dojo*, descubrí que Vic Moore había sido el primer hombre negro en ganar el campeonato nacional de karate en Estados Unidos. Su galería de fotos de famosos incluía instantáneas de Moore con Bruce Lee, Chuck Norris y Huey Newton. «Este tipo es un fenómeno», pensé al tiempo que me preguntaba cómo un hombre de su talento había acabado en un lugar como Lumberton.

Sean bajó las escaleras sonriente y dijo que su maestro Vic se reuniría con nosotros en un minuto. Mientras esperábamos, tomó una espada samurái de entre las armas que descansaban en la pared y empezó a blandir aquella maldita cosa con tal energía maniática que me puse nervioso. Obviamente, las medicinas todavía no habían causado efecto. Me preguntaba cómo reaccionaría el maestro Vic cuando bajase las escaleras y se encontrase a un tarado vestido de marinero blandiendo aquella espada samurái. Pero en cuanto aquel hombre corpulento apareció en las escaleras —vestido con traje y corbata— Sean se tranquilizó de inmediato y volvió a colgar la espada en su sitio sin que su maestro tuviese que pronunciar una sola palabra.

—*Sensei* —dijo con una inclinación—. Me gustaría presentarle a mi amigo Pete. Va de camino a San Francisco, pero quería que le conociese antes de irse del pueblo.

Y allí estaba yo, dándole la mano al único estadounidense lo bastante rápido como para bloquear uno de los veloces golpes de Bruce Lee. Lumberton volvía a sorprenderme.

La oficina de la compañía Greyhound se encontraba a unas pocas calles de distancia del *dojo*. Cuando aparecimos por allí para consultar los horarios de los autobuses, vimos que había uno hacia el oeste que salía de Lumberton a las dos de la tarde. Permanecer despierto hasta esa hora iba a ser un suplicio, pero supuse que dispondría de un montón de oportunidades de recuperar el sueño cuando estuviese montado en el autocar. Todo lo que tenía que hacer era acompañar a Sean al banco y podría marcharme de allí. Sin embargo, Lumberton tenía reservada una última sorpresa para mí, y el gesto de vergüenza en el rostro de Sean al salir del banco vino a decirme que no iba a ser una sorpresa agradable.

Por lo visto, la madre de Sean había congelado su cuenta bancaria mientras había estado ingresado en el psiquiátrico. No iban a permitirle tocar su dinero hasta que su psiquiatra lo declarase competente para hacerse cargo de sus finanzas de nuevo. Si en ese momento hubiese sido, como lo era el maestro Vic, cinturón negro en décimo grado habría pulverizado el primer bloque de hormigón con el que me hubiese cruzado. ¡Menuda decepción! Sean, obviamente, me propuso un plan descabellado para subsanar aquella contrariedad: quería que le acompañase a la consulta de su médico, que me hiciese pasar por un psiquiatra de Nueva York y que declarase que Sean estaba en su sano juicio...

—Eres un tipo listo, podrás hacerlo. Venga, intentémoslo —insistió Sean.

—Eso es una locura. —Así se lo dije. Me sentí mal por el chico, pero después de diez horas de morderme la lengua, un poco de franqueza no iba a ir mal—. Eres un tipo generoso y agradezco que intentes ayudarme, pero creo que es el momento de que me lleves hasta la interestatal y dejes que prosiga mi camino.

A pesar de que Sean no había conseguido comprarme un billete, la noche que pasé con el Conductor Fantasma me trajo algo de suerte.

En cuanto me dejó en la autopista me recogieron en lo que fue el primero de los tres cortos desplazamientos que iban llevarme al otro lado de la frontera de Carolina del Sur. Después canté

bingo en un área de descanso de la autopista cerca de Dillon donde un tipo llamado Carl —un *hippie* con coleta de Vermont— se ofreció a llevarme hasta Florida.

El oxidado Volvo de Carl parecía en disposición de ser llevado al desguace, pero aguantó entero mientras Dean Moriarty y nosotros cruzábamos a toda velocidad Georgia hacia el sur. Cuando se estaba poniendo el sol llegamos a las afueras de Jacksonville, y cuando Carl tomó hacia el oeste por la interestatal 10, sentí que finalmente estaba avanzando de verdad. A unos dos mil quinientos kilómetros en línea recta vería ocultarse el sol en las aguas del océano Pacífico.

Ya había oscurecido cuando Carl me dejó en Baldwin. El aire de la noche era tibio y por primera vez en tres días de camino no me sentí sometido a los rigores del hielo. Hasta ese momento, gracias al Conductor Fantasma, llevaba treinta y seis horas sin dormir y lo único que deseaba era poder descansar un poco. Me busqué un sitio en un palmar que se extendía a un lado de la autopista y me acomodé sobre un lecho de palmas secas entre los árboles. «¿Qué más podría pedir?», pensé. Por fin las cosas iban bien; aunque estoy convencido de que mi padre no habría opinado lo mismo.

Cuando tenía diez años monté un tipi en el patio de nuestra casa de East Northport. Durante años me fastidió que mi padre se negase a dejarme pasar la noche en la tienda, por mucho que le suplicase. Desde su punto de vista, su obligación era que yo tuviese un techo sobre mi cabeza y mi obligación era dormir bajo ese techo. En aquel entonces, yo creía que no era más que un aguafiestas. Pero aquella noche en Baldwin, tumbado de mala manera bajo las estrellas, entendí que sus últimas palabras sobre esa cuestión habían sido proféticas.

«Si quieres dormir fuera —me dijo—, hazte vagabundo.»

Capítulo 4

No podía dejar de oír cómo crujía todo a mi alrededor mientras yacía sobre aquel lecho de palmas secas. Debían de ser ratones o topillos, supuse, buscando comida entre las hojas. Me dije que no entrañaban una amenaza real para mí, pero igualmente me inquietaba; lo que me llevó a pensar otra vez en mi padre. Debía de tener yo tres o cuatro años, vivíamos en uno de los apartamentos del ferrocarril encima de una tienda de alimentación plagada de ratones en el cruce de la Quinta Avenida y Bay Ridge. No cabía duda de que los ratones eran los responsables de los aterradores ruidos nocturnos que en ocasiones me hacían llamar a gritos a mis padres para que ahuyentasen a los monstruos que se movían bajo mi cama, pero tras varias semanas de gritos mi padre decidió que era el momento de librarme de aquella molesta costumbre. El sistema que utilizó para lograrlo me enseñó que había en el mundo cosas mucho más aterradoras que los monstruos que pueden ocultarse bajo tu cama.

En aquella inolvidable noche había gritado ya en dos ocasiones y mi padre me advirtió de que si volvía a despertarlos una vez más lo lamentaría. En cuanto apagó las luces, mis miedos sacaron lo mejor de mí y cuando empecé a gritar por tercera vez mi padre entró en el dormitorio, me sacó de la cama y me llevó a la cocina.

—¿Qué estamos haciendo, papi? —le pregunté mientras me obligaba a sentarme en mitad de la mesa de la cocina.

—Vamos a preparar un bocadillo —me dijo y colocó delante de mí una tabla de cortar y una rebanada de pan.

Después abrió un cajón y sacó el largo cuchillo y el tenedor de trinchar que usaba para cortar el sanguinolento rosbif que siempre preparaba mi madre los domingos.

—¿Qué clase de bocadillo? —le pregunté.

Ya me había olvidado del monstruo. Me fijé en cómo mi padre afilaba el cuchillo en la cinta de carnicero. Lo pasaba por la cinta una y otra vez.

—Un bocadillo de *Peter* —respondió.

Puedo asegurarte de que no es el tipo de frase que te apetecería oír de boca de un gigante noruego de metro noventa que estuviese afilando un cuchillo frente a ti.

Aun así, no podía creer que mi padre estuviese hablando en serio. Tenía que estar fingiendo, ¿verdad? Pero cuando abrió la nevera y sacó una botella de ketchup Heinz pensé: «¡Me va a comer!». Durante sus años en la Armada mi padre adquirió la costumbre de untar con ketchup todo lo que comía. A mi madre dicha costumbre la sacaba de sus casillas pues la entendía como una

falta de respeto a su manera de cocinar. A mi padre le importaba bien poco. Le gustaba hacer las cosas a su manera y no se sentaba a la mesa sin su bote de Heinz. Por ese motivo, en cuanto dejó el bote de ketchup a mi lado empecé a gimotear.

—¡Por favor, papi, no! —rogué—. ¡Seré bueno, te lo prometo!

—Ahora es demasiado tarde —me dijo—. Te advertí que lo lamentarías. Tendrías que haberme hecho caso.

Ahí es cuando perdí los nervios. Empecé a gritar tan fuerte que desperté a mi pobre madre. Estaba embarazada del tercero de sus hijos, pero llegó al rescate en cuestión de segundos arrastrando los pies.

—¿Qué estás haciendo con ese cuchillo, Gus? —bramó dirigiéndose a mi padre, me levantó de la silla y me apretó con fuerza contra su pecho.

Mi padre sonrió un tanto avergonzado. La mirada de mi madre le dio a entender que había ido demasiado lejos.

—Darle al niño una lección que no olvidará jamás —dijo.

Estaba en lo cierto. A partir de ese día no volví a gritar por las noches; cuando sentía la tentación de hacerlo me mordía la lengua y pensaba en el cuchillo de trinchar.

A pesar de lo que ese insólito y extremo ejemplo de paternidad pueda dar a entender, en realidad mi padre no era un ogro sin corazón. Solo era un padre primerizo ignorante que había sido criado como hijo único y, a la hora de educar, no podía recurrir más que a su escasa experiencia. El padre de mi padre —un estricto inmigrante luterano noruego— no le dio ninguna clase de mimos a su hijo y mi padre no veía razón alguna para tratar a su propio vástago de un modo diferente. Por suerte para mí y mis hermanos, nuestra madre, Teresa, había crecido en una extensa e indisciplinada familia de origen irlandés, de ahí que tendiese a permitir que sus hijos fuesen, simplemente, niños. Aun así, mi madre no tenía reparo alguno en amenazarnos con una posible paliza por parte de nuestro padre si desobedecíamos mientras él estaba trabajando, y en más de una ocasión nos sentábamos a cenar con las nalgas enrojecidas, deseando no haberle dado motivos para azotarnos con el cinturón.

Estoy convencido de que a mi padre no le apasionaba tener que interpretar el papel de poli malo después de un duro día de trabajo en la fábrica, pero era un hombre que creía en la importancia de la disciplina y nunca cambiaba de opinión en el último minuto. Tampoco esperábamos que lo hiciera; después de todo, pasaba su jornada laboral fabricando componentes de precisión para los helicópteros de la Armada. ¿Qué margen podíamos esperar de alguien que tenía que lidiar cada día con márgenes de una centésima de centímetro? Cuando nuestro padre nos rapaba los fines de semana, por ejemplo, lo hacía primero de delante a atrás, después de lado a lado y finalmente en diagonal, sin dejar un solo pelo a su libre albedrío. Así era mi padre. Meticuloso por naturaleza.

Por desgracia, mi padre no fue capaz de traspasar su autodisciplina o su fuerza de voluntad a ninguno de sus hijos. Su táctica de «la letra con sangre entra» logró que fuésemos obedientes

mientras éramos niños —y sin duda endureció nuestro carácter—, pero a largo plazo no produjo ningún beneficio duradero. En tanto que adultos, mis hermanos y yo íbamos a tener que luchar contra la falta de control y los problemas con las drogas. Tal vez podríamos haber evitado dichos problemas si la estructura sobre la que se desarrolló nuestra infancia no se hubiese basado en el miedo a los castigos corporales; estructura, dicho sea de paso, que se vino abajo en cuanto nos vimos liberados del control parental. Nunca lo sabré, pero eso no impide que me pregunte sobre ello en muchas ocasiones justo antes de dormirme, cuando los inquietos fantasmas de la infancia regresan para acosarme, como una especie de hombre del saco.

El alba se abría paso sobre aquel pedazo de tierra cuando desperté con la desagradable sensación de estar cubierto de insectos. Pensé que se trataba de una pesadilla hasta que abrí los ojos y descubrí que era algo real. Tenía el cuerpo cubierto por centenares de pequeñas hormigas rojas; se habían colado en mi nariz, dentro de mis orejas, bajo la ropa..., las tenía por todas partes. «¡Me cago en la puta!», grité poniéndome en pie y dando saltos como si tuviese el mal de san Vito. Me arranqué la ropa pero las hormigas siguieron corriendo por mi cuerpo.

Todos los que me vieron al pasar, desde sus coches, debieron pensar que me había vuelto loco. Un demente desnudo sacándose la ropa a tirones, volteándola de manera frenética y golpeándola contra los troncos de las palmeras. Me llevó diez minutos librarme de aquellas malditas hormigas y para cuando volví a vestirme todo mi cuerpo temblaba ya de frío. Me alejé del palmar sintiéndome como Charlton Heston en *The Naked Jungle*. Tanner se iba a partir el culo cuando se lo explicase.

Seguía retorciéndome y rascándome en busca de hormigas bajo mi ropa cuando llegué hasta una parada de camiones no muy lejos de allí, donde gasté mis últimos cincuenta centavos en un café. Pasé media hora en el aparcamiento intentando que alguien me llevase hacia el oeste. Nada de jabón, como habría dicho Sal Paradise. Todos los camioneros me daban la misma excusa que me había dado el tipo de Lumberton —las normas de la compañía prohibían recoger autostopistas—, así que me tocaba volver a la carretera. Pero antes de eso me hice con un pedazo de cuerda que encontré en el contenedor que había en la parte de atrás del restaurante, enrollé mi pesado abrigo como si fuese un saco de dormir y así pude colgarlo de mi mochila. La temperatura subía minuto a minuto aquella mañana. Después de dos días en la carretera finalmente podía ir en mangas de camisa.

Cuando regresé a la rampa de la interestatal vi que iba a tener competencia. Un vejete que lucía una desaliñada barba blanca y una panza voluminosa estaba detenido en la base de la rampa. Sostenía un cartón con las manos y tenía a sus pies una maleta. «¡Es el abuelo de Billy Gibbons!», me burlé entre dientes. Aquel viejo parecía haber salido del autobús de las giras de ZZ Top.

—Bonita mañana, ¿no? —me dijo cuando me encontraba a unos treinta metros de la rampa—. Acércate, hombre, que no muerdo —añadió mostrándome una sonrisa sin dientes.

No tenía claro lo de colocarme cerca del viejo (mi padre me enseñó que es mejor no pescar en el agujero que ha abierto otro hombre), pero al parecer el tipo tenía ganas de compañía y, a decir verdad, a mí también me apetecía estar con alguien. Me dio la impresión de que era un hombre inteligente, que iba a merecer la pena charlar con él. Tal vez podría indicarme dónde comer gratis o dónde dormir a buen recaudo cuando estuviese en la carretera. Pero antes de poder sonsacarle información me sorprendió preguntándome si tenía algo para comer.

—Lo siento, hermano, no puedo ofrecerte nada —dije pensando que me estaba pidiendo ayuda—. Estoy muerto de hambre. No he comido nada desde ayer. —Concretamente desde que Carl, el de Vermont, me compró algo durante una parada en Savannah.

—Bueno, pues espera un segundo —dijo abriendo su maleta. Sacó una gran bolsa de palomitas y un paquete de cacahuets y me los tendió—. Ahí tienes —dijo con una sonrisa—. Eso debería valerte hasta que llegues a la siguiente parada.

—Vaya —dije sorprendido por tan inesperada generosidad—. ¿Estás seguro de que puedes librarte de algo así?

—La hermandad de la carretera, hijo. Das cuando tienes y recibes cuando no tienes. Me llamo Zeke. ¿Cómo te llamas, colega?

—Pete —le dije—. Acabas de alegrarme el día, Zeke. Estaba empezando a pensar que Florida no era para mí.

Le conté lo de las hormigas rojas y Zeke negó con la cabeza.

—Por suerte para ti no eran hormigas de fuego o ahora no estarías aquí.

—Cristo bendito, ¡tienes razón! —dije.

Ni siquiera se me había ocurrido pensar en las hormigas de fuego. Después de todo, había salido bien parado.

En el cartón de Zeke podía leerse: «MOBILE, ALABAMA». Iba a visitar a una sobrina suya. Le pregunté a qué distancia de allí estaba Mobile y él me dijo que a unos quinientos kilómetros. Había que llegar hasta la frontera con Alabama.

—Con un poco de suerte, llegaré a la hora de la cena. No tengo que conseguir comida para esta noche —dijo con una sonrisa—. Mi sobrina me ceba como a un pavo en cuanto cruzo la puerta de su casa.

—Hablando de conseguir comida —dije antes de preguntarle a Zeke si tenía algún consejo sobre lugares en los que comer y dormir gratis a lo largo de mi ruta hacia California.

Como había sospechado, me dio un montón de consejos y, por lo que me dijo, no tenía que preocuparme por la posibilidad de pasar hambre. Aunque el hecho de no tener carné de identidad sí iba a suponer un problema. Zeke me comentó que la mayoría de los refugios que ofrecían camas gratis exigían una identificación con fotografía.

—No podrás quedarte en el Sally sin ese carné, eso te lo aseguro —me dijo.

—¿El Sally? —le pregunté sin entender la referencia.

—Sí, ya sabes, el Ejército de Salvación. Así es como todo el mundo lo llama. Son muy

quisquillosos. En el Sally todo tiene que quedar registrado.

Justo en ese momento, un polvoriento camión Ford cargado de troncos de madera se detuvo a nuestro lado y Zeke echó a correr y abrió la puerta del copiloto para ver si había sitio para dos. Negó con la cabeza hacia mí para indicar que no lo había. Ni siquiera podía montarme en el remolque porque estaba lleno hasta los topes de troncos de pinos de la isla de Norfolk. Así que le deseé suerte a Zeke y el camión se puso en marcha dejándome tan solo el aroma de pino.

El paquete de cacahuets de Zeke le proporcionó a mi estómago algo a lo que dedicarse mientras esperaba a que apareciese el siguiente buen samaritano. Mientras masticaba ruidosamente me puse a pensar en el sobrenombre que Zeke le había dado al Ejército de Salvación: «el Sally». Me recordó a otro sobrenombre que solía escuchar en casa siendo niño. De vez en cuando, oía a mi padre o a mi madre referirse de un modo muy críptico a un tal «Tío Benny». No conocía a ningún tío llamado Benny y cuando les pregunté a mis padres quién era se echaron a reír.

—No se trata de un tío de verdad —me dijeron—. Es un amigo al que vemos de vez en cuando. —Pero nunca llevaban a los niños con ellos cuando iban a verlo, así que siguió siendo un misterio para mí.

Cuando empecé a cursar sexto, finalmente descubrí de qué se trataba. Estaba haciendo unos recados con mi padre un sábado por la mañana y nos detuvimos frente a una sucursal de la Beneficial Finance Company. Mi padre me dejó esperando en el coche mientras él entraba. De repente, se me encendió la bombilla. ¡Tío Benny! Tenía que ser eso. Siempre había sabido que el presupuesto familiar era ajustado (no probé auténtica mantequilla hasta que fui a Dartmouth; como mucho comíamos margarina), pero hasta ese día no supe que pedíamos dinero prestado para llegar a fin de mes. Se me formó un nudo en la boca del estómago al entender que éramos más pobres de lo que había imaginado.

Me sentí tan triste por mi padre aquel día... ¿Por qué no teníamos dinero suficiente? Desde que yo podía recordar, mi padre había tenido dos trabajos, uno diurno y otro nocturno. ¿Tan poco dinero ganaba un maquinista? No me parecía justo. Pero no dije nada del Tío Benny cuando mi padre volvió a entrar en el coche. Sentí mucha vergüenza por él.

«Al menos colaboro con la economía familiar», me dije. Durante los últimos dos años había comprado mi ropa nueva con el dinero que ganaba repartiendo el *Newsday* todos los días después de clase. Ahora que ya casi era adolescente, tenía la esperanza de poder dejar ese trabajo; pedalear por ahí con una cesta llena de pesados periódicos y verme acosado por los perros del barrio había empezado a parecerme algo demasiado infantil. Pero tras descubrir la verdad sobre el Tío Benny mantuve el trabajo hasta llegar al bachillerato; lo dejé la semana antes de irme al seminario St Mary, donde la orden de los Redentores se hicieron cargo al alojarme y darme de comer librando de ese gasto a mi pluriempleado padre.

De hecho, mi decisión de entrar en el seminario se vio influida a partes iguales por la voluntad de aligerar la carga de mis padres y por la endeble convicción de que Dios me estaba

encaminando hacia la vida religiosa. Poco importaron las circunstancias, sin embargo, porque mis padres jamás recibieron ayuda de nadie a excepción del Tío Benny. Al igual que habían hecho sus padres, inmigrantes, estaban dispuestos a abrirse camino y eran demasiado orgullosos para plantearse cualquier clase de caridad o de ayuda pública. La única ocasión en la que mi padre aceptó la ayuda de alguien fue durante la larga huelga del Sindicato de Maquinistas que le mantuvo apartado del trabajo durante casi un mes. E incluso entonces, cuando más necesitábamos ayuda, le mortificaba la idea de aceptar las cartillas de alimentos que el sindicato dejaba en las escaleras de nuestra casa cada semana durante la huelga. Gracias a Dios, mi padre no podía ver ahora al mayor de sus hijos, obligado a depender de la bondad de los extraños.

Me llevó toda la mañana recorrer los sesenta kilómetros que separan Baldwin de Lake City, y durante ese trayecto un viejo homosexual que andaba buscando enrollarse con cualquiera antes de desayunar me hizo proposiciones. Colocó una de sus pastosas manos sobre mi rodilla y se ofreció a darme una vuelta por carreteras secundarias. Cuando rechacé su oferta se molestó y me dejó en una salida que daba a una granja en una zona desierta a las afueras de un pueblo llamado Macclenny. No había nada a la vista más allá de una marisma plagada de cañas en la que podía escucharse el canto de los mirlos de alas rojas. Como temía quedarme allí varado un montón de horas antes de que algún granjero se apiadase de mí, seguí caminando por la autopista con el objetivo de encontrar una salida algo más transitada. Caminé unos tres kilómetros antes de ver pasar a un coche patrulla en la otra dirección. El agente se me quedó mirando. Vaya por Dios, ya estamos otra vez. Como no podía ser de otro modo, ralentizó la marcha y giró en redondo atravesando la mediana cubierta de hierba y se detuvo con las luces azules encendidas.

—En Florida es ilegal hacer autostop en la autopista interestatal, ¿lo sabías? —me preguntó.

Le aseguré que lo ignoraba por completo. Nunca antes había atravesado Florida. Entonces me pidió que le enseñase mi carné de identidad y, como no podía ser de otro modo, me vi obligado a contarle mi triste historia. Por suerte, se la creyó y solo me entregó una notificación de aviso. Doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo del pantalón, sin sospechar lo mucho que me alegraría tenerla ahí en los próximos días.

—Ese aviso quedará registrado en el sistema, ¿entendido? —dijo el agente—. Si vuelven a detenerte en Florida no te librarás tan fácilmente. Ahora sube al coche y te llevaré hasta Glen St Mary. Recuerda, quédate en la rampa y no tendrás problemas.

Glen St Mary era otro pueblo deprimente, pero cuando, horas después, me recogió un guitarrista con una badana que iba camino de Los Ángeles creí que aquel se trataba del viaje de mi vida. Cuando llevábamos medio kilómetro recorrido, sin embargo, me dejó muy claro que estaba buscando un compañero de viaje que estuviese dispuesto a compartir los gastos de la gasolina.

—Me temo que no soy tu hombre —le dije, y antes de darme cuenta me había bajado del coche en la salida de Lake City.

«Al menos aquí hay una gasolinera», me dije. Los cacahuets y las palomitas de Zeke eran saladas y estaba deseando beber un buen vaso de agua fresca, así que me hice con una botella de plástico de Mountain Dew de la papelería y rellené mi nueva cantimplora en el lavabo. De vuelta en la rampa, el cielo se oscureció de golpe y empezó a llover, obligándome a resguardarme bajo un paso elevado. Mientras esperaba a que escampase, me puse a analizar los grafitis que había en el muro de cemento, una especie de invocación de los fantasmas de aquellos que habían estado allí antes que yo. Uno de los mensajes me obligó a sonreír, decía: «DESCUBRE ESTADOS UNIDOS COMO CHARLES KURALT NO LO HIZO (NO PUDO): ¡HAZ AUTOSTOP!». Por lo visto, incluso lo de recorrer el país por carretera tenía sus puristas. Encontré otra pintada que me puso los pelos de punta pues era mucho más sombría: «4/4/76–4/4/86. DIEZ AÑOS EN LA CARRETERA. QUE DIOS ME AYUDE, TENGO QUE ESTAR LOCO».

«Sí —me dije—, la carretera también tiene sus propias almas torturadas.»

Decidí que merecía la pena recordarlo así que rebusqué en mi mochila y saqué la bolsa de Wonder Bread que había estado utilizando para guardar las notas que empecé a tomar en el Pine Tree Inn. «Toma buenas notas y la historia se contará sola», solía decir mi tío John. El padre John McGuire era el hermano mayor de mi madre y el único escritor con obra publicada de nuestra familia. Siempre había envidiado su trabajo en la revista de la orden de los Redentoristas, *The Alphonsian*, que tomaba su nombre del fundador de la orden, san Alfonso de Ligorio, un autor muy leído en su época. Los artículos que escribía mi tío para la revista eran, básicamente, historias sobre la fe y la perseverancia que él había ido recogiendo de los parroquianos durante sus visitas a las iglesias de la Congregación del Santísimo Redentor a lo largo y ancho de todo el país y también en Puerto Rico. Su prosa clara y sin pretensiones siempre me impresionó. La cadencia de su forma natural de hablar quedaba tan bien retratada en su escritura que leer sus textos era como sentarse con él en la mesa del comedor, como si te contase aquellas historias en persona.

Quería escribir como el tío John. Para ser más exacto, quería *ser* el tío John. Menuda vida, pensaba siendo niño. Viajar por todo el país, recopilar historias y volver para contarlas. Así que a nadie de mi familia le sorprendió cuando empecé a expresar mi interés por acudir al seminario de St Mary para seguir los pasos del tío John. A mi tío le encantó la posibilidad de echar una mano, así que movió hilos para asegurarse de que me ofrecían una beca completa de estudios para que mis padres no tuviesen que preocuparse de los gastos de manutención. Estaba cursando octavo cuando me comunicaron que había sido aceptado en St Mary. Después de eso el resto del año escolar me pareció extenderse hasta la eternidad. Estaba deseando que llegase el verano para coger mi ropa y mis libros y meterlos en el baúl que mis padres me compraron para el viaje al bucólico campus cerca del lago Erie, en el diminuto pueblo de Northeast, en Pennsylvania.

Había cumplido catorce años cuando entré en St Mary, en 1963. No había pasado una sola noche lejos de mi familia, así que gasté un montón de clínex durante las primeras semanas que pasé en el campus. Pero en cuanto se aplacó la nostalgia me acostumbré a la rutina de la vida en el seminario. A excepción de los extensos periodos de silencio obligatorios de todos los días, no era

algo excesivamente diferente al hecho de vivir bajo el estricto puño de mi padre. Aprender latín me resultó más sencillo de lo que había imaginado y fue divertido descubrir que muchas palabras inglesas hundían sus raíces en la lengua de César y Catulo; palabras que empecé a utilizar en los poemas que escribía en las clases de inglés de primero que impartía el padre Sharrock. Lo más duro, por descontado, fue encontrar algo sobre lo que hablar, y mis primerizos esfuerzos fueron todos ellos ejemplos de lo que Ezra Pound denominaba «la búsqueda de sentimientos que casen con tu vocabulario». ¿Qué otra cosa podía esperarse de un imberbe de catorce años?

Llegó entonces el 22 de noviembre y con él la noticia de que el presidente Kennedy, nuestro primer presidente católico, había sido asesinado. Un día oscuro para Estados Unidos, especialmente devastador para los católicos de origen irlandés del país, como mi madre, que sin duda debía de estar llevándolo muy mal. Me habría gustado estar en casa para ayudarla a sobrellevar su dolor, pero ni siquiera podía consolarla: en St Mary los estudiantes no teníamos acceso a los teléfonos. Como quería compartir sus sentimientos de algún modo, en los días de luto nacional que siguieron escribí un poema sobre el dolor de verse separado de aquellos a los que amas cuando se está de luto. Fue lo primero que escribí con algo de sentimiento real. Al padre Sharrock le gustó tanto el poema que se lo pasó al padre Duffy, el consejero de la universidad de la revista literaria anual, y para mi sorpresa esa primavera me convertí en el primer estudiante de primer año en publicar un texto. A duras penas pude creerlo cuando me lo dijeron. Tras años de sueños, por fin iba a ver mis palabras impresas, ¡como el tío John!

Cuando amainó la tormenta en Lake City, hice un trayecto de ciento treinta kilómetros con un joven universitario en un Oldsmobile Toronado de color rojo y cuando me dejó en Tallahassee a última hora de la tarde me arriesgué a pedirle que me diese alguna moneda para poder tomar un café. Tenía la esperanza de que me diese unos cuantos centavos, pero el joven me dejó alucinado cuando me entregó un billete de cinco dólares. Lo único que me pidió a cambio fue que rezase una oración por él, para que le fuesen bien los exámenes finales. Le prometí que lo haría y, en cuanto se alejó, me encaminé a un Golden Arches para cenar.

El sol descendía a toda velocidad cuando regresé a la autopista, ansioso de proseguir el camino antes de que anocheciese. Todavía estaba a unos trescientos kilómetros de Pensacola. El primer desplazamiento no fue de gran ayuda. Me recogió un hombre de negocios con el que solo avancé unas cuantas salidas, poco más allá de las afueras de Tallahassee. Pensé que tal vez tendría más suerte fuera ya de la ciudad, alejado del tráfico local. Al subir a su Cadillac Eldorado sentí un golpe de aire frío en la cara y me di cuenta de que aquel tipo tenía puesto el aire acondicionado; un agradable recordatorio de que me encontraba en el Profundo Sur y de que no iba a tener que preocuparme por el frío al caer la noche. O eso creía yo.

Mi siguiente trayecto fue más largo y no estuvo en absoluto marcado por el frío. De hecho, sudé tantísimo que para cuando me bajé de aquel coche se me habían quitado las ganas de volver a

montarme en otro. Habían empezado a encenderse las luces de Tallahassee cuando me recogió un Ford Fairlane que iba dejando una estela de chispas a su paso debido a que tenía el tubo de escape suelto y rozaba con el asfalto. Se detuvo a mi lado, alguien abrió la puerta de atrás y una voz sureña dijo: «Hay espacio para uno más. ¡Vamos, si es que vienes!». «¿Dónde me estoy metiendo?», me pregunté, pero estaba cansado de esperar en la rampa de acceso, así que agarré mis cosas y salté al asiento de atrás para colocarme junto a un adolescente rubio con ojos de conejito asustado.

—Ese es Calvin —dijo el conductor volviéndose en su asiento y presentándose al adolescente flacucho—. Lo recogimos unos kilómetros antes. Yo soy Virgil y este cabeza hueca es mi hermano, Sammy —dijo asintiendo en dirección al otro paleta de mediana edad que ocupaba el asiento del copiloto.

—¿Cómo te llamas, colega? —Cuando le dije mi nombre añadió—: Bueno, Pete, podemos llevarte hasta la salida de Alford. Después enfilaremos hacia el norte, hacia Alabama. Sammy, pásale la botella. Dejemos que el bueno de Pete tome un trago para el camino.

Sammy se volvió y me tendió una botella pequeña de Wild Turkey. Sonreí y negué con la mano.

—No jodas —dijo con una mueca—. Más para Virgil y para mí. —Aunque esos dos no necesitaban beber más, pensé. El interior del Fairlane olía a perro muerto. La mirada nerviosa de Calvin empezaba a tener sentido. No pasó mucho rato hasta que yo empecé a mirar del mismo modo.

Virgil pisó el acelerador y derrapó en la grava del arcén. Entramos en la autopista con aquel pueblerino conduciendo con una sola mano y el tubo de escape lanzando chispas como una bengala.

—Haz algo útil, Sammy —gritó Virgil cuando alcanzamos velocidad de cruce—. Encuéntranos algo guapo en la radio. Sin música no hay fiesta. Y no babeas el whisky, so mamón. Anda, trae —dijo soltando el volante para quitarle la botella a su hermano.

Con creciente alarma me pregunté a qué clase de juego absurdo estaban jugando, pues Virgil le dio un largo trago a la botella y dejó que el Fairlane cruzase dos carriles. ¿Por qué demonios no agarraba el volante con la otra mano? El miedo afiló mi percepción y fue entonces cuando me di cuenta de que la manga del otro brazo de Virgil estaba recogida con un imperdible. No podía creerlo: estábamos cruzando Florida con un manco borracho al volante. ¡Una completa locura!

Miré a mi izquierda para ver cómo llevaba el asunto el tal Calvin. El pobre muchacho parecía dispuesto a saltar del coche en cualquier momento. Le di un golpe con el codo y susurré:

—Aguanta, Calvin. Saldremos de esta.

—Enteros o a trozos, ¿tú qué crees? —susurró a su vez Calvin.

Humor negro. Me gustó. El chaval tenía más cuajo de lo que había pensado. Eso estaba bien, porque los cien kilómetros que faltaban hasta Alford iban a ser toda una prueba para nuestros nervios. Sorprendentemente llegamos sanos y salvos. No sé cómo fue posible. Solo los ángeles podrían responder a esa pregunta. Lo único de lo que estoy seguro es que el muchacho y yo

salimos a toda mecha del Fairlane en cuanto se detuvo en la salida de Alford y de que ambos agradecemos poder irnos a dormir en lugar de adentrarnos en la oscuridad eterna.

Buscamos un lugar en el que pasar la noche en un campo de tréboles junto a la carretera. El frío empezó a resultar evidente y vimos que el único lugar en el que podíamos resguardarnos era el paso elevado de la carretera, así que nos encaramamos allí y nos tumbamos cabeza con cabeza sobre la ancha plataforma de cemento bajo los pilares de la autopista. Me quedé dormido durante cosa de una hora antes de despertarme para hacer pis. Cuando abrí los ojos vi que Calvin estaba sentado a mi lado, completamente despierto, abrazándose las rodillas temblando de frío. El aire de la noche era mucho más penetrante de lo que había sido después de la lluvia y la camisa de franela del chico no suponía protección suficiente.

—¿Por qué no me has despertado y me has dicho que te estabas congelando? —le regañé. Me dijo que no había querido molestarme—. No seas tonto —repliqué sacándome el abrigo—. Toma, ponte esto—le dije al tiempo que me tumbaba a su lado y nos cubría con el abrigo.

Al poco sus dientes dejaron de castañetear y le venció el sueño. Pero solo pudimos disfrutar de un par de horas de descanso antes de que el haz de luz de una linterna de la policía me iluminase la cara despertándome.

—EH, LOS QUE ESTÁIS BAJO EL PUENTE, ¡SALID DE AHÍ CON LAS MANOS EN ALTO! —atronó el megáfono.

Kalvin se despertó mascullando y me preguntó qué pasaba.

—La poli quiere hablar con nosotros —susurré—. Será mejor que salgamos.

Deslumbrados por la fuerte luz, descendimos la rampa, pero ninguno de los dos pudimos ponernos en pie porque el pavimento estaba muy resbaladizo a causa de la lluvia, así que acabamos bajando arrastrando el culo por la pendiente. Lo cual habría resultado la mar de cómico si no hubiese sido porque aterrizamos a los pies del sheriff del condado y de un policía militar que andaba por ahí en busca de un soldado prófugo.

—¿Alguno de estos dos es tu hombre? —le preguntó el agente de policía al militar. Este negó con la cabeza—. ¿Qué hacíais debajo del puente? —nos preguntó el sheriff.

Le dijimos que estábamos esperando a que saliese el sol para hacer autostop hacia el oeste, en dirección a Louisiana. Supongo que debió de parecerle divertido, porque en lugar de seguir preguntándonos, tanto él como el policía militar volvieron a subirse al coche patrulla sin decir palabra para proseguir su particular cacería humana.

—Hemos tenido suerte —le dije a Calvin con un suspiro.

—Díselo a mi coxis —gimoteó al tiempo que se sacudía el polvo de los pantalones. Pero ambos nos echamos a reír mientras ascendíamos la rampa de nuevo con la intención de dormir un poco más antes de que amaneciese.

Cuando empezó a salir el sol regresamos a la interestatal y a la luz del día pudimos constatar que aquellos dos paletos borrachos nos habían soltado en medio de ninguna parte. Echamos a andar por la carretera hacia un pueblo llamado Chipley, que estaba a dieciséis kilómetros de

distancia. Levantábamos los pulgares cada vez que un coche pasaba a nuestro lado, pero nadie se detuvo y recorrimos la distancia al completo por cuenta propia. Para cuando llegamos a Chipley nos ardían los pies.

—Nada como una caminata de dieciséis kilómetros para mantenerte en forma, ¿verdad, Calvin? —bromeé cuando estábamos llegando.

—Al menos he dejado de tener frío —respondió secándose el sudor que le caía por la frente.

La temperatura había ido subiendo suavemente durante la marcha. En la salida de Chipley había un pequeño establecimiento con techo metálico y un surtidor de agua en la parte delantera.

—Te echo una carrera —me retó Calvin—. El que pierda paga el desayuno.

—Búscate a otro, muchacho —dije—. Estoy agotado.

—Era broma —dijo sonriendo—. Yo también estoy cansado. Y ni siquiera soy un vejstorio como tú.

Decidimos compartir nuestro dinero antes de entrar en la tienda. Calvin tenía unas pocas monedas que había pedido en su viaje hacia el norte desde Miami, y yo todavía disponía de unos pocos dólares de lo que me había dado el muchacho del Toronado. Entre los dos reunimos seis pavos y eso nos dio para comprarnos una docena de donuts glaseados, dos litros de leche y un par de bolsas de tabaco de liar. Nos llevamos la bolsa con las provisiones hasta una zona con árboles y nos acomodamos bajo sus copas. Después de comer, nos quitamos los zapatos y los calcetines para airearnos los pies y nos echamos para fumar y «relajarnos un rato», como Tom Sawyer y Huckleberry Finn sobre la balsa, hasta que finalmente nos sentimos bastante descansados como para volver a la carretera.

Cuando pasamos junto a la tienda otra vez, Calvin dijo:

—Espera un minuto. —Eché a correr hasta un contenedor que había en el aparcamiento. Sacó de él una caja de cartón, arrancó uno de los lados y regresó a donde estaba yo—. Creo que será más fácil que nos recojan con un cartel —me explicó.

—Intentémoslo —dije—. Pero solo tengo un bolígrafo. Necesitaríamos un rotulador para hacer un cartel decente.

—¿Te refieres a uno de estos? —dijo Calvin sonriendo ligeramente tras rebuscar en el bolsillo de su mochila y sacar un rotulador nuevo, todavía metido en su funda de plástico.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté, aunque tenía la impresión de que ya conocía la respuesta.

—Lo he tomado prestado. Lo cogí mientras la cajera te cobraba —confesó.

—Por Dios, Calvin, eres un poco cleptómano, ¿no te parece?

—Es posible —dijo encogiéndose de hombros con descaro—. Pero mi letra es un asco, será mejor que escribas tú. Además, no sé si sería capaz de escribir *Pensacola* sin faltas de ortografía.

Minutos después, nuestro nuevo cartel empezó a dar rendimiento cuando una pareja de viejos ingleses detuvo su Jaguar descapotable a nuestro lado para llevarnos. Los dos minúsculos británicos llevaban la misma gorra con la bandera de Gran Bretaña, y parecían la mar de

salerosos. De hecho, si hubiesen sido de porcelana y hubiesen tenido unos cuantos agujeros en sus cabezas podrían haber pasado por un par de encantadores saleros.

—¿Os parece bien si os llevamos hasta Bonifay? —dijo la esposa con el cantarín acento propio de las locutoras de la BBC—. Es tan solo la siguiente ciudad, me temo, pero nos alegrará llevaros.

No tuvo que preguntárnoslo dos veces. Todavía teníamos los pies doloridos de la caminata hasta Chipley. Así que viajamos con estilo hasta Bonifay, dieciséis aireados kilómetros, y allí de nuevo sacamos a trabajar nuestro cartel, aunque este parecía haber perdido su magia. Dos frustrantes horas después todavía seguíamos en Bonifay.

Finalmente, Calvin dijo:

—Dame el cartel, Pete. Déjame probar una cosa.

«¿Y ahora qué va a hacer este muchacho?», me pregunté mientras lo veía sacar el rotulador del bolsillo y decorar el cartel con dos gruesas cruces cristianas, lo bastante grandes como para resultar visibles desde la distancia.

—¿Qué buscas con eso, Calvin? —le pregunté—. ¿Intervención divina?

—Es un truco que me enseñó un tipo en Miami —me explicó Calvin—. Me dijo que cuando estás en tierra de baptistas siempre tienes que poner una cruz en tu cartel. Tendría que haberlo hecho hace horas. Ya verás como ahora pararán enseguida.

Puedo asegurar que el chico tenía razón. Nos recogieron tres veces seguidas después de eso y a última hora de la tarde estábamos llegando a Pensacola, donde le di la vuelta a nuestro cartel y escribí «MOBILE», añadiéndole un par de cruces baptistas para asegurarnos. No tardamos nada en vernos montados en un Chevrolet Malibu con un sofisticado tipo de treinta y tantos al volante. Calvin saltó al asiento de atrás. Yo me senté en el asiento del copiloto, junto a Richie, un buen tipo que nos recibió en su coche pasándonos dos botellas de cerveza Bud que había sacado de una nevera de poliestireno que llevaba en el asiento del copiloto.

—Gracias —le dije abriendo la botella—. Por suerte no nos hemos perdido la *Happy Hour*.

Richie me dijo que mi acento parecía neoyorquino y cuando le confirmé que así era, me dijo:

—Yo también soy de allí. De Bensonhurst, Brooklyn. Mobile es la ciudad de mi esposa. Me mudé aquí hace diez años y he abierto una pizzería estilo Brooklyn. Les enseño a los de por aquí a qué sabe una pizza de verdad. Ahora hacen cola media hora solo para llegar a la puerta.

—Increíble —dije—. Pero ¿no echas de menos Nueva York?

—Sí, a veces. Echo de menos los clubes de *jazz*, principalmente. ¿Te gusta el *jazz*, Pete?

Le dije que sí y que había frecuentado los locales de *jazz* del Village durante años. El Blue Note. El Village Vanguard. Sweet Basil. The Cookery.

—Sí, sí, claro que sí, he estado en todos —dijo Richie nervioso—. Entonces esto te encantará —dijo metiendo una cinta en el radiocasete. De repente, empezaron a sonar dos saxofones en el interior del Malibu.

—¡Rahsaan Roland Kirk! ¡Toca los dos saxofones! —gritó Richie—. ¿Lo reconoces?

—Claro, amigo —grité yo también—. Eso que suena es *Bright Star*. Un clásico. Le vi tocar ese tema en el Vanguard en el 73. Cuando empezó a tocar dos saxofones al mismo tiempo me quedé con la boca abierta. ¡Jamás lo olvidaré!

Casualidades del destino, la noche en que vi la actuación de Kirk fue también la primera noche en que probé la cocaína. Escuchar el saxo de Rahsaan me hizo revivir todo aquello como si hubiese ocurrido la noche anterior. Los primeros tiros fueron a cargo de mi colega Liam, el barman. Me hizo un gesto para que lo acompañase al almacén del club. Pensaba que me estaba invitando a compartir un porro, como solíamos hacer mientras trabajaba, pero me sorprendió sacando un frasco de polvo blanco.

—¿Eso es coca? —le pregunté.

Cuando le dije que nunca la había probado Liam me miró como si tuviese un agujero en la cabeza.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Dónde demonios has estado, Hat?

—Perdido por ahí, supongo —respondí.

Qué demonios, ¿por qué no?

Confiaba en Liam. Habíamos nacido con horas de diferencia el mismo día de febrero de 1949; una curiosa coincidencia que no descubrimos hasta meses después de habernos conocido en el Lion's Head. El paralelismo de nuestro nacimiento me hacía pensar en él como mi gemelo cósmico. Sin embargo, al contrario que mi desfasada infancia en los suburbios de Long Island, la juventud de Liam transcurrió en las calles adoquinadas de Greenwich Village. En lo que se refería a estar en la onda él siempre me llevaba un escalón de ventaja; por eso no me lo pensé dos veces cuando me pasó el frasco con el perico. «Si es lo bastante bueno para Liam también lo será para mí», pensé. Que era exactamente el tipo de pensamiento que mi padre solía utilizar para burlarse de mí cuando intentaba justificar alguna de mis estupideces afirmando que todos mis amigos habían hecho lo mismo. «Si tus amigos saltasen del Empire State Building, ¿tú también saltarías?» Por lo visto, la respuesta era sí; aunque muy ingenuo, yo quise considerarlo un salto de fe más que un salto suicida. Los acontecimientos me demostraron que fue todo lo contrario, obviamente, pero en aquel momento estaba por completo fascinado por la mística del «todo vale» en Greenwich Village. Y así fue durante años, desde mi primer peregrinaje al Lion's Head en 1970, mientras pasaba unas vacaciones de verano en casa de mis padres antes de mi último año en la universidad.

Por aquel entonces tenía la esperanza de poder conocer a mi ídolo-del-momento, el escritor Fred Exley, cuya primera novela *Desventuras de un fanático del deporte* me había dejado sin habla por el desgarrado y convulso retrato de un escritor alcohólico obligado a aceptar que su destino es observar el partido desde las gradas mientras otros —como su compañero de la universidad (y estrella del fútbol americano) Frank Gifford— son capaces de tocar con las manos el Sueño Americano. *Desventuras de un fanático del deporte* había sido etiquetada como «memorias noveladas», pero no había duda alguna de que el texto estaba basado en hechos reales. La capacidad de Exley a la hora de transformar los desastres de su vida en historias que eran a un

tiempo tristes y absolutamente graciosas me había dejado deslumbrado. Leer su novela había sido como hacer el Vía Crucis colocado de óxido nitroso. Cuando acabé el libro supe que había encontrado a un nuevo miembro de mi panteón de escritores alcohólicos; podía colocarlo sin desmerecer junto a Ernest Hemingway, Malcolm Lowry, Charles Bukowski y, por descontado, Jack Kerouac.

No tenía ni idea de por qué esos dipsómanos me resultaban tan atractivos, pero en retrospectiva diría que era su falta de control lo que más interesante me resultaba. A todos esos escritores los descubrí cuando la adolescencia me dio buenas razones para dudar de mi propia capacidad de autocontrol, así que supongo que a un nivel inconsciente los veía como iguales en lo que se refería a dejarse llevar por las adicciones. Además, sus libros daban cuenta de que era posible luchar contra los propios demonios convirtiendo el proceso en una obra de arte. Idealizar sus excesos, por otra parte, me llevó a creer que yo también podría hacer lo mismo. Es decir, la fantasía tuvo tanta culpa como mi condición de bebedor a la hora de aceptar el ofrecimiento de Liam y lanzarme en picado a aquel viaje que acabaría alterando mi vida de un modo que Harold Bloom jamás imaginó cuando acuñó la frase «la angustia de las influencias».

Rahsaan seguía sonando con fuerza cuando cruzamos el puente que recorre la bahía de Mobile. Era hora punta y pudimos disfrutar de una puesta de sol al estilo del golfo, tan llamativa como una de las camisas africanas de Kirk. Minutos después, Brooklyn Richie nos dejó en un ajetreado cruce y, cuando me estaba bajando del coche, nos hizo un último regalo poniendo sobre mi mano una bolsa de Cheetos. Ahora ya teníamos cena.

—Richie, eres el mejor —le dije y le mostré el pulgar alzado mientras se alejaba.

—Bien, Calvin, ¿qué opinas? —le pregunté—. ¿Tendríamos que encontrar un lugar para acampar? —Llevábamos doce horas en la carretera y anocheecía con celeridad.

—A mí me parece bien —respondió Calvin—. La cerveza me ha dado sueño. Supongo que no soy un gran bebedor.

—Esa suerte que tienes, chaval —le dije—. Por hoy ya hemos cumplido.

Capítulo 5

Hacer autostop en Mississippi resultó más complicado que analizar sintácticamente una oración de William Faulkner, a pesar de los esfuerzos de Calvin con su rotulador. Añadió tantas cruces a nuestro cartel que empezó a parecer el dibujo de un cementerio militar que habría hecho un niño pequeño, pero ni por esas aumentó nuestra suerte a la hora de atraer a buenos samaritanos dispuestos a recoger a dos autostopistas. Nos habría ido mejor separándonos, pero le había dicho a Calvin que me quedaría con él hasta que llegásemos a su estado natal, Louisiana, y no quería desdecirme. El pobre muchacho ya había tenido que afrontar demasiadas desilusiones en su vida.

Kalvin había perdido a su madre víctima de un cáncer, semanas antes de que lo conociese. Después del funeral dejó el instituto y se puso a hacer autostop camino de Florida con la esperanza de recuperar el contacto con su padre, que había abandonado a su mujer y a su único hijo cuando Calvin todavía estudiaba primaria. Cuando llegó a Miami y descubrió que su padre ya no vivía en su antigua dirección, Calvin se vio obligado a arreglárselas por su cuenta. Sin dinero y sin lugar donde quedarse, tuvo que dormir en parques y robar chokolatinas para alimentarse mientras proseguía su búsqueda. Después de cuatro días de ir de aquí para allá, finalmente conoció a un yonqui que tenía noticias de su padre y le sugirió que lo buscara en centros de acogida para indigentes.

Kalvin me dijo que le costó mucho reconocer a su viejo cuando lo encontró. Su adicción a la heroína le había pasado factura y no se parecía en nada a las fotografías que tenía de él en el álbum familiar. Aun así, le dio la impresión de que su padre se alegraba de verlo; como mínimo en un principio. Pero cuando le pidió dinero para drogarse y Calvin le dijo que no tenía ni un centavo su padre le insultó y le dijo que seguía siendo el mismo niño inútil de siempre. Yo le habría partido la cara a ese maldito bastardo, pero lo que hizo Calvin fue marcharse del centro de acogida antes de que su viejo tuviese la oportunidad de llamarle llorón.

Ahora Calvin iba camino de Winsboro, Louisiana, para alojarse con la hermana viuda de su madre, así que me dije que lo menos que podía hacer por él era acompañarlo hasta llegar a Nueva Orleans. Lo que me había contado Zeke sobre la hermandad de la carretera se me había quedado grabado. *Das cuando puedes y recibes cuando no puedes dar*. No tenía nada que ofrecerle a Calvin excepto mi camaradería, pero me dio la impresión de que eso era todo lo que él deseaba, y podía entender sus razones. Tras la muerte de Kate, me apoyé en mis amigos del Racoon Lodge para no venirme abajo. El pobre Calvin no tenía nadie en quien confiar hasta que yo aparecí en su vida. Para él fue todo un alivio poder compartir su historia cuando acampamos en Mobile. Por

supuesto, Calvin afirmaba que sus lágrimas se debían al fuego que habíamos hecho, pero yo sabía que no era así, y también podía sentirlo, como me había ocurrido con Charlene en Richmond. Lo que me llevó a preguntarme si no sería ese el motivo que había provocado que la carretera uniese nuestros destinos, el hecho de recordarme que todavía seguía teniendo corazón. Un corazón que deseaba volver a conectar con el mundo.

El sol estaba descendiendo cuando finalmente nos recogieron en la estación Mississippi Welcome, donde habíamos pasado la mayor parte del día. El joven pelirrojo que nos recogió en su coche se llamaba Kevin, y cuando dijo que jugaba de tercera base en los Mets, el equipo de Jackson, le dije que yo había sido seguidor de los Mets desde hacía mucho tiempo. Seguía al equipo desde su primera temporada, en 1962, y a Kevin le encantaron las historias que le conté sobre desafortunados principios cuando los «Adorables perdedores» ocupaban siempre los últimos puestos de la clasificación en la Liga Nacional. Cuando nos dejó en la salida de D'Iberville media hora después, Kevin me dio las gracias por aquellas historias y nos aconsejó que caminásemos un par de kilómetros hasta el área de descanso de D'Iberville porque allí tendríamos más oportunidades de que alguien nos recogiese. Ya era noche cerrada y estábamos en lo más recóndito de los pantanos, en un tramo de carretera sin farolas flanqueado por sombríos cenagales y aterradores cipreses cubiertos de musgo.

—Parece el lugar ideal para librarse de un cadáver —le dije a Calvin componiendo un gesto de valentía. Sabía que él estaba tan asustado como yo.

—O incluso de dos cadáveres —dijo Calvin con aire tétrico.

Tenía razón. Estaba deseando llegar al área de descanso de la que nos había hablado Kevin. Aunque estuviese desierta, como mínimo habría luz.

Cuando llevábamos recorrido un kilómetro, y para nuestra sorpresa, un coche se detuvo unos treinta metros delante de nosotros. Como habíamos pensado que nadie se detendría en ese tramo tan estrecho, ni siquiera habíamos intentado mostrar nuestro cartel.

—Vamos, Calvin, ¡hemos tenido suerte! —le dije echando a correr hacia las luces rojas. Pero en cuanto nos acercamos el coche arrancó lanzando grava hacia nuestras caras.

—¡Morded el polvo, maricones! —dijo una voz adolescente a través de la ventanilla. También oí el estallido de risas en el interior del coche. Los paletos de la Yoknapatawpha de Faulkner divirtiéndose a nuestra costa. Noche dominical en el Estado Magnolia. ¡Salgamos de aquí!

—¡Pendejos! —gritó Calvin cuando el coche estaba ya a una distancia prudencial.

Inteligente por su parte. Lo último que necesitábamos era un puñado de indeseables pisándonos los talones y rompiendo en nuestras espaldas sus bates de béisbol Louisville.

—Este lugar me da mal rollo, Calvin —le dije—. Somos un blanco fácil en la oscuridad. Creo que lo mejor será pasar la noche en el área de descanso.

Kalvin estuvo de acuerdo, pero cuando llegamos al aparcamiento del área de descanso la carretera tenía preparada otra sorpresa para nosotros. El único coche que había allí era un destartado Ford Falcon. Sentado al volante vimos a un hombre bajo y fornido que estudiaba un

mapa de carreteras gracias al débil resplandor de las luces interiores del coche. Cuando pasamos a su lado abrió la ventanilla y nos hizo un gesto para que nos acercásemos.

—Vais a Nueva Orleans, ¿verdad? —dijo sonriendo al tiempo que señalaba con el mentón hacia el cartel que Calvin llevaba en la mano—. Subid si queréis que os lleve. Me llamo Bear. No os preocupéis, no soy un psicópata. Solo un inuit cabezota de camino a una plataforma petrolífera en Texas. Pasaremos por Nueva Orleans en un par de horas, siempre y cuando esta carraca no se descomponga.

Le sonreí a Calvin y él me correspondió. Hecho. Ninguno de los dos deseábamos hacer noche en un pantano. Teníamos la oportunidad de llegar a Nueva Orleans a tiempo para conseguir una cama en un centro de acogida. Lo cual resultaba difícil de creer habida cuenta de que nos había llevado un día entero recorrer los ochenta kilómetros que nos separaban ya de Mobile.

—Eso suena de maravilla, Bear —le dije—. Soy Pete y este es Calvin.

Me senté junto a Bear y Calvin se puso en la parte de atrás; tuvo que recolocar bien las cajas de herramientas de Bear para hacerse sitio.

—¿Os gustan los caramelos Red Hots? Servíos —dijo Bear señalando hacia una gigantesca bolsa de dos kilos de caramelos que estaban en el asiento entre nosotros; una bolsa que estaba medio vacía—. Llevo comiendo Red Hots desde que salí de casa de mi hermana, en Boston. Me mantienen despierto más que el café.

Eso explicaba el ligero crujido que notaba cuando movía los pies. Miré por entre mis rodillas y vi que el suelo estaba cubierto de envoltorios de caramelos. Agarré un puñado y le di la bolsa a Calvin. Ese día habíamos pasado hambre. Cualquier cosa que llevarnos a la boca sería bienvenida. Incluso aunque nos la pusiese al rojo vivo.

Le dije a Bear que era el primer inuit al que conocía personalmente, aunque me había interesado la cultura inuit desde que mis padres nos llevaron a ver *The Savage Innocents*, de Nicholas Ray, al autocine de Commack cuando tenía doce años. Bear dejó ir un gruñido burlón y dijo:

—Sí, vi esa película en la tele una noche estando en un motel de Anchorage hace años y me reí un montón. Anthony Quinn haciendo de inuit. Esas cosas solo pueden pasar en Hollywood.

Quinn interpretaba a un inuit llamado Inuk, acogía en su iglú a un sacerdote misionero y le ofrecía las habituales muestras de hospitalidad: grasa de ballena y un revolcón bajo las pieles de oso con su propia esposa. El sacerdote tuerce el gesto ante la comida y se burla de la oferta sexual con la esposa de Inuk. Insultado por el rechazo del sacerdote, Inuk monta en cólera y lo mata, así que pasa el resto de la película huyendo del policía montado canadiense interpretado por Peter O'Toole. No fue una de las películas más taquilleras de Nick Ray, pero de algún modo trataba el mismo tema que había explorado en la muy aclamada *Rebel Without A Cause*: la intolerancia social hacia aquellos que no se someten a las normas represivas.

La fortuna había querido que, doce años atrás, tuviese el placer de conocer personalmente a Nick Ray una noche en el Lion's Head. Se rio de lo lindo cuando le conté que mis padres nos

habían obligado a mis hermanos y a mí a taparnos los ojos durante la escena en la que la esposa da a luz a su hijo en el suelo del iglú. Ray me dijo que mis padres no habían sido los únicos a los que la escena del parto les había impresionado. El estudio cinematográfico le había pedido que rebajase el intenso realismo de esa escena, pero Ray se había negado en redondo. En aquella época todavía tenía suficiente fuerza en Hollywood como para hacer algo así. Pero esos tiempos habían quedado atrás. Cuando lo conocí, en 1973, Ray acababa de cumplir los sesenta y estaba pasando por una mala época.

El alcohol y las drogas habían provocado que Nick Ray tuviese que dejar su puesto como docente, lo que le había dejado sin acceso al equipo necesario para completar la edición del proyecto en el que andaba metido, una película titulada *We Can't Go Home Again*. Cuando le oí hablar de ese asunto pensé que tal vez podría ayudarlo. Uno de los autores con los que trabajaba en Harcourt Brace en aquella época era un director de documentales llamado Lee Bobker, cuyo libro *The Elements of Film* estaba en proceso de actualización porque íbamos a lanzar una segunda edición. Lee Bobker disponía de un estudio en el centro de la ciudad equipado con lo último en aparatos de edición: una consola digital Steenbeck. Cuando le dije a Nick Ray que tal vez podría conseguirle acceso a una Steenbeck se le encendieron los ojos. Pero entonces me dijo de mala gana que no podía permitirse el alquiler del estudio de grabación. Le dije que podía intentar ayudarlo. Llamé a Lee Bobker y le expuse la situación y él, muy generosamente, ofreció a Ray la posibilidad de editar gratis su proyecto fuera de las horas de trabajo. Ray estaba encantado, claro está, y yo me sentía tan orgulloso de haber posibilitado el acuerdo que no cabía en mí de gozo. Por desgracia, nunca más volví a cruzarme con Nick Ray. Seis años después, cuando leí la triste noticia de su muerte debido a un cáncer de pulmón, recordé nuestro breve encuentro y me alegró pensar que había hecho todo lo que había estado en mis manos para ayudarlo cuando tuve la oportunidad.

A unos cincuenta kilómetros de Nueva Orleans, Bear nos informó de que debía hacer una parada para llamar por teléfono al despacho de su sindicato: tenía que saber cuándo estaba previsto que ocupase su nuevo puesto de trabajo en Texas. Salimos de la autopista en Slidell, Louisiana, y se detuvo en una parada de camiones para llamar desde una cabina.

—Quedaos aquí, chicos, vuelvo enseguida —nos dijo.

Diez minutos después regresó cargado de regalos: café y pastelillos para nosotros dos. Pero también traía consigo malas noticias. El sindicato había cambiado la ubicación de su trabajo y le dijeron que tenía que regresar a Mobile en lugar de seguir hacia Brownsville, Texas. Lo que significaba que Slidell era el final de trayecto para Kalvin y para mí.

Curiosamente, Kalvin había vivido en Slidell, así que nos aconsejó cómo encontrar un sitio donde hacer noche en cuanto nos alejásemos de la parada de camiones; Nueva Orleans tendría que esperar hasta la mañana siguiente. A todo esto, seguíamos hambrientos. Lo que Bear nos había comprado tan solo nos había abierto un poco más el apetito. Kalvin tuvo una idea sobre cómo

conseguir algo de comida gratis y me llevó hasta un establecimiento Dunkin' Donuts que estaba a un kilómetro de distancia de la parada de camiones.

—El contenedor que hay en la parte de atrás suele estar lleno de donuts duros con los que podemos quedarnos —pronosticó Calvin.

Estaba en lo cierto, pero en cuanto abrimos la tapa del contenedor casi vomitamos. Algún imbécil de Dunkin' Donuts con ínfulas de honesto había rociado el interior con lejía. El olor era tan intenso que hizo que nos llorasen los ojos. Cerramos la tapa enfadados y nos alejamos maldiciendo. Dos alimañas humanas repelidas con éxito. Entonces, como si no hubiese sido bastante desalentador, se abrieron los cielos y, en un abrir y cerrar de ojos, empezó a caer una lluvia helada.

Kalvin echó a correr y yo le seguí por las calles a oscuras de un ruinoso vecindario hasta llegar frente a una vieja casa victoriana semiderruida con las ventanas selladas y el techo medio hundido.

—Aquí podríamos estar bien —dijo Calvin—. Parece abandonada. Echemos un vistazo.

La parte frontal de la casa estaba cerrada con plafones de madera contrachapada, pero cuando la rodeamos y llegamos al porche de atrás nos encontramos con que la puerta estaba abierta; lo cierto era que colgaba de las bisagras. La casa olía a moho y a madera quemada, y el agua de la lluvia caía en la cocina formando una cascada debido a un agujero en el tejado. Rodeamos el charco provocado por el boquete del techo y llegamos con cautela hasta la parte delantera de la casa en busca de un rincón seco en el que acomodarnos. Esparcidas por el suelo había latas de cerveza vacías y paquetes de cigarrillos y botellas de Thunderbird; resultaba obvio que no éramos los primeros ocupas que buscábamos refugio allí. Me asustaba la posibilidad de toparnos con algún borracho al volver una esquina, dándonos un susto de muerte, pero al parecer disponíamos de aquella casa solo para nosotros... al menos, de momento.

Los dormitorios enmoquetados apestaban a humedad, así que acampamos en el suelo de madera del recibidor. Como yo llevaba puesto mi abrigo me encontraba en buenas condiciones, pero nuestro paseo bajo la lluvia había dejado a Calvin tiritando de frío. Por fortuna, de la ventana del recibidor colgaban unas pesadas cortinas. Las arrancamos, les sacudimos el polvo y Calvin pudo usarlas a modo de manta. Acto seguido nos dispusimos a pasar la noche arrullados por el sonido incesante del agua que caía en la cocina.

Estuve como en otro mundo durante horas, pero en un momento dado, en mitad de la noche, sentí que algo raro pasaba. Cuando abrí los ojos me asusté al ver la cara de un borracho de aliento pestilente arrodillado a mi lado entre las sombras. Al parecer rebuscaba en los bolsillos de mi abrigo con sus pequeñas manos codiciosas.

—¡Sal de aquí! —grité lanzando el codo hacia su garganta. Le di de lleno en la nuez y cuando retrocedió le oí golpearse contra la pared. No tardó en ponerse en pie, agarrándose la garganta y croando como un sapo mientras echaba a correr a través de la inundada cocina hacia la puerta trasera.

Sorprendentemente, Calvin siguió roncando sin alterarse, a un brazo de distancia, ajeno por completo a lo ocurrido; igual que le había ocurrido a mi hermano Steve la noche en que mi padre me amenazó con convertirme en bocadillo. No creí que fuese necesario despertarlo. Como mínimo uno de los dos podría descansar. Sabía que no iba a pegar ojo durante el resto de la noche gracias al subidón de adrenalina, que estaría alerta por si al borracho se le ocurría regresar con un ladrillo en la mano. Tendría que esperar varias horas para poder compartir aquella aventura con mi compinche. «Oye Calvin, ¡estabas dormido y te perdiste la fiesta!»

¡Nueva Orleans, por fin! Tras siete días en la carretera, allí estaba yo, en mitad de la ajetreada calle Canal a mediodía, notando el dulce aire tropical que Jack Kerouac definió como una suave badana, luciendo mi sonrisa de drogota y con el olor de la marihuana todavía enganchado a la ropa; Calvin, a mi lado, estaba igualmente colocado.

Menudo viaje habíamos tenido desde Slidell. Pasamos toda la mañana esperando a que nos recogiesen. Finalmente nos tocó la lotería: nos recogió un joven soldador de Biloxi en su Ford Galaxi. El interior del coche estaba sumido en una nube de humo y, mientras atravesábamos Lake Pontchartrain, el joven compartió con nosotros cervezas Dixie y marihuana de Oaxaca. Cuando llegamos al Barrio Francés llevábamos un buen colocón. Además, estábamos muertos de hambre.

—Amigo, ojalá tuviésemos algo de dinero —dijo Calvin—. Me comería un plato grande de arroz con frijoles.

—Ya te digo, Calvin —asentí—. Ahora mismo daría mi huevo derecho por un bocadillo de ostras fritas. Podríamos buscar un banco de sangre y ganar algo de dinero vendiendo plasma.

Ninguno de los dos había vendido antes su sangre, pero Calvin creyó que era una buena idea, así que recorrimos el Barrio Francés en dirección al parque Jackson para consultar a los expertos. Sabía que el parque, durante el día, era un lugar de reunión para la gente de la calle. Una década atrás, durante un viaje que hicimos juntos por el país, Kate y yo nos quedamos en un hostel a unas pocas manzanas del parque Jackson y todavía recordaba cómo nos acosaron los mendigos cada vez que cruzábamos el parque en dirección a Riverwalk. Es decir, seguro que podríamos encontrar allí a algún vagabundo que nos aconsejase sobre los bancos de sangre locales.

Nos abrimos paso entre toda la gente que iba de un lado para otro durante la hora de comer, recorrimos calles adoquinadas en las que todavía podía oírse el antiguo eco de los coches de caballos y los gritos de los comerciantes de Lucky Dog, con cuyos divertidos carteles en forma de salchicha podías toparte en casi todas las esquinas del barrio. Diez minutos más tarde nos sentamos en un banco del parque junto a un viejo indigente de pelo blanco, que muy amablemente arrancó un pedazo de papel de la bolsa en la que llevaba su botella de vino para que pudiésemos apuntar las direcciones que nos había dado. Nos dijo que el banco de sangre más cercano estaba en la calle Canal, al sur del Barrio Francés; es decir, no estábamos muy lejos. Pero llegar andando hasta allí era poco menos que una tortura. Pasamos delante de una docena de restaurantes y cada

uno de ellos olía de un modo más apetitoso que el anterior. De hecho, al llegar al banco de sangre, el aroma antiséptico de la sala de espera casi supuso un alivio para nosotros. Aunque la amargada recepcionista no tardó en echarnos de allí al comprobar que no disponíamos de un documento de identidad. Fin de la historia.

—Voy a ver si al menos puedo conseguir algo para fumar —dijo Calvin acercándose a dos vagabundos de rostro reseco que estaban en la acera, frente al banco de sangre.

Le pasaron un par de cigarrillos y nos quedamos allí, sin hacer nada, mientras nos los fumábamos.

—No os había visto antes por aquí, muchachos —dijo un tipo con barba—. ¿Recién llegados a la ciudad?

Le dijimos que sí y, decepcionados, le contamos que nos habían echado del centro de plasma.

—Supongo que habréis oído hablar de la oficina de Ayuda al Viajero que hay en la estación de tren —nos sugirió otro indigente—. Allí no te piden identificación. Decidles que estáis sin blanca y perdidos. Os darán alojamiento y comida y cupones durante cinco noches en el Oz. Todos los gastos pagados —dijo con una carcajada.

—¿El Oz? —pregunté. ¿Acaso teníamos que llegar también al final del camino de baldosas amarillas?

—Sip, así es como todo el mundo lo llama. El nombre real es más largo, no me preguntes cuál es. Pero las dos primeras letras son O y Z, por eso le llaman Oz. Lo llevan los católicos, pero no está mal.

La estación Amtrak estaba cerca del Superdome. Encontramos la oficina de la Sociedad de Ayuda al Viajero en el vestíbulo y le contamos nuestra historia a la dulce mujer de la recepción. Aquella mujer no dejó de asentir, haciendo bailar sus rizos azulados empáticamente, y al cabo nos entregó unos formularios. Nos preguntó si teníamos alguna clase de carné. Yo no tenía nada que mostrar excepto la notificación que me había dado aquel policía en Florida. Me dijo que con eso bastaba. «Gracias a Dios que la guardé», pensé. Calvin dejó encima del mostrador una multa que le habían puesto por hurto en Miami. De ese modo tan sencillo logramos que nos diesen los cupones para el alojamiento y un plano de la ciudad para que pudiésemos encontrar el lugar caminando desde la estación.

La señora que atendía al público en Ayuda al Viajero nos dijo que también podíamos conseguir unas fichas Greyhound si contactábamos con un amigo o familiar que quisiese hacerse socio por el precio de un billete. Dijo que podíamos utilizar su teléfono para llamar a alguien que creyésemos que podía apoyarnos. El rostro de Calvin se iluminó cuando oyó su propuesta y, de inmediato, llamó a su tía, que vivía en el norte de Louisiana, para que le diese el visto bueno a la señora de Ayuda al Viajero y le diesen de ese modo un billete de autobús para Winsboro. Finalmente, por lo visto, iba a poder darle descanso a su pulgar. Me alegré por el chaval. Aunque también sentí algo de envidia.

Cuando Calvin colgó el teléfono, le pregunté a la señora si podía hacer una llamada a San

Francisco para decirle a un amigo que iba a retrasarme en la llegada. No tenía pensado pedirle a Tanner que me pagase un billete de autobús, pero supuse que se estaría preguntando por qué no había llegado todavía. La señora de Ayuda al Viajero dijo que no había problema, así que llamé a información, conseguí el número de Tanner y le telefoneé para comunicarle que iba con algo de retraso según lo previsto. Tanner, por su parte, también tenía una noticia que darme, y no era buena precisamente. Su proyecto de los apartamentos estaba teniendo problemas con la comisión de planificación y le habían denegado los permisos de construcción. Su arquitecto estaba revisando los planos, pero Tanner no tenía ni idea de cuánto tardarían en aprobarse. Así pues, en ese preciso momento no podía ofrecerme trabajo alguno.

—Lo siento, Hat —me dijo—. No lo vi venir.

«Ni yo tampoco», me dije frunciendo el ceño. Pero me tragué la decepción y le dije a Tanner que no se preocupase. Encontraría trabajo una vez estuviese en California. Si bien ahora sabía que no tenía que hacerme ilusiones.

—Nos veremos cuando llegue —le dije, aunque ya no tenía prisa alguna por llegar a San Francisco.

—¿Malas noticias? —me preguntó Kalvin al fijarse en el gesto de contrariedad de mi cara al colgar.

—Bastante malas —respondí—. Ya no tengo trabajo en Frisco.

Kalvin negó con la cabeza.

—Vaya mierda. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Iré a California y me buscaré la vida, supongo. Pero creo que de entrada me quedaré unos días en Nueva Orleans para descansar antes de volver a la carretera. En cualquier caso, no te preocupes por mí. Vamos a ponerte en camino de Winsboro.

En la estación de autobuses, Kalvin volvió a tener suerte: había un autobús Greyhound a Winsboro que salía una hora más tarde. Mientras esperábamos a que indicasen la salida, le pregunté qué tenía planeado hacer una vez llegase a casa.

—No lo tengo claro —dijo encogiéndose de hombros—. Tal vez trabaje en la planta embotelladora con mi tía durante un tiempo. Ahorraré algo de dinero para sacarme el carné de camionero. No me importaría hacer largos recorridos de costa a costa. Sería una buena manera de ver el país y de que me pagasen por ello, ¿no te parece?

—Claro que sí —le respondí—. Pero si un día de esos te pillo en una parada de camiones y pido que me lleves, será mejor que no te comportes como uno de esos gallinas que se remiten a las normas de la empresa y te dejan en tierra.

—De acuerdo, eso seguro —dijo Kalvin entre risas—. Voy a darte la dirección de mi tía —añadió y me la apuntó en la parte de atrás del mapa de Ayuda al Viajero—. Envíame una postal desde el Golden Gate cuando llegues a la costa.

—Lo haré —le prometí.

El chico había sido buena compañía durante tres días. A partir de ahí volvería a viajar solo.

Después me fui al Oz para pasar mi primera noche en un centro de acogida para indigentes.

Incluso sin el plano de la ciudad habría encontrado aquel lugar fácilmente limitándome a seguir a la multitud. Docenas de personas que vivían en la calle atravesaron el distrito de los almacenes en dirección a la calle Camp para unirse a la cola de la cena en el Oz. Cuando llegué al centro de acogida, la cola que se extendía delante del edificio de ladrillo de tres plantas no paraba de crecer. Subí los escalones de la puerta principal y llamé al timbre de la puerta. Un tipo rubicundo me invitó a pasar y se presentó como hermano Kevin, de los Hermanos del Buen Pastor. Le enseñé mi cupón de Ayuda al Viajero y me acompañó hasta el mostrador, donde me entregó un folleto para que le echase un vistazo mientras me registraba. Al leer el panfleto descubrí que el verdadero nombre del centro era Pensión Ozanam, en honor a Frédéric Ozanam, fundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl en 1833. La lista de los servicios que ofrecía el centro de acogida incluía no solo comida y alojamiento sino también ropa, chequeos médicos, terapia contra las adicciones; incluso peluquería. Todo gratis. Ahora entendía por qué el tipo del banco de sangre había dicho que aquel lugar no estaba mal.

Había dos placas detrás del mostrador en el que atendía el hermano Kevin. Una decía: «HOY LE DAMOS PESCADO A UN HOMBRE, ¡MAÑANA LE ENSEÑAREMOS A PESCAR!». La placa que estaba al lado citaba a san Vicente de Paúl: «ES POR TU AMOR, SOLO POR TU AMOR, POR LO QUE EL POBRE PERDONARÁ QUE LE ENTREGUES UN PEDAZO DE PAN». Palabras inspiradoras, incluso para alguien que, como yo, había abandonado el seminario hacía muchos años. La buena gente del Oz, sin embargo, no iban a tener que preocuparse por mi perdón cuando me diesen su pan. Mi tripa estaba vacía y no me sentía con fuerzas para albergar otro sentimiento que no fuese gratitud. Estaba deseando roer algo.

—De acuerdo, Peter... —dijo el hermano Kevin con una sonrisa—. Te hemos reservado una cama para la semana. La entrada al comedor está al volver la esquina. Ponte a la cola en el aparcamiento y nuestros voluntarios te llamarán cuando la cena esté lista.

Unas cincuenta o sesenta personas hambrientas esperaban ya cuando me puse en la cola, y muchas más fueron llegando hasta sumar unas doscientas. Éramos una triste comunidad de indigentes renqueantes y cargábamos con mochilas y bolsas de basura, con maletas envueltas en cinta de embalar y petates de lona; una tropa de desafortunados, nada más. Había un puñado de mujeres con carritos de la compra entre la gente, pero la mayoría de los usuarios del Oz eran hombres de mi edad o más mayores, alcohólicos en su mayoría, que compartían botellas de licor con sus colegas mientras esperaban en la cola fumando tabaco de liar y tosiendo como tuberculosos.

Mientras esperaba en la cola, asimilando la situación, me fijé en la pared llena de grafitis del almacén que estaba al otro lado del aparcamiento, donde algún gracioso había hecho una pintada con letras plateadas: «¡NUNCA ES DEMASIADO TARDE PARA TENER UNA INFANCIA FELIZ!». Me pregunté con qué rapidez tendrías que salir de ese aparcamiento si intentases hacerle entender esa mierda estilo Peter Pan a los que estaban allí. Y, sin embargo, la

verdad del asunto era que todos nosotros, ya fuese debido a la mala suerte o a las malas elecciones, nos habíamos visto reducidos a ser de nuevo niños pequeños. Niños que esperaban pacientemente a que los adultos del Oz nos alimentasen. Una infancia feliz, y una mierda. «La madre de los excesos no es la alegría sino la falta de la misma»: ahí tienes un eslogan que se habría adaptado mejor a las circunstancias. Pero ¿cuántos grafiteros leían hoy en día a Nietzsche? No los suficientes, al parecer, o no habrían gastado pintura garabateando malas citas de un papanatas como Tom Robbins.

—¿Qué tal la comida aquí? —le pregunté al tipo que estaba delante de mí en la cola, un hombre negro y bajo de unos cincuenta años que se apoyaba en un bastón de tres patas.

—Oh, nos alimentan bastante bien —me respondió—. ¿Nunca habías estado en el Oz? Entonces es que eres nuevo en la ciudad.

—He llegado esta tarde —admití—. En Ayuda al Viajero me dieron unos cupones para venir aquí. Me pareció genial. Apenas he comido nada desde hace dos días.

—Bueno, para cenar solo nos dan bocadillos, pero te llenarás la panza igualmente. El desayuno y el almuerzo son las dos comidas fuertes. ¿Bebes, hijo?

—Ya casi nada —le dije con un ligero aroma a cerveza Dixie todavía en mi aliento.

—Aun así, ten cuidado cuando vayas por la ciudad —me advirtió—. Mardi Gras está a la vuelta de la esquina y la policía está haciendo lo que hace siempre a estas alturas del año: sacan a los borrachos de las calles para que los jueces corruptos puedan sentenciarlos a trabajos comunitarios. Así es como logran montar la mayor parte de las gradas del desfile.

—Vaya mierda —dije—. Qué cabrones.

—Desde mi punto de vista, eso es esclavitud. A un sobrino mío lo pillaron hace dos días. Acababa de salir de rehabilitación. No había probado una gota desde hacía una semana. Pero la poli igualmente lo acusó de beber en público cuando tropezó con un adoquín. Así que, como ya te he dicho, ten cuidado, hijo.

Cuando las campanas de la iglesia de St Patrick dieron las cinco en punto, la cola empezó a avanzar y abrieron las puertas del comedor. Oí una fuerte discusión a mi espalda y me di la vuelta para ver qué estaba pasando. Dos borrachos recién llegados habían intentado colarse y cuatro o cinco de los que estaban allí intentaban enseñarles modales. Parecía una escena de cine mudo más que una auténtica pelea, pero los demás empezaron a jalear. *¡Los últimos no serán los primeros si podemos evitarlo!* Ese parecía ser el sentimiento general. La solidaridad de la multitud resultaba conmovedora. Podían formar parte del último escalón social, pero eso no significaba que se dejasen pisar; a los dos que habían intentado colarse les estaban enseñando la diferencia.

El comedor del Oz, de techo bajo, era más o menos del tamaño del típico sótano donde se celebran bautizos y comuniones, con una mesa en una de las paredes donde se servía la comida caliente y tres largas hileras de mesas de pícnic con banquetas y salvamanteles de plástico ubicadas en el centro de la sala. En la pared del fondo habían preparado espacio en el suelo para que los invitados del Oz dejasen sus pertenencias antes de sentarse para comer. «Nada de bolsas

en la mesa», era una de las reglas de la casa. «Nada de gritar o maldecir», era otra. «Limpia tu mesa», era la tercera. Más allá de eso, se trataba de un banquete de indigentes y eras bienvenido si lo que querías era comer. Yo di buena cuenta de tres bocadillos de jamón y queso y un poco de fruta antes de darme por satisfecho; no quedaron ni las migajas.

Después de comer, uno de los voluntarios del centro agarró el micrófono y anunció que todos los que dispusiesen de cama reservada para esa noche tenían que hacer cola junto a las escaleras que llevaban a la segunda planta. Me uní a la cola y, una vez que el voluntario comprobó que mi nombre estaba en la lista que tenía en su portapapeles, subí las escaleras junto al resto de los que iban a pasar allí la noche. Arriba, otro voluntario nos explicó las normas del dormitorio. Todos teníamos que quitarnos la ropa, meterla junto a nuestras pertenencias en una gran bolsa de plástico que nos guardarían hasta la mañana siguiente, y quedarnos en ropa interior. Después de eso, nos entregaron una toalla de baño y un pequeño tubo de champú y nos dijeron que fuésemos a las duchas.

—Asegúrense de lavarse bien el pelo —nos aclaró el voluntario—. Si salen de la ducha con el pelo seco no tendrán cama.

Pensaba que había visto muchos cuerpos marcados en las duchas de Rikers Island, pero los indigentes del Oz hicieron que los delincuentes de la cárcel pareciesen niños de pecho. Había veteranos de Vietnam marcados por la metralla, diabéticos con dedos de los pies amputados y un buen puñado de vientres y pechos con cicatrices quirúrgicas, como si se tratase de las costuras de un balón de fútbol americano; más allá del habitual surtido de heridas por arma blanca que me había acostumbrado a ver en Rikers. Y luego estaba yo, que no tenía ni una sola marca en todo el cuerpo. Me dije que era un motivo para estar agradecido, pero al verme rodeado de tanta desfiguración no pude evitar sentir que llamaba la atención. El hecho de no poder convertirme en uno más no impidió que disfrutase de la primera ducha de agua caliente que me daba desde Petersburg. Cuando me cambiaron la toalla húmeda por un pijama limpio me sentí como si estuviese en casa. No pensaba que me sentiría así en mi primera noche en un centro de acogida para indigentes, lo juro, pero te vuelves muy poco quisquilloso respecto al concepto *casa* cuando has pasado una semana en la carretera. «Esto no está tan mal —pensé—. Es como un campamento para hijos pródigos.» ¿Qué más podía pedir?

Las estrechas camas del Oz eran bastante cómodas, pero en cuanto se apagaron las luces apenas disfruté de unas pocas horas de sueño irregular. A mi alrededor, en la oscuridad, el dormitorio reverberaba con toses de tuberculosos y gemidos nocturnos de hombres acosados por pesadillas. Incluso después de prepararme algo parecido a unos tapones para los oídos con papel del lavabo, me resultó difícil conciliar el sueño durante más de una hora debido a las toses o los gritos. La noche se me hizo muy larga; me alegré mucho de dejarla atrás cuando los altavoces nos despertaron a las cinco de la mañana.

El resto de los tipos que habían pasado la noche allí tenían la misma pinta de cansancio que tenía yo mientras descendíamos las escaleras para desayunar. Cuando los voluntarios del centro

nos acompañaron a la puerta de la calle a las seis, creo que la mayoría nos fuimos de allí con la misma intención: encontrar un rincón tranquilo donde poder dormir unas pocas horas más antes de afrontar el día. Eso, como mínimo, era lo que yo tenía en mente cuando salí a la calle Camp en busca de un lugar donde echar una cabezadita. Tres travesías más allá, pasé frente a un edificio famoso entre los amantes de la teoría de la conspiración y el asesinato de JFK, como Jim Garrison, el número 544 de la calle Camp. Fue entonces cuando reparé en que había pasado la noche en la misma calle en la que vivió Lee Harvey Oswald durante sus oscuros días como repartidor de panfletos anticastristas. Una coincidencia a la que no le di ninguna importancia pero que, en cualquier caso, añadiría algo de color local a mi cuaderno de notas de viaje.

Al otro lado de la calle, en Lafayette Square, varios de los indigentes del Oz ya se habían establecido bajo los árboles para su siestecilla matinal. Me uní a ellos sobre el césped cubierto de rocío y dormí unas pocas horas, hasta que me despertó un fuerte ruido metálico. Miré a mi alrededor para descubrir a qué se debía y, una travesía más abajo, vi a un equipo de trabajo, formado por presidiarios ataviados con monos, descargando tubos metálicos de un camión aparcado frente al Tribunal Federal. Un segundo equipo de trabajo, vigilado por un guardia uniformado, estaba juntando los tubos para formar el armazón de una gradería reservada para gente pudiente y bien conectada, para que pudiesen disfrutar del desfile de Mardi Gras de la próxima semana. Por lo visto, el tipo que me advirtió sobre la policía local en el Oz no se había dejado llevar por las fantasías. Tenía que seguir su consejo y andarme con cuidado, pues me arriesgaba a que me obligasen a cumplir servicios comunitarios montando las gradas.

Tenía que dejar pasar unas cuantas horas antes del almuerzo en el Oz, así que crucé la calle Canal y rondé por el Barrio Francés observándolo todo con atención. A medida que iba avanzando, sin embargo, me di cuenta de que me estaba poniendo más y más triste. Allí donde fijaba la vista encontraba rincones que Kate y yo habíamos visitado durante nuestra luna de miel. El bar Pat O'Brien en la calle Bourbon, donde nos achispamos tomando cócteles Hurricane después de un concierto de *jazz* en Preservation Hall. El restaurante Tujague en Decatur, donde todas las noches de nuestra estancia comimos a *prix fixe* comida criolla. Y frente al Tujague, al otro lado de la calle, el Café Du Monde, donde holgazaneábamos cada mañana en la terraza al lado del dique, compartiendo el *Times-Picayune* mientras tomábamos café con leche y hacíamos planes sobre una vida futura que imaginábamos tan dulce como los famosos buñuelos franceses del Du Monde.

Esos recuerdos de hacía una década no eran ya más que amargos recordatorios de hasta qué punto había defraudado a Kate. Cuando Kate murió yo no tenía trabajo fijo y apenas podía pagar el alquiler de la pensión de mala muerte en la que me alojaba en el distrito de Flatiron. No tenía modo alguno de conseguir el dinero necesario para un entierro en condiciones. No tuve más remedio que telefonar a la madre de Kate y decirle que tendría que hacerse cargo de los gastos que conllevaría trasladar en avión el cuerpo de su hija hasta Alabama para enterrarla junto a su padre. La madre de Kate, devota baptista, siempre pensó que no era un buen partido para su hija, y

me dolía mucho tener que darle la razón, pero me tragué el poco orgullo que me quedaba e hice lo que tenía que hacer. Me sentí como una auténtica mierda, pero podría haber aprendido la lección de haber tenido los huevos de volar hasta Cullman y dar la cara en el funeral de Kate. Estoy seguro de que mis amigos del Racoon me habrían costado el billete de avión, pero no quise pedirles ayuda. ¿Para qué molestarme? Sabía que no tendría el cuajo para colocarme frente a la tumba de Kate y fingir ser un marido responsable mientras todos sus familiares me miraban con desprecio. En mi vida me he comportado en muchas ocasiones como un drogadicto cobarde, pero no acudir al entierro de Kate fue, sin lugar a dudas, el más despreciable de todos mis desplantes. Tal como descubrí en los días que siguieron, por lo demás, poco importaba todo el alcohol que pudiese tomar o toda la cocaína que pudiese esnifar: no había alivio posible para la vergüenza que sentía por no haber cumplido haciendo lo correcto.

Un nuevo comienzo en la Costa Oeste tal vez enmendase los errores de mi vida, pero no podía hacerme ninguna ilusión respecto a lo difícil que llegaría a ser enterrar mi insondable sentimiento de culpa. Sabía que tendría que acarrear con esa carga hasta la tumba, y no tenía más remedio que aceptarlo. Aun así, ciertos días me resultaba más pesada que otros, y aquella mañana en Nueva Orleans fue uno de esos días. Si no hubiese dado media vuelta y me hubiese largado del Barrio Francés, me habría hecho caer de rodillas.

De vuelta en el Oz mi ánimo mejoró cuando descubrí que los martes era el día del «intercambio de ropa». Había recorrido dos mil kilómetros con mis desvencijadas Reebok de caña alta y cuando llegué a Nueva Orleans tenían las costuras reventadas, así que me uní alegremente a la cola del intercambio después del almuerzo. Cuando llegó mi turno frente al mostrador, le dije al hermano Kevin que necesitaba calzado recio para volver a la carretera camino de California.

—Entra a ver si encuentras algo de tu talla —me dijo y me llevó a la parte de atrás del almacén, donde en toda una serie de estantes había como mínimo un centenar de zapatos polvorientos; daba la impresión de que la mayoría de esos zapatos habían pertenecido a difuntos maridos de viudas devotas que, llegado el momento, no habían dudado en deshacerse de ellos. Y allí estaban los zapatos de los fieles difuntos, expuestos y listos para ser reutilizados.

Había suficientes zapatos de vestir como para calzar a un pelotón de agentes del FBI. Intercalados entre ellos podías encontrar todo tipo de calzado. Blandos mocasines de gamuza, náuticas de color blanco, botas de montar de dos colores y —para aquellos indigentes preocupados por el *savoir faire*— incluso un par de brillantes zapatos de baile. ¿Alguien se atrevía con un *foxtrot*? Por suerte, entre toda esa ridícula mezcla de zapatos desechados, encontré unas recias botas de trabajo que parecían nuevas. Cuando me las probé me dio la impresión de que eran un número menos que mi talla, pero aun así me las até. Supuse que durante un tiempo me rozarían y me harían ampollas, hasta que las diese de sí, pero ese detalle me importaba bien poco. Al menos no resultaban ridículas en mis pies. Un poco de incomodidad a cambio de no parecer un payaso era un precio que estaba dispuesto a pagar. Cervantes dijo que conocerte a ti mismo evita

que seas vanidoso. Como cabe suponer, todavía tenía mucho que aprender en ese sentido: a lo largo del camino aquellas botas iban a darme múltiples y dolorosas lecciones al respecto.

Esa noche, durante la cena, conocí a Arne Hill, un tipo más o menos de mi edad que me confesó que tenía previsto subirse a un tren de carga en dirección al oeste a la mañana siguiente. En cuanto oí aquellas palabras le pregunté si me dejaría unirme a él.

—Nunca me he montado en un tren de carga —admití—. Pero he deseado hacerlo desde que era adolescente. ¿Has leído *En el camino*?

—Ah, tú también eres fan de Kerouac —dijo Arne con una sonrisa—. Lamento decirte que ya no quedamos muchos.

—Tienes razón —añadí—. He venido hasta aquí haciendo autostop desde Nueva York y ninguna de las personas que me recogió había oído hablar del él, y mucho menos de sus libros.

—Te creo. Pero en Denver, de donde yo soy, es un poco más conocido. Supongo que se debe a que Neal Cassady era uno de los nuestros. Cuando estudiaba bachillerato y me colaba en los bares de la avenida Colfax, todavía podías encontrarte con algún tipo mayor que recordaba haberse tomado una copa con Neal en los años cuarenta. Mi viejo fue uno de ellos. Él fue el que me hizo leer *En el camino*. Me dijo que si quería saber cómo era Denver durante sus años mozos ese era el libro que tenía que leer.

—Bueno, si no te molesta ir con un novato, me apunto a lo del tren. ¿Qué me dices?

—Claro, ¿por qué no? ¿Hacia dónde vas?

—San Francisco.

—Eso significa que nos separaremos en El Paso, pero a esas alturas ya le habrás pillado el truco —dijo Arne.

Me desperté aquella mañana ansioso por pisar los raíles, pero la tormenta que golpeaba contra las ventanas del dormitorio arruinó nuestros planes. Arne me dijo que el lugar más adecuado para montarse en un tren estaba al otro lado del río, en el pueblo de Avondale, a unos veintipocos kilómetros de la ciudad, y que no estaba de humor para hacer autostop hasta allí lloviendo de aquel modo. Fue un bajón, pero entendía su punto de vista, así que me resigné a permanecer otra noche más en Nueva Orleans y dejé pasar el resto del día rondando por la biblioteca pública, a resguardo de la lluvia, entre los turnos de comidas del Oz.

Tal vez fue la lluvia lo que me llevó a aquel estado de ánimo que yo denominaba como «irlandés», no lo sé, pero en cualquier caso tomé un ejemplar de *Dublineses* de uno de los estantes y volví a leer los conocidos relatos de James Joyce mientras hacía tiempo. Cuando llegué al cuento «A mayor gracia de Dios», un par de frases a las que nunca le había prestado especial atención me conmovieron: «La línea que trazaba su vida no había sido la distancia más corta entre dos puntos. Durante breves periodos de tiempo había intentado vivir de su ingenio». Ese era yo, en pocas palabras, sin lugar a dudas. Excepto que en mi caso lo que Joyce denominaba «breves periodos de tiempo» amenazaba con convertirse en una definición de mi vida al completo. Una

sombría posibilidad sobre la que prefería no pensar, a pesar de que se trataba de uno de esos días de ánimo sombrío.

El jueves por la mañana el clima se puso de nuestra parte. Arne y yo tomamos el ferri gratuito que cruzaba el Mississippi hasta Algiers, el pueblo en el que había vivido en los años cuarenta «Old Bull Lee»: William Burroughs, amigo de Kerouac. Ambos coincidimos en que tendría su gracia pasar por la vieja casa de Burroughs, a pesar de que esa clase de visitas no estaban previstas en nuestra agenda. Teníamos que tomar un tren.

Hacer autostop desde Algiers hasta Avondale nos ocupó toda la mañana. Logramos que nos llevaran durante cortos tramos, pero la mayor parte de los veintitantos kilómetros tuvimos que hacerlos a pie. Estábamos agotados cuando llegamos a las vías del tren. Cuando salí del Oz aquella mañana, mis botas todavía estaban húmedas debido a la lluvia del miércoles y a medida que fueron secándose durante nuestra caminata desde Algiers, fueron poniéndose más y más duras, machacándose los dedos de los pies y rozándose los dos talones hasta dejármelos en carne viva. Los raídos mocasines de Arne no habían sido más generosos con sus pies, así que teníamos una pinta más bien triste cuando cruzamos renqueantes aquel ruinoso pueblo que bordeaba las vías del tren.

En la última casucha antes de las vías vimos a un hombre negro con el pelo cano sentado en los escalones de la entrada. Para mi sorpresa, nos saludó amistosamente con la mano y nos invitó a rellenar nuestras botellas de agua en la fuente que tenía en el jardín.

—¿Van a saltar a un tren, colegas? —nos preguntó. Le dijimos que sí y él nos respondió que lo supuso en cuanto nos vio porque los únicos hombres blancos que se aventuraban en aquella parte del pueblo eran los que pretendían subirse a un tren. El vejete dijo que él mismo se había montado en un montón de trenes siendo joven. Nos advirtió de que tuviésemos mucho ojo del todoterreno blanco con el que la poli local patrullaba controlando las vías—. He visto cómo se llevaban a muchos hombres en ese todoterreno, así que tengan cuidado, amigos. Los maderos de por aquí son todos unos cabrones y no se andan con chiquitas.

Arne le preguntó dónde nos recomendaba que nos escondiésemos a esperar al tren y él señaló en dirección a un viejo cementerio al otro lado de las vías. Nos dijo que el mejor lugar en el que mantenerse a cubierto eran los sauces llorones que bordeaban las tumbas. Le dimos las gracias por el consejo y nos dirigimos directamente hacia el cementerio dispuestos a esperar. Durante las dos horas siguientes permanecimos sentados, ocultos tras el follaje que ofrecían los sauces, esperando ansiosos a que apareciese un tren en dirección oeste.

Mientras esperábamos, el todoterreno blanco pasó frente a nuestro escondrijo tres o cuatro veces, pero gracias al consejo del vejete la poli no llegó a vernos. Por fortuna, el todoterreno no estaba a la vista cuando apareció una locomotora a paso de tortuga proveniente del este. Agarramos nuestras bolsas y, cojeando, cruzamos las vías hasta llegar al extremo más alejado de la locomotora. Cuando Arne vio uno de los vagones abiertos echó a correr junto al tren, lanzó su bolsa a través de la puerta abierta y se agarró a un pasamanos para montarse. Yo corría detrás de

él y, en cuanto lancé la bolsa, Arne me agarró por la muñeca y tiró de mí para que subiese al vagón.

¡Menuda carrera! Mientras recuperaba el aliento pensé en lo cerca que había estado de perder pie con toda aquella grava; podría haber caído bajo las ruedas del tren. ¿Quién podría haber supuesto que saltar a un tren de carga en marcha sería más peligroso que montarse en el Cyclone de Coney Island? Aun así, lo había conseguido al primer intento y estaba tan contento que me habría puesto a gritar de alegría si no hubiese sido por la posibilidad de llamar la atención. Hasta que no nos alejásemos de aquella zona la poli seguiría suponiendo una amenaza, así que me mordí la lengua y postergué mi celebración para un poco más adelante. Poco podríamos haber sospechado que habíamos tomado un tren hacia ninguna parte.

Minutos después, para nuestra consternación, el tren empezó a frenar con un potente chirrido, se detuvo a medio camino de la zona de intercambio y empezó a dar marcha atrás. Arne sacó la cabeza del vagón para echar un rápido vistazo y de inmediato empezó a maldecir entre dientes.

—Estamos jodidos —me informó—. El puto guardagujas está desenganchando los vagones. Será mejor que salgamos de aquí antes de que nos vean.

Una noticia desalentadora, que en realidad no fue más que un anticipo de cómo iba a transcurrir el resto de nuestro día.

Regresamos al escondrijo sin que nos viesen y, poco después de acomodarnos, el cielo empezó a oscurecerse y comenzó a llover. Siguió lloviendo toda la larga tarde mientras nos fumábamos los últimos cigarrillos de Arne y esperábamos en vano a que llegase otro tren en dirección oeste. A las cuatro de la tarde, la paciencia de Arne llegó a su punto límite.

—Que le den por el culo —dijo—. Me vuelvo a la ciudad. ¿Te vienes conmigo? Si nos damos prisa es posible que lleguemos a tiempo para cenar en el Oz.

—Me parece bien —respondí—. Prefiero pasar la noche en el Oz que en un cementerio.

Permanecimos secos bajo los sauces toda la tarde, pero en cuanto echamos a andar por la carretera nuestras ropas quedaron empapadas. Estoy seguro de que nuestra pinta de perros mojados no ayudaba a que nos recogiesen, así que mientras caminábamos fatigosamente por el arcén de la autopista Westbank, maldiciendo a todos los conductores que nos mojaban sin detenerse, empezábamos a tener claro que nuestra siguiente comida en el Oz sería el desayuno, no la cena. Dos desplazamientos más bien cortos fue lo único que pudimos conseguir. El resto del camino lo hicimos a pie, pisando charcos y atravesando la oscuridad sometidos a las crecientes quejas de nuestros doloridos pies. Nos llevó casi tres horas llegar al puente Morial. A esas alturas, Arne tenía los pies tan doloridos que no podía caminar sin apoyarse en mí. Me sorprendió el hecho de ser capaz de aguantar su peso. Mis pies estaban tan mal como los de Arne y tenía que detenerme cada trescientos metros más o menos para apoyarlos contra un poste de la luz mientras recuperaba el aliento.

Los peatones no podían atravesar el puente Morial, así que cuando llegamos allí no tuvimos más remedio que esperar a que nos cruzasen, sin importar cuánto tardásemos en lograrlo. Veinte

minutos más tarde, tristes y desamparados en la rampa de acceso, un pueblerino de mediana edad que llevaba una gorra del ejército se aproximó a nosotros, obviamente borracho, y nos ofreció dos fichas para el autobús que cruzaba el río si jurábamos a voz en grito que odiábamos a los «negratas».

«¡Puto racista!», pensé, pero cuando Arne cruzó los dedos a su espalda y gritó al mismo tiempo que el tipo, yo hice lo mismo.

—Ahora sí sé cómo se sintió Judas —le dije a Arne en cuanto el paleta desapareció en la oscuridad de la noche.

—Eh, a mí tampoco me gusta relacionarme con esa clase de mierdosos, pero a veces tienes que hacer lo que tienes que hacer —dijo Arne—. Ya se nos ha pasado la hora en el Oz. Los hermanos cierran las puertas a las siete. Pero todavía tenemos una oportunidad en la Misión Evangélica, si podemos llegar antes de las diez.

Subimos al siguiente autobús que iba hacia el centro de la ciudad, hasta la calle Basin, y llegamos a la Misión Evangélica con una hora de margen. De nuevo, el aviso que me entregó la policía en Florida me sirvió de identificación personal y el encargado me apuntó para una noche. Me advirtió, sin embargo, de que no volverían a aceptarme sin la tarjeta del departamento de sanidad que acreditaba que me habían hecho la prueba de la tuberculosis. Me aconsejó que la pasase a la mañana siguiente.

Arne no tuvo tanta suerte. Su nombre ya aparecía inscrito en la Misión Evangélica debido a una estancia anterior y desde entonces no se había preocupado de hacerse la prueba de la tuberculosis, así que el encargado se negó a darle una cama. Le pregunté qué iba a hacer. Me dijo que igualmente iba a ir hasta el Oz.

—Si golpeo las puertas el tiempo suficiente tal vez alguno de los hermanos se apiade de mí.

Y eso fue lo que ocurrió, tal como felizmente me contó Arne a la mañana siguiente cuando me pasé por el Oz para desayunar. Los hermanos no solo le habían dado cobijo, sino que le vendaron sus maltrechos pies, le consiguieron un par de muletas e incluso le prometieron comprarle un billete de autobús para que pudiese volver a Denver en cuanto se le hubiesen curado las heridas. Mientras tanto, recibía trato preferente: los hermanos le permitían que se quedase en el dormitorio todo el día en lugar de echarlo a la calle junto al resto de los que pasaban allí la noche. Le envidié por eso más incluso que por el billete de autocar. Todavía estaba tan machacado por nuestro viaje a Avondale que con gusto habría pasado el día en la cama. En lugar de eso tuve que ir en busca del césped de Lafayette Square.

Después del almuerzo me pasé a ver a la enfermera del Oz. Gruñó empáticamente mientras me desinfectaba mis pies sanguinolentos y me los vendaba, después me entregó unos calcetines nuevos y me aconsejó que reposase durante un par de días.

—Veré lo que puedo hacer —le dije con una sonrisa, pero sabía que no estaba en disposición de hacerlo.

Esa iba a ser mi última noche en el Oz porque se me habían acabado los cupones. A la mañana

siguiente, lloviese o nevase, tendría que regresar a la carretera, de camino al oeste, dispuesto a aceptar lo que aquellas tierras tuviesen reservado para mí.

Capítulo 6

Llovía cuando salí renqueando del Oz el sábado por la mañana. La corriente del golfo hacía que el cielo estuviese tan oscuro como mi estado de ánimo; me sentía tan jodidamente mal como el clima. El ibuprofeno que me había tomado con el desayuno todavía no había hecho efecto y los pies, llenos de ampollas, me dolían tanto que apenas podía dar unos pasitos diminutos por las calles desiertas del distrito de los almacenes, camino de la interestatal. La rampa de acceso más cercana estaba detrás del Superdome, a poco más de un kilómetro de la calle Poydras y del hostel Ozaman, pero por culpa del lentísimo y doloroso ritmo que llevaba me costó una hora cubrir todo el trayecto. Me pasé el día quejándome. ¿Acaso no me había largado de Nueva York para evitar que Bobby Bats me dejase lisiado? Pues ahí estaba ahora, igual de lisiado. No pude evitar preguntarme si algún día sería capaz de avanzar lo suficiente como para escapar de mi propia estupidez.

El tramo de la autopista I-10 que pasaba por detrás del Superdome era elevado con una estrecha rampa de ascenso, lo que no favorecía el autostop. Alcé mi pulgar durante horas en vano. Viendo pasar a mi lado un coche tras otro, recordé aquella vieja historia sobre Diógenes pidiéndole limosna a una estatua de mármol. Cuando alguien le preguntó por qué lo hacía, Diógenes le explicó que estaba «entrenándose». «¿Entrenándote para qué?», le preguntó el desconocido. A lo que Diógenes replicó: «Para ser ignorado».

Al mediodía estaba tan harto de que me ignorasen que decidí pasarme a la rampa en dirección este, solo para ver si mi suerte cambiaba. No me apasionaba la idea de volver sobre mis pasos en esa dirección, pero supuse que la parada de camiones de Slidell sería un lugar más adecuado para que me recogiesen. No podía ir peor de cómo habían ido esa mañana. Mi cambio de estrategia surtió efecto minutos después, y mi mala racha tocó a su fin cuando me recogió una camioneta Ford manchada de barro con matrícula de Louisiana.

En cuanto entré en la cabina y le eché un vistazo al tipo orondo sentado tras el volante pensé que había viajado en el tiempo y me encontraba de nuevo en los años cincuenta. La papada del conductor le daba un aire al viejo actor Andy Devine, el de las series de televisión, por eso no me habría sorprendido en absoluto que las primeras palabras que saliesen de su boca hubiesen sido: «¡Utiliza tu magia, Ranita!». Tenía que ser un buen presagio. El programa infantil *Andy's Gang* había sido mi favorito de los sábados por la mañana durante mi etapa de primaria. Para mí, la mejor parte del programa era cuando Devine utilizaba esa orden de cuatro palabras y, de repente, con una nube de humo, Ranita, un duendecillo, aparecía croando su conocida frase: «¡Hoo-la,

niños! ¡Hoo-la! ¡Hoo-la!». Tras lo cual, como siempre, Ranita empezaba a causar problemas. Yo tenía seis o siete años por aquel entonces y la capacidad de Ranita para generar conflictos y hacer trastadas me resultaba la mar de interesante. ¿A qué niño no le habría gustado? Pero incluso más que su naturaleza traviesa, me impresionaba el poder de Ranita para teletransportarse de un lugar a otro. Imaginaos, ¡utilizar tu magia y aparecer en el lugar al que quieres ir! ¿No sería genial? Mucho mejor que hacer autostop por todo el país sin un centavo en el bolsillo, de eso estoy convencido. Sin magia, lo mejor a lo que podía aspirar era a ir montado en un coche durante un buen puñado de kilómetros para no tener que estar de pie todo el día. Cuando llegamos a la salida de Slidell vi que en la rampa de entrada en dirección oeste había media docena de autostopistas esperando a ser recogidos, por eso empecé a dudar de que el doble de Andy Devine realmente hubiese aparecido para traerme suerte.

En lugar de convertirme en el séptimo hombre en la cola de la rampa, decidí colocarme cerca de los surtidores de gasolina en el aparcamiento de camiones, donde dispondría de alguna oportunidad más de dar con un camionero en dirección oeste poniendo gasolina antes de reincorporarse a la interestatal. Parecía la manera más sencilla de saltarme la cola de la rampa. Lo único que tenía que hacer era preparar un cartel.

Conseguir un trozo de cartón de uno de los contenedores que había detrás de la cafetería fue la parte fácil. Lograr algo con lo cual escribir requirió algo más de ingenio. Se me olvidó pedirle a Calvin que me diese su rotulador antes de irse a Winsboro. Como había perdido esa oportunidad tuve que improvisar. Recuperé el niño que fui y decidí pintar con el dedo. Me acuclillé junto a una de las cajas de madera ornamentales de la parada de camiones, introduje el índice en la húmeda pasta oscura que había debajo y escribí las palabras «COSTA OESTE» en el cartón con trazos de barro oscuro. «El dedo escribe y, habiéndolo hecho, sigue adelante.» ¿No era eso lo que se decía en el *Rubaiyat*? Esperaba con todo mi corazón que Omar Jayam estuviese en lo cierto. Después de pasar cinco días en Nueva Orleans, tenía que seguir adelante; llevaba retraso.

Por fortuna, las nubes de lluvia habían desaparecido; de no haber sido así mi cartel con letras de barro habría gozado de una corta vida. Pero incluso a pesar de no llover, y de que el cartel resultaba legible, pasaron horas antes de que me sirviese de algo. Acababa la tarde cuando mi cartel finalmente llamó la atención de un tipo con barba que conducía un brillante Audi plateado. Se detuvo a mi lado y me preguntó si quería entrar con él al restaurante y tomar un café para poder «compartir una idea» conmigo.

«¿De qué va este tipo?», me pregunté con cierto recelo. Aun así, supuse que valía la pena escucharle si a cambio podía tomar un café. Por lo tanto, respondí que sí y él me dijo que le esperase en la puerta mientras aparcaba el coche. Cuando regresó me dio la mano con fuerza e intercambiamos nombres antes de entrar en la cafetería. Gino Cardello debía de tener mi edad, pero era unos cinco centímetros más alto y tenía cuerpo de deportista. Sus inflados antebrazos me recordaron a los de Popeye el Marino, y su barba recortada era negra como la de Brutus. Sin

embargo, la confianza que evidenciaba no tenía nada de cómico, ni tampoco lo tuvo la mirada escrutadora que me dedicó cuando nos sentamos a una mesa al fondo del restaurante.

—¿De dónde eres, Pete? —me preguntó después de que la camarera nos sirviese café.

Cuando le dije que era de Nueva York, me preguntó de qué parte, y en cuanto le dije que era de Brooklyn sonrió y me dijo que había estado destinado a Fort Hamilton durante un tiempo cuando estaba en el ejército.

—Creo que al vecindario lo llamaban Bay Ridge —me dijo—. ¿Eso está cerca de tu barrio?

De nuevo, la carretera me traía sorpresas. ¿Una conexión con Bay Ridge? ¿En Slidell, Louisiana? ¿Qué probabilidades había de algo así?

—No podría estar más cerca —dije yo también con una sonrisa—. Nací en el hospital Victory Memorial, justo detrás de la base. En Fort Hamilton es donde me hicieron las pruebas médicas allá por el 67. Qué mundo más pequeño, ¿verdad? ¿Cuándo estuviste destinado en Brooklyn?

—Debía de ser 1970 —me dijo—. Cuando volví de Vietnam pasé seis meses en Brooklyn, reclutando para el ejército, y te diré una cosa: creía que en el Barrio Francés de Nueva Orleans había muchos bares hasta que llegué a Bay Ridge. ¡Hombre, me corrí unas cuantas juergas en tu barrio!

—Los dos nos las corrimos.

Sonreí al recordar la noche que pasé en la cama de Elena durante mi última estadía en Bay Ridge. ¿Tan solo habían pasado dos semanas desde que me echó de su apartamento después de enrollarnos tras la Super Bowl? Habían pasado tantas cosas desde entonces que me parecía un recuerdo remoto.

—Verás, el trato que te propongo es el siguiente —dijo Gino centrándose en el asunto—. Me mudo a Tacoma, en Washington, para abrir un taller de reparación de coches extranjeros y necesito a alguien que conduzca mi otro coche hasta el oeste conmigo. Si no puedo hacerlo así, tendré que gastarme un pastón enviándolo en un camión.

—¿Y no podrías alquilar un remolque y arrastrarlo con tu Audi? —le pregunté.

—Sí, claro, si fuera un estúpido y no me importase cargarme la transmisión del Audi tirando de semejante carga durante dos mil kilómetros. Pero sí, podría hacerlo —replicó con el típico tono condescendiente que suelen utilizar los mecánicos de todo el mundo cuando le explican algo obvio a aquellos que no entendemos de mecánica—. Además —añadió—, tengo todas las herramientas del taller en un almacén alquilado en Tucson. Cuando llegue allí, tendré que alquilar un camión U-Haul para llevármelo. A partir de ahí tendré que remolcar al Audi hasta llegar a Washington. Por eso o alguien conduce mi Fiat y me sigue o tendré que enviarlo con un camión. Son mis únicas dos opciones. ¿Puedes conducir con cambio manual?

—Claro —le dije—. Sin problema.

—Bien, porque el Fiat Roadster turbo tiene cinco marchas. ¿Tu permiso de conducir está en orden?

—Limpio —respondí—. Pero hay un problema, Gino... Perdí mi cartera en Carolina del Norte

la semana pasada, así que no llevo el permiso de conducir conmigo. Pero si no pasamos el límite de velocidad, no tendré que enseñarle el carné a la policía, ¿verdad? ¿Cómo lo ves? Si tú no tienes inconveniente, yo tampoco.

Gino frunció el ceño y se rascó la barba planteándose esta nueva contingencia. Temía haber echado por tierra el trato. Pero resultó que, tras una pausa, asintió y me dijo:

—De acuerdo, qué coño, hagámoslo.

No estoy seguro de si fue la conexión con Bay Ridge la que puso las cartas a mi favor, aunque apostarí a que como mínimo no supuso un problema. En cualquier caso, me costaba creer en la suerte que había tenido. ¡Utiliza tu magia, Ranita! En menos de lo que canta un gallo iba a estar camino de la Costa Oeste; no tras la aparición de una nube de humo, ¡sino en un Fiat Roadster! Estaba tan emocionado que, de haber sido por mí, nos habríamos lanzado a la carretera de inmediato. Pero Gino me dijo que todavía tenía que empaquetar algunas cosas en la casa de sus padres en Slidell, donde estaba alojado temporalmente mientras organizaba la mudanza a Tacoma. Me vi obligado a rebajar mi entusiasmo y me resigné a pasar una noche más en la orilla equivocada del lago Pontchartrain.

Los padres de Gino vivían en una modesta casa estilo rancho ubicada en una calle sin salida en una urbanización de los años sesenta en las afueras de Slidell. Cuando llegamos allí, Gino me dijo que lo sentía mucho pero que iba a tener que esperar fuera, en el coche. Era la hora de la cena y no le parecía correcto aparecer acompañado de un extraño al que había recogido en la parada de camiones. Entendía su punto de vista y le dije que no se preocupase.

—Ponte cómodo. Te traeré un bocadillo cuando acabemos de cenar —me prometió, y cumplió con su palabra cuando, cuarenta y cinco minutos más tarde, me trajo un sándwich de rosbif y una lata de cola RC. También me dio una almohada y una manta, para que pudiese pasar cómodo la noche.

Le agradecí el servicio de habitaciones y le dije que volviese dentro con su familia.

—De acuerdo, te dejo aquí —dijo Gino—. Descansa. Nos vemos por la mañana.

Había mucho espacio para acurrucarse en el asiento trasero del Audi. Por otra parte, el silencio que imperaba en el vecindario en cuanto aparecieron las primeras estrellas en el cielo supuso una considerable mejora respecto al barullo nocturno en el dormitorio del hostel Ozanam. Por ese motivo, en cuanto cerré los ojos disfruté de la mejor noche de las últimas semanas. Cuando Gino apareció por la mañana para despertarme, me encontraba descansado y enérgico.

Gino llevaba en las manos dos tazas de café negro.

—Esto mantendrá tus ojos bien abiertos —me dijo pasándome una de las tazas—. Mi madre me ha dicho que te invite a desayunar, pero quedémonos aquí un rato. Necesito fumarme un cigarrillo.

Se encendió un Camel sin filtro y después me pasó el paquete.

—Supongo que no puedes fumar dentro —le dije.

—No hay modo —dijo Gino—. Mi padre tiene un enfisema. Siempre me dice que deje el tabaco, que si no espabilo voy a acabar respirando oxígeno de una bombona como él.

—¿Fumaba mucho antes de enfermar? —le pregunté pensando en mis padres. Ambos fumadores de Raleigh. Dos paquetes al día cada uno de ellos, desde que tenía memoria.

—Qué va, eso es lo peor del asunto —respondió Gino—. Mi viejo no ha fumado un cigarrillo en su vida. Pero estuvo tocando el clarinete en locales de jazz en el Barrio Francés durante más de treinta años, así que todo el humo de los clubes finalmente se le metió dentro. Es una maldita vergüenza. Pete Fountain dijo que Pop, mi padre, era uno de los mejores clarinetistas de Nueva Orleans. Ahora sus pulmones están tan jodidos que no puede ni soplar tres notas porque se queda sin aire.

—Qué putada —dije—. Vaya mierda.

—Sí, una verdadera putada. Aunque él nunca se queja, creo que lo que le está matando es saber que ya no va a poder tocar más. De vez en cuando saca su clarinete y pasa los dedos por encima mientras escucha algún disco de Sidney Bechet, pero nunca se lleva la pipa a los labios. Ser testigo de eso es triste de cojones.

—Estando tu padre tan enfermo, ¿no te preocupa mudarte a Tacoma? —le pregunté sin pensar. De inmediato lo lamenté.

¿Quién demonios me creía que era para hacerle una pregunta así? La última vez que visité a mis padres todavía fumaban Raleighs. ¿Cuántos años llevaba esa marca fuera de circulación?

—Claro que sí —respondió Gino frunciendo el ceño—. Les dije a mis padres que me quedaría por aquí, pero me dijeron que no había necesidad alguna. Supongo que si Pop empeora siempre podré tomar un avión a Nueva Orleans y plantarme aquí rápidamente. Al menos eso es lo que me digo a mí mismo. Bueno, vamos, será mejor que entremos antes de que mi madre queme el beicon.

Si nunca has visto un tordo de grandes dimensiones en un nido lleno de crías de gorrión, no podrás hacerte una idea de hasta qué punto resultaba incongruente la presencia de Gino junto a sus padres en la mesa del desayuno. Ambos eran tan diminutos que costaba creer que aquel fuese su hijo. A pesar de todo, no cabía duda de que eran sus padres. Más allá de la cánula que, desde la bombona de oxígeno portátil que tenía junto a su silla, llegaba hasta su nariz, la cara del padre de Gino era tan italiana como una botella de Chianti; ni siquiera la tupida barba de Gino podía ocultar el parecido.

No las tenía todas conmigo respecto a cómo recibirían en su mesa a un invitado inesperado. Pero mi preocupación resultó estéril. Me trataron como si fuese un antiguo amigo de Gino, y en cuanto me acostumbré a la novedad de oír hablar a dos personas italianas con acento sureño me relajé y pude disfrutar de la compañía tanto como de los huevos revueltos y del beicon que había preparado la madre de Gino.

Después de desayunar, Gino y yo fregamos los platos mientras sus padres se vestían para ir a la misa del domingo. Nos invitaron a acudir con ellos a la iglesia, pero Gino rechazó la invitación aduciendo que todavía tenía muchas cosas de las que ocuparse antes de salir a la carretera; la primera de ellas fue hacerme conducir el Fiat para ver qué tal lo manejaba.

El Fiat estaba aparcado bajo un árbol en el jardín. Le quitamos la lona protectora y pude

apreciar la belleza de aquella máquina; lo que me llevó de inmediato a reconsiderar lo de conducirla hasta un extremo del país. Era un Fiat 2000 Spider Turbo descapotable, de 1981, sin una sola imperfección visible en su capa de pintura color rojo cereza. De repente, conducir semejante maravilla hasta Tacoma me pareció una responsabilidad abrumadora. No obstante, acabé por tomar el volante cuando Gino me llevó a recorrer las callejuelas de la zona. Me costó unas cuantas maniobras hacerme con el seco cambio de marchas del Fiat, pero tras la tercera parada ya lo dominaba y, por lo que puedo decir, a Gino mi actuación le resultó satisfactoria.

Todo parecía ir bien cuando Gino me llevó a una gasolinera para llenar el depósito del Fiat. Sin embargo, de vuelta en casa de sus padres parecía haber cambiado de opinión. Me anunció entonces, para mi sorpresa, que había decidido llevar el Fiat a Tacoma en camión. Me aseguró que su decisión no tenía nada que ver con mis habilidades como conductor. Yo no lo tenía tan claro. Pero me limité a aceptar su palabra cuando me dijo que le preocupaba que no tuviese permiso de conducir.

—Dios no lo quiera, pero imagina que un imbécil te diese un golpe, ¿cómo iba a explicárselo a mi compañía de seguros? No aceptarían ninguna de mis reclamaciones en cuanto vieses que el coche lo conducía alguien sin carné. Lo siento, pero no quiero correr ese riesgo. Pero no te preocupes. Puedes venir conmigo en el Audi y charlar mientras conduzco. ¿Te parece bien?

—Mejor que bien —respondí—. A decir verdad, en cuanto vi que el coche no tenía ni un arañazo empecé a sudar. Creo que llevarlo en camión será lo mejor, Gino. Hazlo.

—Sí, eso es lo que pienso yo también. Pero tendremos que esperar otro día más para salir a la carretera. Tendré que encontrar a alguien que pueda llevar el coche. Mis padres ya tienen bastante lío. No voy a darles más problemas justo ahora que me marcho.

—Me parece bien —dije—. No me importa cuándo nos vayamos. Me gusta la idea de ir contigo.

A media mañana del lunes, finalmente, emprendimos la marcha; aunque no demasiado temprano. Dudo que hubiese sobrevivido a otro de los festines en la mesa de Mamá Cardello. Su verbo favorito en italiano parecía ser el imperativo: *Mangia!* Y no aceptaba un no por respuesta. Me sentía lleno y feliz cuando tomamos la autopista, pero Gino tenía un aire sombrío y apenas pronunció una sola palabra hasta que llegamos a Baton Rouge. Mis ronquidos lo habían mantenido despierto la mitad de la noche, y cada vez que le veía bostezar al volante lamentaba haber aceptado que me permitiese dormir en el suelo de su dormitorio en lugar de en el Audi.

Como no quería despertar a la bestia, me mantuve en silencio y me limité a mirar por la ventanilla los anuncios que había en la carretera. A juzgar por los carteles, la economía al sur de Louisiana parecía estar dominada por dos tipos de productos: tiendas de armas y garitos de marisco que ofrecían cangrejos de río hervidos y estofado de caimán. Lo cual tenía sentido, supuse. Después de un duro día de caza en el *bayou*, lidiando con criaturas del pantano, nada más apropiado para *laissez les bons temps rouler* que un buen plato de bichos de la ciénaga y caimán, *n'est-ce pas?*

Tras un alto para tomar café en Lafayette nos encaminamos hacia el lago Charles, y a medida que la cafeína fue despertando a Gino, y eso le llevó a romper su largo silencio, me hizo una pregunta que yo mismo llevaba planteándome desde hacía mucho más tiempo del que estaba dispuesto a admitir:

—No te ofendas, Pete, pero ¿qué demonios te ha pasado?

—¿A qué te refieres? —le pregunté sorprendido por el modo directo en que había planteado la cuestión. Aunque ¿qué otra cosa podía esperar de alguien licenciado en Parris Island? ¿Corrección en las formas? ¡Díselo a los marines!

—Venga ya, no te quedes conmigo —resopló—. Sabes perfectamente a qué me refiero. Me dijiste que habías estudiado en Dartmouth y después de hablar contigo me lo creo. Lo que no puedo imaginar es cómo un tipo con una licenciatura en una universidad de la Ivy League ha acabado tirado en la calle, viviendo como un vagabundo. Puedes mandarme a la mierda si no es asunto mío. No pretendo tocarte los huevos. Solo siento curiosidad. ¿Qué pasó?

—¿Estuviste en la Exposición Universal del 64 en Nueva York, Gino? —le pregunté.

—¿La Exposición Universal? Sí, hice dos horas de cola para comerme un gofre belga. ¿Por qué lo dices? —replicó—. ¿Tu situación tiene algo que ver con eso?

—¿Recuerdas el eslogan del pabellón DuPont: *La química hace la vida mejor*? Pues ahí tienes tu respuesta, Gino. El secreto de mi éxito. Alcohol y cocaína. No podría haberlo logrado sin ambos —dije con una sonrisa estúpida—. Ni siquiera gracias al título de la Ivy League.

—Bueno, entonces importa bien poco lo listo que seas, igualmente eres un imbécil —soltó Gino—. Haces que parezca un chiste, pero ¿qué cojones tiene de gracioso tirar tu vida a la basura? ¿O joder a todos los que tienes cerca mientras lo haces? Porque eso es lo que hacen los yonquis, ¿no es cierto? ¡Joder a todos y hacer ver que es una broma!

—¡Dios mío, Gino, menos mal que no pretendías tocarme los huevos! —repliqué.

Sus preguntas fueron un doloroso recordatorio de cómo había tratado a Susan y a Danny y a Bobby Bats. Todo lo que Gino había dicho era cierto; y mentiría si dijese que no me dolió.

—Perdona —dijo Gino a pesar de que no sonó en absoluto a disculpa—. No siento ninguna simpatía por los yonquis. Cometí el error de casarme con una.

«Eso lo explica todo», pensé. El repentino tono de amargura en su voz me había pillado con la guardia baja. Pero a medida que Gino fue contándome su historia a lo largo de los siguientes ochenta kilómetros, entendí que tenía todos los motivos del mundo para sentir amargura.

Trabajaba como mecánico en un concesionario Mercedes en Albuquerque cuando conoció a su futura esposa, una camarera llamada Cindy que había llegado de Minnesota y tenía el turno de día en el restaurante de carretera en el que Gino se tomaba una copa después del trabajo. Cindy era diez años menor que Gino, por eso en un principio tuvo dudas sobre pedirle una cita, a pesar de que no tardaron en verse haciendo planes de boda. Una vez que sellaron su compromiso, empezaron a ahorrar todo el dinero que ganaban para dar la entrada de una casa. De ahí que Cindy, cuando surgió la oportunidad de trabajar también en el turno de noche, aceptase cambiar

sus horarios para doblar el sueldo. Fue entonces cuando empezaron los problemas, según la versión de Gino.

—Por la noche el local se llenaba de cocainómanos y la estúpida de mi ex no fue capaz de resistir la tentación —dijo Gino—. Empezó a consumir, pero yo no lo noté en un principio. Como trabajábamos en horarios opuestos, no le resultó difícil ocultar lo que hacía y se las ingenió para engañarme durante meses. Cuando lo descubrí, ya estaba enganchada. Le dije que era estúpida y se echó a llorar y me dijo que había descubierto que estaba embarazada. ¿Qué te parece? Si no hubiese llevado a nuestro hijo en su vientre, creo que la hubiese estrangulado.

Tras la bronca de Gino, Cindy juró mantenerse limpia por el bebé pero, como sucede con la mayoría de las promesas que hacen los yonquis, sus buenas intenciones duraron hasta la siguiente oportunidad de colocarse. Como necesitaban más que nunca el dinero, Cindy insistió en mantener su trabajo en el bar y Gino, a regañadientes, accedió.

—Más mentiras —dijo Gino.

Habida cuenta que la habían pillado una vez, Cindy tuvo mucho cuidado ocultándole su adicción y no fue hasta escasas semanas antes de salir de cuentas que empezó a descuidarse y metió la pata: una noche llegó al apartamento después del trabajo con las pupilas grandes como monedas y con un rastro de polvo blanco alrededor de las narinas. Fue mala suerte que Gino, habitualmente dormido cuando ella llegaba a casa, se hubiese despertado minutos antes para ir al baño. Incluso estando medio dormido no le pasó por alto la evidencia y se le fue la cabeza.

—Le di un ultimátum a la muy zorra —dijo Gino—. O dejaba el trabajo de inmediato y se desintoxicaba de una vez por todas o solicitaría el divorcio y la custodia del bebé. Ella sabía que lo haría. No había juez en el mundo que, en un caso de custodia, fuese a pasar por alto su adicción, así que se quedó en casa y pasó el mono. A esas alturas, sin embargo, el daño ya estaba hecho. Dos semanas más tarde dio a luz a nuestro hijo, Dominic, que nació con una deformación en el cráneo. Los médicos nos dijeron que sufría una enfermedad llamada craneosinostosis.

—¿Craneosinostosis? ¿Qué es eso? —le pregunté.

—Es cuando una de las separaciones de los huesos del cráneo de un bebé se cierra de manera prematura —me explicó Gino—. Esas separaciones se llaman suturas y se supone que no tienen que cerrarse hasta que el cerebro deja de crecer. Si la fibra que hay entre las suturas se convierte en hueso el cerebro deja de crecer, eso provoca mucha presión en el cerebro y todo tipo de complicaciones.

—Dios, eso es terrible. ¿Se puede tratar? —pregunté.

—Podría haberse tratado —dijo Gino con amargura—. Si Dominic hubiese vivido lo suficiente.

—Cristo bendito, Gino, ¿qué pasó?

—Dos días después del bautizo, la jodida inútil de su madre lo mató, eso fue lo que pasó. Estaba trabajando en el taller cuando me llamó una enfermera del hospital diciéndome que fuese de inmediato, que mi hijo se encontraba en una situación crítica de inflamación cerebral. Subí al

coche y me salté todos los semáforos, pero igualmente llegué tarde. Dominic había muerto. Cuando aparecí, la policía estaba interrogando a Cindy. El médico de urgencias fue quien llamó a los agentes. Había sido testigo de algún caso anterior de síndrome de bebé sacudido y sospechaba que Dom podía haber sido estrangulado. Por supuesto, Cindy negó haber hecho nada, pero yo sabía la poca paciencia que tenía desde que había dejado la coca y creí que el médico estaba en lo cierto. Cuando llegó el informe patológico las sospechas quedaron confirmadas.

—Lo siento mucho, Gino —dije—. ¿Arrestaron a Cindy?

—Sí, el fiscal del condado la acusó de homicidio involuntario. Un puto chiste. Deberían haberla acusado de asesinato. La muy puta sabía que el estado de Dom lo hacía especialmente vulnerable al daño cerebral. Estaba previsto que le aplicasen cirugía correctora a finales de mes, pero hasta entonces los médicos nos habían advertido de que tuviésemos especial cuidado con él, y ella estaba por completo al corriente. Pero le importó una mierda. No me valió de nada lo mucho que lloró después. En el juicio, su abogado intentó alegar depresión posparto. El jurado no se lo tragó. La condenaron por homicidio en primer grado y el juez la sentenció a cinco años de cárcel. Según mi opinión, salió bien parada. Pero no pude hacer nada al respecto. Firmé los papeles del divorcio y crucé los dedos para que otra reclusa le diese su merecido. Supongo que entenderás por qué no siento ninguna simpatía por los yonquis.

—Lo siento, Gino, no tenía ni idea. Pero lo entiendo, te lo aseguro.

—Pues hazme el favor de responsabilizarte de tus mierdas en lugar de hacer chistecitos, digo yo.

—Tomo nota —respondí acongojado. ¿Qué otra cosa podría haberle dicho?

Tenía razón. Aun así, eso no hacía que sus palabras me resultasen fáciles de asimilar. Esperaba, en cualquier caso, que no fuesen un anticipo de lo que me tenía reservado para el resto del camino. Porque de ser así, el viaje sería mucho más largo de lo que había supuesto. La historia de terror de Gino me dio mucho que pensar y, de camino a la frontera de Texas, no pude evitar decirme que yo había tratado a aquellos que me amaban con el mismo cuidado que Cindy había tratado a Dominic.

Como había dicho Gino, eso es lo que hacen los yonquis. Cuando eres adicto, vives en el momento presente, porque es donde está el subidón. Nunca piensas en los daños colaterales hasta que ya son un hecho. Como es lógico, después te sientes paralizado, pero lo único que eso provoca es que te odies por ser un puto egoísta. En última instancia, empiezas a dudar de ser capaz de amar a nadie. O de merecer que alguien te ame. Y eso resulta tan deprimente que miras hacia otro lado, vuelves a colocarte y los remordimientos se van acumulando.

Podía entender que Gino odiase a Cindy por lo que hizo, pero dudaba que él la odiase más de lo que ella se odiaba a sí misma. Es posible que, al igual que me ocurrió a mí, pensase que la cárcel era el lugar que le correspondía. Así es como me sentí yo cuando me detuvieron y me enviaron a Rikers Island pocos meses después de que Kate muriese. Creía que merecía ser castigado. No por vender cocaína sino por haber traicionado a Kate y a mi familia. A pesar de que

era muy tarde para redimirme por lo de Kate, les escribí a mis padres desde la cárcel y les supliqué que me perdonasen, prometiéndoles que iría a verlos en cuanto saliese. Pero esas palabras eran muy poca cosa, y además llegaban tarde. El corazón de mis padres se había endurecido como el de Jack, y mi padre se libró de mí con una respuesta concisa. Me dijo que esperaba, por mi propio bien, que algún día arreglase mi vida, pero que no podía perdonar la absoluta falta de respeto que había mostrado por mi madre; la mujer a la que él amaba.

«¿Qué esperabas? —pensé—. Te has convertido en un extraño y así es como te tratan ahora.» Me sentó como un tiro. Había estado encerrado en una celda de aislamiento en lugar de en un bloque de celdas. Posiblemente no habría podido sentirme más solo de lo que me sentí cuando recibí la carta de mi padre. Esperaba, por el bien de Cindy, que sus padres no se hubiesen apartado también de ella, porque a pesar de que Gino creía que había salido bien parada yo conocía mucho mejor su realidad. Al igual que me había ocurrido a mí, ella iba a tener que pagar por sus errores durante muchos años después de cumplida la condena.

A media tarde llegamos al río Sabine y lo cruzamos para llegar a la ciudad petrolera de Beaumont, en Texas, donde el aire parecía teñido de un tono marrón y acre producto de las pestilentes refinerías. Si cerraba los ojos era como si hubiésemos tomado la salida 13 de la autopista de Jersey. El único lugar en el que había estado que olía tan mal era Elizabeth, en Nueva Jersey, otro pueblo plagado de refinerías que nadie cruzaba con las ventanillas bajadas. Llevábamos seis horas en la carretera, pero Gino no mostraba signo alguno de cansancio. Enfilamos hacia Houston. Llegamos en plena hora punta y nos vimos obligados a ralentizar la marcha a la mínima expresión hasta quedarnos atascados en una autopista de tres carriles en la zona este.

Los periodistas encargados del tráfico en las emisoras de radio locales estaban todos en el exterior, totalmente centrados en el atasco, observándolo desde las alturas. Sus helicópteros sobrevolaban en círculos como buitres sobre el cadáver de un animal. Cada vez que uno de aquellos aparatos aparecía en la visual de Gino sacaba la mano por la ventanilla y les hacía una peineta. Supuse que su desprecio a los helicópteros era una consecuencia de sus tiempos en Vietnam. Durante el fin de semana mencionó que había pasado su servicio como mecánico de helicópteros. Pero no añadió nada más y, a pesar de sentir curiosidad, no le pedí que me contase más detalles. La mayoría de los veteranos de la guerra de Vietnam que conocía solían ser igual de reticentes a la hora de hablar de su experiencia bélica, rara vez compartían sus historias con gente que no hubiese estado también allí. Yo no había ido a Vietnam —formaba parte de esa afortunada mayoría que pasó los años de la guerra a salvo de ser llamado a filas debido a una prórroga de estudios—, así que sabía que no tenía que ponerme pesado. En cualquier caso, me resultaba difícil imaginar por qué Gino seguía haciéndole la señal del dedo a los helicópteros después de tantos años. Sentado a su lado, evitando preguntar, me imaginé un helicóptero ametrallado volviendo a la base cargando con soldados heridos. Me imaginé a un joven mecánico de diecinueve años encargado de arreglar los desperfectos, obligado a limpiar la sangre de sus compañeros marines

antes de ponerse manos a la obra. Si yo hubiese tenido que pasar por lo que pasó Gino, estoy convencido de que también le haría la señal del dedo a los helicópteros.

Trescientos kilómetros después llegamos a San Antonio y Gino se detuvo para llenar el depósito y tomar café en una parada de camiones Flying J. Salí a estirar las piernas y fui al lavabo. De regreso al coche me detuve un momento para echar un vistazo a uno de esos mapas de carretera que dicen «Usted está aquí», colocado en la entrada del restaurante, y resultó desalentador comprobar que todavía estábamos a ochocientos kilómetros de El Paso y de la frontera de Nuevo México. La jodida Texas no se acababa nunca.

A esas alturas llevábamos casi diez horas viajando y supuse que Gino tenía que estar agotado. Pero cuando me ofrecí para conducir un rato todavía no estaba dispuesto a ceder el volante. Me propuso que siguiésemos adelante y que yo durmiese unas horas; me despertaría cuando sintiese que necesitaba un descanso. Estábamos a medio camino de El Paso cuando finalmente me sacudió el hombro. Después de intercambiar asientos, Gino me advirtió de que tuviese mucho cuidado con los ciervos porque en las montañas Diablo, un poco más adelante, había un montón de ellos. Me dijo que casi atropelló uno la última vez que cruzó Texas. Le dije que no se preocupase. Estaba muy descansado después de una cabezadita de cuatro horas y le prometí que me mantendría ojo avizor. Minutos después roncaba suavemente, apoyado en la almohada que había tomado del asiento trasero y que había colocado entre su cabeza y la ventanilla.

En cuanto estuve seguro de que Gino se había dormido, apagué la radio y me tomé un descanso de la música *country* que venía sonando desde que salimos de Slidell. Podía tolerar a Johnny Cash y Willy Nelson en pequeñas dosis, pero todos los demás músicos de Nashville con pedigrí me hacían desear ser sordo. Cuando tenía catorce años, justo antes de entrar en el seminario, mis padres estaban pasando por una fase *country* que me desconcertó por completo en aquel entonces. ¿Cómo era posible que a dos oriundos de Brooklyn les gustase ese tipo de música? Durante meses fue lo único que sintonizaban en la radio del coche; bien poco les importó que yo me burlase sin descanso de las predecibles rimas desde el asiento trasero.

Supongo que mis atribulados padres estaban deseando que me fuese a St Mary para poder disfrutar en paz de su música de vaqueros, aunque no fue así como salieron las cosas. En mi ausencia, mis hermanos pequeños pusieron en marcha una campaña anti-*country* hasta que mis padres al fin cedieron; para mi sorpresa, cuando regresé a casa cuatro meses más tarde, durante las vacaciones de Navidad, la radio del coche estaba sintonizada en una emisora mucho más en la onda: WMCA, «La emisora de los Chicos Buenos», donde DJ como Jack Spector hacía sonar los últimos éxitos del *rock and roll*. Para un adolescente ansioso que recién salía de cuatro meses de confinamiento en el seminario, donde los alumnos no tenían acceso a las radios (ni a la televisión ni los periódicos), supuso un cambio muy apetecible. Antes de empezar en St Mary había sido fan de los Beach Boys pero, gracias a Jack Spector, cuando regresé al seminario después de las vacaciones me había quedado enganchado de los Beatles.

Jack Spector empezó a hacer sonar el primer single de los Beatles, *I Want to Hold Your Hand*,

durante la semana posterior a la Navidad de 1963, y en cuanto lo oí me uní a las hordas de adolescentes estadounidenses que salieron corriendo en dirección a la tienda de discos local para comprarlo. A pesar de que los aparatos de radio estaban prohibidos en las habitaciones de los alumnos en el seminario, de vez en cuando teníamos acceso a un tocadiscos de manivela que había en la clase en la que el padre Artie Wendel impartía sus lecciones de música, así que estaba deseando regresar a St Mary para poder presentarles a mis compañeros a los Fabulosos Cuatro; poco podía sospechar que la mayoría de mis amigos regresarían al campus convertidos ya en fans de los Beatles, con sus propios sencillos de cuarenta y cinco revoluciones cuidadosamente escondidos en sus maletas entre los jerséis.

Formábamos un incongruente puñado de beatlemaníacos. Aquel invierno, nos reunimos siempre que pudimos en el aula de música durante nuestro tiempo libre. Yo solía preguntarme qué habrían pensado aquellos chicos de Liverpool si nos hubiesen visto fanfarronear con nuestras sotas de cuerpo completo, cantando sus canciones con un entusiasmo muy superior al que nunca habíamos mostrado en las narcóticas clases de canto gregoriano del padre Wendel. Supongo que John Lennon habría sido especialmente quisquilloso. Después de todo, fue él quien declaró tiempo después que los Beatles eran más importantes que Jesús. ¿Qué mejor prueba habría obtenido de sus teorías que una sala llena de seminaristas cantando a voz en grito el último éxito de los Fabulosos Cuatro?

Ni Jesucristo ni el propio John Lennon habrían aprobado que aquella malvada pandilla a finales de ese mismo semestre utilizase sin ninguna clase de reparo un tema de los Beatles para avergonzar en público a uno de nuestros compañeros de clase durante la noche del carnaval de primavera. El objetivo de nuestra crueldad fue un compañero de primer año, un muchacho con la cara llena de espinillas proveniente del Medio Oeste, que echaba de menos su casa y al que todos llamaban a sus espaldas «Maestro Batidora», un sobrenombre que hacía referencia a sus frecuentes, y sonoramente embarazosos, episodios de autogratificación en el desván del dormitorio; un dormitorio lleno de adolescentes con las hormonas a tope, entre los que yo me contaba, que no se sentían culpables de cumplir con lo que allí se denominaba un pecado mortal. Pero, al contrario que el Maestro Batidora, todos éramos muy escrupulosos a la hora de cumplir la norma del silencio. De ahí que nos pusiésemos en su contra, supongo. Nuestros fracasos en lo que a mantener la castidad se refería ya eran motivo de una considerable cantidad de odio hacia nosotros mismos. Los audibles gemidos del Maestro Batidora eran una prueba no deseada de que la carne es débil; una dolorosa verdad que no nos gustaba que nos recordase todas las noches.

El carnaval de primavera, que en teoría debía servir para relajarnos después de los exámenes de segundo trimestre, se montaba en el gimnasio y consistía en diferentes juegos estilo feria de pueblo en los que podíamos despilfarrar el puñado de billetes de Monopoly que nos daban a todos en cuanto entrábamos en el gimnasio. El carnaval era también el único acto en el que se permitía que los estudiantes escogiesen la música. Los que querían ejercer de DJ apuntaban su nombre en una hoja y cuando los llamaban se acercaban al tocadiscos y podían poner cualquier disco de su

colección personal. Uno de los conspiradores en la trama contra el Maestro Batidora se había apuntado como DJ y cuando bajó la aguja y empezó a sonar *I Want to Hold Your Hand* le hizo un gesto a uno de sus cómplices, que manejaba uno de los focos de la galería que pendía sobre el suelo del gimnasio. El foco móvil tenía que fomentar el ambiente festivo, pero cuando los Beatles empezaron a sonar, el haz de luz recorrió la multitud en busca de su presa y, con una precisión temporal perfecta, iluminó la cara del Maestro Batidora justo en el inicio de la tercera estrofa que habla de tocarse y ser feliz.

La luz acusadora iluminó la cara del pobre muchacho todo el rato, mientras los de la pandilla reíamos disimuladamente y observábamos su reacción. Reculó hasta la parte de atrás del gimnasio y apoyó la espalda en la pared acolchada tras la canasta de baloncesto. En una mano llevaba una lata de Orange Crush, con la otra intentaba cubrirse los ojos. Tardó en entender por qué la luz le señalaba de forma directa, pero cuando lo hizo se echó a llorar y se acurrucó un poco más antes de darnos la espalda y salir del gimnasio corriendo avergonzado. Nosotros seguimos riéndonos, despiadados en nuestra victoria, incapaces de darnos cuenta de que tendríamos que habernos puesto también a llorar de vergüenza.

Como es lógico, durante el siguiente fin de semana nos sentimos culpables al ver llegar a sus padres de Ohio para recogerlo. También lloraba él entonces. Oí, desde la distancia, cómo su madre intentaba consolarlo en las escaleras al tiempo que sacaban su equipaje del dormitorio. Le dijo que no había razón alguna para que llorara. Que el hecho de tener que marcharse de St Mary respondía a la voluntad de Dios. Pero yo no podía creer algo así. ¿Acaso la crueldad que habíamos mostrado respecto al pobre chico podía ser entendida como una muestra del sacrificio que Dios exigía a su rebaño? ¿En serio? De ser así, ¿por qué querría yo servir a semejante Dios?

Mi complicidad en aquella humillación de nuestro compañero fue, sin lugar a dudas, lo más desagradable que había hecho en mi corta vida. Las dudas que generó respecto a mis aptitudes de cara a convertirme en sacerdote iban a perseguirme mucho tiempo después de que desapareciesen mis iniciales remordimientos tras el incidente del carnaval. De hecho, seguían acuciándome dieciocho meses más tarde, cuando finalmente me uní al Maestro Batidora en el grupo de los que no acabaron.

Fue una semana antes de Acción de Gracias, cuando llevaba cursados ya tres meses de mi penúltimo año. Tomé la decisión de dejar St Mary. A pesar de que tenía muy claro que lo dejaba, me costó mucho darle la noticia al rector del seminario, el padre Murphy, que era un viejo amigo y antiguo compañero de seminario de mi tío John. Una noche, después de cenar, hice acopio de todo mi valor y llamé con timidez a la puerta de su despacho. Lloraba, con la vista clavada en el suelo, cuando entré en el despacho. Estoy convencido de que el padre Murphy sabía de qué iba a hablarle en cuanto me vio. Los abandonos eran una de esas desagradables realidades con las que tenía que lidiar cada tanto el rector del seminario. Menos del veinte por ciento de los alumnos que entraban en St Mary se licenciaba y acudiría al noviciado de Maryland. Allí pasaban un año de devota reflexión antes de tomar los votos de pobreza, castidad y obediencia. Aun así, a pesar de

su experiencia, el padre Murphy pareció sorprenderse genuinamente cuando le confesé que «había perdido la vocación». La mía era una baja que no había previsto. Yo era el prometedor sobrino de su amigo John, que había recibido el Premio del Rector a la excelencia académica y que había sido seleccionado como editor de la antología literaria anual, un puesto reservado por tradición a estudiantes de último año.

El padre Murphy intentó disuadirme para que no me precipitara, me dijo que postergase mi decisión hasta que tuviese la oportunidad de sentarme con mis padres y recibiese su consejo durante las vacaciones de Navidad, pero yo ya me había hecho a la idea y no iba a cambiarla. A la mañana siguiente escribí a casa pidiéndole a mi madre el dinero para el autocar.

Fue triste tener que despedirme de mis amigos del seminario cuando rodearon el taxi que iba a sacarme de sus vidas para siempre. Y todavía más triste fue cuando atravesé las altas puertas de hierro forjado de St Mary por última vez. Pero cuando el taxi me dejó en la estación de autobuses y yo iba cargando con mi pesado baúl por el vestíbulo, apresurándome a tomar el Greyhound que me llevaría de vuelta a la vida secular, la tristeza dio paso a la ilusión. Tenía dieciséis años, iba a embarcarme en mi primer viaje en solitario y la novedad del anónimo viaje en un Greyhound me resultaba tan emocionante que hizo que me marease. Y la mejor parte fue que ahora que mi vida era mía otra vez, disponía de un mundo de cosas por las que interesarme por «primera vez», sin importar dónde me llevase el tiempo por venir.

Mi euforia duró hasta llegar a Buffalo. En cuanto el autocar tomó la autopista y empezamos a descender hacia la ciudad de Nueva York, la realidad empezó a dibujarse de nuevo ante mis ojos y me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo iba a explicarle a mi familia mi cambio de orientación. La carta que les había escrito había sido muy concisa. Les pedía dinero para el billete y les prometía que se lo explicaría todo más adelante. Pues bien, ese «más adelante» se aproximaba y yo seguía sin saber cómo contármelo siquiera a mí mismo. En mi última entrevista con el rector tan solo le había dado una vaga explicación basándome en que ya no me sentía llamado al sacerdocio. Aunque el padre Murphy me había presionado para que fuese más específico, yo me resistí como un jabato a sus inquisitivas preguntas. Las respuestas habrían sido dolorosamente personales. Hasta tal punto que no me atrevía a pronunciarlas en voz alta.

Si hubiese tenido el valor para haber sido sincero, le habría hablado del incidente del carnaval de primavera, y de cómo esa muestra de crueldad no solo había socavado mi fe en la posibilidad de llegar a ser sacerdote sino mi fe en Dios mismo. Cuando te sientes de ese modo, resulta muy difícil imaginar un futuro consagrado al sacerdocio.

Si hubiese sido honesto, le habría dicho también lo mucho que había llegado a odiar la humillante experiencia de arrodillarme en el confesionario todas las tardes de los sábados para confesar los mismos pecados adolescentes relacionados con la carne; sabiendo a la perfección que mi confesor era uno de mis profesores y que reconocería mi voz incluso a través de la llamada pantalla de privacidad, por mucho que me esforzase en mascullar. «¿Han sido hechos o actos impuros, hijo mío?» *¿Hijo mío?* ¡Qué gracia! Podría haberme hecho la pregunta diciendo mi

nombre. No sé por qué pasé por la vergüenza de todos esos terroríficos sábados antes de darme cuenta del mensaje. Finalmente llegué a la misma conclusión a la que debían de haber llegado hacía mucho tiempo mis confesores: no estaba hecho para el celibato.

Y si esas no hubiesen sido razones suficientes para abandonar cualquier esperanza de llegar a ejercer el sacerdocio, recién había añadido otra más, resultado, por extraño que parezca, de mi compromiso como editor del anuario literario. Una de las ventajas asociadas al trabajo suponía disponer de un despacho privado, y a pesar de que era poco más que un armario para escobas reconvertido, resultó que contenía un tesoro inesperado: un aparato de radio Emerson, con unos gigantescos botones de baquelita y unas entrañas llenas de tubos catódicos; tubos que, milagrosamente, seguían funcionando. Como por arte de magia, ¡tenía acceso a la música otra vez! ¡Y a las noticias del mundo exterior! Empecé a pasar la mayor parte de mi tiempo libre en aquel despacho, fingiendo llevar a cabo trabajo editorial, aunque en realidad me dedicaba a escuchar las melodías de moda... y a preguntarme por qué alguna vez me había parecido buena idea estudiar en un centro en el que las radios estaban prohibidas.

Una de las canciones que más sonaban en las emisoras de radio en el otoño de 1965 era *Positively 4th Street* de Bob Dylan. Siempre que la escuchaba no podía evitar pensar en la letra de un modo personal. Cuando Dylan insistía en que no podías perder la fe si no tenías una fe que perder, era como oír la voz de mi propia conciencia admitiendo por fin la verdad. Así pues, había llegado el momento de volver al mundo.

Durante aquella larga noche, mientras el Greyhound recorría suavemente la autopista en dirección sur hacia el encuentro con mis padres, intenté imaginarme a mí mismo contándoles toda la verdad y entendí que nunca llegaría a hacerlo. A pesar de que mi madre habría mostrado empatía respecto a mis razones para dejarlo, conocía lo bastante a mi padre para saber que a él le parecerían endebles; no me costaba anticipar cómo echaría por tierra todos y cada uno de mis argumentos.

¿Mi cruel actuación durante el carnaval de primavera?

Sencillo, deja de comportarte como un imbécil.

¿Mis problemas con el celibato?

Sencillo, deja de jugar con tu cosita.

¿Mi convicción, inspirada por la radio, de que la vida monástica no era para mí?

Sencillo, deja de escuchar al idiota de Bob Dylan.

Pero como no tenía ganas de escuchar sus explicaciones de viva voz, cuando llegó el momento tomé el camino fácil y me guardé mi verdad. La explicación que le di a mis padres fue tan imprecisa como lo había sido la que le di al rector. Les dije que había rezado mucho sobre esa cuestión en los últimos meses y que Dios me había dado a entender que la llamada al sacerdocio no iba conmigo. Caso cerrado. Fin de la historia.

Puedo decir que mis padres se sintieron decepcionados y no los culpo. En primer lugar, tomé una de esas decisiones que provocan un giro racial en la vida de uno sin consultárselo. Lo cual ya

era bastante malo. Pero además les di una explicación confusa, prácticamente incomprensible. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Al otorgarle a mi decisión de dejar St Mary un carácter solo espiritual, evité tener que tratar todas las incómodas cuestiones que, de otro modo, tendría que haber afrontado, lo cual dejaba a mis padres, por así decirlo, a oscuras.

Quise convencerme de que en realidad no les había mentado, pero al no decirles la verdad también los estaba engañando; en el fondo, lo sabía. Aun así, nunca se lo expliqué, y cuanto más tiempo se vive con la mentira más fácil resulta empezar a pensar que la verdad es algo sujeto a interpretación. En aquel entonces, no fui consciente de que estaba sentando un precedente y que en los siguientes años iba a convertirme en un maestro en lo que a interpretar la verdad se refiere, adaptándola a mis necesidades en casos en los que la sinceridad podía resultar embarazosa o inconveniente. Tal como todo mentiroso descubre pronto, las mentiras que puedes contar a los demás se ven por mucho superadas por las mentiras que te cuentas a ti mismo. Un día despiertas y te das cuenta de que ya ni siquiera sabes a qué suena la verdad. A esas alturas, sin embargo, tu futuro se ha convertido en una serie de coches conducidos por extraños en los que montas para que te lleven a algún sitio; extraños a los que simplemente puedes intentar engañar con respuestas frívolas cuando te preguntan cosas como: «No te ofendas, Pete, pero ¿qué demonios te ha pasado?».

Gino seguía durmiendo cuando llegamos a las montañas Diablo, donde empezaron a aparecer las primeras señales de advertencia, no solo relativas a los ciervos sino también por desprendimiento de rocas. «Bien, Pete, mantén la atención», pensé al tiempo que bajaba la ventanilla lateral permitiendo que el aire fresco de la noche me tocara la cara. Me sentía despierto y alerta, pero a medida que ascendíamos empecé también a sentirme más y más agobiado por la claustrofobia. A mi izquierda se elevaban empinadas paredes de roca, dividiendo el costado de la carretera de este a oeste, y ya no podía ver las luces de los coches que venían hacia nosotros. A mi derecha, más allá de la baja barandilla de acero, la montaña trazaba una caída incluso más pronunciada, adentrándose en las sombrías fauces de un profundo cañón.

Acosado por peligros a ambos lados de la carretera, me lo puse fácil y empecé a conducir por la zona central, dándome un poco de espacio extra para maniobrar por si ocurría algo inesperado en la siguiente curva. Pero mis precauciones no sirvieron de gran cosa para lo que ocurrió justo instantes después, cuando un ciervo suicida cayó por la ladera de la izquierda y se plantó frente a los faros del Audi. ¡Oh, mierda! De haber girado bruscamente a la derecha, tal vez podría haber golpeado sin fuerza al ciervo, pero el miedo al vacío que se extendía más allá de la barandilla hizo que mis manos permaneciesen paralizadas agarrando el volante. Antes incluso de tener oportunidad de pisar el freno embestí al ciervo. Acto seguido sonaron dos golpes repugnantes en rápida sucesión, en el momento en el que primero la rueda de delante y luego la trasera pasaba por encima del cuello del animal.

—¿¡Qué pasa!?! —exclamó Gino al tiempo que echaba el cuerpo hacia delante cuando finalmente apreté el freno—. Dime que no has atropellado a un ciervo —gruñó mientras me detenía junto a la barandilla.

—Lo siento, Gino —admití con sentimiento de culpa—. ¡No pude hacer nada, lo juro! El maldito animal quería suicidarse. Salió a toda velocidad de la ladera y saltó frente al coche antes de que lograra verlo.

—Mierda, eres increíble. Mira que te lo advertí —gritó Gino saliendo del coche para comprobar los daños. Estaba tan excitado por la adrenalina que quise responderle: «Si hubieses estado al volante no habrías podido hacer otra cosa, ¡puto imbécil!»). Pero me mordí la lengua. Estaba fuera de sí y no quería provocarlo y que me dejara allí tirado en medio de ninguna parte.

Solo parecían haber quedado dañadas las ruedas del lado del conductor. Las llantas de delante y de detrás se habían salido de sitio a causas del impacto de la colisión. Por suerte, los neumáticos eran radiales y no se habían reventado. Que era mucho más de lo que podía decirse del cuerpo del ciervo, que mantenía los ojos abiertos en mitad de la carretera.

—¿Qué te parece, Gino? ¿Podemos seguir conduciendo? —le pregunté temiéndome lo peor.

Todavía estábamos a unos ciento cincuenta kilómetros al este de El Paso. No tenía ni idea de cuánto tendríamos que andar hasta encontrar un teléfono si necesitábamos una grúa.

—Bueno, pronto lo sabremos —dijo Gino con el ceño fruncido.

Durante las siguientes horas, mientras Gino conducía el Audi a través de las montañas a la cauta velocidad de cuarenta kilómetros por hora, tuve que escuchar sus maldiciones entre dientes, preguntándome si me pediría que bajara del coche en cuanto llegásemos a El Paso. Gino también debía de haber estado planteándose la idea, porque cuando finalmente llegamos a un taller Goodyear a las siete de la mañana —media hora antes de que abrieran— me dijo que echase a andar.

—¿Y ya está? —le pregunté—. ¿Nos separamos?

—No lo sé —respondió Gino—. Todavía no lo he decidido. Pero lo que tengo claro es que ahora no quiero ver tu cara. ¿Ves ese puesto de tacos un poco más allá? Espérame en el aparcamiento. Si no he aparecido a mediodía ya tendrás tu respuesta.

En el puesto de tacos las clases de español que había recibido en primaria me resultaron la mar de útiles de un modo que mi profesora de quinto, la señora Díaz, jamás habría supuesto, pues me pasé la hora siguiente pidiendo unas monedas a los mexicanos que pasaban por allí hasta disponer de dinero suficiente para desayunar un burrito y una taza de café. Supongo que a todos aquellos a los que me acerqué ver a un blanco mendigando en su propia lengua les resultó sorprendente; para mí también supuso una novedad. Desde que salí de Nueva York había conseguido algo de dinero de los conductores que me habían recogido, pero hasta aquella mañana en El Paso nunca había tenido arrestos para mendigar en la calle. Siempre me había dicho que prefería pasar hambre a sufrir la humillación de mendigar. Pero el hecho de hacerlo en una lengua extranjera hizo que no resultase tan embarazoso como había supuesto; de algún modo, la humillación se perdía en el

proceso de traducción. Por supuesto, tener que pedir dinero a mexicanos, de natural generosos, lo hizo mucho más fácil. Incluso aquellos que no pudieron darme nada me deseaban «buena suerte» y sonreían como disculpándose por no poder ayudarme. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Cuando apareció Gino en el puesto de tacos, llevaba sudando bajo el sol del desierto unas cuatro horas y empezaba a estar convencido de que me había dejado tirado.

—Daba por hecho que te habías olvidado de mí, Gino —le dije—. No me habría sorprendido que lo hicieses, pero me alegro de que no sea así.

—Te aseguro que me lo he planteado —dijo Gino con el ceño fruncido—. Pero eso habría supuesto que te fueses de rositas. Me has costado dinero, así que espero algo de trabajo por tu parte. Tengo que cargar una tonelada de mierda en mi almacén de Tucson y te aseguro que no voy a ser yo el que cargue la mayor parte de todo eso en el camión U-Haul. Si le echas ganas y te lo ganas, me plantearé la posibilidad de llevarte hasta Tacoma. Ese es el trato. Lo tomas o lo dejas.

Lo tomé, claro, y le prometí a Gino que cuando llegásemos a Tucson no tendría que mover un dedo. Con las cosas claras, volvimos a tomar la autopista y no tardamos en cruzar la frontera estatal de Nuevo México. En esa ocasión, me alegré cuando Gino sintonizó la radio en una emisora de música *country*. Aquella música estúpida era mucho mejor que el inquietante silencio en el que Gino se había sumido desde que retomamos el camino; un silencio que iba a mantener durante los siguientes ciento cincuenta kilómetros. Pero cuando nos aproximábamos a la ciudad de Deming, Gino se fijó en los carteles de un almacén de ropa vaquera y su ánimo cambió de repente. No tardamos en salir de la autopista en busca de ese lugar. Cuando llegamos al almacén, Gino me dejó fuera, en el abrasador aparcamiento, mientras él entraba a comprarse un par de botas nuevas. Cuando reapareció, una hora más tarde, era todo sonrisas. Abrió la caja que llevaba consigo y me mostró sus botas nuevas: unas chabacanas Tony Lamas de piel de serpiente cosidas a mano. Resoplé con admiración y bromeé diciéndole que debían de haberle costado un buen puñado de dólares. Gino admitió que le habían costado trescientos pavos, y no pudo evitar añadir:

—Es decir, me han costado la mitad de lo que me costaste tú cuando atropellaste al puto ciervo.

¿Seiscientos dólares por unos neumáticos y unas llantas nuevas? Había intentado calcular a cuánto había ascendido la factura de Goodyear, pero no lo habría acertado en mi vida. Ahora ya lo sabía. Era lógico que Gino estuviese cabreado conmigo. Había fingido sentirme avergonzado, pero en realidad no lo estaba. Me había disculpado lo suficiente. Me resultaba difícil sentir mucha simpatía por un tipo que era capaz de gastarse trescientos dólares en unas botas; en tanto que mis pobres pies seguían embutidos en los zapatos de un difunto que me habían dado en el Oz. Pero al menos la nueva adquisición de Gino le había puesto de mejor humor. Casi parecía sociable cuando me propuso que comprásemos algo para comer y que pasásemos la noche en un motel.

Dos salidas más allá del almacén de ropa, en la interestatal, encontramos un sitio donde había varios restaurantes de comida rápida y salimos de la autopista para comprar algo de cenar en un

Burger King. Después Gino condujo hasta un motel Best Western y me dijo que me ocultase mientras se registraba en una habitación individual.

La larga travesía de Texas me había dejado fuera de combate y estaba deseando encontrar un lugar en el que poder estirarme. Pero cuando Gino regresó al coche con la llave de su habitación me dijo que fuese a dar una vuelta hasta que se pusiese el sol. ¡Qué cojones! Sabía que Gino había planeado ahorrarse dinero escondiéndome en su habitación, pero no esperaba que fuese tan remilgado como para no poder hacerlo a la luz del día. Eso me fastidió, aunque ¿qué podía decir? Era su dinero y eran sus reglas. No tuve más remedio que recorrer las calles que bordeaban los restaurantes durante las tres siguientes horas, hasta que oscureció lo suficiente como para que saliesen de sus madrigueras, entre los matorrales que había tras el motel, los conejos de cola de algodón.

Cuando nos fuimos de allí con las primeras luces del alba, Gino volvía a estar de mal humor. Me despertó en tres ocasiones a lo largo de la noche por culpa de mis ronquidos. Estaba deseando llegar a Tucson para poder hacer algo que no le resultase molesto. Por suerte, él parecía tener la misma prisa que yo por empezar a cargar el camión, así que condujo el Audi a ciento diez kilómetros por hora durante todo el trayecto. Cuando llevábamos una hora en la carretera, cruzamos la Divisoria Continental, y me alegré al pensar que la costa del Pacífico estaba ya a menos de dos días de distancia.

Tras una breve pausa para repostar gasolina y tomar un café en Lordsburg, cruzamos la frontera de Arizona y nos adentramos en el desierto de Sonora, donde las artemisas y la creosota se vieron sustituidas por los monumentales saguaros, algunos de ellos de diez o doce metros de altura. Sabía que a las múltiples extensiones laterales que crecían hacia lo alto se las llamaba «brazos» pero, al verlos por primera vez, me parecieron más bien dedos gigantescos. Cada vez que pasábamos junto a uno de aquellos cactus con el dedo central sobresaliendo por encima del resto pensaba en la peineta que Gino había dedicado a los helicópteros; un gesto que estaba seguro que no tardaría en dedicarme a mí si no me ponía manos a la obra en cuanto llegásemos a Tucson.

Era última hora de la mañana cuando llegamos a la oficina U-Haul que se encontraba frente al almacén de Gino, al otro lado de la calle. La temperatura debía de rondar los veintiséis grados y durante las siguientes dos horas, mientras cargaba el camión con herramientas y cacharros mecánicos y pesadas cajas con productos del hogar, hizo tanto calor que tuve que desnudarme de cintura para arriba. Mientras tanto, Gino permaneció al lado de la rampa del camión bramando órdenes como si fuese un sargento, satisfecho de verme sudar. Mantuve gacha la cabeza como un buen esclavo y no me quejé. Para cuando el camión estuvo cargado por completo incluso Gino el militar estaba impresionado.

—Has tardado dos horas. No está mal —dijo—. No creí que pudieses hacerlo. Vamos a subir el Audi al remolque y nos largamos.

Por lo visto, haberme partido el culo cargando había vuelto a situarme en el lado soleado de la calle a ojos de Gino, porque cuando salíamos de Tucson nos detuvimos en un Dairy Queen y me

invitó a una *root beer* gigante. Tenía tanta sed después que bebí con ansia los dos primeros tragos, como un estúpido, y eso me provocó congelación cerebral. Gino rio con gusto a mi costa mientras yo gemía y me agarraba con las dos manos la frente. Pero estuvo bien. Mejor ser fuente de diversión que motivo de desprecio.

Como pude comprobar horas después, Gino todavía tenía ganas de reír cuando un desvío provocado por unas obras en Phoenix nos sacó de la interestatal y nos llevó por las calles de una pequeña localidad. En un momento dado, nos detuvimos en un semáforo frente a las puertas de un centro para jubilados. En las aceras crecían naranjos cargados de lo que parecía ser fruta madura. Le pregunté a Gino si le importaba que me bajase del camión y tomase unas cuantas naranjas. Me dijo que lo hiciese y que agarrase todas las que quisiese. Salté y arranqué unas cuantas antes de que el semáforo se pusiese verde. Cuando regresé al camión, le ofrecí una a Gino, pero dijo que no tenía hambre.

—¿Crees que están maduras? —le pregunté.

—Solo hay un modo de saberlo —respondió Gino con una ligera sonrisa que debería de haberme hecho entender que algo resultaba sospechoso.

Estaba tan contento con mi inesperada recolecta que caí en la trampa y pelé una de las naranjas. Le di un buen bocado... y casi vomito. Escupí de inmediato por la ventanilla abierta. ¡Madre mía, nunca había probado algo tan amargo!

Gino se echó a reír con tal fuerza al ver mi cara que pensé que se mearía encima.

—¿No te preguntaste por qué nadie había cogido esas naranjas? Son naranjos ornamentales, pedazo de tonto. Son solo para adornar.

—Y me lo dices ahora —le dije.

¿Qué sabía yo sobre naranjas? Betty Smith escribió *Un árbol crece en Brooklyn*, pero puedo asegurar que no hablaba de cítricos.

—Lo siento, amigo —dijo sonriendo—. Iba a decírtelo. Pero pensé, qué demonios, ¿por qué estropear el espectáculo?

Al salir de Phoenix, Gino tomó la I-93 hacia el noroeste, camino de Las Vegas, y mi largo recorrido por la interestatal 10 tocó a su fin: tres mil doscientos kilómetros desde Baldwin, Florida. Ahora recorríamos territorio desértico, con la silueta de las llanas mesetas tiñéndose de color púrpura en la distancia. Cuando miraba por la ventanilla hacia el paisaje vacío no veía más que artemisa y campos pedregosos, así como una inacabable cantidad de liebres atropelladas alrededor de las cuales se amontonaban las moscas y los cuervos. Cuando teníamos que ascender un cerro, el recalentado motor del camión U-Haul se quejaba y la velocidad descendía. El camión, por otra parte, consumía gasolina a espuestas así que a medio camino de Las Vegas Gino empezó a buscar un lugar donde poder repostar.

No tardamos en ver un cartel que indicaba un área de descanso a quince kilómetros y, a medida que nos fuimos acercando, aparecieron más carteles, todos ellos indicando la principal atracción de dicha zona: «¡CRÍAS DE SERPIENTE DE CASCABEL!». Sentí curiosidad porque durante mi

juventud en Long Island me dediqué a coleccionar culebras rayadas y culebras ratoneras. Mientras Gino llenaba el depósito del camión yo seguí las flechas hasta llegar a una tienda india detrás de los edificios, donde se encontraba la jaula con «Crías de serpiente de cascabel». Me eché a reír al descubrir que las serpientes allí eran como los naranjos de Phoenix; no me lo esperaba. Sí, tenían cascabel, pero no eran serpientes. En la jaula de alambre había docenas de serpientes baratas de cascabel de plástico, pendiendo de hilos de pescar y sonando suavemente debido al aire que se colaba por la puerta abierta. Humor del desierto. Seco como el paisaje endurecido por el sol.

El sol llevaba horas descendiendo cuando alcanzamos la frontera del estado de Nevada y mis ojos empezaron a acostumbrarse a la penumbra; lo cual hizo que lo que sucedió a continuación resultase incluso más deslumbrante. Salimos de una curva pronunciada de la carretera y, de repente, allí estaba: la presa Hoover, radiante bajo el brillo de un centenar de focos. Incluso el agua que caía por las esclusas en el otro extremo de la gigantesca presa centelleaba. Me alegró que fuese Gino quien conducía porque así pude limitarme a disfrutar del espectáculo mientras descendíamos por los cerros hasta la carretera que cruzaba la presa.

La última vez que había visto algo tan impresionante fue en un viaje relámpago a las cataratas del Niágara con mi familia, estando en primaria. El viaje fue idea de mi madre, pero mi padre era el único que conducía y no parecía encantado de la vida cuando nos metimos todos en el Studebaker a primera hora del sábado por la mañana para emprender el viaje de ochocientos kilómetros que debía de llevarnos desde Long Island a Niágara. Durante las siguientes doce horas mi padre condujo como un poseso, permitiéndonos paradas de tan solo cinco minutos. Llegamos a Niágara cuando ya había oscurecido. Nos obsequió con veinte minutos en las iluminadas cataratas antes de meternos en el motel más barato que pudo encontrar; un establecimiento ubicado junto a la planta química, cuyos acres vapores llegaban hasta las habitaciones del motel, lo que sin duda justificaba su económico precio.

Mis hermanos y yo lo bautizamos como «El Motel Apestoso» y todos nos quejábamos de picor en la garganta cuando salimos de allí a primera hora de la mañana siguiente y nos apresuramos hasta las cataratas para una última visita. A la luz del día seguían siendo impresionantes, aunque habían perdido el toque mágico que tenían bajo las luces coloreadas de la noche anterior. Mi padre nos colocó a todos en el mirador y tomó varias fotos para demostrar que habíamos estado allí, y acto seguido nos metió a todos otra vez en el Studebaker para el largo viaje de vuelta a casa. Cuando acabó la «aventura familiar» habíamos pasado veinticuatro horas en la carretera y menos de una hora visitando las cataratas del Niágara. Pero yo estaba contento de haberlas visto, y aquella noche sentí lo mismo junto a la presa Hoover.

Llegamos a Las Vegas —otro alucinante espectáculo de luces— poco después de las ocho de la noche. Gino se detuvo para repostar gasolina y comprar algunos aperitivos en la estación de servicio en el extremo norte de la ciudad y yo bajé del camión para ir al lavabo. Cuando entré en la tienda, me sorprendió ver que en la pared del fondo había un montón de máquinas tragaperras, todas ocupadas por viajeros que parecían tan cansados como Gino o yo. Sabía que Las Vegas era

la ciudad del juego, pero nunca había imaginado que el vicio principal allí fuese tan generalizado que incluso pudieses jugar en las gasolineras. Gino me había dicho que los lugareños se referían a la ciudad como *Lost Wages* («Sueldos perdidos»). Ahora entendía por qué.

Unos cincuenta kilómetros después, todavía en dirección norte por la I-93, la energía de Gino se agotó. Llevaba conduciendo desde que habíamos salido de Deming y ahora estaba lo bastante cansado como para arriesgarse a cederme el volante para poder echar una cabezadita. Cuando intercambiamos asientos, Gino me dijo que siguiese por la I-93 y que le despertase cuando llegásemos a Ely, trescientos kilómetros más adelante. En esta ocasión no me advirtió que tuviese cuidado con los ciervos. Supongo que dio por hecho que el camión era lo bastante pesado para poder atropellar a cualquier animal que nos saliese al paso.

Poco después de que Gino cerrase los ojos, empezaron a caer copos de nieve frente a la luz de los faros y yo maldije mi suerte. Aunque no estaba realmente preocupado. La nieve parecía fundirse en cuanto tocaba la carretera y apenas había tráfico con el que lidiar, así que mantuve el pie en el acelerador y avanzamos a buen ritmo en mitad de la noche oscura. Conduje durante las tres horas siguiente sin que ocurriese nada destacable, pero a unos cuarenta y cinco kilómetros de Ely, cuando empezábamos a ascender la cordillera de Ely Springs, la nieve empezó a caer con más fuerza y a cuajar sobre el asfalto.

En cuanto noté que los neumáticos del camión perdían tracción en las cerradas curvas de la montaña y me costaba mantener el control, ralenticé la marcha a treinta kilómetros por hora y encendí las luces de emergencia para advertir a los que viniesen detrás de que circulábamos por debajo de la velocidad mínima. Mientras tanto, Gino dormía como un bendito a mi lado, ajeno a las condiciones de la carretera, y yo no estaba dispuesto a despertarlo. Aún confiaba en poder superar el ascenso y en descender hasta Ely por cuenta propia, pero mi confianza se esfumó a poco más de un kilómetro de la cima cuando las ruedas del camión empezaron a patinar gravemente y no tuve más remedio que detenerme a un lado de la carretera y despertar a Gino para que me ayudase.

—¿Qué pasa? —preguntó Gino—. ¿Con qué has chocado ahora?

—Con nada —le dije—. Pero la carretera está demasiado resbaladiza y el camión pesa demasiado para seguir subiendo con esta inclinación. Creo que lo mejor será desenganchar el Audi para aligerar la carga o no vamos a poder llegar arriba.

Como era de esperar, el soldado Gino era demasiado cabezota para aceptar mi palabra e insistió en ponerse al volante para demostrarme que estaba siendo un blandengue con lo de conducir con nieve. Yo había puesto el freno de mano, pero, a pesar de la precaución, en cuanto saltamos de la cabina para intercambiar asientos el camión empezó a patinar lenta pero inexorablemente cuesta abajo y a los dos nos entró el pánico.

—¡Mierda, no estabas bromeando! —gritó Gino—. Rápido, ¡agarra un par de rocas grandes! ¡Tenemos que fijar las ruedas antes de que llegue al borde!

Ambos empezamos a buscar rocas con frenesí entre la nieve bajo la barandilla y conseguimos

fijar las ruedas traseras antes de que ganase más velocidad. Gino se colocó entonces al volante del Audi e inmediatamente desenganchó el remolque y aparcó junto a la barandilla. Desastre anunciado.

Me temblaban las manos cuando volví a montar en el camión, pero en cuanto Gino apartó las rocas que habíamos usado para fijar las ruedas fui capaz, mucho más ligero ahora, de conducir hasta la cima y descender hacia Ely, con Gino siguiéndome despacio en el Audi.

—¡Estuvimos a un pelo! —le dije cuando volvimos a reunirnos en el aparcamiento de una gasolinera abandonada en el límite del pueblo.

—Sí, menudo susto —añadió Gino—. Fue buena idea que me despertases, porque podría haber sido mucho peor.

—¿Te alegras ahora de no haberme dejado tirado en Tucson? —le pregunté con sorna. Para variar, no le había dado razón alguna para cabrearse.

—Supongo que sí —concedió Gino—. Pero cuando dejes de echar flores, por qué no me echas una mano cargando de nuevo el Audi en el remolque para que podamos alejarnos de toda esta nieve y encontremos un lugar donde dormir. En este villorrio tiene que haber un motel.

Por desgracia, los únicos dos moteles que vimos cuando nos adentramos en el pueblo lucían el cartel de «OCUPADO» y finalmente Gino tuvo que alquilar una habitación en el hotel Nevada, una antigualla de ladrillo rojo y seis plantas de altura de los tiempos de gloria de Ely anteriores a la Depresión. Gino me dejó en el aparcamiento mientras se registraba y cuando regresó al camión para recoger su bolsa de viaje me dio la mala noticia. El vestíbulo estaba demasiado abierto y no había manera de poder entrar sin que te viese el recepcionista del turno de noche. No tenía más remedio que acurrucarme en el camión.

—No te preocupes, no vas a congelarte —me aseguró Gino—. Tengo un montón de mantas para la mudanza con las que puedes taparte y hay espacio suficiente para acomodarte en la caja si apartamos varias cosas.

No había previsto pasar la noche en la parte trasera de un U-Haul, pero era la una de la madrugada y estaba demasiado cansado para discutir, así que no le dije nada a Gino mientras abrió la puerta trasera y encendió una linterna para iluminar por donde iba. Cuando logré hacer espacio suficiente como para tumbarme en la parte delantera de la caja, coloqué varias mantas sobre el frío suelo de acero. En cuanto Gino comprobó que me había establecido, me pasó la linterna y cerró la puerta. Horas después, cuando mi vejiga me despertó, intenté abrir la puerta para salir a hacer pis, ¡pero aquella jodida cosa no se movía! ¡El puto paranoico me había encerrado en la caja sin avisarme! Estaba atrapado allí hasta que él quisiese sacarme. Maldecir a Gino, sin embargo, no alivió en lo más mínimo mi vejiga, así que empecé a examinar con la linterna lo que había en el camión en busca de alguna clase de lata o botella vacía, pero no tuve éxito. Entonces me fijé en una motosierra cuyo depósito de plástico era extraíble. Ahí estaba la solución. Sentí la satisfacción de imaginar la desagradable sorpresa que se llevaría Gino la próxima vez que intentase cortar madera.

Supongo que era inevitable que dormir dentro del camión me llevase a recordar mis tiempos en Rikers Island, donde pasé muchas horas encerrado en una habitación de dimensiones parecidas cuando trabajaba en la lavandería de la cárcel. Todas las mañanas de los días laborables avisaba a mi supervisor y él abría el cerrojo de la puerta de la sala donde se encontraban las máquinas de vapor que se utilizaban para planchar las arrugas de los uniformes recién lavados de los guardias, que representaban la mayor parte de mi trabajo. Habría supuesto una seria amenaza para la seguridad que uno de aquellos uniformes hubiese caído en manos de alguno de los presos, así que siempre me cerraban con llave cuando trabajaba. Mi supervisor solo abría la puerta cuando llegaba otro preso con un carro de ropa para planchar. La máquina de planchado, activada por un pedal, lanzaba tanto vapor que era como trabajar en una sauna, aunque a mí me parecía un trabajo estupendo. Había un pequeño transistor en la habitación y una ventana con barrotes con vistas a un patio interior plagado de lilas y forsitias. Es decir, cinco días a la semana podía disfrutar de un mínimo atisbo de naturaleza, que era mucho más de lo que podían decir la mayoría de los presos.

Lo cierto era que la sala de planchado era el único lugar de Rikers donde me sentía razonablemente a salvo. Comparada con el bloque abierto de celdas, donde dormía por las noches junto a otros dieciocho reclusos que podían ir de un lado para otro a su antojo en cuanto se apagaban las luces, aquella sala cerrada con llave en la lavandería era una especie de fortaleza de la soledad; curiosamente, la echaba de menos durante los fines de semana. Además de la seguridad temporal mientras estaba allí encerrado, mi trabajo acabó siendo una fuente de ingresos, ya que el Departamento de Prisiones me pagaba unos cuantos centavos por cada hora de trabajo.

Días después de empezar a trabajar allí, se me acercó otro preso de la lavandería, un italiano que atendía detrás del mostrador para cambio de ropa, por donde los reos pasaban una vez a la semana para dejar sus uniformes sucios y llevarse los limpios. El tipo tenía un negocio montado —en Rikers los denominaban «trabajar por contrato»— y me ofreció apuntarme si lo deseaba. Le pregunté en qué consistía y me dijo que lo único que tendría que hacer sería marcar los pliegues de los uniformes de algunos presos, que él quería colar en la sala de planchado con la ayuda de su cómplice, un joven puertorriqueño que llevaba los carros de ropa hasta la puerta durante mi turno.

—¿Y qué saco yo? —le pregunté.

Cuando me dijo que me pagaría medio paquete de cigarrillos por cada uniforme que planchase, le dije que podía contar conmigo. Por lo que pude descubrir, incluso en la cárcel la vanidad acababa convirtiéndose en un negocio lucrativo. Les sorprendería saber cuántos reclusos estaban dispuestos a gastarse el dinero por el privilegio de ir por ahí con un uniforme bien planchado. Era una cuestión de estatus. Desde su punto de vista, algo así los alejaba de los perdedores que se pasaban el tiempo embutidos en ropas arrugadas. A mí me parecía bien. Durante lo que me quedaba de condena no tuve que pagar por fumar.

Cuando Gino abrió finalmente la puerta de la caja del camión y me dejó salir, poco después de las siete y media, gruñí con el ceño fruncido:

—¡A la puta hora en punto!

Y sin añadir otra palabra salté de la caja y me alejé para aliviarme entre dos coches aparcados junto al camión.

Cuando regresé, hice evidente mi enfado e intenté que Gino se sintiese culpable por haberme tenido encerrado toda la noche. Lo compensó deteniéndose en un McDonald's a la salida del pueblo e invitándome a un buen desayuno, que fue exactamente el resultado que yo buscaba con mis quejas. Cuando acabamos, tanto mi rabia como mi estómago estaban más tranquilos. Retomamos el camino y nos sumimos en la misma tregua incómoda que habíamos experimentado cuando Gino decidió no dejarme tirado en El Paso.

Era una mañana gris y neblinosa, llovía en el valle y caía la nieve en lo más alto de las montañas que nos rodeaban. Nos encaminamos hacia el norte, hacia la frontera del estado de Idaho, alternando fincas pertenecientes a la Oficina de Administración de Tierras y Ranchos, en los que amplios rebaños de ovejas y reses Black Angus manchaban las laderas rocosas, pastando plácidamente entre arbustos y pinos piñoneros. Había varias fuentes termales en la zona y pasamos junto a balnearios de aspecto rústico cuyos carteles anunciaban los poderes terapéuticos de sus aguas minerales. ¡Lo que habría dado yo por aliviar mis doloridas articulaciones con un prolongado baño en una de esas piscinas naturales! Pasar la noche sobre el suelo de acero de la caja del camión me había dejado totalmente molido. Pero incluso disponiendo del dinero para pagar la entrada, sé que Gino no habría consentido interrumpir el viaje por una sesión en un balneario. Tenía la intención de llegar a Boise al anochecer. Y teniendo en cuenta que aún nos quedaban setecientos kilómetros de trayecto, no teníamos tiempo que perder.

Tras cinco horas en dirección norte desde Ely, llegamos a la última población de Nevada, junto a la frontera con Idaho, un pueblo de una sola calle llamado Jackpot, una trampa para turistas con cinco o seis casinos que parecían ser el reclamo ideal para jugadores de estados vecinos. Prácticamente todos los coches que vi aparcados tenían matrículas de Idaho, Wyoming o Montana. Si alguna otra vez en mi vida vuelvo a pasar por Jackpot sé a la perfección en qué casino me metería: el más grande de todos, un lugar llamado Cactus Petes (por alguna razón, sin genitivo sajón; ¿acaso la ortografía se había convertido en un arte perdido en Jackpot o eran varios los Pete que andaban detrás del proyecto?).

El cielo había empezado a iluminarse para cuando llegamos a Jackpot, y al cruzar el río Snake y llegar a Twin Falls, en Idaho, fuimos recibidos por el primer triple arcoíris que había visto en mi vida. Obviamente, lo tomé como un buen augurio. Después de diecisiete días en la carretera, me encontraba por fin a tiro de piedra, como quien dice, de la Costa Oeste, y el inusual espectáculo de un triple arcoíris me pareció poco menos que una señal de que mi suerte estaba a punto de cambiar. «De tus labios a los oídos de Dios», dice una nana irlandesa que yo solía canturrear.

Llegamos a Boise a última hora de la tarde. A esas alturas ya había tenido un sinfín de oportunidades de comprobar por qué el río Snake se llamaba así. El tramo de la I-84 entre Twin Falls y Boise estaba sembrado de puentes que salvaban los serpenteantes meandros y perdí la cuenta de cuántos habíamos cruzado cuando finalmente llegamos a la capital del estado.

La cúpula dorada del Parlamento centelleaba con la última luz del día de tal modo que dolían los ojos al mirarla. Gino salió de la interestatal en la salida que llevaba al centro de la ciudad. Conduciendo con extremo cuidado a causa de la extensión de nuestro vehículo, llegamos hasta una zona industrial en el noroeste de la ciudad para acabar en una ajetreada calle lateral donde un amigo que había estado con Gino en Vietnam, un tipo llamado Bob, tenía un taller mecánico. El plan era pasar la noche en Boise con Bob y su esposa Ellen; le habían dicho a Gino que les hiciese una visita cuando fuese de camino al estado de Washington para enseñarle la casa que habían comprado desde la última vez que estuvo allí.

En cuanto detuvimos el camión frente al taller y Gino bajó de la cabina, Bob salió corriendo para saludarlo. Mientras se abrazaban como osos me fijé en la extraña pareja que formaban. Gino, con toda su corpulencia, era la estampa perfecta de un marine. Bob era bajo y enjuto, por lo que más bien parecía un soldado del Vietcong; resultaba gracioso verle intentar abarcar con sus cortos brazos toda la anchura del cuerpo de Gino.

Cuando dejaron de abrazarse, Bob volvió a entrar en el taller para decirle a sus trabajadores que se marchaba y después montó en su camioneta Ford para llevarnos a su nueva casa, que resultó ser una vivienda en fase de restauración en una tranquila carretera rural a pocos kilómetros de los límites de la ciudad. Ellen, su esposa, apareció en el camino de acceso para saludar a Gino en cuanto llegamos y aunque pude apreciar en su gestualidad la contrariedad que le suponía encontrarse con un invitado inesperado, sonrió amablemente cuando Gino me presentó. Acto seguido se excusó para poder poner un plato más en la mesa. Ellen demostró ser una cocinera muy buena. Los espaguetis con albóndigas que nos sirvió estaban deliciosos, y cuando acabé con mi primer plato y con gentileza me ofreció un segundo acepté de buen grado. Solo después de que ella volviese a llenar mi plato me fijé en la mirada de enfado que me dedicó Gino desde el otro lado de la mesa; entendí que, de algún modo, le había tocado las narices.

Cuando acabó la cena, Gino y Bob salieron a fumar y yo me quedé para ayudar a Ellen a quitar la mesa y cargar el lavavajillas con la esperanza de que eso me devolviese el beneplácito de Gino. Pero, como no tardé en comprobar, Gino estaba demasiado enfadado como para calmarse en unos pocos minutos. Cuando salí de la casa Gino dejó de hablar con Bob, me agarró del brazo y me llevó hasta el camión, que estaba aparcado junto al bordillo de la calle. En voz baja, aunque evidentemente furioso, me abroncó por haberle puesto en evidencia frente a sus amigos al haberme comportado como un cerdo glotón en la mesa.

—Yo no le pedí otro plato, Ellen me lo ofreció —repliqué para justificarme.

—Estaba siendo amable, ¡imbécil! —me espetó—. Por si no te habías dado cuenta, no son ricos precisamente. El plato de más que te has comido con seguridad era la comida de Bob para mañana. Bueno, ya está, he cumplido contigo. Ayúdame a bajar el Audi del remolque y recoge tus cosas del camión. Te voy a llevar a la autopista ahora mismo.

Lo peor de la diatriba de Gino era que yo sabía que estaba justificada. La pobreza me había asilvestrado y, al igual que un gato callejero que no sabe cuándo va a volver a comer, me había

acostumbrado a engullir cualquier cosa que me pusiesen delante, a pesar de poder pasar con menos. Mi madre me había educado mejor que eso. Estoy seguro de que mi comportamiento le habría hecho pasar un muy mal rato. Aun así, a pesar de la vergüenza, justo después de disculparme con Gino de camino a la interestatal, tuve la increíble osadía de pedirle algo de dinero antes de que me dejase en la frontera de Oregon, cuarenta y cinco minutos más tarde. La desesperación no conoce el sentido de la vergüenza, supongo.

—Mierda, eres de lo que no hay —dijo Gino sacudiendo la cabeza, incrédulo.

Pero de todos modos me entregó dos dólares y cuando nos separamos me vi obligado a admitir que era mejor persona que yo.

El viento idiota también había soplado en la vida de Gino, pero él había sabido sortearlo.

Yo tan solo podía rezar para que en el oeste fuese capaz de encontrar el modo de sortearlo también.

Capítulo 7

«Eres como un grano en el culo, Pete, pero supongo que te deseo suerte. Espero que no tardes en poner tus asuntos en orden.»

Las últimas palabras de Gino todavía resonaban en mis oídos cuando le vi alejarse, mientras agarraba avergonzado los dos dólares que había sido capaz de sacarle. Como no podía ser de otro modo, le estaba agradecido por su generosidad, pero eso no evitó que lanzase un suspiro de alivio cuando lo vi marcharse; cuatro días de viaje con Gino me habían agotado, tanto mental como emocionalmente.

Sospecho que si no hubiésemos tenido la misma edad, la espinosa personalidad de Gino, así como su demoledora franqueza, me habrían resultado más llevaderas. Pero el hecho de que nuestras vidas se hubiesen desplegado a lo largo de los mismos años, y que se hubiesen visto marcadas, desde diferentes ángulos, por el poder destructivo de las drogas, otorgaba a las críticas de Gino una validez que las convertía en algo mucho más profundo y afilado de lo que podía parecer. Por otra parte, estaba la cuestión del físico de Gino y su brusco comportamiento, que tanto me recordaba al de mi padre, lo cual hacía que sus comentarios me llegasen directamente al corazón. A pesar de que me dolió admitirlo, Gino estaba en lo cierto cuando dijo que había llegado el momento de empezar a «responsabilizarme» de mis cagadas. Afrontar todas aquellas cuestiones complicadas que había estado evitando desde hacía tanto tiempo era el único modo eficaz de cambiar de vida. Pero eso de rebuscar en tu interior es una labor extenuante, así que por el momento agradecí librarme de Gino y del constante recordatorio de mis defectos en que se había convertido para mí.

El área de descanso donde Gino me había dejado se encontraba justo sobre la frontera del estado de Oregon, en una pequeña localidad agrícola llamada Ontario. Apenas era un bloque de cemento con lavabos públicos y unos pocos puntos de información con tejadillo de zinc alineados junto a los lavabos. Cuando Gino se fue me acerqué para echarle un vistazo a uno de los mapas y orientarme. Según el mapa, la interestatal 84 me llevaría directamente a Portland, a seiscientos kilómetros de distancia. Supuse que con un poco de suerte podría cubrir aquella distancia en diez o doce horas haciendo autostop. Pero como nunca antes había estado en Oregon, pensé que sería una lástima no hacerme una idea del entorno, así que decidí posponer mi salida hasta la mañana siguiente.

Antes de buscar un lugar en el que acomodarme para pasar la noche en el área de descanso, crucé con cuidado la autopista, me acerqué a una cafetería que había en una carretera lateral hacia

el este y prácticamente me gasté los dos dólares de Gino en una bolsa de tabaco Bugler y en una pequeña taza de café para llevar. Con el café en la mano salí del local y fui hasta el aparcamiento cubierto de grava, me senté en un bordillo y me lie un cigarrillo. Mientras me relajaba al fresco del atardecer, disfrutando del tabaco, me fijé en una oscura masa nubosa que se aproximaba desde el oeste y tuve el presentimiento de que el tiempo estaba a punto de cambiar. Temiendo que me pillase un aguacero, me apresuré a cruzar de nuevo la autopista y de inmediato empecé a buscar un rincón en el que acampar bajo la sombra de los pinos que se extendían tras el área de descanso.

Pero como no tardé en descubrir, aquel pinar no iba a ponérmelo fácil. La tierra entre los árboles estaba cubierta por densos matorrales con afiladas espinas, punzantes como diminutos picahielos, que atravesaron mis calcetines y ensangrentaron mis tobillos antes siquiera de que pudiese darme cuenta. Maldiciendo de dolor, regresé al aparcamiento y me quité los calcetines para comprobar el daño. Me resultó complicado hacerlo en la penumbra, pero sí me quedó claro que la cosa no tenía buena pinta. Baste decir que la palabra que me vino en ese momento a la mente fue *alfiletero*. Encorvado, extrayendo espinas de mi piel, no pude evitar pensar en que mi primera noche en Oregon estaba teniendo un inicio muy poco prometedor. Y eso que solo se trataba de una simple muestra de las desdichas que me esperaban en las siguientes horas.

Apenas acababa de extraer la última de las espinas cuando, de repente, el aparcamiento se vio sumido en una amenazadora oscuridad. Segundos después, las nubes de tormenta que se cernían sobre mi cabeza se abrieron dejando caer una mezcla de lluvia y granizo que no iba a tardar en convertirse en nieve, según supuse, teniendo en cuenta el descenso de temperatura por la noche. Corrí hasta el lavabo para protegerme del chaparrón. Mientras me situaba bajo la puerta abierta del lavabo de hombres, preguntándome cómo iba a ser capaz de sobrevivir a una noche semejante, me fijé en una pila de arena para obras cerca de la salida del aparcamiento y encontré mi respuesta. Habían colocado un enorme plástico azul sobre la pila de arena para mantenerla seca. Sin lugar a dudas yo necesitaba aquel plástico más que la arena, así que en un momento en el que la lluvia amainó ligeramente, corrí hacia allí, aparté los adoquines que sujetaban los extremos del plástico y tiré de él para llevármelo y construir un refugio en uno de los kioscos de los mapas.

El kiosco de plexiglás era el doble de grande que una típica cabina de teléfono, pero dejaba espacio suficiente en la placa de cemento sobre la que se erigía para acomodarme en posición fetal. Ahí fue donde acabé colocándome, envuelto como una momia en el plástico de la arena; bajo la supervisión, durante toda la larga noche, de Meriwether Lewis y William Clark, ambos retratados en el póster de la Ruta de Oregon que colgaba sobre mi cabeza. Cada vez que le echaba un vistazo, sus intrépidas miradas parecían burlarse de mis incomodidades de novato. Les dediqué uno de aquellos saludos que Gino tenía reservado para los helicópteros y empecé a tiritar.

El granizo no tardó en convertirse en nieve al tiempo que la temperatura caía en picado por debajo de cero grados. Los tres lados del kiosco no suponían protección alguna contra el viento que soplaba a través de la apertura. Incluso enrollado en el plástico apenas pude dormir hora y media antes de que el frío me obligase a meterme en el lavabo, donde pasé los siguientes quince

minutos apretando el botón del secador de manos hasta que estuve lo bastante descongelado como para regresar al kiosco a envolverme de nuevo con el plástico. De ese modo pasé el resto de la noche, yendo del kiosco al lavabo y del lavabo al kiosco, con algunos intervalos de sueño cada vez más cortos mientras la temperatura seguía descendiendo.

La única alteración de esa rutina tuvo lugar en algún momento después de la medianoche, cuando en uno de mis viajes al secador del lavabo, noté que me palmeaban el hombro. Me volví y me topé cara a cara con un viejo y sonriente marica con una agrietada cazadora de cuero y una bufanda de cachemir. Se pasó la mano con timidez por su cabellera plateada y me dijo, muy educadamente, si me apetecía que me la chupase. Rechacé su oferta, también de manera educada, se limitó a encogerse de hombros y salió por la puerta. Cuando estaba ya fuera, bajo la nieve, le oí mascullar: «Preguntar no hace daño a nadie». Me dije que aquel tipo seguro que había perdido un tornillo. Hacer esa clase de preguntas a la persona equivocada sí puede hacer daño. Es posible, en cualquier caso, que aquel vejete tuviese una vida encantadora. De ser así, esperaba que hubiese dejado tras de sí algo de su suerte, porque la hipotermia y la congelación empezaban a parecerme posibilidades reales antes de que acabara la noche, por lo que necesitaba cualquier clase de ayuda para lograr llegar entero al amanecer.

Las siguientes horas fueron, de lejos, las peores desde mi salida de Nueva York. Creo que puedo decir, con total seguridad, que nadie se alegró tanto como yo, en aquel pequeño pueblo llamado Ontario, de la salida del sol. Tenía el cuerpo agarrotado y el hecho de haberme pasado toda la noche castañeteando los dientes me había dejado un profundo dolor de mandíbula. Pero había sobrevivido para ver otro día; un día en el que, curiosamente (como si hubiese necesitado algún otro motivo para celebrar), era mi cumpleaños. Treinta y ocho. Era ya tres años mayor que Dante cuando escribió: «Nel mezzo del cammin di nostra vita, mi ritrovai per una selva oscura, ché la diritta via era smarrita» (En mitad del camino de la vida me hallé en el medio de un bosque oscuro después de dar mi senda por perdida). Estaba convencido de que el año que se extendía frente a mí iba a determinar mi futuro. A menos que encontrase la senda perdida, más pronto que tarde, me vería en mitad del bosque oscuro de Dante hasta el final de mis días.

Arrastré el plástico por el aparcamiento y volví a colocarlo sobre la pila de arena, que ahora estaba cubierta por una fina capa de nieve. El aire helaba mi aliento y tiritaba de frío. Lo único en que podía pensar a esas alturas era en agarrar con mis dos manos una taza de café caliente. Sin embargo, tras pasar la noche tumbado sobre el cemento frío, mis articulaciones estaban demasiado doloridas como para arriesgarme a cruzar los cuatro carriles de la autopista. Con toda la prudencia del mundo, caminé un kilómetro hasta el paso elevado. El ejercicio me fue bien y cuando al fin llegué a la cafetería ya no me movía como un zombi acartonado.

Una vez en la cafetería, rebusqué las monedas en mi bolsillo y me fastidió descubrir que no llegaba al precio de una taza de café pequeña.

—No pasa nada —sonrió la amable mujer de la caja, añadiendo los cinco peniques que faltaban de una caja de monedas que había junto a la máquina registradora. Le di las gracias y le

dije que me había dado el único regalo que iba a recibir por mi cumpleaños. Como mi historia la conmovió, me entregó un café gigante y no la taza pequeña que había pedido. ¡Premio!

Tras la odisea de la noche anterior, me resultó muy agradable comprobar que Oregon era capaz también de mostrarme su lado más tierno. Aunque no tenía ni un centavo cuando salí de la cafetería no pude evitar sonreír de camino a la autopista. Mi cumpleaños había empezado con buen pie. Si lograba llegar a Portland al anochecer, a tiempo de pedir una cama en un centro de acogida, tendría algo que celebrar. Con ese esperanzado pensamiento alcé el pulgar.

Hacia rato que el efecto del café había pasado a la historia, así que cuando me recogieron por primera vez, una hora más tarde, volvía a tener las manos y los pies congelados. Se trataba de un ganadero ovino que iba camino de Baker City, a unos cien kilómetros de distancia de allí. Mi primera impresión de aquel tipo bajito de pelo rubio fue que debía de haber pasado una noche peor que la mía. Su piel tenía un tono amarillento y bajo los ojos lucía unas bolsas hinchadas y oscuras como ciruelas maduras, así que no me sorprendió cuando me contó que había pasado el fin de semana recibiendo tratamiento de quimioterapia en el hospital de veteranos de Boise.

—Cáncer de hígado —me dijo antes de que pudiese preguntarle—. El Agente Naranja se ha tomado su tiempo, pero finalmente me ha alcanzado.

Se llamaba Elvin y había sido reclutado por el ejército cuando acabó el instituto, allá por 1965, durante el momento álgido de la Operación Ranch Hand, la campaña militar estadounidense destinada a arrasar químicamente las selvas de Vietnam para que el Vietcong no tuviese dónde ocultarse. En aquella época, me dijo Elvin, nuestras tropas no estaban advertidas de los riesgos que entrañaban los productos químicos que manejaban.

—Siempre que montábamos un nuevo campamento teníamos que llevar a la espalda rociadores cargados con Agente Naranja y después nos enviaban a adentrarnos en la selva para envenenar todo el perímetro. Nadie se preocupó de decirnos que también nos estábamos envenenando nosotros mismos. Algo típico. Todo allí estaba FUBAR, si sabes a qué me refiero.

—Jodido e irreconocible —dije asintiendo. A pesar de no haber hecho el servicio militar había leído suficientes textos sobre la guerra como para reconocer el acrónimo. Pero siempre me había preguntado por qué un defoliante para plantas llevaba el sobrenombre de Agente Naranja, así que le pregunté a Elvin al respecto.

Me explicó que se usaron toda clase de herbicidas durante la Operación Ranch Hand y que los bidones de doscientos litros de productos químicos iban marcados con diferentes códigos de colores para que pudiesen separarlos.

—Lo llamábamos Agente Naranja porque los barriles en los que llegaron estaban pintados con rayas naranjas.

—Tiene sentido —dije. Que era más de lo que se podía decir de la mayor parte de las cosas relacionadas con esa trágica guerra sin sentido ninguno.

Con la esperanza de tratar temas menos dolorosos, le pregunté a Elvin si le gustaba criar ovejas. Se echó a reír al oír la pregunta y sonrió al responder.

—Si no me gustase me volvería loco haciéndolo. Claro que algunos dirían que estoy loco precisamente por hacerlo. Hay maneras mucho más fáciles de ganarse la vida, de eso no cabe duda. Pero me gusta ser mi propio jefe y trabajar al aire libre. Las ovejas me van bien.

—Yo soy de Brooklyn, lo único que sé de ovejas es lo que he visto en las antiguas películas del Oeste —le confesé—. Al parecer, los que criaban vacas y los que criaban ovejas andaban siempre metidos en disputas por los cercados de sus tierras de pastoreo. ¿Todavía se pelean con los de las vacas?

—Qué va, los tiempos de enemistad pasaron a la historia, pero los vaqueros aún nos miran por encima del hombro; eso no va a cambiar nunca. ¿Sabes cómo llaman por aquí los ganaderos de vacas a las ovejas?

—¿Cómo? —le pregunté.

—Larvas de pradera —dijo Elvin con una risotada.

—¡Qué duros! —repliqué.

Tengo que admitir, sin embargo, que la definición de los ganaderos de vacas me impidió seguir viendo de un modo idílico a las ovejas que pastaban por las laderas de los campos por los que íbamos pasando al acercarnos a Baker City.

Cuando Elvin me dejó, no tardó en recogerme un anciano caballero con un Chrysler Le Baron que se dirigía a La Grande. El asiento trasero del coche estaba lleno de cajas de cartón abiertas llenas de biblias King James. Creí que se trataba de un reverendo, pero resultó ser un comercial especializado en libros religiosos. Durante la siguiente hora, a medida que la carretera ascendía sin pausa hacia lo más alto de las Blue Mountains, estuvo lamentándose de las negras perspectivas que ofrecía su línea de negocio. Por lo visto, en los últimos años el territorio que él cubría al este de Oregon se había visto ocupado por mormones venidos de Idaho y de Utah. Como resultado de ello la demanda de lecturas «auténticamente cristianas» había caído en picado. Cuando le pregunté por qué no ampliaba su oferta con libros que los mormones quisiesen comprar, se burló de mí y me dijo que, por lo visto, no sabía gran cosa sobre los mormones. Lo cual era cierto, y por eso le pedí que me lo explicase.

—Los mormones solo tratan con su gente, hijo —me respondió—. Importa poco lo que vendas, si no conoces el saludo mormón jamás te dejarán pasar de la puerta.

No podría asegurar si la explicación de aquel comercial era cierta o no, pero su amargura sí era totalmente genuina, así que me alegré cuando pude alejarme de ella y tomar aire fresco al dejarme en las afueras de La Grande.

Era media mañana y el sol caldeaba el ambiente de manera considerable. Lo cual resultó de lo más conveniente, porque me costó cerca de dos horas conseguir que volviesen a recogerme. En cualquier caso, aquel era un lugar de lo más pintoresco. Mientras miraba hacia el oeste, hacia las verdes colinas del Parque Nacional de Umatilla y los picos nevados de las Blue Mountains, me sorprendió ver una manchita negra con las puntas blancas trazando espirales en las alturas: era la primera águila americana que avistaba en libertad. Me habría perdido aquella visión si no hubiese

postpuesto mi salida hasta la mañana siguiente; eso hizo que me sintiese algo más a gusto en relación a la noche glacial que había sufrido en Ontario.

Nos acercábamos al mediodía y mi estómago empezó a rugir para recordarme que no había comido nada desde los espaguetis en casa del amigo de Gino. No tardarían en acosarme los temblores hipoglucémicos. Pero la posibilidad de alejarme de la autopista para ir en busca de algo de comida a La Grande no me parecía buena idea, así que tuve que apañarme con la única fuente de azúcar que tenía a mano: una bolsita de ketchup de McDonald's que encontré, como si se tratase de una garrapata regordeta, en el fondo del bolsillo de mi abrigo. Abrí la bolsita, saqué la lengua y engullí hasta la última gota. Era una comida de cumpleaños más bien patética, pero como mínimo el ketchup logró mantener a raya mis temblores hasta que una vieja camioneta Chevrolet se detuvo para recogerme poco después.

Resultó que el joven conductor de la camioneta, un tipo rubio de ojos azules llamado Jakob, también era de origen noruego. En cuanto retomamos la carretera, me señaló una bolsa de galletas caseras que había en el espacio del asiento entre los dos y me dijo que me sirviese.

—Galletas de mantequilla noruegas —dijo con una sonrisa—. Almendra y cereza. Mi hermana Ingvild las hizo anoche. Cuando murió nuestra abuela en diciembre, Ingvild heredó todas las recetas familiares y ha estado cocinando como una loca desde entonces. Supongo que le ayuda a asimilar la pérdida. Nuestra abuela nos crió sola porque nuestros padres murieron en un accidente de coche cuando éramos pequeños. Perderla ha sido como perder a nuestra segunda madre.

—Vaya, mi más sentido pésame, pero dile a tu hermana que vuestra abuela estaría orgullosa —dije tras engullir una de aquellas galletas de mantequilla. Los reposteros de la famosa pastelería escandinava Ebinger, en Bay Ridge, no eran mejores que Ingvild, eso lo tenía claro. No habría podido desear un regalo más sabroso —o más adecuado— para mi cumpleaños.

Cuando le dije a Jakob que me dirigía Portland se ofreció a llevarme hasta Pendleton antes de enfilar hacia el norte, hacia el estado de Washington. Llevaba el camión a una subasta en Pasco. Trabajaba para un concesionario en Boise y de vez en cuando tenía que llevar alguno de los vehículos de intercambio hasta Pasco y después regresar a Boise en autobús. Resultaba más económico que llevar el coche en un camión, dijo Jakob, y disfrutaba de esos viajes porque le liberaban temporalmente de la rutina.

—El problema es cuando me envían con una chatarra como esta y tengo que preocuparme de entregarla de una pieza en la subasta.

Jakob tendría que haber tocado madera antes de haber compartido aquel pensamiento conmigo. No llevábamos ni treinta kilómetros en la carretera cuando el motor de la camioneta empezó a hacer ruidos extraños, como un viejo asmático subiendo escaleras. Se detuvo en el arcén y empezó a golpear el volante y a maldecir a alguien llamado Tommy.

—Suena como si se hubiese quedado sin gasolina —dije—. ¿No llenaste el depósito antes de salir?

—Tendría que haberlo hecho —dijo Jakob frunciendo el ceño—. Pero Tommy, en el

concesionario, me juró que había llenado el depósito la noche anterior. El medidor de la gasolina de esta mierda está roto, así que di por bueno lo que me dijo. ¡Pero te garantizo que voy a patearle el culo a ese chaval en cuanto llegue a Boise esta noche!

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Supongo que tendré que regresar andando a Meacham para comprar un bidón de gasolina. Odio tener que preguntártelo, pero ¿te importaría quedarte en el camión hasta que vuelva? Me temo que si no hay nadie en el vehículo y pasa una patrulla de policía me multarán pensando que está abandonado.

—No te preocupes, yo te cubro —le dije—. Si viene la poli les explicaré lo que ha pasado.

—Gracias, hombre. Meacham está a tres kilómetros, así que no tardaré mucho. Come todas las galletas que quieras mientras esperas.

Fue una buena idea que Jakob me dejase en el camión porque, tal como había temido, apareció una patrulla de carreteras media hora más tarde y se detuvo al lado del camión para preguntarme cuál era el problema. Cuando le dije que Jakob regresaría enseguida con un bidón de gasolina, el policía me dijo que él también esperaría para escoltarnos después de vuelta a Meacham para poder llenar el depósito. Al parecer, la gasolinera más cercana en dirección oeste estaba demasiado lejos para llegar allí con cuatro o cinco litros de combustible. No quería que volviese a pasarnos lo mismo tras recorrer unos cuantos kilómetros.

Quince minutos más tarde, Jakob apareció con un bidón de gasolina y, mientras lo vertía en el depósito, el policía comprobó su carné y la licencia del vehículo. Al contrario que yo, Jakob tenía todos los papeles en regla y, en cuanto pusimos la camioneta en marcha, el policía encendió las luces del coche patrulla y nos guio para que cruzásemos la mediana y nos encaminásemos hacia el este.

—Un poli relajado —sonrió Jakob—. Pensaba que tendríamos que recorrer tres kilómetros hasta la primera salida en dirección oeste. Estoy seguro de que me habrían puesto una multa de habernos visto. Fue una suerte que te quedases cuidando el camión.

—Sí, parece legal —coincidí pensando en el policía palurdo que había intentado echarme de Lumberton—. Charlamos mientras te esperábamos y me dijo que el tramo de carretera que tenemos por delante es bastante jodido. Fue una suerte que nos quedásemos sin gasolina aquí.

—Sí, tenemos que superar seiscientos metros de altitud hasta el paso Deadman. Dicen que es uno de los pasos montañosos más peligrosos del país: una pendiente del seis por ciento con curvas de herradura todo el rato.

—Entonces esperemos que los frenos de esta chatarra estén en mejor forma que el medidor de gasolina —indicé un tanto intranquilo.

Jakob sonrió y me dijo que no me preocupase, habían cambiado los frenos esa misma semana. Aun así, estuve preocupado todo el ascenso desde Meacham hasta lo que denominaban con tintes tétricos como el paso Deadman, manteniéndonos en el carril de los vehículos lentos mientras una sucesión de conductores maníacos nos adelantaba a toda velocidad por el carril izquierdo,

maniobrando de un modo suicida en curvas sin visibilidad con el fin de dejar atrás los dos enormes camiones cargados de troncos entre los que estábamos colocados. Cuando llegamos a la cima, sin embargo, mi intranquilidad se convirtió en sorpresa al toparme con la amplia panorámica, bañada por el sol, que conformaban las granjas agrícolas y los bosques que se extendían en los desfiladeros del río Columbia y, hacia el oeste, con la borrosa y dentada línea que dibujaba la cordillera Cascade. De nuevo, me alegré al pensar que estaba cruzando Oregon a la luz del día.

Treinta kilómetros más adelante, bajé del camión en la salida de Pendleton y eché a andar por el arcén hacia el área de descanso de la que me había hablado Jakob, a ocho kilómetros de allí. Ahora estaba en el valle, hacía calor y me quité el abrigo porque estaba sudando (también me habían salido nuevas ampollas en los talones) mientras pasaba junto a campos de avena y pastos con vacas y toda una serie de carteles descoloridos anunciando el gran rodeo del pueblo, la Reunión de Pendleton. «¡Qué paaaaasa, socio! —pensé—. ¡Ahora sí que estás en el Oeste!»

A pesar de que levanté el pulgar cada vez que oía pasar un coche, no logré que ninguno se detuviese y acabé recorriendo a pie todo el trecho hasta el área de descanso, que resultó estar a unos doce kilómetros y no a ocho como había calculado Jakob. Una vez allí tuve suerte. Justo después de beberme un litro de agua en la fuente que había en el exterior, un polvoriento Ford Falcon blanco se detuvo bajo uno de los dos maltrechos árboles del área de descanso. De él salió un viejo *hippie* con coleta que empezó a hacer estiramientos de yoga junto al coche. Estaba haciendo el saludo al sol cuando me acerqué y le dediqué un cumplido a su vehículo, pues a excepción de la pintura blanca se parecía muchísimo al que mi colega Kenny Brown tenía cuando íbamos al instituto y con el que salíamos de fiesta; lo llamábamos el «Chocho Falcon».

—Bonito cacharro —le dije—. En los años sesenta pasé muy buenos ratos en un Falcon idéntico a ese.

—Y quién no —respondió amablemente el *hippie*—. Mi padre lo compró en 1960. Ha pertenecido a la familia desde entonces. Le hemos cambiado el motor tres veces, pero sigue funcionando. No hay quien gane a un Ford.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas llevarme en dirección a Portland? —le pregunté.

—Claro, colega, sin problemas —dijo—. Voy hacia Hood River. Con ese trecho se cubre prácticamente todo el camino. Dame un minuto para que le cambie el agua a las aceitunas.

El *hippie* se llamaba Nate y en cuanto volvimos a la carretera rebuscó bajo el asiento, sacó de él una bolsa con porros ya liados y encendió uno.

—Pruébalo, hermano —dijo pasándomelo—. Strawberry Mountain, cosecha propia. Mi socio y yo tenemos una plantación en la reserva Malheur. Le he estado ayudando a limpiar el terreno para la plantación de primavera.

—Está bueno —dije tosiendo después de darle una buena calada.

Aquella cosa sabía fatal, pero no dije nada. Tras varias caladas estaba lo bastante colocado para que el sabor ya no me importase. Me puse a contarle historias sobre mis tiempos como

freelance para la revista *High Times* y cómo el equipo solía reunirse en la sala del correo a las horas de entrega. Competíamos por ser los primeros en tener en nuestras manos alguna de las muestras que los plantadores de marihuana como Nate nos enviaban con la esperanza de verla seleccionada en la revista. Un beneficio que ningún otro editor podía ofrecer a su equipo de redacción; hasta que los inspectores de correos empezaron a meter las narices y la revista tuvo la precaución de advertir a sus lectores que únicamente enviaran fotos de sus plantas, no muestras de las propias plantas.

—No te lo vas a creer, pero tengo un colega en Corvallis que planta una *sativa* que escogieron en *High Times*. Llevó la foto a un laboratorio y la amplió hasta cubrir con ella una de las paredes de su guarida. Acabaron pillándolo. Por eso mi socio y yo no vendemos nuestra mierda. Plantamos para consumo propio. ¿Quién quiere preocuparse por si algún soplón le tiende una trampa? Eso va en contra de la esencia de fumar hierba, creo yo.

No podía discutir con él sobre ese aspecto. De hecho, no habría podido discutirle nada. Estaba tan colocado que mi conversación se vio reducida a asentir a todo lo que Nate decía. Durante el resto del trayecto me dediqué básicamente a disfrutar del alucinante paisaje a medida que nos adentrábamos en el desfiladero del río Columbia, donde cada curva parecía ofrecer un nuevo salto de agua capaz de crear un arcoíris o un precipicio cubierto de helechos. Pocas horas después, cuando empezó a caer la noche, pasamos junto a la presa hidroeléctrica de The Dalles y Nate anunció que nos aproximábamos a su salida, Hood River, final de trayecto para mí.

—Gracias por este viaje tan dulce —le dije cuando se detuvo en el arcén poco después—. Te aseguro que has hecho que mi cumpleaños fuese, de verdad, una fiesta.

—No jodas, ¿es tu cumpleaños? —replicó Nate sorprendido—. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Espera un segundo. Voy a regalarte algo para la carretera.

—Déjalo, Nate, ya has hecho suficiente por mí —le dije, pero él salió igualmente del coche y me llevó hasta el maletero.

Lo abrió para descubrir una pesada bolsa medio llena de plantas de marihuana secas que todavía no habían cortado. Antes de que me diese cuenta había llenado una pequeña bolsa con un par de puñados de hierba.

—Strawberry Mountain —dijo con una sonrisa antes de pasarme también un librito de papel Zig-Zag—. Tendría que bastarte para un tiempo, hasta que aparezca algo mejor. Portland está a unos ciento veinte kilómetros de aquí. Buena suerte con el resto del viaje.

Al ver cómo empequeñecían las luces traseras del Falcon, recordé lo que Jack Kerouac había dicho sobre el cielo: si eres amable con todas las personas con las que te encuentres, te darás cuenta de que el paraíso está en la tierra. El auténtico regalo de Nate no había sido la marihuana sino recordarme una verdad que venía pasando por alto desde hacía mucho tiempo; le estaba agradecido por eso más que por cualquier otra cosa. Oregon estaba resultando ser un lugar plagado de agradables sorpresas. Mientras esperaba a que volvieran a recogerme, empecé a preguntarme si no estaría bien quedarse un tiempo en Portland, probar suerte en el noroeste. Ahora

ya no me esperaba trabajo alguno en San Francisco, así que no había razón para no darle una oportunidad a Portland. Pero primero tenía que llegar allí, y eso resultó ser una misión más dura de lo que había supuesto; nada que ver con lo fluido que había sido el día hasta entonces.

Permanecí en Hood River, sumido en la oscuridad, durante casi dos horas. Había descartado ya cualquier esperanza de cenar en un centro de acogida en Portland cuando un universitario en una furgoneta Subaru se detuvo para llevarme. El conductor se llamaba Jed e iba de camino a casa, en Portland, proveniente de la Universidad de Eastern Washington; tenía la intención de pasar el fin de semana con su novia. Le pregunté qué estaba estudiando y cuando me respondió que se especializaba en geología me eché a reír. Le hablé de la única clase de geología a la que había asistido en Dartmouth: un curso introductorio para alumnos sin mucho nivel, conocido como «Rocas para deportistas» porque atraía a muchos jugadores de fútbol americano que querían conseguir los créditos mínimos exigibles en matemáticas y ciencias sin esforzarse demasiado.

—Lo gracioso del asunto fue que a muchos de esos deportistas les gustó la geología y acabaron licenciándose en esa materia —dije—. Y debió de ser como una especie de premio para los vulcanólogos de la facultad, supongo. Todas las primaveras montaban un grupo y viajaban a América Central a hacer trabajo de campo. Les venía de perlas disponer de varios atletas musculosos para acarrear con el material pesado.

—Sí, el trabajo de campo es bastante más duro de lo que la gente piensa, pero me encanta —dijo Jed—. Cuando acabe la universidad, espero conseguir trabajo como geólogo de campo en una de las grandes compañías petrolíferas.

—Con eso se gana un buen dinero, supongo —dije.

—Sí, los salarios son buenos, pero el dinero no es lo que más me interesa, sino la posibilidad de viajar a ciertos lugares y poder descubrir grandes reservas que nadie se haya preocupado todavía en buscar. Si lo consigo, podrán pagarme el salario mínimo. ¿En qué trabajas tú? —me preguntó.

—Soy un escritor *freelance* —respondí optando por lo más sencillo.

Todavía estaba un poco colocado gracias a la Strawberry Mountain de Nate y no tenía ganas de cambiar de humor explicándole los tristes pormenores de mi verdadera situación. En lugar de eso, le dije que estaba viajando en autostop por todo el país para recolectar historias que me permitiesen escribir mi propia versión actualizada de *En el camino* de Kerouac.

—Ese libro está muy bien —dijo Jed—. Lo leímos en la clase de inglés durante mi último año de bachillerato. Me dieron ganas de echarme a la carretera después de leerlo. De hecho, un amigo mío y yo planeamos ir a la Costa Este haciendo autostop ese mismo verano, antes de empezar la universidad, pero mis padres lo consideraron una locura. Me dijeron que si me iba a la otra punta del país como un vagabundo no me pagarían la universidad y tendría que costeármela por mi cuenta. Y la cosa acabó ahí. Pero a veces todavía pienso que me habría gustado decir «a la mierda» y haber hecho lo que quería hacer. Si lo piensas bien, los geólogos y los escritores no son tan diferentes. Ambos viajan y hacen trabajo de campo, ¿no es cierto?

—En parte, sí —dije. Mi congestionado cerebro empezaba a ponerse de nuevo en marcha atravesando las arenas movedizas de la asociación libre—. Puedes llevar la comparación incluso más lejos si te paras a pensar en las similitudes metodológicas —añadí.

—No sé si te entiendo —dijo Jed—. ¿Qué quieres decir?

—Verás, enfócalo de este modo. Los geólogos estudian el mundo en busca de pistas sobre lo que se esconde bajo la superficie. Pues los escritores hacen lo mismo: profundizan —dije con una sonrisa—. Tú trabajas con rocas, yo con personas, esa es la única diferencia. Demonios, muchas de las personas que conozco son como piedras. Pero eso es otra historia.

Eran las nueve en punto de la noche cuando Jed me dejó en la calle Burnside de Old Town, un barrio marginal de Portland. Jed dijo que era el lugar más adecuado para encontrar un sitio gratuito donde poder pasar la noche. A primera vista, el barrio se parecía mucho al Bowery de Manhattan. Me fijé en que por allí también había mujeres con bolsas, borrachos canosos recorriendo las aceras y la misma mezcla de casas de cambio, licorerías y casas de empeño. Incluso olía igual que el Bowery: un sutil aroma a fritanga china sobre una consistente base de orina y humo de motor. Tal vez resulte extraño, pero esas semejanzas me resultaron confortables; era un forastero, pero aquel lugar me resultaba familiar.

En una de las esquinas de la manzana en la que Jed me dejó había un centro del Ejército de Salvación de varias plantas de altura. Al otro lado de la calle estaba el centro de acogida de Portland. Ambos lugares se negaron a acogerme por haber llegado después de la hora límite establecida. Por lo visto, las nueve de la noche era una hora inaceptable en Portland si no disponías de dinero. Pero ¿cómo podría haberlo sabido? De haber estado al corriente no habría recorrido las calles de Old Town en aquella fría y neblinosa noche de febrero.

Sin saber muy bien qué hacer, me acerqué a un viejo vagabundo de pelo blanco, apoyado en la puerta de un almacén tapiado, que llevaba consigo una pequeña botella de vino Tokay. Estábamos a tiro de piedra del centro del Ejército de Salvación, así que supuse que sabía cómo funcionaban allí las cosas. Sin embargo, cuando le pregunté dónde podía encontrar un lugar en el que dormir esa noche, su respuesta me llevó a pensar que tal vez no era una fuente de información fiable.

—Baloney Joe's es tu mejor apuesta —respondió el borracho sin dudar.

—¿*Baloney Joe's*? —repetí escéptico, sin saber si le había oído bien. Su voz era tan rasposa que podrías haber rallado queso con ella.

—Así es. Baloney Joe's, has oído bien —dijo—. La mayoría de centros de por aquí cierran a las siete. Si te pasas de la hora estás bien jodido. Solo Baloney Joe's y la Misión Evangélica están abiertas a estas horas. Puedes intentarlo en la misión, supongo, pero yo no suelo ir por ahí.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Lo llevan los baptistas y se pasan todo el santo día dándote el sermón. Que te coman un poco la oreja está bien, pero esa pandilla no descansa nunca.

—Te entiendo —dije asintiendo para mostrarme amable. No tenía ni idea de si su prejuiciosa opinión sobre la Misión Evangélica estaba justificada, pero estaba en lo cierto respecto a la hora

límite del centro de acogida y de Sally, así que decidí hacerle caso.

—De acuerdo —dije encogiéndome de hombros—. ¿Dónde está el tal Baloney Joe's?

—Al otro lado del río —dijo y se inclinó hacia delante para indicarme la dirección adecuada—. Cruza el puente Burnside. Está después de ese bloque de ahí.

—¿Está muy lejos? —pregunté con cautela.

Mis talones heridos todavía latían con fuerza debido a la larga caminata hasta el área de descanso de Pendleton. Estaba demasiado molido para recorrer diez calles más.

—Está cerca —me aseguró el borracho—. Cruza el puente, anda unas pocas travesías y después gira a la izquierda. Tiene un gran cartel fuera. Lo encontrarás.

«Eso ya se verá», pensé. Habría resultado difícil encontrar cualquier cosa en mitad de la consistente niebla que estaba surgiendo del río Willamette. Había engullido ya buena parte del puente Burnside, y cuando llegué el río me engulló a mí también. De las luces del puente apenas podía ver un leve resplandor en la bruma. Su borroso brillo era demasiado tenue para iluminar el camino, así que crucé el puente casi por instinto, como un ciego, con una mano apoyada en la baranda mientras me abría paso entre la niebla hacia un lugar que, de entrada, me daba la impresión de que podía ser simplemente una broma de mal gusto. Supongo que por eso me eché a reír, de repente, en medio de la oscuridad. Es posible que estuviese un poco trastocado debido a la fatiga, o que todavía sintiese los efectos de la hierba Strawberry Mountain de Nate, pero cruzar a ciegas un puente envuelto en la niebla me pareció una metáfora tan cómica de lo que era en esos momentos mi vida que no pude evitar reírme. Todo era un poco desquiciado. Tras dieciocho días en la carretera me encontraba a cinco mil kilómetros de cualquier persona a la que le importase mínimamente si seguía vivo o muerto en alguna cuneta. Pero la cuestión era que seguía vivo y eso me pareció razón suficiente como para celebrarlo, si no con un pastel de cumpleaños, sí al menos con unas risas, por tristes que fuesen en realidad.

La niebla era todavía muy consistente cuando alcancé la orilla este del Willamette. Un par de travesías más allá empezó a clarear. Al poco entreví un letrero luminoso de 7UP con una inscripción en letras negras y, cuando me acerqué, dichas letras fueron haciéndose más nítidas gradualmente hasta que pude leer: Baloney Joe's Junction. Leer aquel nombre me sorprendió incluso más de lo que lo había hecho la versión abreviada que me había dado el borracho. Me vino de inmediato a la cabeza el título de la serie *Petticoat Junction* y el hotel Shady Rest, y al instante me pregunté qué extraña lógica habría llevado a alguien a ponerle a un refugio para indigentes un nombre vinculado a una *sitcom*. Pero importaba bien poco cómo se llamase ese lugar si me permitían resguardarme del frío.

Eran más de las nueve y media de la noche cuando cruzaba las puertas del almacén que hacía las veces de centro de acogida. Me acerqué a la ventanilla de recepción, en el vestíbulo, y el joven voluntario que atendía tras el mostrador me informó de que todos los catres del dormitorio estaban ocupados esa noche. Añadió, sin embargo, que era bienvenido si decidía quedarme a

dormir en la sala de juegos que había al fondo del pasillo, junto al resto de los que se habían quedado sin cama. Aunque podía probar suerte con otro de los refugios del vecindario.

—La sala de juegos estará bien para mí —le respondí. En el exterior, la temperatura había descendido por debajo de cero y no me apetecía lo más mínimo recorrer las calles de una ciudad desconocida en busca de otro centro de acogida a esas horas.

Una vez más, la advertencia policial por hacer autostop que llevaba conmigo desde Florida hizo las veces de carné de identidad. Mientras el joven me registraba le pregunté si había alguna posibilidad de comer algo. A excepción de las pocas galletas de mantequilla que me había dado Jakob aquella mañana, no había comido nada desde hacía veinticuatro horas. Supuse que la noche se me haría muy larga si no lograba engullir algo que evitase los más que probables dolores estomacales.

—Lo siento, la cocina está cerrada —dijo el joven—. La cena es a las seis. Te la perdiste.

—Venga, hermano, dame un poco de ayuda —supliqué.

Estaba hambriento y no tenía intención de permitirle que se librara de mí tan fácilmente, así que intenté ablandarlo diciéndole que acababa de llegar a la ciudad haciendo autostop desde Boise. Al final, por suerte para mí, cedió y dijo:

—De acuerdo, espera un minuto. Deja que eche un vistazo por ahí detrás a ver si encuentro algo.

Minutos después regresó al mostrador y me pasó una bolsita en la que había un sándwich de manteca de cacahuete y mermelada. Le di las gracias por ayudarme e intenté no parecer decepcionado; odiaba la manteca de cacahuete desde la primera vez que la probé en casa de un amigo cuando era pequeño. Teniendo en cuenta el ridículo nombre del centro, me habría gustado disfrutar de algo más sabroso.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con sorna—. ¿Os habéis quedado sin provisiones?

El joven puso los ojos en blanco dando a entender que aquella pregunta no tenía sentido y dijo:

—Créeme, aquí nunca nos quedamos sin provisiones. La sala de juegos está al final del pasillo, a tu derecha. Que pases buena noche.

Seguí el amortiguado sonido de la televisión proveniente del fondo del pasillo y en cuanto puse un pie en la sala de juegos pude comprobar a qué se había referido el muchacho al hablar de multitud. La sala, de techo bajo, tendría unos veinticinco metros cuadrados y en ella se habían congregado más pobres diablos que en una celda de la comisaría central de Manhattan durante un fin de semana largo. Lo cual no era en absoluto sorprendente. Cuanta más fría fuese la noche, mayor la cantidad de gente. A pesar de todo, me importó bien poco la escasez de espacio. Después de la noche glacial que había pasado en el área de descanso de Ontario, agradecía cualquier lugar cálido en el que descansar.

Todos los raídos sofás y sillones de la sala estaban ocupados, así como la mayor parte del suelo de cemento pintado, sobre el que habían extendido sacos de dormir y petates. Pero al otro lado de la sala entreví un estrecho espacio en una de las banquetas colocadas a lo largo de la

pared. Con mucho cuidado, de puntillas, atravesé aquel maremágnum de cuerpos, sabiendo, gracias a mi experiencia en celdas de la policía, que un paso en falso iniciaría una pelea. Estaba demasiado cansado para esa clase de dramas. Por fortuna, logré cruzar la sala sin provocar incidente alguno y me acomodé en aquella dura banquetta de madera. Saqué mi sándwich y empecé a engullir.

Mientras me ensuciaba como un cerdo, me fijé en que el tipo que estaba sentado a mi lado, en el otro extremo de la banquetta, me miraba con recelo. Era un indigente de unos cuarenta y tantos años, llevaba unas gafas de pasta con los cristales gruesos y una cinta adhesiva en el puente para que no se partiesen por la mitad del mismo tono gris mugriento que el pelo rizado que poblaba su cabeza.

Al ver cómo me miraba le ofrecí la mitad del sándwich. Supuse que estaría tan hambriento como yo. Pero negó con la cabeza y dijo tartamudeando:

—Bue-e-e-e-no, cené en la misión.

—¿Estás seguro? —le pregunté—. Ni siquiera me gusta la manteca de cacahuete. Me harías un favor.

Volvió a negar con la cabeza, agitando sus rizos, y para mi sorpresa añadió:

—Bue-e-e-e-no, no tendrías que hablar con la boca llena.

«¡Qué tonto! —pensé—. ¡Que quiera darme lecciones de buenas maneras un indigente en un centro de acogida!» Resultaba cómico. Incluso con la boca llena no pude evitar sonreír. Al parecer me había sentado junto al más despeinado discípulo de Emily Post. Aquel tipo era todo un hallazgo, así que decidí hablar con él.

—Me llamo Pete —dije tendiéndole la mano.

Me estudió con suspicacia antes de decidir si me daba la mano o no.

—Bue-e-e-e-no, yo soy John —dijo sonriendo ligeramente.

Así fue como conocí a John Bueno, mi extraño cicerone de Portland en los siguientes días.

Después de oír a John empezar tres frases con la palabra *Bueno*, supuse que había perdido algún tornillo, pero eso no me desalentó. Parecía bastante inofensivo y a mí me gustó poder pasar la siguiente media hora, hasta que ambos empezamos a bostezar y a dar cabezadas, sacándole información sobre la ciudad.

A las cinco de la madrugada, uno de los voluntarios del centro encendió las luces de la sala de juegos. No tardaron en echarnos del Baloney Joe's.

—¿Quién coño está en la calle a estas horas aparte de la poli y los rateros? —oí que decía uno de mis compañeros, y pensé: «¿Quién coño?». Sin duda era un modo degradante y confuso de empezar el día. Te prestan su ayuda y al minuto siguiente te echan de allí como si fueses basura.

¿Qué sentido tenía que un puñado de desempleados recorriesen las calles antes del amanecer, teniendo en cuenta además de que no iban a poder hacer otra cosa que apiñarse en los portales de los edificios o instalarse en los bancos del parque hasta que la ciudad se pusiese en marcha? Sospecho que esas expulsiones prematuras respondían al tradicional odio estadounidense a la

ociosidad. Cuando comprendes que lo que conocemos como la «red social de seguridad» extrae su fuerza de las fibras más resistentes de Estados Unidos —la ética protestante del trabajo—, la perversa lógica de esa política errónea empieza a quedarte muy clara. Los hermanos que dictaron las reglas del centro no habrían dudado en decirnos que su intención, en todo momento, era formar el carácter: irse pronto a la cama, despertarse temprano, etc. Pero por lo que yo he podido comprobar, lo único que realmente forman es el resentimiento. Lo cual explicaría por qué tantos indigentes de los que conocí en mis viajes se negaban a pasar la noche en centros de acogida. (Otras reglas de dichos centros, como la prohibición del alcohol o la obligación de ducharse, los alejaban incluso un poco más de ellos.)

—Bueno, tenemos que llegar a la misión para el desayuno —dijo John guiándome hacia el río—. Bueno, este es el puente Burnside. Portland tiene siete puentes. Bueno, la oficina de los cupones de comida está cerca del puente de acero, que es el siguiente en el sentido de la corriente. Hoy es sábado, así que la oficina de los cupones de comida está cerrada. El lunes podemos ir en busca de cupones. Bueno, lo único que necesitas es tu tarjeta de la Seguridad Social.

—Eso va a ser un problema, John. Perdí mi billetera en Carolina del Norte hace unas semanas. Tengo que encontrar una oficina de la Seguridad Social para pedir un duplicado.

—Bueno, la oficina de la Seguridad Social está en el centro, cerca del ayuntamiento. Puedo llevarte allí el lunes, si quieres.

—Eso sería genial, si puedes dedicarme ese tiempo —le dije.

—Bueno, puedo recoger unas cuantas latas cuando vaya al centro —respondió. Me dio la impresión de que a él ese desplazamiento también le resultaba conveniente.

Cuando cruzamos el puente se había congregado ya una docena de hombres frente a la misión. El neón azul que había encima de la entrada iluminaba sus caras y, durante un segundo, tuve la extraña impresión de estar observando a un puñado de pitufos canosos. John y yo nos unimos al grupo y, a las seis en punto, uno de los trabajadores de la misión abrió la gran puerta doble y todos entramos a la capilla para asistir a la obligatoria misa de la mañana previa al desayuno. Los que habían pasado la noche allí estaban ya sentados en los bancos de la iglesia cuando llegamos nosotros. En la tarima que había en la parte delantera, un reverendo de pelo blanco y nariz aguileña, con camisa blanca y abrigo de *tweed*, iba de un lado para otro, Biblia en mano, esperando a que el último de nosotros se sentase para empezar el sermón. Nunca antes había acudido a una misa protestante y no sabía qué podía pasar, pero John me había asegurado que los reverendos de la misión habitualmente llevaban a cabo un servicio breve por las mañanas. Como tenía mucha hambre, recé para que estuviese en lo cierto.

Tras darnos la bienvenida y presentarse como el pastor Floyd, el reverendo abrió su Biblia y leyó un pasaje del Salmo 118 —«Este es el día que hizo Jehová; nos gozaremos y alegraremos de él»— y siguió con un breve llamamiento: «Cuando se vayan de aquí esta mañana, lleven al Señor con ustedes, y yo les prometo que Él les dará la fuerza necesaria para resistir la tentación y mantener sus pasos en el sendero correcto. Ahora, antes de ir a desayunar, empecemos nuestro día

con la Oración del Señor». El servicio al completo duró menos de cinco minutos. No me pareció muy distinto de lo que podría haber esperado de un sacerdote católico en una situación similar. Solo me sentí fuera de lugar cuando llegamos al final de la Oración del Señor y evidencí mis raíces católicas al decir «Amén» antes de que el resto de la congregación hubiese acabado de recitar el verso extra de la versión protestante («Pues tuyo es el reino...»).

En cuanto los demás dijeron «Amén» en el momento adecuado, cruzamos la puerta del refectorio para desayunar a toda velocidad. Tocaban gachas de avena y café aguado, así que en cuestión de minutos estábamos todos otra vez en la calle. John Bueno estaba en disposición de guiarme por las soñolientas calles de Old Town. Más allá de su peculiar tic al hablar, los comentarios de John sobre la situación de los indigentes locales no solo eran sensatos, sino que atesoraban un conocimiento casi enciclopédico, de modo que me pegué a él como una lapa. Mi intención era acostumbrarme cuanto antes a aquellas calles desconocidas mientras él iba indicándome dónde se encontraban todos los centros y misiones del barrio, proporcionándome una ingente cantidad de información sobre cada uno de esos lugares: horarios en los que registrarse, requisitos de identificación, número de camas... John lo tenía todo absolutamente controlado. Si lo que te interesaba era saber qué centros te obligaban a firmar antes de cenar, qué duchas tenían el agua más caliente o qué días estaban más blandos los donuts, John Bueno era tu hombre.

Y lo que John Bueno no me contó del barrio logré descubrirlo por cuenta propia, leyendo los carteles de las tiendas por donde pasábamos. «¡Lavabos solo para clientes!» «Aceptamos cupones de comida.» «Cigarrillos sueltos: a diez centavos.» «¡NO VAGABUNDOS!» «Cambiamos cheques del Gobierno.» No necesité uno de los misteriosos anillos decodificadores de indigentes para descifrar qué era lo que en realidad decían todos aquellos carteles: BIENVENIDOS AL MUNDO DE LA DESOLACIÓN. Pero a mí me pareció bien. Si realmente deseaba cambiar el rumbo de mi vida, ser el último de la fila me parecía el lugar lógico desde el que empezar a hacerlo. «Bueno —como solía decir John, mi estoico guía—, ese era mi lugar.»

Con su hábil dominio del callejero, el *tour* de John nos llevó hasta la calle Glisan, pocas travesías más allá de la estación de autobuses, justo a tiempo para ponernos en la cola del almuerzo en el Blanchet House, dispuestos a disfrutar de una católica sopa de pollo. Debía de haber al menos un centenar de hambrientos lugareños en la acera que se extendía frente al local; y eso a pesar de la lluvia que estaba cayendo. Para cuando John y yo nos unimos a la cola, esta doblaba ya la esquina de la manzana. Pocos minutos después, un voluntario ataviado con un chubasquero salió del edificio de ladrillo de dos plantas con un grueso rollo de tickets en la mano y empezó a repartirlos por la cola, entregando a cada uno de nosotros un papelito numerado. John me dijo que era un buen sistema, porque así evitaban que la gente se colase, algo que sí ocurría en otros centros. Lo entendí perfectamente, por eso me pregunté cuál era el motivo de que los hermanos del Oz, allá en Nueva Orleans, no utilizasen el mismo sistema.

Cuando abrieron las puertas de la cocina, la cola empezó a avanzar y los primeros cuarenta o cincuenta indigentes entraron en el comedor. Después la cola se detuvo y John me dijo que ese era

el tope de gente que podía sentarse en aquel lugar. Los que nos encontrábamos todavía bajo la lluvia tendríamos que esperar hasta que fuesen quedando asientos vacíos en las mesas. Tras otros veinte minutos de espera, los del primer turno empezaron a salir y, a su vez, los miembros del centro que estaban en la puerta se pusieron a cantar nuevos números. Poco a poco todos los demás fuimos entrando.

Nos tomó cerca de media hora más llegar hasta los primeros lugares de la cola, pero en cuanto pusimos un pie dentro del local supe que la espera había valido la pena. El mero hecho de apreciar el aroma a jamón y patatas cocidas hizo rebrotar en mi mente los recuerdos navideños asociados al diminuto apartamento de dos dormitorios que mi abuela irlandesa tenía en la calle Ochenta y uno de Bay Ridge. Incluso hoy sigo recordando aquellas tumultuosas reuniones familiares con cierto asombro. Me alucina pensar cómo era capaz Nana de embutirnos a dos docenas de personas en tan poco espacio. Siempre que aparecía un conocido por la puerta, alguno de los adultos gritaba: «¡Sacad la mesa camilla!». A pesar de que ninguno de los niños de la familia llegamos a ver nunca ese mítico mueble, nunca dudamos de su existencia. Después de todo, si los renos podían volar, cualquier cosa era posible en Navidad.

—Bueno —dijo John interrumpiendo mis recuerdos—, el Blanchet House tiene el mejor desayuno gratuito de todo Portland. Todo el mundo come aquí.

¿Todo el mundo? Por lo que pude ver, aquella afirmación no hacía justicia a lo que estaba ocurriendo ante mis ojos. «Todo el mundo... y también sus primos», habría sido más acertado. Ni siquiera una mente tan ingeniosa como la de mi abuela habría sido capaz de meter a nadie más en el comedor del Blanchet House. La gente se sentaba a las mesas codo con codo. En toda la sala se oía el ritmo sincopado de los cubiertos sobre los duros platos de plástico. A mí aquello me sonaba a cantos de sirena. Se me hizo la boca agua; estaba ansioso por sumarme al banquete.

Ví que uno de los voluntarios nos hacía un gesto para que nos dirigiésemos hacia una de las mesas del fondo. Le di un codazo a John y le dije:

—¡Vamos a ello!

—Bueno, espera un segundo. Primero tengo que dejar esto —dijo liberándose de su saco de dormir y añadiéndolo a la pila de bolsas, petates y mochilas que se alineaban bajo las ventanas frontales. El Blanchet House seguía la misma regla que el Oz: nada de pertenencias en las mesas del comedor.

—Sentaos en esa esquina —nos dijo el voluntario señalando dos sillas vacías junto a una mesa para dos colocada junto a la pared baja que separaba el comedor de la cocina. La mesa estaba ubicada al lado del fregadero, así que desde allí podíamos ver al tipo que, con finos brazos de yonqui tatuados, colocaba los platos dentro de una antigua máquina lavavajillas Hobart de dos puertas.

Aquella ruidosa y vieja máquina tenía el mismo aspecto desastroso que el tipo que la hacía funcionar, y cada vez que abría las puertas para cargar una nueva hilera de platos una nube de vapor salía de allí y se alzaba hasta el bajo techo de hojalata. Cuando el vapor topaba con la

hojalata se condensaba formando gotas y nosotros estábamos sentados justo debajo de donde desaguaba. El trozo de techo que teníamos sobre nuestra mesa lloraba como una virgen mexicana, así que cuando aquellas calientes gotas caían sobre nosotros no podía evitar bromear con John al respecto.

—Fíjate, John —le dije permitiendo que una gota cayese sobre la palma de mi mano—. Nos han dado un sitio junto a la máquina de agua. Ya sabía yo que aquí tenías enchufe.

A John parecían desconcertarle mis esfuerzos por ser gracioso y me miraba como si fuese yo al que le faltaba un tornillo. Se limitó a contestarme con mucha calma:

—Bueno, ¿qué tiene de malo? Ya estábamos mojados, ¿no?

—En eso tienes razón —tuve que admitir, escarmentado por su sencillo enfoque. Como la mayoría de los que llevaban muchos años en las calles, John sabía valorar los pequeños detalles. Teníamos hambre y nos iban a dar comida caliente. En aquel momento, ¿qué otra cosa podía importarnos?

Por suerte, el personal del Blanchet House era muy formal y diligente y no tuvimos que esperar mucho para que nos trajesen nuestros platos.

—Aquí tienen, amigos —nos dijo nuestro camarero dejando sobre la mesa dos platos de jamón cocido, puré de patatas y judía verde.

Me puse a comer de inmediato y cada uno de aquellos bocados supuso para mí una agradable sensación de reconocimiento. Por increíble que parezca, todo sabía igual que los platos que solía preparar mi abuela: el jamón estaba un poco más hecho de la cuenta y ligeramente seco, el puré de patatas tenía grumos y la grisácea judía verde tenía un toque gomoso. Aun así, dejé el plato limpio. No era capaz de recordar una comida de la que hubiese disfrutado más en mi vida.

—Tienes razón. Este lugar es la bomba —le dije a John cuando salíamos—. Entiendo por qué es tan popular.

—Bueno, el Blanchet cierra los domingos. Mañana tendrás que cruzar el río hasta la iglesia de St Francis. Allí la comida también está bastante bien.

—¿La iglesia de St Francis en domingo? Tendré que recordarlo.

A pesar de la fría llovizna que había caído la mayor parte del día, estaba empezando a hacerme una idea de lo que era Portland. Tras las escasas raciones de las semanas anteriores, me encantó comprobar que había caído en una ciudad que no me dejaría morir de hambre. Fue todo un alivio. Nací con un metabolismo diseñado para quemar calorías como si se tratase de combustible, así que el tema de la comida me interesaba particularmente. En los últimos años mi adicción a la cocaína me había dado un aspecto ciertamente demacrado, así que si en Portland me ayudaban a ganar unos kilos, mejor que mejor.

—Bueno, después de comer acostumbro ir en busca de latas hasta la hora de la cena —me dijo John—. Puedes venir conmigo si quieres y te enseñaré dónde está el punto de reciclaje.

Rebuscar en los contenedores de basura no me pareció una propuesta muy atractiva después de comer, así que le dije que compartiríamos esa actividad en otra ocasión. Ahora que tenía la

barriga llena, lo único que deseaba era encontrar un lugar caliente para secarme. Le pregunté a John si podía indicarme cómo llegar a la biblioteca pública. Insistió en acompañarme para que no me perdiese. Atravesamos la zona de Chinatown de Old Town, cruzamos la calle Burnside y nos dirigimos hacia el centro de Portland en busca de la biblioteca principal, que se encontraba en el cruce de la Décima Avenida y la calle Yamhill. De camino allí, John sacó una bolsa de plástico del bolsillo de su abrigo y rebuscó en todos los contenedores con los que nos cruzamos en busca de tesoros abandonados. Fue metiendo en aquella bolsa de supermercado las latas de aluminio que encontraba. Ignoraba las botellas retornables. Demasiado pesadas para acarrear con ellas, me dijo.

—Bueno, dejo las botellas para los que llevan carritos.

A pesar de estar buscándose el sustento, John siguió ejerciendo de guía conmigo, así que para cuando llegamos a nuestro destino me había puesto al corriente de un par de aspectos sobre la Biblioteca Pública de Portland. Según me dijo, era la biblioteca más antigua de Oregon y también un lugar en el que los vagabundos eran siempre bien recibidos. Me dijo que si no hablaba en voz muy alta o no me dormía en una de las sillas, los guardias de seguridad de la biblioteca no se meterían conmigo. Desde la perspectiva de John, eso los convertía en seres humanos más amables que los imbéciles que patrullaban por la estación de autobuses o por el centro comercial Galleria.

—Bueno, es una biblioteca bastante bonita —dijo John y cuando llegamos allí, minutos más tarde, comprobé que, como siempre, estaba en lo cierto. Era un edificio de estilo georgiano de tres plantas de altura, de arenisca, y ocupaba la manzana entera entre la Décima, la Undécima Avenida y la calle Yamhill. Estaba deseando entrar para librarme de la lluvia, pero antes de separarnos John me tomó del codo y me preguntó si sabría regresar solo al centro de acogida. Cuando le aseguré que sería capaz de hacerlo, me dijo que nos encontraríamos allí a las seis para cenar.

—Bueno —añadió—, llega un poco antes para registrarte y que te den una cama antes de cenar. En el centro de acogida te permiten dormir tres noches al mes. Bueno, pídeles también que te dejen tener un apartado de correos. Así los de la Seguridad Social podrán enviarte tu nueva tarjeta.

—Nunca dejas de pensar, ¿verdad, John? —le dije con una sonrisa.

Le di las gracias por llevarme de un sitio a otro y le deseé suerte en su búsqueda de latas, después subí la ancha escalinata de la entrada y le eché un primer vistazo a la hermosa decoración de la biblioteca, un único espacio abierto con brillantes suelos de mármol y pulida madera de nogal. De repente, me sentí en territorio amigo. Mi madre me contagió su amor por los libros cuando era niño y durante mi infancia me llevaba una vez a la semana a la biblioteca pública, demostrando una fe en los libros bastante más consistente que la que evidenció en sus esporádicas apariciones en la iglesia los domingos. Pasear por entre las estanterías de una biblioteca siempre había sido mi manera preferida de pasar una tarde de lluvia. Lo cual me pareció muy curioso, dado que me encontraba en una ciudad, Portland, especialmente conocida por ser muy lluviosa.

Con la esperanza de sentirme más integrado en la que ahora era mi ciudad de adopción, pasé

las siguientes horas trasteando por la sección de historia local, buscando información sobre el distrito de Burnside. Mis pesquisas me llevaron a remontarme a las décadas posteriores a la Guerra de Secesión, cuando a Portland se la conocía por el sobrenombre de Ciudad Muñón y la calle Burnside era una de las vías urbanas más ajetreadas al norte de la costa del Pacífico. Durante la época en la que fue un enclave fundamental en el transporte maderero, a cualquier hora del día o de la noche podías toparte en la calle Burnside con grupos de caballos tirando de enormes troncos que se deslizaban sobre la resbaladiza superficie (los patines de madera en los que colocaban los troncos los engrasaban con aceite de pescado). Era una inacabable y lenta procesión hacia el río Willamette. Debió de ser un espectáculo impresionante. Pero cuando el ferrocarril llegó al oeste, el caballo de hierro fue apartando a los caballos de carga del negocio de la madera, y hacia finales de siglo el espectáculo tocó a su fin.

Pero incluso en su época más próspera, el distrito de Burnside no llegó a ser nunca el lugar más adecuado para pasear con la familia un domingo por la tarde. A todos los efectos, la calle Burnside hacía las veces ya entonces de una especie de línea Mason-Dixon del sentido de la moral, separando a los buenos creyentes de la parte sur de los adoradores de Satán de la parte norte. En aquellos tiempos, el barrio que se extendía hacia el norte desde la calle Burnside era considerado un territorio peligroso, lleno de bares, burdeles y casas de juego frecuentadas por borrachos, leñadores con ganas de pelea y marinos mercantes. En otras palabras, era el caldo de cultivo ideal para todos los vicios característicos de una ciudad fronteriza; todos esos vicios e incluso algunos más.

Si tenías la suerte de no verte inmiscuido en una pelea de bar, ni te timaban en una partida de cartas, ni una mujer de dudosa reputación te cruzaba la cara, todavía tenías la oportunidad de caer por una de las trampillas del sistema de túneles secretos que corría bajo la calle Burnside, donde la mafia de Shanghái estaría esperando para llevarte por los pasillos subterráneos hasta los muelles. Antes de que te diceses cuenta de por dónde te llegaban los golpes te encontrarías a bordo de un barco, emprendiendo un viaje que no tenías previsto.

La infame reputación del barrio perduró incluso cuando dismantelaron la pista forestal y pavimentaron las calles, y también décadas más tarde, durante la Gran Depresión, cuando el distrito de Burnside se convirtió en el sumidero en el que desembocaba la corriente de vagabundos e indigentes que llegaban a la ciudad en los trenes de mercancías que atravesaban Old Town. Arruinados y sin trabajo, rondaban por las calles de Portland con la esperanza (al igual que yo) de que en aquel lugar cambiase su suerte; aunque para la mayoría de ellos Portland solo supuso un cambio de escenario.

Unos pocos encontraron trabajo en el gran proyecto de la Works Progress Administration para ensanchar la calle Burnside; un hito mayúsculo de ingeniería en aquel tiempo. La vieja vía para los patinetes solo tenía seis metros de anchura, demasiado estrecha para ser la vía pública de una ciudad moderna. El plan de la WPA consistía en ensanchar la calle hasta alcanzar los doce metros, pero previamente los ingenieros tuvieron que ingeniárselas para conseguir todo ese espacio sin

demoler los edificios que se alineaban a ambos lados de la calle. La solución que se les ocurrió consistió en ganar quirúrgicamente seis metros de la parte de atrás de cada edificio antes de alzar con gatos la fachada, colocarla sobre rodillos y empujarla hacia atrás hasta volver a unirla con el cuerpo del edificio (si la mesa camilla de mi abuela hubiese existido realmente, habría sido la herramienta perfecta para ese trabajo).

Tardaron años en completar el proyecto de expansión de Burnside. Trabajaron en él montones de obreros, pero por cada vagabundo que tuvo la suerte de conseguir trabajo en la WPA, cientos de ellos se quedaron colgados. Los desafortunados dormían apiñados en las orillas del Willamette y hacían cola frente a las cocinas que ofrecían sopa gratis para no morir de hambre. Fue en los terribles años treinta cuando se acuñó el término barrio marginal, y Burnside, la antigua pista forestal, es el epítome; el abuelo sin afeitarse, el que se mea en los calzoncillos, de todos los barrios marginales.

Casi se había puesto el sol cuando salí de la biblioteca y me alegró comprobar que había dejado de llover, porque finalmente mi ropa se había secado en las horas que pasé en aquel espacio sobrecalentado. Volví sobre mis pasos, según la ruta trazada por John. Recorrí Yamhill hasta la calle Burnside y después me dirigí hacia el este, camino del centro de acogida, donde mi fiable guía ya me había guardado sitio en la cola para cenar. Pero antes de unirme a la cola entré a registrarme para disponer de cama y de apartado de correos, tal como John me había aconsejado. Todo salió según lo previsto y cuando volví a salir me sentí algo más esperanzado respecto a mi futuro de lo que me había sentido desde que me largué de Nueva York dejando mis problemas atrás. Durante las tres próximas noches, como mínimo, iba a dormir en un lugar caliente y seco, y la comida tampoco sería un problema, así que las cosas parecían empezar a mejorar. Al llegar el lunes inicié los trámites para recuperar el carné de identidad cumplimentando los papeles para la tarjeta de la Seguridad Social. Tan pronto dispusiese de ella podría recibir los cupones de comida, y —tal como había indicado John— también podría registrarme en el centro de donación de plasma y empezar a vender mi sangre para disponer de algo de dinero. Llevaba tanto tiempo viviendo al día que había olvidado el placer que suponía trazar un plan y llevarlo a cabo. Portland me ayudó a recordar algunas cosas que había olvidado. Motivo más que suficiente para estar agradecido de que el viaje a San Francisco hubiese tomado ese derrotero hacia el noroeste.

Al contrario de lo ocurrido con el breve servicio en la capilla previa al desayuno, el servicio de noche en el centro de acogida fue el típico ejemplo de «comedura de tarro» de la que tantas veces oí quejarse a los vagabundos durante mis días en la carretera. El padre Floyd estaba en la tarima de nuevo y junto a él tenía a un joven matrimonio que ejercía de oradores invitados. Era sábado por la noche, pero la pareja estaba vestida con sus mejores galas de domingo. Después de que el padre Floyd nos hiciese cantar juntos el *Amazin Grace*, presentó al matrimonio y les invitó a que nos contasen su historia. En cuanto empezaron a hablar tuve la inquietante sensación de que Dios se estaba quedando conmigo.

Es decir, ¿qué posibilidades había de que mi primera experiencia de una verdadera «comedura

de tarro» en una misión la llevasen a cabo dos exadictos a la cocaína? Nunca le había dado mucho crédito a eso que dicen los protestantes de que, para ellos, Dios es un «salvador personal», pero oyendo a esa pareja describir los oscuros lugares que habían frecuentado mientras estaban enganchados a la cocaína ciertamente sentí que aquel mensaje iba dirigido a mí. Para no retorcerme sentado en aquel banco, me dije a mí mismo que el hecho de que aquellos dos hubiesen aparecido por allí para dar «testimonio» no era más que una mera coincidencia.

La pareja afirmó que cuando todo estaba tocando a su fin, justo antes de admitir que sin la ayuda de Dios se sabían completamente impotentes, su adicción costaba veinte mil dólares al año. Perdieron sus trabajos. El banco les embargó la casa y les dejó en la calle. Sus familias les dieron la espalda. Como cabe comprender, ninguno de esos desgarradores detalles me resultó ajeno. De hecho, me parecieron dolorosos y familiares, por eso me supuso un alivio cuando su discurso de veinte minutos finalizó diciendo que la mano de Dios los había sacado de aquel lodazal, refrendado por una oleada de «amén» por parte de la hambrienta congregación. Al igual que me ocurría a mí, el resto de los sintecho que había en la sala tenía la esperanza de haberse ganado la cena con su tiempo y su atención.

Pero el reverendo Floyd no había acabado con nosotros todavía y, para consternación de los presentes, se lanzó a dar lo que prometía ser un largo sermón sobre los milagros que Dios lleva a cabo en la vida cotidiana de aquellos que rezan para obtener su gracia. Sin embargo, cuando apenas llevábamos cinco minutos de perorata, uno de los vagabundos que estaba sentado a mi espalda se quedó traspuesto, se inclinó involuntariamente sobre su asiento y la petaca de Mad Dog se le cayó del bolsillo del abrigo y fue a golpear contra el suelo de cemento de la capilla, estallando en mil pedazos que se escamparon por todas partes, como la metralla de una mina Claymore.

Acto seguido, dos atentos acomodadores de la misión se acercaron al infractor, le obligaron a levantarse del banco y lo acompañaron hasta la salida en la parte de atrás de la capilla. Mientras lo escoltaban, el pobre imbécil no dejaba de lloriquear: «¡Se me ha roto la botella! ¡Se me ha roto la botella!», provocando risitas disimuladas entre sus compañeros. Por suerte, la interrupción pareció alterar al reverendo Floyd y no tardó en finalizar su sermón. Nos dijo que abriésemos el libro de cantos por el himno final. Mascullamos entre dientes *Bringing In' The Sheaves* y finalmente nuestra «comedura de tarro» llegó a su fin, liberándonos para poder seguir el aroma de lasaña recién hecha proveniente de la cocina que entraba por nuestras narices y que llevaba ya cuarenta y cinco minutos atormentándonos.

John y yo encontramos dos asientos en la misma mesa y disfrutamos juntos de nuestra comida antes de que me diese las buenas noches y volviese a salir a la calle en busca de su «campamento secreto», que al parecer se encontraba bajo un paso elevado en algún punto de la zona industrial al otro lado de los límites de Old Town, hacia el noroeste, donde se iba a dormir las noches en las que no hacía mucho frío.

—Bueno, tal vez te enseñe dónde está cuando hayas pasado tres noches en la misión. Si por

entonces necesitas un lugar en el que acampar, te haré un hueco. Búscame a la hora del desayuno. Volveré por la mañana.

El resto de la noche siguió la pauta que ya conocía de mi estancia en el Ozaman, en Nueva Orleans. Me di mi primera ducha desde hacía una semana y, más tarde, uno de los voluntarios en el mostrador de Intercambio de Ropa me entregó prendas limpias: calcetines nuevos y calzoncillos bóxer de algodón, más unos vaqueros bastantes decentes y un jersey de un verde descolorido con el logotipo de los Oregon Ducks. El jersey me gustó especialmente, pues supuse que tal vez el hecho de pasar por lugareño conllevaría algunas ventajas. Si hubiese podido conseguir un par de zapatos de mi talla, habría disfrutado del pack completo. Pero el tipo que atendía allí me dijo que tendría que pasarme por el economato del St Vincent de Paul si necesitaba calzado, porque en la misión no tenían espacio suficiente para almacenar zapatos usados.

Más allá de que en la misión te daban batas de hospital en lugar de pijamas (una pieza de ropa ridícula que dejaba al aire más partes pudendas de las que a uno le habría gustado ver), la principal diferencia entre el Oz y su homólogo de Portland era la cantidad de gente que había en el dormitorio. En el dormitorio de la misión había literas, lo que doblaba su capacidad. Se doblaba con ello también la cantidad de toses y ronquidos y gritos nocturnos que resonaban por todas partes en cuanto apagaron las luces. Pero había aprendido la lección en Nueva Orleans: me aseguré de conseguirme unos tapones de los oídos hechos con papel higiénico antes de subirme a una de las tambaleantes literas superiores.

Incluso con los tapones me costó horrores dormirme. Aunque creo que mi insomnio tuvo menos que ver con el ruido que con los esperanzadores escenarios que barajaba en mi cabeza, las nuevas perspectivas que Portland podía ofrecerme en los días siguientes. Permanecí despierto durante horas esa noche, sopesando posibilidades, hasta que los sordos gritos de un tipo acosado por las pesadillas se colaron entre mis oídos, repitiendo la misma retahíla una y otra vez. «¡Suelta! — gritaba en la oscuridad—. ¡Suelta! ¡Suelta!» Y finalmente, demasiado cansado para resistirme, eso fue justo lo que hice.

Capítulo 8

Mis primeras semanas en las calles de Portland me llevaron a recordar mis primeras semanas en la universidad. Veinte años después de haber entrado en Dartmouth, de nuevo me veía obligado a afrontar el reto de abrirme camino en un entorno que me era ajeno. Además, estaba lejos de casa y no podía pedirle ayuda a nadie. Y esas no eran las únicas similitudes con aquellos años de mi juventud.

Por extraño que pueda parecer, a pesar de que tenía ya treinta y ocho años, seguía sintiendo la misma mezcla de nervios y excitación que me acuciaba cuando no era más que un adolescente inseguro. Me despertaba cada mañana en aquel barrio marginal plenamente consciente de todo lo que me quedaba por aprender. Acto seguido, con la misma curiosidad que guió mis pasos durante mi primer año en la universidad, me ponía en marcha. Eso no estaba nada mal, porque tenía que enfrentarme a los mismos retos desalentadores que aquel personaje cocainómano de *Luces de neón*, *alter ego* del propio Jay McInerney, cuando en las últimas páginas de la novela acaba diciendo que todo lo que sabe va a tener que volver a aprenderlo desde el principio.

Incluso las cosas más pequeñas necesitaban ser reaprendidas. Cómo pronunciar *Oregon*, por ejemplo, sin parecer un despistado neoyorquino; como le ocurría a Steely Dan en el tema *Don't Take Me Alive*, que se cruzaba con su padre en *Ore-gaun*.

Al escuchar a los lugareños durante mis primeros días en Portland, entendí rápidamente que el final de la palabra *Oregon* no se pronuncia *goun*. No tardé en imitar su pronunciación, que a mis oídos sonaba más bien *Origan*. Sabía que nunca llegaría a pasar por un nativo de Oregon, debido sobre todo a mi acento de Brooklyn, pero supuse que no me vendría mal mostrar algo de respeto por la gente de allí pronunciando el nombre de su estado correctamente. Puesto que dependía de su generosidad, entendí que como mínimo podía mostrarme agradecido, así que cuando la mujer de cara contrahecha que atendía en la ventanilla de las oficinas de la Seguridad Social advirtió mi correcta pronunciación y me halagó por ella, me vi obligado a sonreír. ¿Ayudó eso a acelerar el proceso de mi petición? Yo diría que no, pero ¿quién podía saberlo? Lo único que puedo decir es que el duplicado de mi tarjeta me llegó por correo postal antes de una semana; es decir, mucho antes de lo que esperaba.

Tras superar el primer obstáculo para recuperar mi identidad —que no mi respetabilidad—, seguí el consejo de John y de inmediato me pasé por el anodino edificio en el que se encontraba el centro Alpha Plasma, en la Quinta Avenida, para registrarme como nuevo donante. John me había dicho que, en caso de superar el examen médico, me entregarían una identificación con foto que

podría utilizar como la segunda identificación personal cuando fuese a pedir los cupones de comida. Y además tenía premio: en tanto que nuevo donante recibiría un vale de diez dólares que se sumarían a los ocho que pagaban habitualmente por la extracción de sangre.

No tenía ni idea de por qué John sabía tantas cosas respecto a donación de sangre, ya que según me había dicho afirmaba tener un miedo atroz a las agujas. Como solía pasar, sin embargo, su información fue precisa y detallada y antes de que cayese la tarde salí de allí habiendo donado sangre y con dieciocho dólares que me supieron a gloria.

Había donado sangre en varias ocasiones cuando estaba en la universidad, en la unidad móvil de la Cruz Roja, así que no era precisamente un novato en esas lides. Pero mi experiencia no me preparó en absoluto para aquel intercambio frío, casi mecánico, en mi primera visita a los vampiros del centro de plasma. La impresionante enfermera de mediana edad que estaba al cargo de las extracciones tenía la constitución de una atleta rusa y la intimidante conducta de Louise Fletcher en *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Bajo el casco de cabello rubio moldeado con laca que presidía su cabeza, sus rasgos faciales apuntaban hacia un más que probable origen eslavo; posibilidad que reforzaba el trabalenguas de consonantes que incluía el apellido que podía leerse en su placa.

—Ni siquiera intentes descifrar su nombre —me advirtió el tipo con aspecto de adicto a la metanfetamina que estaba detrás de mí en la cola—. Nosotros la llamamos Enfermera Mezquina. No se lo decimos a la cara, obviamente. No estamos locos. Pero, hombre, mírala. Tiene toda la pinta de ser Enfermera Mezquina, es lo que transmite, ¿no te parece?

—Sí, ya lo veo —coincidí—. No me gustaría pelearme con ella, eso te lo aseguro.

—Mierda, podría tumbar a quien quisiese de los que estamos aquí —dijo el de las metanfetaminas, y yo no lo puse en duda. Ese debía de ser el motivo por el cual sus jefes la habían puesto a trabajar detrás del mostrador. La mayoría de los clientes del centro eran drogadictos y borrachos, por eso resultaba imprescindible que en la sala de espera se encontrasen con un elemento disuasorio. Nadie parecía prestarle demasiada atención al barrigudo guardia de seguridad que patrullaba por los lavabos para evitar actividades ilícitas. Era poco más que parte del mobiliario. Enfermera Mezquina era la auténtica fuerza disuasoria del centro, y si su intimidatoria presencia no llegaba a causar el efecto deseado en algún donante rebelde, sabíamos que no dudaría en echar mano del gigantesco aerosol Glade que tenía sobre su mesa. Uno de los drogotas parlanchines que pululaba por allí me informó de que hacía las veces de gas pimienta si te rociaban la cara con él.

Advertido sobre la poca tolerancia que mostraba Enfermera Mezquina respecto a los que perdían el tiempo en el mostrador o ralentizaban la cola con cualquier excusa, me aseguré de ser rápido cuando llegué al mostrador y le presenté el formulario de solicitud y mi tarjeta de la Seguridad Social.

—¿Solo tienes este carné para identificarte? —me preguntó Enfermera Mezquina mirándome de un modo glacial con sus ojos azul pálido.

—Lo siento, señora, pero así es —respondí. Estaba a punto de contarle lo de mi billetera perdida pero me lo pensé mejor. Justo a tiempo.

—De acuerdo —me cortó antes de que pudiese añadir una sola palabra más—. Entrega tu solicitud al fondo del pasillo y siéntate junto a la puerta del despacho del doctor. Cuando esté preparado, te llamará para la revisión física. Si la superas, vuelve aquí y te haré una foto para tu carné de Alpha. Mientras se imprime tu tarjeta, te llevarás uno de esos recipientes al lavabo y me traerás una muestra de orina. ¿Alguna pregunta?

—No, señora —respondí.

—Entonces sigue tu camino —dijo antes de gritar: «¡Siguiente!» al tipo que estaba detrás de mí en la cola.

El frágil médico de ojos legañosos que llevó a cabo mi revisión me dio la impresión de haber sido secuestrado en un geriátrico. No pude evitar preguntarme qué clase de sueldo le habrían ofrecido los del centro Alpha para que suspendiese su jubilación. Sin embargo, poco podía importar cuánto le pagasen, porque pasar tres tardes a la semana dándole el visto bueno a borrachos y drogadictos para que convirtiesen sus cuerpos en una especie de cajeros automáticos era, en cualquier caso, una manera bastante deprimente de incrementar la pensión de jubilación, así que lo lamenté por aquel tipo. Pero a su favor diré que no hubo nada descuidado o fuera de lugar en la revisión básica que me hizo, y tampoco parecía haber falsedad en la amable sonrisa que me dedicó durante el proceso.

Mi revisión médica concluyó que no tenía problemas y de ese modo me convertí en donante de plasma. Antes de eso, sin embargo, el doctor llamó a una de las enfermeras para que me tomase una muestra de sangre con el fin de comprobar si mis niveles de proteínas estaban bajos (lo cual me habría impedido ser donante) y también para determinar mi grupo sanguíneo (que después aparecería en mi tarjeta de identificación como donante). Mientras la enfermera me pinchaba, el doctor me hizo toda una serie de preguntas relacionadas con la posibilidad de haber estado expuesto al virus del sida. ¿Había viajado a Haití o a África durante los últimos seis meses? ¿Había practicado sexo anal? ¿Tenía algún tatuaje o había compartido jeringuilla con alguien para inyectarme droga?

La epidemia del sida estaba causando estragos en los años ochenta, de ahí que no me sorprendieran aquellas preguntas. El hecho de que me preguntase si había estado en prisión el año anterior sí me pilló con la guardia baja. No sé por qué nunca pensé en el tiempo que pasé en la cárcel como un posible factor de riesgo respecto al sida —si te parabas a pensarlo, tenía todo el sentido del mundo—, pero hasta que el doctor no me hizo aquella pregunta nunca había realizado dicha conexión y durante unos segundos me dejó fuera de juego. Tuve que llevar a cabo un rápido cómputo mental de los meses que habían pasado desde que salí de Rikers Island antes de entender que —sin faltar a la verdad— podía decir «No». Tras ese formalismo, el doctor me dijo que era apto para ser donante y que podía irme no sin antes darme la mano, que tenía muchas manchas de color hígado, y despedirse muy amablemente:

—Buena suerte, joven.

De vuelta en el territorio de Enfermera Mezquina, una de sus ayudantes hizo que me detuviese sobre una línea que había en el suelo frente a una cámara montada en un trípode. No me costó lo más mínimo componer una sonrisa para la fotografía que tendrían que incluir en la tarjeta de identificación; la tarjeta que, a partir de ese momento, iba a permitirme solicitar los cupones de comida. Todo estaba transcurriendo del modo en que John había predicho. Ese era motivo más que suficiente para sonreír.

Lo único que me restaba por hacer era cumplir con la muestra de orina. Me retiré al lavabo con mi recipiente de plástico. Cuando salí con el vasito caliente en mis manos, minutos después, adopté la misma pose cautelosa y discreta que empleaban todos los donantes cuando le entregaban su dorada ofrenda a Enfermera Mezquina. Como pude comprobar, lograr que el pipí no salpicase el borde del recipiente no era tarea fácil. De hecho, para algunos de aquellos temblorosos alcohólicos debía de ser misión imposible; eran los tipos de los que tenías que procurar mantenerte más alejado cuando estabas en la cola.

Una vez que entregué la muestra me dijeron que esperase en la sala hasta que examinasen la orina. Me senté en uno de aquellos incómodos asientos de plástico (había carteles por todas partes en los que podía leerse: «¡NO DORMIR!»), y escuché a dos vagabundos quejarse del férreo control que ejercía Enfermera Mezquina respecto al aparato de televisión que colgaba del techo en la sala de espera.

—¿Es que no se entera la muy zorra de que ya nos comen la olla suficiente en la misión? ¿Por qué nos obligan a escuchar los sermones de mierda de ese engañabobos de Pat Robertson? Cada vez que vengo tienen la tele sintonizada en *The 700 Club*. ¿Realmente creen que alguien viene aquí para encontrar a Jesús? ¡Que nos den un puto respiro!

—Estoy contigo, hermano —dijo el otro vagabundo—. ¿Por qué no vas a pedirle que cambie de canal?

—Ni hablar —replicó el primero—. He visto a otros intentarlo y nunca ha funcionado. Les dice que no y entierra sus formularios bajo todos los demás. Ya tardamos demasiado en salir de aquí con el dinero de la sangre. Si te cruzas en el camino de esa zorra estarás aquí hasta el día del Juicio Final. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo.

Estaba a punto de caer la noche cuando entendí cuánta razón tenía aquel vagabundo respecto a lo mucho que se tardaba en salir de allí con el dinero en la mano. Donar plasma resultó ser un proceso mucho más complejo que lo que había sido donar sangre en la unidad móvil de la Cruz Roja. En primer lugar, tardaron casi veinte minutos en examinar mi orina y en entregarme mi carné de donante. Después de eso me llevaron a la sala de extracción, donde había unas dos docenas de camas de hospital alineadas formando hileras sin apenas separación. Excepto las pocas camas que habían adecentadas y cubiertas con sábanas de papel antes de volver a usarlas, el resto de los catres estaban ocupados por donantes de semblante abatido, reclinados sobre almohadas, con

tubos de plástico serpenteando desde uno de sus brazos hasta una máquina de bombeo colocada sobre un carrito con ruedas aparcado junto a la cama en cuestión.

—¿Por qué todo el mundo tiene bolas de goma? —le pregunté a la enfermera que me acompañó hasta una de las camas libres. Prácticamente todos los donantes que estaban allí apretaban con ritmo una de esas bolas de goma que puedes encontrar en los estantes de juguetes para perros del Walmart. Mi primera impresión fue pensar que había ido a parar a un grupo de rehabilitación física. Calistenia para Perdedores, por ejemplo. Pero la enfermera me explicó que apretar aquellas pelotitas con la mano del brazo en el que tenías abierta la vía ayudaba a acelerar el flujo sanguíneo, lo que posibilitaba que te extrajesen la sangre con mayor rapidez.

—Pero tú decides, claro —me dijo—. No tienes por qué usar la pelotita si no quieres. Algunos donantes prefieren abrir y cerrar la mano. Si quieres una pelota, en cualquier caso, te daré una.

«¿Qué demonios? —pensé—. Será mejor pasar por esto lo más rápidamente posible.» Así que le pedí una pelota, pero aun así me costó casi cuarenta minutos llenar la bolsa con mi sangre. Cuando acabé levanté la mano, tal como me habían dicho que hiciese, y una de las enfermeras itinerantes se acercó a mi cama y me desconectó de la bomba de extracción antes de recoger mi bolsa de sangre y llevarla al laboratorio que había al lado, tras una pared de cristal, frente a la sala de extracción.

Según indicaba el panfleto que me habían dado junto con los formularios de solicitud, la sangre se introducía entonces en una centrifugadora especial de alta velocidad que separaba el plasma de las plaquetas. El proceso se denominaba *plasmaféresis*, la palabra griega para «extracción de plasma». Una vez separado el plasma, la sangre restante volvía a introducirse en la bolsa original y la llevaban de vuelta hasta tu cama para volver a insertarla en tu riego sanguíneo junto a una solución salina que reemplazaba los fluidos perdidos durante la extracción de plasma.

Volver a meter la sangre en el sistema circulatorio es un proceso todavía más lento, pues depende exclusivamente de la gravedad, y no hay nada que puedas hacer para acelerarlo. Pasó casi una hora hasta que la última gota descendió por el tubito hasta mi vena. A esas alturas estaba más que ansioso por salir de allí. Pero aún tuve que esperar un cuarto de hora más antes de que una de las atribuladas enfermeras de aquel reducido grupo se acercase para sacarme la vía del interior de mi brazo; me puso una tirita con un *smiley* cubriendo la punción y, al final, pude pasarme por la ventanilla de caja con el vale que me habían dado para recoger mi paga.

De camino a la caja tuve que superar varios obstáculos más antes de cobrar. En primer lugar, tuve que firmar en el libro de cuentas aceptando el pago por mi donación. Después la cajera cumplimentó un recibo como prueba de ingresos, al parecer imprescindible si pretendía registrarme en el programa de cupones de comida. Ese era uno de los pocos detalles que John Bueno no había mencionado. Me guardé el recibo en el bolsillo y le tendí la mano tal como me habían indicado, de ese modo la cajera pudo estamparme el sello del centro Alpha en el reverso de la mano con tinta ultravioleta.

—La tinta puede verse bajo luz negra durante tres días —me explicó al ver mi mirada

inquisitiva—. Tres días es el intervalo mínimo de seguridad entre donaciones de plasma. La tinta evita que los donantes intenten engañar al sistema vendiendo sangre a diferentes centros de plasma antes de los tres días de espera.

Ah, eso lo explicaba todo. Me había estado preguntando por qué Enfermera Mezquina había examinado mis manos con una varita de luz negra antes de entregarme el botecito para muestras.

Recibí finalmente mi dinero, atravesé la sala de espera y salí del laboratorio tres horas y media después de haber entrado. Llevaba dieciocho dólares en el bolsillo, pero ahora no pensaba que se tratase de dinero fácil. Teniendo en cuenta, sin embargo, que la cantidad de sangre que había donado acabaría reportando doscientos dólares —esa era la cantidad de dinero que me habían dicho que un centro como Alpha conseguía de las farmacéuticas al vender el plasma que extraían de pringados como yo—, sin duda era un buen negocio para la elite de los vampiros. Como siempre, los ricos se hacían más ricos. El resto nos limitábamos a arremangarnos para que nos clavasen la aguja.

Mientras caminaba bajo la lluvia por la calle Burnside, tal vez debido a que me sentía estafado, me acordé de un viejo proverbio brasileño que a Henry Miller le gustaba citar: «*Cuando merda tiver valor, pobre nasce sem cu*» (Cuando la mierda se vuelva valiosa, el pobre nacerá sin culo).

A pesar de todo, me resultó difícil seguir contrariado durante mucho rato. Por primera vez en semanas, tenía un dinero en el bolsillo que había ganado, no pedido a alguien, y estaba deseando gastarme parte del mismo. Las horas que pasé sentado en el laboratorio me habían servido para planificar la lista de la compra, así que cuando enfilé la calle Burnside hacia el oeste sabía exactamente qué quería comprar antes de dirigirme al campamento de John Bueno, donde había estado pasando las noches desde que finalizó mi estancia en la misión.

En una tienda a la vuelta de la esquina, muy cerca del laboratorio, compré enjuague bucal, tabaco Bugler, una bolsa de pastelitos Devil Dogs y medio litro de leche. Al salir de la tienda esquivé al habitual grupo de vagabundos que pedían dinero junto a la puerta y eché a andar hacia una de las omnipresentes casas de empeño del barrio. En esa en particular tenían en el escaparate un pequeño transistor de bolsillo al que no le había quitado el ojo desde la primera vez que lo vi. Pensé que un poco de música supondría cierto alivio en la espartana melancolía que se cernía sobre el campamento de John cuando caía la tarde, y por ese motivo entré en la casa de empeños, quería saber cuánto pedían por él. Tras regatear un poco con el dueño conseguí que me lo vendiese por dos dólares en lugar de los tres que me había pedido inicialmente. Salí de la tienda con una sonrisa, sintiendo que le había sacado partido al dinero que me habían dado por la sangre.

La última parada fue más allá de Burnside, en la famosa librería Powell's City of Books, donde compré pilas para la radio y una edición de bolsillo de las memorias de George Orwell, *Sin blanca en París y Londres*. Ese fue el primer libro que publicó Eric Blair con su famoso seudónimo. Yo quería leerlo desde hacía años, pero nunca había tenido la oportunidad de hacerlo. Ahora parecía la ocasión perfecta, dada mi situación. ¿Qué mejor compañía podía uno pedir para

estar en un centro de donación de sangre que el propio George Orwell? Si en su época de vagabundo hubiesen existido los centros de plasma sin duda él también se habría arremangado para que le pinchasen. Sentía curiosidad por saber hasta qué punto la vida marginal en el presente tenía algo que ver con vivir fuera del orden social a finales de los años veinte. Sería una lectura interesante durante mi próxima sesión con los chupasangres de Alpha.

Me quedé un rato bajo la marquesina de la librería Powell, a buen recaudo, y me lie un cigarrillo antes de adentrarme en la firme llovizna; una constante invernal, al parecer, en el clima de Portland. A partir de ahí empezaba lo duro: llegar hasta el campamento.

John Bueno valoraba su privacidad, por eso había escogido un lugar alejado de Old Town, que era donde solían acampar la mayoría de los vagabundos. El escondite se encontraba más allá de Pearl District, en el límite de la zona industrial al noroeste de la ciudad, bajo uno de los pasos elevados de la autopista 405. En situación normal, caminar tres kilómetros no me habría preocupado gran cosa, pero con mis heridos talones todavía maltrechos, llegar hasta allí de noche supuso un doloroso ejercicio. Aun así, y al igual que John, estaba dispuesto a hacer ese esfuerzo extra por la tranquilidad de saber que en aquel apartado rincón no nos acosaría la policía ni nos atacarían mientras dormíamos; lo cual facilitaba relajarse y poder cerrar los ojos durante la noche. (La gente de la calle todavía hablaba de los dos vagabundos a los que les habían propinado una terrible paliza en un campamento a orillas del río meses antes de que yo llegase a la ciudad, de ahí que tuviese todo el sentido del mundo los esfuerzos de John, teóricamente paranoicos, por mantener en secreto la localización de nuestro campamento.)

John había encontrado en un contenedor una buena cantidad de cajas de cartón de electrodomésticos de una empresa de transportes que estaba a una travesía de distancia del campamento y las habíamos colocado sobre la dura tierra bajo el paso elevado a modo de colchones. No eran tan blandas como para dormir tranquilamente, pero al menos nos ofrecían una capa de aislamiento. John también disponía de un par de mantas para cubrir muebles que había hurtado de la parte de atrás de una furgoneta de mudanzas. Había estado utilizando ambas mantas a modo de cojines antes de que yo me trasladase al campamento, pero cuando llegué, y dado que no disponía de saco de dormir, me cedió amablemente una de ellas para que me arropase. Con la manta colocada sobre el abrigo solía estar lo bastante caliente como para dormir unas pocas horas del tirón. Cuando el frío me despertaba, me ponía en pie y daba unos cuantos saltos a la pata coja para volver a entrar en calor; así pasaba las noches.

Podríamos haber solventado gran parte de nuestras incomodidades si hubiésemos encendido un pequeño fuego de campo. Pero John dijo que si lo hacíamos atraeríamos a la policía. Lidiábamos con el frío lo mejor que podíamos, y aquellas noches en las que hacía frío de verdad nos quedábamos en Old Town y dormíamos en los duros catres de la misión.

—Bueno, parece que todo ha ido bien por el laboratorio —dijo John cuando llegué al campamento con mis bolsas de la compra.

—Todo ha salido tal como me dijiste, por eso esta noche voy a montar una fiesta, John —dije

con una sonrisa.

Los ojos de John brillaron cuando vio que sacaba el medio litro de leche y la caja de Devil Dogs. Cuando vives en la calle aprendes a prescindir de la leche, pues ninguno de los comedores sociales puede permitirse servirla. A veces sirven leche en polvo, pero en la mayoría de las ocasiones ofrecen refrescos en polvo como Kool Aid o café aguado o té helado que apenas sabe a nada. Así que disponer de la oportunidad de disfrutar de algo de leche es un bien muy preciado; en especial si puedes mojar en ella Devil Dogs en lugar de un donut endurecido. A John le gustó la idea tanto como a mí, y no dijo ni una palabra en los siguientes diez minutos, hasta que pegó los labios y eructó cuando la leche y los pastelitos pasaron a ser historia.

Después de nuestro banquete, le enseñé a John el transistor y eso también hizo que sus ojos centelleasen.

—Bueno, los Blazers juegan esta noche. ¿Puedes sintonizar el partido con esa cosa?

—Voy a intentarlo, John, te lo aseguro —dije un tanto sorprendido por su petición.

No habría podido imaginar que fuese fan de la NBA. Los Trail Blazers eran la única franquicia de deporte profesional de Portland (en todo el estado de Oregon, de hecho), de ahí que animar al equipo local fuese en ese caso algo especialmente vinculado al orgullo ciudadano. Lo gracioso del asunto era que muchos vagabundos e indigentes del distrito de Burnside llevaban bufandas y gorras con el logotipo de los Blazers. En un principio me pregunté cómo había logrado la NBA abrirse camino en el mercado de la marginalidad, pero después supuse que la lealtad hacia el equipo era más bien el reflejo del modo en que los caritativos ciudadanos de Portland colaboraban dejando prendas de ropa en los contenedores de beneficencia en la puerta de los supermercados Safeway. Por otra parte, también era un indicador de hasta qué punto la gente cambiaba de atuendo cada año para animar a su equipo.

—Bueno, ahí está, la has encontrado —exclamó John al escuchar el sonido de una entusiasta multitud en el transistor y la voz del presentador comentando el marcador del primer cuarto del partido. Los Blazers vencían por diez puntos a los Utah Jazz. John sonrió y alzó el puño al tiempo que nos sentábamos uno junto al otro sobre nuestros colchones de cartón con el transistor entre nuestras cabezas, concentrados por completo en el desarrollo del partido.

Incluso con el volumen a tope resultaba imposible escuchar las jugadas con precisión cuando pasaba un camión tráiler por el paso elevado; maldecíamos al unísono cada vez que oíamos aproximarse a un camión de gran tamaño. Pero para John la aparición del transistor fue un gran qué, y me encantó oírle animar a los Blazers.

—Bueno, ¡vamos, Clyde! —entonaba en todas las ocasiones en las que Clyde «The Glide» Drexler superaba a los defensores de los Jazz y anotaba otra canasta al contraataque.

La mirada infantil de John tenía algo contagioso y me llevó a recordar las noches en las que, siendo niño, me quedaba despierto, tumbado en la cama, escuchando los partidos de los Knicks en un transistor que mantenía pegado a mi oreja, con varias almohadas sobre la cabeza para amortiguar el sonido y que mis padres no supiesen que estaba transgrediendo las normas. Hacía

muchos años que no escuchaba un partido por la radio, pero esa noche bajo el puente recuperé la emoción de imaginar el partido en mi cabeza en lugar de verlo por la tele. Volví a sentirme un niño, hasta que sonó el pitido final.

Al día siguiente, después de mi habitual parada para comer en el Blanchet House, recorrí la calle Glisan para entregar mi solicitud de los cupones de comida en la recién estrenada sede del DHS (Department of Human Services), construida en una parcela en tierra de nadie detrás de las rampas de acceso al Steel Bridge. Habría apostado lo que fuese a que ni un diez por ciento de la gente de Portland habría sabido decirme dónde se encontraba el DHS), que era exactamente lo que pensaron los urbanistas del ayuntamiento cuando escogieron aquella ubicación alejada de cualquier lugar conocido (una manera inteligente, tenía que admitirlo, de neutralizar a las masas de desharrapados). Pero la policía de Portland conocía muy bien la dirección: el centro del DHS era un punto en el que la frustración solía dar pie a comportamientos violentos que requerían de la intervención de la policía.

Todo aquel que se veía obligado a recurrir a la ayuda del DHS sabía que, de algún modo, estaba excluido de la sociedad. Muchos de ellos estaban cabreados con el mundo. Otros, como yo, estaban cabreados consigo mismos. En cualquier caso, a ninguno de nosotros nos alegraba tener que recurrir a esa clase de «servicio», de ahí que todo aquel papeleo burocrático no tardase en transformar la contrariedad en conducta inadecuada. Cuando eso ocurría, lo único que los viejos guardias de seguridad del centro podían hacer era llamar a emergencias y hacerse fuertes tras el mostrador hasta que llegaba la policía.

De hecho, cuando me presenté allí aquella tarde había un coche patrulla aparcado frente al edificio. Dos agentes jóvenes salieron del vehículo a toda prisa y corrieron hacia la entrada al tiempo que sacaban sus porras. Lo más adecuado en mi situación era esperar fuera. Había ido allí en busca de cupones de comida, no tenía intención ninguna de sufrir alguna clase de daño colateral, así que di un paso atrás y esperé unos cuantos minutos hasta que reaparecieron los policías junto a dos hombres esposados.

Los dos detenidos eran nativos americanos y apenas podían tenerse en pie. Cuando me fijé en su cara me di cuenta de que ya los había visto antes. Eran dos borrachines llamados Leonard y Bear. Había dormido a su lado en la Misión Evangélica una noche en la que el frío había sacado a tanta gente de las calles que algunos de nosotros nos vimos obligados a dormir en el polvoriento suelo del sótano, junto a la caldera. Aquella noche apenas pegué ojo. Bear, el más bajo y fornido de los dos, con la cara marcada por la viruela, roncaba con más fuerza que la caldera, y su compañero, Leonard, un veterano de Vietnam que llevaba coleta y que tendría más o menos mi edad, sufría espasmos debido a las pesadillas y no paraba de golpearme en la espalda de forma involuntaria.

Aquellos dos colegas habían empezado a beber muy temprano ese día. A la una y media de la tarde tenían ya la mirada vidriosa y no se les entendía al hablar. Les saludé con la cabeza cuando pasaron a mi lado, pero estaban demasiado preocupados como para darse cuenta. Bear estaba

centrado por completo en cantarle al agente que se hacía cargo de él una versión apenas reconocible del viejo tema de Cher *Bang, Bang (My Baby Shot Me Down)*.

—Lo que tú quieras, Cher. Pero cuidado con la cabeza —masculló el policía mientras metía a Bear en el coche patrulla.

Leonard tampoco parecía demasiado tranquilo. Pude oír cómo discutía con el policía que lo llevaba del brazo. Me dio la impresión de que afirmaba ser un refugiado vietnamita.

—He venido a que me diesen mi mierda, como cualquier otro, ¡maldita sea!

—¿Has oído eso? —le preguntó el policía de Leonard a su compañero—. El loco este se cree un refugiado vietnamita.

—Será mejor que no le hagas mucho caso, jefe —respondió el otro agente riendo—. Te está sorbiendo el seso.

Era más que probable que el propio Leonard tuviese sorbido el seso, pero me molestó que los dos jóvenes agentes se burlasen de él. Muy posiblemente, esos dos agentes jugaban al escondite en primaria mientras tipos como Leonard eran enviados a la otra punta del Pacífico a que pusiesen en peligro sus vidas en las selvas de Vietnam. No tenían ni idea de lo ocurrido y no podían entender la triste lógica que se ocultaba en el razonamiento de Leonard. Porque, desde su punto de vista, realmente *era* un refugiado de Vietnam. Como lo eran todos los compañeros de armas que formaban parte del batallón perdido de veteranos indigentes con los que me había cruzado desde que estaba en la carretera. Doce años después de la caída de Saigón, seguían recorriendo las calles de Estados Unidos como si fuesen fantasmas, intentando conseguir su mierda como cualquier otro, fracasando en la mayoría de las ocasiones.

El canturreo desafinado de Bear me pareció casi melódico comparado con el barullo que imperaba en el interior del centro del DHS. Allí donde dirigía la mirada veía a madres empujando carritos de bebé plegables, dando vueltas por el perímetro de la amplia sala de espera con la vana esperanza de que el movimiento rítmico tranquilizase a sus pequeños gritones, dándonos a todos un descanso.

Creía que el dormitorio de la misión era un espacio ruidoso, pero oír gritar con rabia a todos aquellos niños criados con leche en polvo era otro nivel. A mis oídos, sus llantos parecían tener un punto de clarividencia. Como si ya supiesen adónde conducían todas aquellas vueltas por la sala de espera del centro, como si pretendiesen decirnos a todos los que estábamos allí cómo se sentían por el hecho de haber empezado a vivir en semejante situación de desamparo. No pude evitar empatizar con sus protestas, aunque eso no hizo que me resultase más fácil sobrellevar los lloros. Cuando acabé de rellenar mi solicitud tenía un consistente dolor de cabeza; un efecto secundario que John Bueno había olvidado mencionar cuando me dijo que conseguir los cupones de comida era pan comido.

Las jóvenes madres, acompañadas de sus ruidosos bebés, eran las usuarias del DHS que más llamaban la atención, aunque tan solo formaban una pequeña parte del contingente reunido en la sala de espera. Me fijé entonces en un puñado de *skaters* veinteañeros y en varias mujeres

vagabundas que mascullaban. El grueso del contingente allí reunido estaba formado por hombres harapientos en una franja de edad comprendida entre los treinta y pocos y los sesenta y muchos. La mayoría masculina predominante parecía dar constancia de lo que me había comentado John Bueno: al parecer, en invierno Portland era un destino muy popular entre los indigentes. Me dijo que muchos tipos provenientes de estados más fríos como Montana, Colorado o Wyoming se encaminaban a Portland todos los inviernos debido a la buena reputación de las agencias de servicios sociales, mucho menos quisquillosas que las de la soleada California.

Por mi experiencia aquella tarde en el centro del DHS, habría podido asegurar que se trataba de una buena reputación más que merecida. La alegre asistente social que recogió mi solicitud, una mujer latina de mediana edad y flequillo canoso, con una llamativa bufanda con dibujos de tucanes alrededor del cuello, comprobó con celeridad mis tarjetas de identificación y mis papeles y me dijo que todo estaba en regla. Añadió después que faltaba añadir una dirección local a mi solicitud y yo pensé: «Oh, Dios mío, ¡aquí está la trampa!». ¿Cómo podría demostrar alguien que duerme bajo un puente que reside en la ciudad?

Supuse que rechazarían mi solicitud en cuando explicase la situación en la que me encontraba, pero resultó que había infravalorado la flexibilidad del amable personal que trabajaba en el centro del DHS de Portland. Tras escuchar mi alegato, la asistente social simplemente se removió sobre su silla, extrajo un nuevo formulario de uno de los estantes a su espalda y me lo tendió.

—Esto debería solucionar su problema —dijo con una sonrisa.

Al leer el papel fotocopiado que me entregó me sorprendió ver que se trataba de un mapa simplificado de los puentes de la ciudad y de los pasos elevados de las autopistas, dibujado a mano, como uno de esos planos que te entregaban en los campamentos de verano para ayudarte a encontrar tu barracón.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —le pregunté.

—Encuentre el lugar en el que está acampando y señálelo con una X —me dijo pasándome un bolígrafo—. Después firme y ponga la fecha en la parte de abajo y estará listo.

—¿Eso es todo? —pregunté incrédulo—. ¿Una X marcando el lugar?

—Tan sencillo como eso —respondió—. Si cambia de lugar o se instala en una dirección fija, díganoslo y actualizaremos su archivo. Mientras tanto, y dado que no tiene dirección fija, tendrá que acudir al centro personalmente para recoger los cupones de comida.

Estudié el mapa unos segundos y cuando encontré la autopista 405 la recorrí con la punta del dedo hasta llegar al paso elevado en el que John y yo habíamos estado acampando. Como la asistente social me aseguró que no compartirían aquella información con la policía, marqué mi X, firmé y, de ese modo, me convertí en residente oficial de Portland.

Después me tomaron una foto e imprimieron mi identificación con fotografía y cuando eso estuvo apañado, la asistente social me explicó que pasarían unas dos semanas hasta que mi solicitud quedase registrada en el sistema y llegasen mis cupones de comida.

—Mientras tanto —me dijo la asistente—, aquí tiene una chequera de cinco dólares con

«cupones de emergencia» para salir del apuro. Asegúrese de llevar siempre consigo la tarjeta de identificación cuando vaya a comprar. Los cajeros de las tiendas aceptan los cupones de comida de todos los que tienen la tarjeta del DHS. ¿Alguna pregunta más antes de irse?

—Solo una —le dije—. ¿Cómo es que sonrío tanto estando en un lugar como este?

—Muy amable de su parte decirme algo así —dijo con una sonrisa—. Pero en realidad no me resulta difícil. No lo es cuando uno disfruta ayudando a la gente.

Claramente, esa mujer compartía el ideario de Kerouac respecto a la práctica de la amabilidad. Me ofreció la ayuda que yo esperaba y, a excepción de los bebés llorones, el proceso al completo fue tan sencillo que no pude evitar celebrarlo cuando regresé al campamento por la noche. John sonrió al explicarle cuánto me había sorprendido que la asistente social me entregase un mapa fotocopiado. Su respuesta hizo que me riese con ganas.

—Bueno, algunos lo llaman el Mapa de los Troles.

«¡Por supuesto!», pensé. ¿Podía haber un nombre más adecuado? ¿Acaso no era así como la mayoría de la gente veía a los indigentes? Éramos peludos, dábamos miedo, vivíamos debajo de puentes; y al igual que los troles en los viejos cuentos de hadas exigíamos que nos pagasen peaje.

Se aceptan cupones de comida.

Cuanto más rondaba por Portland más me impresionaba la variedad de los programas de asistencia social pensados para la gente de la calle. El almacén del centro de acogida de West Broadway en Old Town era un ejemplo excelente de ello. Su sencilla sala de lectura, dotada de cómodos sofás viejos y libros de bolsillo donados, era un lugar muy conocido entre los vagabundos para pasar unas horas entre comidas en los diferentes centros. Pero era algo más que un local caliente y a buen recaudo. Los voluntarios que lo gestionaban también ofrecían ayuda para buscar trabajo o para elaborar un currículum, así como asistencia para poder rellenar las solicitudes de ayudas federales del Programa de Asistencia Energética para Ingresos Escasos (LIEAP), que proporcionaba subsidios económicos durante los meses de invierno a aquellos que necesitaban ayuda para pagar las facturas de la calefacción (en la calle, dicho subsidio era conocido como «el cheque del salto»). Por otra parte, entre aquellos que no disponíamos de vivienda, el centro distribuía cálidos abrigos de invierno que habían recibido de fábricas locales vinculadas al centro.

Días después de haber firmado la solicitud para los cupones de comida, John Bueno oyó el rumor de que esa misma tarde iba a llegar una nueva hornada de «abrigos del salto» al centro. Me aconsejó que me pasase por allí para no perderme la oportunidad. Fue un buen consejo porque cuando llegué a West Broadway se había formado ya una larga cola fuera del centro, con docenas de vagabundos esperando ansiosos a que volviesen a abrir las puertas en cuanto acabase el descanso del almuerzo de los voluntarios.

Dentro, la mujer con aspecto de abuelita que ejercía como intermediaria de la LIEAP estaba

sacando abrigos de una enorme pila de cajas que ocupaban el atestado rincón en el que se encontraba su escritorio. Todas las cajas lucían el logotipo de la Columbia Sportswear Company, una de las fábricas de ropa más grandes y conocidas de Portland. Aunque en un principio di por hecho, llevado por el cinismo, que los abrigos debían de ser piezas con taras, entregados a los pobres con el fin de obtener exenciones fiscales, he de reconocer que me equivoqué. La gruesa parka que me entregó aquella mujer estaba en perfecto estado, disponía de un recubrimiento impermeable Gore-Tex, capucha con cordones y varios bolsillos con cierre de velcro (toda una ventaja para alguien que vivía en la calle). ¡Menuda suerte tuve! La nueva parka suponía un llamativo avance respecto a mi anticuada chaqueta de lana, húmeda la mayor parte de los días debido a la incesante lluvia de Portland; más pesada cada día que pasaba.

Además de ser más ligera e impermeable que mi vieja chaqueta, la nueva parka tenía un aspecto menos sórdido. Aquella tarde, mientras recorría las calles de la ciudad, me miré varias veces en los escaparates, encantado con mi nueva imagen, sin duda mucho más respetable. Más que un simple abrigo, me dio la impresión de que aquella parka era una suerte de camuflaje que me permitiría mezclarme con la multitud y, de ese modo, pasar alegremente desapercibido.

Pero mi ilusión de pasar desapercibido se esfumó casi al instante, pues a la mañana siguiente, de regreso al distrito de Burnside desde el Campamento Bueno descubrí consternado que las calles de Old Town estaban llenas de indigentes con parkas nuevas idénticas a la mía.

Ni que decir tiene que ese detalle no fue más que una desalentadora prueba de que incluso las mejores intenciones, en lo que a beneficencia se refiere, están sujetas a la ley de las consecuencias indeseadas. Si se hubiesen parado a pensarlo un poco, los buenos samaritanos de Columbia Sportswear se habrían dado cuenta de que donar abrigos del mismo color no era una idea brillante precisamente. Pero, por lo visto, nadie se detuvo a sopesar las repercusiones. A esas alturas, el azul pizarra se había convertido ya en el color oficial del «Equipo Indigentes», y aquellos de nosotros que aceptamos el nuevo uniforme descubrimos de repente que resultábamos mucho más visibles de lo que lo éramos antes.

Naturalmente, nuestra recién adquirida visibilidad nos convirtió en blancos fáciles. No pasó mucho tiempo antes de que las azarasas mezquindades a las que tenía que enfrentarse uno en aquella zona marginal de la ciudad se convirtieran en menos azarasas si, por casualidad, un «Abrigo Azul» estaba involucrado. Las llaves de los lavabos se perdían más a menudo; y seguían perdidas hasta que salías del local. Y por la noche, cuando regresaba al campamento, agentes de policía aburridos con ganas de entretenerse me enfocaban con sus linternas o me hacían detenerme en la acera.

Los policías no fueron los únicos que entraron a formar parte de la nueva ecuación. Al poco, a los *skinheads* de Portland, con sus tatuajes de esvásticas, les dio por pensar que los abrigos azules eran los nuevos negros. Cuando atravesaba Pioneer Square, la plaza en la que se reunían jóvenes imbéciles con vaqueros negros y botas Doc Martens pensadas para patear culos, me lanzaban sus colillas encendidas y me gritaban: «¡Búscate un trabajo, vago de mierda!».

Incluso los honrados jóvenes, con clips en las corbatas, que ejercían como encargados de los locales de McDonald's se subieron al carro. A partir de esos días, cualquier Abrigo Azul que se acercase por el mostrador con la intención de que le rellenasen gratis la taza de café podía encontrarse con una mala respuesta. Todo era en exceso ruin e innecesario, pero debo admitir que supuso una confirmación de que Claude Lévi-Straus estaba en lo cierto cuando, en *Tristes trópicos*, dijo que la experiencia de cualquier viajero que llega a un nuevo lugar se ve inevitablemente marcada por la posición social que ocupa mientras esté allí.

Incluso en aquel momento supe que mis experiencias como Abrigo Azul iban a marcar mis recuerdos de Portland a partir de entonces. Más allá de visibilizar todavía más lo bajo de mi condición social, los bienintencionados amigos de Columbia Sportwear también lograron negarme uno de los aspectos más agradables de lo que había sido hasta ese momento mi estancia en Portland. Antes de que aquella parka entrase en mi vida, podía caminar por las desconocidas calles de Old Town con total despreocupación. Huir de Nueva York supuso que ya no tendría que inquietarme por si al voltear una esquina me encontraba con alguien a quien hubiese fastidiado o dejado tirado. Ahora, tras cada esquina me convertía en una versión azul de mí mismo; es decir, tenía que hacer frente a la persona a la que más había fastidiado y a la que en peores circunstancias había dejado tirada. Una sensación, cuando menos, desconcertante. Aun así, tengo que admitir que el asunto de los Abrigos Azules supuso un estupendo recordatorio de que enderezar mi vida iba a requerir bastante más que un simple cambio de vestuario.

Encontrar un sitio en el que vivir era la siguiente gran meta que tenía que alcanzar. De hecho, mi búsqueda de un lugar donde vivir le dio a aquella agradable mujer del centro de acogida la oportunidad de expiar sus culpas por haberme convertido en un paria Abrigo Azul. Algo que ocurrió pocos días después de haberme apropiado de mi nueva parka, cuando regresé al centro para preguntarle qué tendría que hacer para ser merecedor de los llamados «cheques del salto», de los que había oído hablar en la cola del almuerzo del Blanchet House.

—No resulta difícil conseguirlo —me aseguró alegremente—. Si estás apuntado al programa de cupones de comida, pueden seleccionarte, así que lo único que necesito de ti es una prueba de que resides en la ciudad.

«Ya estamos otra vez», pensé. Le expliqué que vivía debajo de un paso elevado de la autopista.

—Entonces no van a poder elegirte. Me temo. La LIEAP solo ofrece subsidios a las personas que necesitan calefacción en sus viviendas durante el invierno. Lo siento, no puedo saltarme esa regla.

—Me lo temía —dije frunciendo el ceño—. Lo que me está diciendo es que en ese sentido no voy a tener suerte, ¿verdad?

—No necesariamente —respondió—. Disponemos de toda una serie de hoteles SRO en el barrio, integrados en la red de trabajo de la LIEAP, que aceptan el cheque de subsidio energético a modo de pago por el alquiler. Lo único que tienes que hacer es pagar la estancia de una semana en uno de esos hoteles concertados, traernos el recibo y nosotros le enviaremos al hotel

directamente un cheque por valor de ciento cuarenta y tres dólares. Lo que debería valerte para cubrir el resto del invierno. Si yo fuese tú, me lo plantearía. Deja que te dé la lista de los hoteles con los que trabajamos y, si decides alquilar una habitación, ven a verme y me alegrará ayudarte a completar el papeleo.

Le agradecí su ayuda y salí de allí con un leve atisbo de esperanza. Estaba convencido de que podría conseguir dinero suficiente para cubrir el alquiler de una semana en uno de esos hoteluchos donando plasma. Si en Portland había algo parecido al hotel Bond de Tribeca, las tarifas no podían ser demasiado elevadas. Merecía la pena comprobarlo, me dije, así que mientras regresaba a la calle Burnside elegí varios de los nombres de la lista y me dispuse a descubrir cuánto dinero tendría que sacarme de las venas para poder pagar una semana de estancia. En cuanto repasé la lista, supe que solo había allí un hotel al que, llegado el caso, me gustaría considerar mi hogar; poco importaba lo sórdido que fuese.

Confieso que no habría podido dejar pasar la oportunidad de vivir en un hotel llamado Joyce.

Al fijarme en la dirección me di cuenta de que se encontraba muy cerca de la librería Powell, sin duda otra señal de que el Joyce era el lugar adecuado para mí. No me sentí decepcionado cuando llegué a la avenida Once y vi el cartel estilo *vintage* sobre la marquesina de la entrada, con el nombre de mi héroe irlandés brillando de manera llamativa.

Al igual que ocurría con sus decadentes vecinos del distrito de Burnside, el hotel Joyce, un edificio de ladrillo de cuatro plantas, había conocido tiempos mejores. En una de las esquinas del edificio podía leerse la fecha «1912», lo cual significaba que había abierto sus puertas el mismo año en que James Joyce escribió el poema «Gas de un mechero», su famoso y mordaz retrato del impresor irlandés que había saboteado la publicación de *Dublineses* alegando que las historias de Joyce mancillaban el buen nombre de Irlanda.

Algo me dijo que no iba a encontrar muchos lectores de «Gas de un mechero» entre los clientes del Joyce, pero quién podría haberlo asegurado. A lo mejor el augustísimo nombre del hotel convocaba a una clientela más leída que la media de los hoteluchos del país. Habría supuesto una agradable sorpresa.

En ese momento, sin embargo, lo único que deseaba eran buenas noticias por parte del encargado, un vejete barrigudo que era el vivo retrato del famoso entrenador Weeb Ewbank, que lideró a los Jets durante los días de gloria de Joe Namath. El mismo peinado, el mismo tipo de mentón, y una mirada dura, con la que me analizó cuando me acerqué al panel de plexiglás que protegía el mostrador de recepción.

En hoteles de tercera categoría como el Joyce se suele hablar con el encargado a través de un agujero en el panel de plexiglás. No es casualidad que el diámetro del agujero sea más pequeño que el puño de un hombre. Eso viene a decirte todo lo que debes saber respecto a la compañía que vas a tener allí si es que estás lo bastante desesperado como para quedarte. Pero supongo que si uno es capaz de hablar por un agujero su desesperación ya es evidente. Yo lo estaba, pero en ese momento me importaba bien poco. Lo único que me preocupaba era saber si podría permitírmelo,

y también asegurarme de que disponía de una habitación para la siguiente semana, que era la fecha más próxima, según supuse, a la que podía aspirar si de lo que se trataba era de conseguir el dinero suficiente para pagar el alquiler de una semana.

Para mi alivio me dijo que iba a disponer de varias habitaciones en breve, y también que el precio por semana era solo de veintidós dólares; es decir, buenas noticias. ¡Tres visitas más al laboratorio serían suficientes para salir definitivamente de la calle! Tres visitas más al centro de donación de sangre es lo que tardaría en acabar de leer *Sin blanca en París y Londres* (que tenía pensado racionar con cuidado, solo leer cuando me estuviesen extrayendo sangre por dinero).

El relato que Orwell hacía de sus tiempos de penuria me conmovía porque me resultaban asombrosamente similares a lo que yo había experimentado desde que me eché a la carretera. Había diferencias históricas, no cabía duda. En mi época había leyes relacionadas con la indigencia. En la Inglaterra de Orwell tenían leyes más restrictivas contra los vagabundos; leyes que obligaban a los que no tenían hogar a ir de un hospicio a otro, porque de no hacerlo los encarcelaban. Pero cuando Orwell escribe sobre el elemento humano de la pobreza —qué se siente cuando eres indigente, qué se siente al pasar hambre, o al dormir al raso y pasar frío, o cuando te miran en la calle por encima del hombro— sus descripciones no dependen del paso del tiempo. Tenía la impresión, al leer sus retratos de los hombres que compartían con él su destino, de que al salir a la calle Burnside podría toparme con alguno de sus semejantes tras cualquier esquina.

Como había previsto, pasé la última página del libro de Orwell (en la que ofrece sus reflexiones sobre cómo mejorar la suerte de los indigentes) la tarde de mi última sesión de recaudación de fondos en el centro de donación, y mientras estaba sentado en la cama, apretando en el puño la pelotita de perro sin dejar de pensar en lo que representaba —una noche de descanso en una habitación para mí solo a tan solo una bolsa de sangre de distancia—, esto fue lo que Orwell me dijo: «No importa lo pequeño que sea un cubículo, lo importante es que un hombre debería siempre estar solo cuando duerme».

Sonreí para mí mismo y me dije: «Por George, ¡esa sí que es una idea importante!».

Siguiente parada, hotel Joyce...

Capítulo 9

El tipo que se parecía a Weeb Ewbank, que resultó llamarse Vern, estaba de nuevo tras el mostrador cuando entré en el vestíbulo del hotel Joyce y pasé el dinero proveniente de las donaciones de sangre a través de la ranura que había en el panel de seguridad. A cambio, él me entregó una tarjeta de inscripción y, cuando empecé a cumplimentarla, me vino a la cabeza que era 13 de marzo. Hacía exactamente cuatro semanas que había aterrizado en el Baloney Joe's la noche de mi cumpleaños. Lo que significaba —ya se debiese al destino o a una feliz coincidencia— que cuando me despertase al día siguiente en una cama propia, estaría dando comienzo mi vigésimo noveno día en Portland. Siempre había creído que el veintinueve era mi número de la suerte y ahora había vuelto a aparecer en mi vida. En cuanto llevé a cabo el cálculo, en mi cara se dibujó una sonrisa boba y no intenté ocultársela a Vern, a pesar de fijarme en que me estaba estudiando con evidente escepticismo. «Es posible que piense que he perdido algún tornillo —pensé—. Porque en un antro como este, ¿quién podría tener motivos para sonreír?»

Me planteé la posibilidad de contarle que aquella llave que iba a entregarme era el mejor regalo de mi cumpleaños, a pesar del retraso, que hubiese podido desear, pero decidí que sería mejor guardarme esa historia para otro día. Según mi experiencia, los encargados de lugares como aquel acostumbraban a ser charlatanes irredentos. Solían residir ellos mismos en los hoteles —viejos jubilados que intentaban incrementar su pensión cubriendo algún turno tras el mostrador— y su pasatiempo favorito era compartir historias y chismorreos del hotel con las «ratas de vestíbulo». Así pues, y a menos que lo que deseases fuese pasar el rato, era mejor no darles pie a charlar. Estaba cansado y me importaba bien poco si Vern creía que se me había ido la olla o no. No quería quedarme atrapado frente al agujero del plexiglás, acercando la oreja durante media hora.

—Muy bien, aquí la tienes. Habitación 222 —dijo Vern deslizado la tarjeta magnética y el recibo a través de la ranura—. El ascensor está fastidiado, así que tendrás que subir por las escaleras. Si te quedas por aquí no tardaremos en reconocer tu cara, pero durante los primeros días asegúrate de detenerte aquí y mostrar la llave de tu habitación antes de subir, ¿de acuerdo?

—Sin problema —respondí agarrando la llave y el recibo y encaminándome hacia las escaleras.

Pero antes de que pudiese alejarme, Vern gritó:

—Eh, ¡no tan rápido!

Como había supuesto, me vi obligado a escuchar la retahíla de «normas de la casa». Que

resultó ser la habitual lista de negaciones.

Nada de hornillos. Nada de música fuerte. Nada de invitados nocturnos (a menos que primero se registrasen en el mostrador y pagasen la noche por adelantado).

—La puerta principal se cierra a las diez todas las noches —añadió Vern—. Después de las diez, llamas al timbre de fuera, enseñas tu tarjeta de la habitación por el cristal y el encargado del turno de noche te dejará entrar. ¿Alguna pregunta?

—Sí —sonreí—. ¿A qué hora es el desayuno continental?

—Eh, Marvin, ¿has oído eso? —le dijo Vern al otro tipo mayor que estaba trabajando con los libros de contabilidad detrás del escritorio—. Tenemos con nosotros a un bromista. ¿Quiere saber a qué hora se sirve el desayuno continental!

Marvin hizo girar su silla para echarme un vistazo y gritó:

—¡Justo después de las clases matinales de yoga, hijo! —demostrando que yo no era el único humorista allí presente.

Al pasar junto al ascensor de camino a la amplia escalera de mármol me fijé en que el cartel que decía «FUERA DE SERVICIO», encima de los botones del ascensor, tenía las esquinas retorcidas, lo cual me llevó a pensar que, al menos en el Joyce, la expresión «está averiado» implicaba un diagnóstico terminal. Agradecí que no me hubiese tocado una habitación en la cuarta planta. Me resultaba difícil imaginar cómo se las apañaban los jubilados del lugar sin ascensor. Debían de tener piernas de escalador.

La habitación 222 estaba junto a la escalera y cuando abrí la puerta para echar un primer vistazo no me llevé ninguna sorpresa. Era básicamente una réplica exacta de cualquier otra habitación en cualquier otro hotelucho de los que había estado en los últimos años. Desde la puerta pude hacerme una idea general al completo. La cama de colchón hundido, con dos almohadas irregulares y una colcha raída. El pequeño lavamanos en una esquina, con la porcelana cuarteada formando una especie de telaraña de grietas diminutas. El espejo sin marco sobre el lavamanos, salpicado de manchas oscuras allí donde el azogue había saltado. La indestructible silla con patas de acero y respaldo recto, habitual no solo en esta clase de hoteles sino también en las oficinas de la libertad condicional y en centros psiquiátricos de todo el mundo. Y luego estaba, como no podía ser de otro modo, la única ventana, que solía dar (era lo que cabía esperar) a un patio de luz rodeado por muros de cemento; al fondo del cual se desplegaba un mosaico de cristales multicolor compuesto por botellas rotas de vino y de cerveza; una composición de arte orgánico que variaba cada noche cuando las nuevas incorporaciones bajaban silbando junto a mi ventana para ir a hacerse añicos al fondo. Y, finalmente, la obligada cómoda de cuatro cajones, con dos de los tiradores extraviados y un sobre de madera de cerezo con los bordes marcados por quemaduras de cigarrillos.

Y luego estaba, cabe añadir, la crujiente moqueta industrial, en este caso de un color marrón moteado; ni siquiera me atreví a especular sobre el origen de las manchas que pude ver a simple vista. Por veintidós dólares a la semana era lo máximo a lo que podías aspirar. Pero a mí no me

decepcionó en absoluto. La única pieza del mobiliario que realmente me interesaba era la sólida puerta de madera con una robusta cerradura Yale de seguridad. Todo lo demás, por sórdido que fuera, me parecía un regalo. Incluido el grueso ladrillo rojo colocado sobre el alféizar de la ventana; un recurso con el que nunca me había topado en ninguno de mis anteriores hoteles de mala muerte.

En un principio no se me ocurrió qué propósito podía llegar a tener aquel ladrillo. Pero cuando levanté la hoja inferior de la ventana para que entrase algo de aire fresco, la hoja volvió a caer como si se tratase de una guillotina justo a tiempo de apartar la mano. De repente, el propósito del ladrillo dejó de ser un misterio para mí. Por otra parte, aquel ladrillo demostró ser mucho más versátil de lo que había imaginado. Según la temperatura exterior podías colocarlo apaisado o vertical o incluso de canto, para poder ajustar la cantidad de aire que querías que entrase en la habitación. Lo cual suponía toda una ventaja, pues en la habitación hacía tanto calor como en un apartamento de Brooklyn en pleno agosto y no había modo alguno de regular el flujo de calor que desprendía el viejo radiador de hierro colado que había junto a la cómoda. Sé de qué hablo porque lo intenté. Hasta que descubrí que alguien se había llevado la manivela que regulaba la válvula del radiador.

Sacudí la cabeza con incredulidad, pensando: «Sí, Bob, no bromeabas. Los vándalos se llevaron las manivelas». Y, por lo visto, también se habían llevado los contrapesos de la ventana.

Cerré la puerta a mi espalda y disfruté del momento al oír el clic de la cerradura. Dedicué unos segundos a leer las instrucciones enganchadas en la parte interior de la puerta, protegidas por una placa de plexiglás atornillada a la madera. Como tenía por costumbre, comprobé el mapa de «En caso de emergencia» para asegurarme de que sabía qué salida escoger en caso de incendio; una información imprescindible cuando uno pernoctaba en un hotelucho de la categoría del Joyce, donde prácticamente todo el mundo fumaba y la única parte de aquellos colchones baratos que no ardía al instante era su etiqueta ignífuga.

Bajo el mapa de la salida de emergencia había una nota escrita con letras mayúsculas que decía: «¡NO ESTÁN PERMITIDOS LOS HORNILLOS! Por orden del Departamento de Bomberos de Portland».

Pero sobre el plástico que protegía la nota alguien había escrito con rotulador permanente: «¡Que se jodan los bomberos de Portland!». Eso me hizo reír. A juzgar por los olores que se colaban por el ventanuco medio abierto sobre el dintel de mi puerta, la expresión «¡Que se jodan los bomberos de Portland!» parecía representar una actitud generalizada respecto a la norma de los hornillos. Por encima del olor a moho y a insecticida, pude apreciar rastros de sopa de pollo con fideos Campbell y estofado de ternera Dinty Moore, los mismos aromas que flotaban en los pasillos de todos los hoteles de mala muerte que en alguna ocasión se habían convertido en mi hogar durante un tiempo. Era un detalle alentador. Significaba que en el Joyce se ponían serios con la norma de los hornillos del mismo modo en que lo hacían el resto de hoteluchos: solo cuando aparecía por allí un inspector.

En cuanto pudiese reunir algo más de dinero tenía pensado hacerme con la primera de las cosas que había apuntado en mi lista de «mejoras del hogar»: un hornillo de segunda mano. En las casas de empeño del distrito de Burnside había montones de ellos. Seguramente podría adquirir uno por cinco pavos o incluso algo menos, un precio irrisorio respecto a la libertad de movimientos que me proporcionaría. No solo suponía poder calentar comida cuando me viniese en gana, también podría apartarme del circuito diario de la beneficencia; cuestión mucho más significativa. Cuando te ves obligado a ordenar tus días alrededor de un horario fijado por los establecimientos dedicados a la caridad, renuncias a cualquier pretensión de independencia y te limitas a ocupar tu lugar entre la masa. Como no tardé en comprobar, se trata de una rutina que afecta a tu estado de ánimo. Solo había estado un mes en las calles de Portland, pero ya estaba agotado de hacer cola bajo la lluvia frente al Blanchet House todas las tardes. E incluso me sentía más agotado de firmar todas las noches en la misión para que me dejaran cenar. Con un hornillo en mi habitación el tiempo volvería a pertenecerme. Estaba deseando disponer de uno. El próximo lunes iría a las casas de empeño en cuanto saliese de donar sangre.

Mientras tanto, tendría que apañármelas con comida fría. Me había detenido en un supermercado de camino al Joyce y había comprado una lata de cerdo con alubias, una caja de donuts y un cuarto de litro de leche, que en esos momentos se estaba enfriando en el ancho alféizar de la ventana, apoyada en el ladrillo. Tenía mucha hambre después de haber donado sangre, pero esperé todavía un poco más para comer. Lo que más necesitaba en ese momento, más aun que comer, era darme una ducha caliente, así que me desnudé hasta quedarme en calzoncillos, me coloqué una toalla de baño alrededor de la cintura y recorrí el pasillo en dirección a las duchas comunitarias, donde la caldera del hotel no me dejaría tirado. Podría pasarme media hora en la ducha, haciendo que todos los espejos se entelasen, y aun así el agua caliente no habría faltado. Era una bendición, te lo aseguro. ¡Una auténtica bendición!

A pesar de que no disponía de más ropa que la llevaba en ese momento, regresé a mi habitación de muy buen humor. Había pasado casi un mes desde mi última ducha con agua caliente. Bueno (como habría dicho John), un rápido viaje a la tienda de ropa de segunda mano de St Vincent de Paul durante el fin de semana me valdría para llenar los cajones vacíos de mi cómoda. Y no me costaría ni un centavo. El padre Gary, el cura que gestionaba el programa de comidas de los domingos en la iglesia St Francis of Assisi, me había dado un cupón para la tienda de ropa. Lo había guardado durante varias semanas —no quería cargarme con pertenencias mientras siguiese en la calle—, pero ahora que tenía un hogar había llegado el momento de utilizarlo.

Cuando acabé de vestirme y me senté para cenar me di cuenta de que no había comprado un abrelatas en la tienda de comida, así que no tenía modo de abrir mi lata de cerdo con alubias. ¿Y ahora qué, pedazo de idiota? Me planteé la posibilidad de llamar a la puerta de alguno de mis vecinos, pero me dije que sería mejor optar por lo malo conocido. Bajé las escaleras hasta el vestíbulo y abrí la lata con el abrelatas que Vern sacó de un cajón que había tras el mostrador. De

regreso a la segunda planta tuve un encuentro de lo más inquietante con un tipo con el que me crucé en el descansillo de la primera planta.

Era un hombre mayor, demacrado y canoso, que arrastraba los pies metidos en unas pantuflas. Llevaba puesto un pijama a cuadros y encima una bata de franela. Encasquetada en la cabeza, lucía una gorra azul marino con letras bordadas en hilo dorado con la leyenda: «SUPERVIVIENTE DE PEARL HARBOR». No lo había visto en mi vida y estaba convencido de que él tampoco me había visto nunca, por eso me sorprendió cuando estiró el brazo y, con una de sus manos temblorosas, me agarró ligeramente por el hombro cuando pasé a su lado. Me detuve para mirarlo a la cara, él sonrió como si fuésemos viejos amigos y, con un solícito tono de voz, me dijo:

—¿Así que estás empezando a encontrar tu camino?

Qué cojones... Permanecí en silencio durante unos segundos, fuera de lugar como la lata de alubias que llevaba en la mano, preguntándome qué habría visto en mí aquel Anciano Marinero para plantearme semejante pregunta. Boquiabierto, lo único que se me ocurrió decir fue:

—Sí, gracias, estoy empezando a recuperar el control.

—Bien, eso está bien. Me alegra oírlo. Nos vemos —dijo apartando su huesuda mano de mi hombro para agarrarse a la barandilla antes de reemprender su camino escaleras abajo.

Una vez en mi habitación, la pregunta del Marinero siguió repitiéndose en mi cabeza. ¿Así que estás empezando a encontrar tu camino? Cuanto más pensaba en ello, más me inquietaba. ¿No había sido exactamente ese el motivo que me había llevado a la carretera, encontrar mi camino?

Tal vez estaba sobreinterpretando aquel encuentro, pero resultaba difícil librarse de la idea de que un viejo superviviente como el Marinero tuviese tan buen ojo para detectar a aquellos que habían perdido el rumbo. Porque de ser así, resultaba turbador pensar que había detectado mi presencia, gracias a esa capacidad suya, en mi primera noche en el Joyce. ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo con algo así? Esa noche me dormí dándole vueltas al asunto sin llegar a conclusión alguna.

El sábado por la mañana me desperté tarde por primera vez en semanas y no salí de la cama hasta que oí el sonido de las gaitas que entraban como un susurro suave por mi ventana abierta. En un principio, ese sonido me contrarió, hasta que recordé que ese día en Portland se celebraba un desfile previo al día de San Patricio. *Erin go bragh!*, susurré saliendo de la cama y agarrando mi sudadera de los Oregon Ducks, la única prenda de color verde de mi vestuario. Ese iba a ser mi único guiño a la Isla Esmeralda ese año. Por primera vez en veinte años (a excepción de 1985, cuando cumplí condena en Rikers Island), estaba en disposición de celebrar el día de San Patricio sobrio; un signo esperanzador de que, tal vez, estaba «encontrando mi camino» de una vez por todas. Al menos así quise entenderlo. Como es lógico, si eres tan pobre que no puedes ni pagarte un trago, no puedes sacar pecho diciendo que tu sobriedad se debe a la fuerza de voluntad, pero eso no me desanimó. Romper la dinámica era lo único significativo, sin importar cómo lo lograses.

Nunca he creído en eso de que los pecados de los padres (o las madres) acaban recayendo en los hijos, pero era innegable que la familia de mi madre, los McGuire, habían sufrido la famosa «plaga irlandesa»; me apena decir que incluso mi madre fue una de sus desafortunadas víctimas. Siendo niño, me acostumbré hasta tal punto a verla con una lata de cerveza Rheingold en la mano que ni siquiera me paré nunca a pensar en ello. Cuando crecí y empecé a ir a las casas de mis compañeros de colegio, sin embargo, no pude evitar fijarme en que sus madres no llevaban puesta la bata de estar por casa a las cuatro de la tarde, ni tampoco hacían las labores del hogar con una sola mano porque tuvieran una cerveza en la otra. Ahí es cuando empecé a sospechar que mi madre tenía un problema. Sin embargo, no fui consciente de la dimensión del mismo hasta una noche en la que empecé a rebuscar en los cajones de su cómoda.

Era la semana antes de Navidad y me habían dejado solo en casa para que cuidase de mis hermanos mientras mis padres iban a una fiesta muy cerca de donde vivíamos. Yo era un niño de nueve años extremadamente curioso y no pude resistir la tentación de espiar un poco aprovechando que mis padres no estaban en casa. Tenía la esperanza de poder echarle un ojo a los posibles regalos que encontraríamos bajo el árbol de Navidad, pero la única sorpresa que encontré en el dormitorio de mis padres estaba oculto en el cajón de la ropa interior de mi madre: cuatro latas calientes de Rheingold, su suministro de emergencia, ocultas bajo una pila de fajas elásticas.

Al día siguiente no fui capaz de mirar a mi madre a los ojos. Al invadir su intimidad descubrí un triste secreto que, sin lugar a dudas, ella pretendía mantener oculto, incluso a ojos de mi padre. Me avergonzaba haberlo hecho. Pero también sentía vergüenza por mi madre. Para mi descrédito, diré que la juzgué con la ingenuidad y la honradez que solo un niño decepcionado puede mostrar.

Aunque intenté que mis sentimientos no resultasen evidentes, estoy seguro de que mi madre se dio cuenta de aquel repentino cambio en mi comportamiento. En nuestros viajes de fin de semana al A&P seguía empujando el carrito de la compra por entre los pasillos, como siempre había hecho, pero ahora cuando llegábamos a la sección de las cervezas se me ponían rojas las orejas de vergüenza cuando cargaba las provisiones de Rheingold: las mismas tres cajas todos los sábados, a pesar de que mi padre nunca bebía más de dos packs de seis latas. Difícilmente alguien habría podido pasar por alto las furtivas miradas con las que controlaba los pasillos antes de cargar las cervezas en el carrito. Miradas furtivas que evidenciaban mi temor a que alguien del colegio nos viese. A pesar de todo, mi madre nunca se percató, nunca me preguntó nada; al menos me sentí agradecido con ella por eso.

Con el paso de los años, por fortuna, renuncié a juzgarla y, para cuando dejé el seminario y regresé a casa para estudiar en el instituto público, hacía ya mucho tiempo que se me habían bajado los humos. Me sentía la mar de cómodo cuando mi madre me tendía una lata fría de Rheingold y me invitaba a sentarme a su lado para ver el programa de Johnny Carson mientras

esperábamos a que mi padre regresase a casa de su segundo trabajo. Yo tenía por aquel entonces diecisiete años, uno por debajo de la edad legal para beber, pero por lo visto para mi madre eso no suponía problema alguno. Se limitaba a dedicarme un guiño conspiratorio y me pedía que no le hablase a nadie de nuestras reuniones nocturnas. Mis hermanos estaban ya en la cama cuando empezaba el programa y yo siempre me iba a mi habitación antes de que mi padre volviese a casa del trabajo, así que no resultó muy difícil ocultar nuestro secreto al resto de la familia.

Esa costumbre nos acercó mucho más de lo que lo habíamos estado en años. Me permitió demostrarle a mi madre la lealtad que siempre podía haber esperado de su primogénito. Me sentía bien conmigo mismo y también con ella. Después de todo, ¿de qué tenía que avergonzarse? El hecho de beber nunca le había impedido comportarse como una buena esposa con mi padre o como una buena madre con sus hijos, así que nadie podía juzgarla. Pero no tardé en descubrir que seguía sintiéndose juzgada. A pesar de que le costó cierto tiempo admitirlo.

Cumplí los dieciocho durante mi último año de bachillerato, lo que me llevó a pasar las noches en los bares de Ronkonkoma con mis amigos en lugar de estar viendo a Johnny Carson con mi madre. En un principio a mi madre no le molestó especialmente, se tomó mi deserción como la necesidad natural de un adolescente de salir por ahí. Pero al llegar Pascua empecé a fijarme en el gesto de contrariedad que se dibujaba en su rostro siempre que mi colega Kenny Brown detenía su viejo Ford Falcon frente a nuestra casa y me llamaba haciendo sonar el claxon un par de veces.

Pude apreciar ese mismo deje en su mirada cuando sonó el claxon del Falcon la noche de Viernes Santo, pero no dije nada al respecto, apenas me despedí de ella camino de la puerta. Regresé a medianoche, poco antes de que llegase mi padre, y cuando Kenny me dejó frente a mi casa me sorprendió ver que mi madre había abierto la puerta y había salido al porche en albornoz. Desde allí, con tristeza, saludó con la mano a Kenny cuando este ya se alejaba en su coche.

Estaba un poco achispado y todo me parecía ligeramente fuera de foco, así que no aprecié las lágrimas que le caían por las mejillas hasta que llegué a los escalones.

—¡Mamá! ¿Qué pasa? —pregunté alarmado, sobrio de golpe. Quise abrazarla pero ella retrocedió y entró en casa dedicándome la mirada más triste que jamás hubiese visto.

—¿Tanto te avergüenzas de mí, Peter? ¿De tu propia madre? —gimoteó.

Me quedé de piedra.

—¿Avergonzarme de ti? ¿De qué estás hablando, mamá? ¡Yo no me avergüenzo de ti! ¿Por qué dices eso?

—Nunca le dices a tus amigos que entren en casa. Nunca. ¿No te has parado a pensar cómo me hace sentir eso? Es como si no fuese lo bastante buena, así me siento. Como si tuviese algo malo. Algo que a mi hijo le avergüenza que vean sus amigos. ¿Realmente soy tan mala?

Me dolió el corazón cuando le oí decir eso y mis ojos también empezaron a brillar con lágrimas parecidas a las suyas. Rogándole que me creyese, le dije a mi madre que si mis amigos no entraban en casa no era porque me avergonzase de ella. Aunque, por supuesto, mis acciones parecían afirmar lo contrario.

Lo cierto era que no quería que mis amigos entrasen en casa no porque mi madre bebiese sino porque era muy parlanchina. Si le dabas pie —especialmente si se había tomado un par de cervezas— podía estar hablando contigo una hora antes de permitirte decir ni pío. Pensaba que a mis amigos no les haría ninguna gracia, así que les evitaba el mal trago haciendo que me esperasen en la calle. Nunca me había parado a pensar que mis esfuerzos por evitarles una situación embarazosa podían herir los sentimientos de mi madre; no lo pensé hasta esa noche, cuando finalmente me vi obligado a ver el asunto desde su punto de vista. Entonces sí me sentí avergonzado, pero de mí mismo.

A pesar de que conseguí que se tranquilizase antes de que mi padre llegase a casa —más adelante me comprometería a decirle a Kenny Brown que entrase siempre que viniese a buscarme —, mi relación con mi madre después de aquel Viernes Santo nunca volvió a ser tan relajada como lo había sido durante las felices noches en las que Johnny Carson y Ed McMahon nos hacían reír y a duras penas podía evitar atragantarme con mi «cerveza secreta». Pocos meses después me fui a la universidad y mi propia y problemática carrera como bebedor se puso en marcha.

Un psicólogo no dudaría en señalar la influencia de mi madre para explicar por qué bebía tanto, pero a mí no me valdría esa explicación. Todo lo que bebí en mi vida lo hice por propia voluntad y nunca tuve la tentación de culpar a mi madre por ello. Me habría gustado no herir a nadie debido a mis adicciones; capacidad que sí tuvo mi madre. Pero es que ella siempre tuvo una familia a la que anclarse para resistir las embestidas del viento idiota. Tuvo más suerte que yo. Lo único de lo que pude echar mano cuando empezó a soplar en mi vida fue un débil sentimiento de autoestima. A estas alturas, a todo el mundo le habrá quedado claro hasta qué punto me resultó útil.

Aun así, a excepción de las dos latas de Bud que tomé de camino a Mobile, y las dos de cerveza Dixie de camino a Nueva Orleans, llevaba ya cuarenta y seis días sin beber y, sorprendentemente, no tenía ningunas ganas de salir por ahí y romper mi racha con un chupito de whisky irlandés y una pinta de aquella horrorosa cerveza verde, lo cual me parecía una bendición. Y hubo otras muchas bendiciones en los siguientes días, mientras me mantenía ocupado creando mi nuevo hogar.

Aquel día, después de almorzar me dirigí al Campamento Bueno para recuperar mi transistor y dejarle una nota a John en su escondrijo con mi número de habitación en el Joyce. «¡Pásate por allí a verme si estás por el vecindario!», le escribí. Después me dirigí a la biblioteca pública, donde el recibo del Joyce me serviría para pedir el carné de préstamo. Recorrí los pasillos y elegí los cinco libros que podía sacar en préstamo: cuatro novelas (de Jack Kerouac, Knut Hamsun, Fred Exley y Saul Bellow) y una antología de ensayos titulada *El museo en sí*, de Guy Davenport. Cuando llegué al mostrador, una amable bibliotecaria incluso metió los libros en una bolsa de plástico para que pudiese llevármelos a mi habitación. Disponía ya de todo lo necesario

para pasar una cómoda noche en el Joyce: música y libros. ¿Qué más podía pedir un vagabundo civilizado?

Al día siguiente, crucé el puente Morrison hasta llegar al lado sur de la ciudad para disfrutar de una comida dominical en la iglesia de St Francis, donde el carismático padre Gary me había reclutado la semana anterior como voluntario para formar parte del equipo de las cocinas. Cuando me lo pidió yo le dije que sí, que por qué no. No tenía nada mejor que hacer y me pareció justo aportar mi granito de arena después de todas las lasañas que había comido gratis allí.

Acabé colocando los platos sucios en la cinta transportadora que llevaba hasta el lavavajillas industrial que había en la cocina, un armatoste de acero inoxidable que funcionaba a pleno rendimiento. Habitualmente, los domingos se reunían a comer allí unas trescientas personas —no solo gente de la calle, también familias pobres— y las pilas de bandejas y platos sucios me mantenían ocupado durante casi dos horas. (Gracias a Dios no se trataba de un lavavajillas manual como el viejo cacharro del Blanchet House, pues la tarea me habría llevado mucho más tiempo.) Pero incluso esa pequeña cantidad de trabajo hacía que saliese de la iglesia para regresar a Old Town de un humor estupendo. Hacía mucho tiempo que no me dedicaba a nada digno, por eso incluso me apetecía cubrir otro turno más en la cocina, simplemente para volver a tener esa sensación.

Los domingos en St Francis también me dieron la oportunidad de mantenerme en contacto con John Bueno. No sé por qué nunca quiso pasar a verme al Joyce, pero siempre podía contar con verle durante las comidas del domingo. Dios le bendiga, ese hombre jamás se saltó una comida gratis.

Mientras cruzaba el río recordé que la tienda de ropa de segunda mano de St Vincent de Paul también se encontraba en la parte sur de la ciudad, y dado que había acabado pronto decidí aprovechar al máximo la caminata pasándome por allí. La tienda se encontraba entre la calle Powell y la avenida Veintisiete, mucho más lejos de St Francis de lo que yo esperaba. Los talones me ardían cuando llegué allí, así que mientras subía los pocos escalones que llevaban hasta la puerta me puse a rezar para encontrar allí, finalmente, unos zapatos que no supusiesen una tortura para mis pies.

Cuando entré, me sorprendió comprobar que el local estaba ocupado por un montón de risueñas estudiantes universitarias que rebuscaban en las estanterías de la ropa de segunda mano y lanzaban grititos de placer cuando encontraban algo lo bastante pintoresco como para calificarlo de *bohemian chic*. Parecían interesadas en prendas de ropa tan horrorosas que me dio la impresión de que había algo irónico en sus elecciones. En cualquier caso, he de confesar que sentí una punzada de envidia nostálgica al verlas comprar. Disfrutad mientras podáis, chicas, pensé recordando aquellos días en los que mi máxima preocupación al comprarme ropa era si llamaría o no la atención en el campus.

Dejé atrás a las jóvenes risueñas y recorrí los estrechos pasillos que llevaban hasta la zona de calzado al fondo de la tienda. No encontré nada por lo que lanzar un grito. Había hileras y más

hileras de estanterías llenas de zapatos viejos, pero por desgracia no había un solo par de mi talla; lo cual supuso un bajón en toda regla. Tuve algo más de suerte, eso sí, con la ropa, así que cuando salí de la tienda, media hora más tarde, palmeé satisfecho mi segunda bolsa de compras del fin de semana. Gracias a los cupones del padre Gary disponía ahora de dos mudas de ropa de calle, además de un abrigo informal, unos pantalones de vestir y una camisa Oxford que me vendría de perlas cuando empezase a acudir a entrevistas de trabajo. Todo a un precio imbatible.

Estaba de muy buen humor tras mis adquisiciones en la tienda de segunda mano, y las acogedoras sonrisas y las palmadas que recibí de parte de los voluntarios de las cocinas de St Francis hicieron que me sintiese incluso un poco mejor. La mayoría de los que trabajaban habitualmente en el equipo de cocinas eran parroquianos de la iglesia —una mezcla de mujeres de mediana edad y viejos empresarios jubilados—, por lo que pude reconocer a varias personas del fin de semana anterior. Me sorprendió que muchos de ellos también me reconociesen a mí, a pesar de haber pasado muy poco tiempo en la cocina. Quise pensar que se debía a que los había impresionado gracias a mi velocidad en el lavavajillas. Aunque tal vez se debió a mi inconfundible cojera: ¡varios de los voluntarios me preguntaron cómo llevaba lo del pie!

Mientras limpiábamos después de la comida, detuve un segundo al padre Gary durante su revista a los voluntarios y le di las gracias de nuevo por el cupón para ropa. Le aseguré que le había dado un buen uso. Después le comenté que tenía experiencia trabajando en cocinas de mis tiempos en Nueva York y me ofrecí como voluntario para cocinar, si es que en la cocina necesitaban ayuda los domingos por la mañana. En el barbudo rostro del padre Gary se dibujó una amplia sonrisa.

—Vienes a decírmelo en el momento perfecto, Peter —respondió—. A una de nuestras voluntarias habituales, la señora Quinn, acaban de operarla de la cadera. Estará fuera de servicio durante varios meses, así que agradeceremos toda la ayuda que puedas ofrecernos. ¿Podrías venir el próximo domingo por la mañana? El primer turno empieza a las nueve.

—Cuenta con ello, padre —le dije asintiendo, feliz de sentirme útil; casi me vi ya pelando y cortando cebollas, la inevitable primera asignación de un recién llegado a las cocinas: el Valle de lágrimas. Según mi opinión, esa ocupación estaba mucho mejor que fregar platos todos los días de la semana.

Cuando me despedí del resto de voluntarios y me marché de St Francis esa noche, estaba de muy buen humor: era un hombre en paz con el mundo y feliz de volver a casa. El crepúsculo se cernía sobre la ciudad y la neblina hacía que las luces del puente Morrison brillasen como linternas chinas. Era esa una hora llena de magia en Portland, así que me detuve en mitad del Willamette y me quedé mirando el curso del río un rato, contento de no hacer otra cosa más que ver el fluir del agua. Allí, resguardado por las sombras, oí una voz tranquila en mi interior.

En este momento, Pete, no necesitas nada más.

Sonreí a modo de reconocimiento. Mi voz interior era poco más que un eco de lo que había sentido la noche anterior mientras leía el ejemplar de la biblioteca de *En el camino* antes de irme

a dormir. Al describir a Dean Moriarty —recién salido de la prisión—, Sean Paradise dice: «Estaba solo bajo el marco de la puerta, escrutando la calle. Amargura, recriminaciones, advertencias, moralidad, tristeza... Todo eso quedaba ya a su espalda. Frente a él se extendía la maltrecha y extática alegría del mero hecho de existir».

Sabía que todavía no me encontraba en ese lugar, pero esperaba que el camino que había emprendido me llevase hasta allí. Gracias a estupendos momentos como el que viví en el puente aquella noche, sentí que estaba un poco más cerca.

El lunes por la mañana me levanté con la salida del sol, totalmente descansado después de pasar una segunda noche durmiendo de un tirón y contento por ponerme en marcha temprano para empezar el día. Prometía ser uno ajetreado. Además de ir a donar sangre, iba a tener que pasar por el centro de atención primaria en algún momento para mostrar mi recibo del Joyce y tramitar el papeleo para el cheque del alquiler. Si me apresuraba, podría cumplir con los dos compromisos a tiempo para llegar a almorzar al Blanchet House, lo cual sería de ayuda, pues me estaba quedando sin cupones de comida. Tan solo me quedaban dos cupones de un dólar, lo justo para cubrir el café de la mañana en McDonald's y comprar una bolsa de tabaco Bugler. Por supuesto, ninguna de esas cosas podía comprarse con cupones de comida. En primer lugar, tendría que cambiarlos por dinero en efectivo utilizando el método de la reestructuración.

Había tan solo dos maneras de transformar los cupones de comida en dinero. La primera era la más sencilla: llevar los cupones a una de las tiendas de alimentación más sombrías de Old Town y vendérselos todos al encargado. Pero los timadores que solían regentar dichas tiendas solo te pagaban cincuenta céntimos por dólar de los cupones, lo cual a mí me parecía una estafa. Por eso optaba siempre por el segundo método: la reestructuración de cupones de comida. Entraba en una tienda de alimentación y compraba uno de los productos aprobados que costase menos de un dólar, pagaba con un cupón de un dólar y salía de allí con monedas que tintineaban en mi bolsillo. Lo repetía tantas veces como fuese necesario. Reestructuraba.

Los pastelillos Hostess Fruit Pies eran mis preferidos cuando andaba de reestructuración. Podía comprarlos por treinta centavos (o incluso veinticinco si estaban rebajados), lo cual me permitía un porcentaje elevado de cambio. Tiene gracia lo rápido que me acostumbré a contabilizar mis reservas económicas a base de pastelitos. Dos pastelitos valían lo mismo que un café en McDonald's más una bolsa de Bugler. Pero aquellos dos sellos eran lo único de lo que disponía de mi mensualidad hasta volver a cobrar. El centro del DHS sería sin duda mi siguiente parada después de almorzar en el Blanchet. Había estado acudiendo allí durante toda la semana, pero mis cupones no habían llegado todavía. Tal vez ese día tendría suerte.

Por primera vez en semanas, el cielo de Portland era de un azul radiante. Desde los puntos elevados del centro de la ciudad podías ver con claridad las puntas nevadas del monte Hood. Hacía menos frío que de costumbre, casi parecía que estuviese llegando la primavera, y mientras me dirigía del McDonald's al centro de extracción de sangre me pregunté dónde demonios estaba ese buen tiempo cuando se me helaban los huevos en el Campamento Bueno. Era una mañana ideal

para estar al aire libre, a pesar de mis pies doloridos, y me sentía más contento que de costumbre cuando llegué al centro Alpha. Llegué lo bastante pronto como para adelantarme a la multitud y conseguir una cama de inmediato.

Para variar, las horas pasaron rápido y casi sin darme cuenta me encontré frente al mostrador de la caja recibiendo la maravillosa noticia de que había ganado veinte dólares extra por completar mi octava donación en cuatro semanas. Me quedé boquiabierto. ¡Dinero llovido del cielo! Y sabía exactamente en qué iba a gastármelo. Y dónde.

«El hornillo tendrá que esperar», me dije mientras salía renqueante del laboratorio y me encaminaba a la tienda de excedentes del ejército. Estaba hasta las narices de ir por ahí con los pies machacados. Era el momento de hacer algo, de una vez por todas, en relación a mi ridículo calzado.

Me había fijado en la tienda del ejército en mis desplazamientos por Old Town y durante semanas le había estado echando el ojo a unas botas militares expuestas en el escaparate. Aquellas botas tenían una gruesa suela de goma, unos robustos talones de cuero negro, puntera reforzada y la parte superior, de lona impermeable, ascendía hasta las pantorrillas. Eran ideales para una ciudad siempre húmeda como lo era Portland. Y lo mejor de todo era que tenían un precio muy razonable: diecisiete dólares.

Había aprendido la lección en Nueva Orleans, así que me tomé mi tiempo para asegurarme de que encontraba las botas de mi talla. Gasté dos dólares más en unos gruesos calcetines de lana que me puse allí mismo, en la tienda. Después de atarme las botas de campaña coloqué mis calcetines teñidos de sangre y mis viejas botas en una caja de zapatos y en cuanto salí a la calle la tiré en el primer contenedor de basura que encontré, algo que llevaba esperando poder hacer desde hacía semanas. ¡Menudo alivio!

Mis pies no tardaron en agradecerme mientras recorría la calle de Burnside hacia el centro de atención de la calle Broadway para ocuparme del papeleo del LIEAP. Caminaba a un ritmo que no podría haber imaginado cuando salí de la cama aquella mañana y llegué con tiempo suficiente como para cumplimentar mi solicitud del cheque, recorrer después la calle Glisan y conseguir un sitio en el último turno del almuerzo en el Blanchet House. Si hubiese ido cojeando me habría muerto de hambre, pues no habría podido llegar a tiempo. A pesar de que apenas llevaba una hora con las botas puestas, ya podía notar la mejora que habían supuesto en mi vida, así que me senté a almorzar henchido de gratitud, maravillado de la suerte que había tenido encontrando aquellas botas.

El día había empezado con tan buen pie que no habría sido capaz de imaginar cómo podrían haber mejorado las cosas. Supongo que por eso me dispuse a recibir malas noticias camino del centro de servicio social en Steel Bridge después de comer. Pero mi suerte todavía no había acabado. Por milagroso que pueda parecer, mi asignación de los cupones de comida finalmente había llegado y, de repente, era sesenta y ocho dólares más rico. ¡Vaya día!

Sonreía como el gato de Cheshire camino del centro de Portland y de mi inminente jornada de

compras, que incluyó un montón de kilómetros con mis nuevas botas antes de que cayese la noche. El destino me había otorgado la oportunidad por la que había estado rezando —poder tumbarme en la cama durante tres o cuatro días seguidos para que mis doloridos talones finalmente se curasen— y estaba dispuesto a aprovecharla. Lo único que tenía que hacer a partir de ese momento era comprar provisiones suficientes para sobrellevar adecuadamente mi convalecencia.

Decidí que lo más adecuado sería detenerme un rato para organizarme, así que pasé por el McDonald's de la calle Alder y me tomé un café a modo de celebración mientras hacía la lista de la compra. Desde ahí me encaminé a Newberry's, una tienda de baratijas en el cruce de la calle Quinta y Alder, una reliquia de los años veinte con un antiguo molinete en la puerta que tenía que atravesar al entrar.

Era un lugar anticuado y triste, destino habitual de los indigentes del distrito de Burnside. No me sorprendió ver allí a dos Abrigos Azules recorriendo los pasillos con una cesta en la mano. Yo también me hice con una y no tardé en reunir todo lo que había apuntado en la lista, además de una cosa que nunca se me habría ocurrido comprar hasta que me topé con ella en el pasillo de artículos para el hogar: ¡un calentador de inmersión! En cuanto lo vi supe que tenía que comprarlo. Costaba menos de dos dólares, mucho más barato que un hornillo de segunda mano y sería mucho más sencillo meterlo en la habitación. No podías freír un huevo con algo así, ni calentar una lata de judías, pero sí hervir agua en cuestión de minutos; y si podía calentar agua podría cocinar muchas cosas, por lo que me pareció una gran adquisición.

Buena parte de los nueve dólares que me quedaban de la extracción de sangre habían volado para cuando salí de Newberry's, pero ahora disponía de todo lo necesario para montar una cocina improvisada en mi habitación; a excepción de los alimentos. El único supermercado que me pillaba de camino al hotel era un Safeway que se encontraba cerca del museo de arte. Habitualmente, llegar hasta allí me suponía una dolorosa caminata, pero con mis nuevas botas fue todo bastante menos farragoso porque, para variar, no hice todo el trayecto agarrotado por el dolor.

Lo mejor del supermercado Safeway era que tenía montones de líneas de caja. Que hubiese muchas cajeras hacía que el hecho de utilizar cupones de comida resultase menos embarazoso. Podía comprar cuatro o cinco Hostess Fruit Pies, de una en una, y no tenía que pasar por la misma caja dos veces; lo cual me evitaba los ceños fruncidos que me veía obligado a afrontar cuando entraba en un local que disponía de una única caja. Tenía que comprar cuatro pastelitos para conseguir el cambio necesario para la cantidad de Buggler suficiente para cuatro días. Una vez que cubrí ese gasto me dispuse a hacer el resto de la compra.

Me ardían los brazos y los hombros cuando llegué al hotel tras cruzar buena parte de la ciudad. Supuso todo un alivio cuando al fin vi el cartel de Fish Grotto, el restaurante que ocupaba la esquina sudoeste del edificio donde se encontraba el hotel Joyce, un lugar curiosamente bipolar. Durante el día era el típico local cursi donde podías comprar un cucurucho de marisco, con flotadores de corcho y redes de pescar colgando del techo, con una pizarra apoyada en el

escaparate donde indicaba el pescado del día y un reducido número de clientes comiendo a la hora del almuerzo; podías contarlos con los dedos de una mano. Pero al dar las cinco, con la llegada de la *Happy Hour*, la frase «pescado del día» adquiría un significado por completo diferente y el Grotto se transformaba en un bar gay que estaba hasta los topes casi todas las noches de la semana.

Los más tempraneros ya estaban llegando al local cuando pasé por la esquina. La calle Stark estaba abarrotada de taxis aparcados en doble fila y también de utilitarios de los que bajaban hombres vestidos con elegancia que destacaban como si fuesen pavos reales en medio de una bandada de palomas. Todos me miraron de reojo cuando pasé entre ellos con mis bolsas del Safeway. Era incluso cómico el modo en que daban un paso atrás para dejarme pasar. Me sentía como un Moisés con Abrigo Azul, separando aquel mar de zapatos brillantes.

Dentro del hotel, Vern me saludó sin énfasis con su cabeza pelada cuando atravesé el vestíbulo. Yo interpreté aquel saludo como la confirmación de que a partir de entonces podría subir a mi habitación sin volver a mostrar la llave en el mostrador. Progresaba. Con cada nuevo día, el Joyce iba convirtiéndose un poco más en mi casa. Tuve incluso una mayor sensación de hogar cuando, ya en mi habitación, empecé a sacar las cosas de las bolsas. Dejé los alimentos perecederos —leche, mayonesa y margarina— en el alféizar de la ventana, después convertí uno de los cajones vacíos en la despensa y allí coloqué los sobres de sopa liofilizada y los paquetes de gachas de avena, así como una caja de bolsas de té, un frasco de café instantáneo y varias latas de atún y melocotones Cling. Con eso prácticamente llené el cajón, así que tuve que dejar encima de la cómoda el pan y la mermelada de fresa.

Cuando ya tenía organizada la comida, abrí la mochila y saqué todos los utensilios de cocina que había comprado en Newberry's. Además del calentador de inmersión había comprado dos tazones de cerámica para sopa (uno para hervir el agua y otro para mezclar cosas con el agua hirviendo), así como uno de esos abrelatas con forma de mariposa, un pack para pícnic con gruesos cubiertos de plástico y dos recipientes redondeados para la sal y la pimienta. En pocas palabras, todo lo que necesitaba para prepararme una comida caliente. No tardé mucho en darle a todo aquello muy buen uso.

En cuestión de minutos, el cuenco con el agua encima de la cómoda hervía con tanta furia que empañó el espejo que había en la otra punta de la habitación. Claro está que, en una habitación de tres metros por dos y medio «la otra punta» es un término relativo, pero suficiente para hacerse una idea; el aparato funcionaba tal como me habían dicho. El agua amenazaba con salirse por el borde del recipiente por lo que tuve que desenchufar rápidamente el aparato para que no mojase la parte superior de la cómoda. Allí me quedé, en mitad de la habitación, con un cable en las manos en cuyo extremo centelleaba una resistencia que seguía suponiendo un peligro. No respiré tranquilo hasta que aquella cosa infernal descansó sobre el lavamanos de porcelana, el único lugar donde podía dejarlo sin provocar un incendio. En mi próxima visita al Newberry's iba a tener que comprar otro recipiente de cerámica para enfriar el calentador.

Los nervios del momento, sin embargo, no me quitaron el apetito y la boca se me hizo agua mientras preparaba el contenido del sobre Knorr que, según las indicaciones del fabricante, prometía ser una agradable sopa de pollo y arroz. Habida cuenta de que no había mesa en la habitación, improvisé una sacando el último cajón de la cómoda y colocándolo bocabajo sobre el borde de mi cama. Coloqué la silla junto a la cama también. Acababan de abrir las puertas del Chez Joyce.

Se me dibujó una sonrisa de familiaridad en la cara cuando me senté y extendí un poco de margarina sobre una rebanada de pan para comérmela con la sopa («¡Todo sabe más rico con un poco de Blue Bonnet!»), pues recordé a mi viejo mentor de Dartmouth, el genial poeta Richard Eberhart, que impartía sus selectos seminarios de poesía sentado en un sillón de cuero en la sala de estar, iluminada por el fuego, de su propia casa, en las afueras del campus; un retiro muy propio de poetas ubicado sobre el río Connecticut, poseído por el benéfico fantasma de su anterior inquilino, Robert Frost. Más allá de la oportunidad de mantener relación con el ganador de un premio Pulitzer en un entorno íntimo, los seis o siete estudiantes a los que admitía cada semestre en su seminario también gozaban de otras visitas sorpresa en la casa de invitados de Eberhart; una nómina que, en mi época, incluyó a Robert Lowell, Anne Sexton, William Everson (también conocido como Brother Antoninus) y Amiri Baraka (también conocido como LeRoi Jones). Pasé muchas tardes memorables hablando de poesía en aquella acogedora sala de estar, pero curiosamente la noche que mejor recuerdo fue una en la que el profesor Eberhart indicó con énfasis que, según su opinión, la palabra más eufónica de la lengua inglesa era (¡entre todas las palabras!) *oleomargarine*. Desde aquella noche no he vuelto a pensar del mismo modo en la mantequilla de los pobres.

Me resultaba imposible recordar aquella feliz época sin recordar también la energía creativa que presidía mi existencia cuando Richard Eberhart me acogió bajo su ala. Dicho recuerdo fue lo que despertó la idea de convertir los siguientes cuatro días en una especie de retiro de escritor. Refugiado en la habitación, sin distracción alguna, tenía la oportunidad perfecta de recuperar una de las cosas que el viento idiota parecía haberse llevado consigo: mi fe imperecedera en el poder de las palabras. La única fe a la que aferrarme después de abandonar St Mary y de apartarme de la Iglesia.

Estaba deseando comprobar qué podría hacer con las notas que había tomado en la carretera desde que me fui de Nueva York. Aunque antes de ponerme manos a la obra tenía que recopilar todos los retazos de papel que llevaba dentro de mi original bolsa Wonder Bread y transcribirlos en una libreta de tapa dura que había comprado en Newberry's. Ese trabajo iba a ocuparme el resto de la noche y buena parte del día siguiente. Muchas de mis notas eran meros apuntes que tuve que desarrollar mientras los transcribía, lo cual me alegró porque estaba ocupándome de ello con el viaje todavía fresco en mi memoria.

Cuando me daban calambres de tanto escribir, paraba y me preparaba algo de comer, o bien me relajaba con uno de los libros de la biblioteca, o me ponía a escuchar el programa nocturno de

jazz de la KMHD, una emisora de radio estudiantil del Mount Hood Community College. Y a veces, a altas horas de la madrugada, oía el repiquetear de las teclas de una máquina de escribir resonando más allá de mi ventana abierta. Solía sonreír y pensaba: «¡Tal vez Charles Bukowski se ha instalado en la planta de arriba!». Después de todo, los hoteluchos de arrabal eran el hábitat natural de Bukowski. Un lugar como el Joyce habría encajado perfectamente con su manera de ser.

Durante la segunda noche de mi retiro, acabé de transcribir las notas que había tomado en la carretera —más de cincuenta páginas— y empecé a preguntarme cuál era el siguiente paso. Todavía no había decidido si dichas notas serían el trasfondo para una novela o servirían de material directo para unas memorias.

«Podría consultarlo con la almohada», me dije después de darle vueltas durante una hora sin llegar a conclusión alguna sobre el camino a escoger. A todo esto, Bukowski había seguido tecleando en alguna planta por encima de la mía y resultaba difícil no entender aquel repiqueteo como una especie de reproche respecto a mi falta de productividad. Pero acabé enviándolo todo a la porra y tumbándome en la cama con *En el camino*; sin duda una buena decisión. Me desperté por la mañana con las palabras de Kerouac resonando en mi cabeza y supe que había encontrado la frase de inicio. La línea que me rondaba tenía que ver con cómo la cárcel es el lugar en el que los presos se otorgan a sí mismos el derecho a vivir. Debido a ese pensamiento me dije que todas las notas que había tomado en la carretera tendrían que esperar. Antes de escribir sobre mis días en la carretera supe instintivamente que iba a tener que escribir primero sobre la temporada que pasé en Rikers Island. En cuanto me tomé mi primera taza de café saqué la libreta que había comprado en Newberry's y empecé por el principio, en una celda abarrotada, el primer día que llegué allí.

¡BÚSCATE LA VIDA!

Había otros treinta presos arremolinados en aquella jaula de tres metros por dos y medio cuando llegué a Rikers para el ingreso, pero el ruido era incluso peor que la cantidad de gente. Daba la impresión de que la mitad de los tipos que estaban allí encerrados gritaban entre los barrotes a la vez, todos ellos quejándose de algo a los guardias que estaban sentados tras el escritorio. Quejas tan uniformes y repetitivas que acababan adquiriendo la cualidad hipnótica de una canción escolar.

—¡Eh, jefe! ¿Intentan matarnos de hambre o qué? ¿Cuándo nos van a dar algo de papear?

—¡Eh, jefe! ¿Puedes cerrar esas ventanas? ¡Aquí nos estamos congelando!

—¡Eh, jefe! ¿Cuándo nos van a dar camas, jefe? ¡En esta jaula no hay un puto hueco!

Cuando los guardias se dignaban a responder lo hacían siempre con las mismas tres palabras, pronunciadas con masculino desdén o con cansado desapego: «¡Búscate la vida!».

¡Búscate la vida! ¡Búscate la vida! Estoy seguro de que nunca he oído una frase que me revuelva tanto es el estómago como esas tres palabras durante la temporada que pasé entre rejas. Es una frase que encierra un deje de desprecio, una orden infame que te obliga a revolcarte en el fango de tu impotencia. No llevaba ni media hora en aquella jaula y ya estaba harto de escucharla.

En las jaulas de Rikers las horas se convertían en días, los guardias pasaban de un lado a otro al cambiar de turno, pero el «proceso de ingreso» no producía «ingreso» alguno. El engranaje estaba sobrecargado de trabajo y fallaba; estaba a punto de colapsar. Demasiadas caras que fotografiar. Demasiados dedos a los que tomar las

huellas. Demasiadas billeteras que recoger, demasiados recibos. Demasiados exámenes médicos, muy pocos doctores.

Treinta horas después de llegar a la jaula estaba agotado de estar agotado. El ruido y la masificación hacían totalmente inviable dormir. Los ánimos en la celda estaban a flor de piel y estallaban peleas cada vez con mayor facilidad. Tan solo las ráfagas de frío helado de enero —que se colaban por las ventanas que el guardia se negaba a cerrar— evitaban que la rabia se convirtiese en un disturbio. Siempre que se iniciaba una pelea el guardia de servicio hacía sonar su silbato y aparecía a toda prisa un escuadrón, con sus porras y sus escudos preparados, e irrumpían en la jaula para separar a los contendientes y llevárselos a una celda individual para zurrarles. Dichas palizas nunca se llevaban a cabo a la vista de los demás presos, pero los gritos y los gruñidos hacían volar nuestra imaginación y nos hacíamos un retrato bastante preciso de la situación; una enfermiza lección sobre cómo buscarse la vida.

El tercer día que pasé en Rikers, todavía en la «unidad de ingresos», un guardia entró en la celda y leyó una lista de nombres, entre los que estaba el mío. Nos ordenó que nos situásemos en filas de a dos sobre una «banda de conteo» pintada en medio del pasillo central. Después, el guardia nos llevó hasta un aula que se encontraba en una zona diferente de la prisión y allí un veterano agente de prisiones se pasó las siguientes tres horas dándonos una charla sobre las reglas y los procedimientos que se suponía teníamos que conocer y respetar durante nuestra condena. A juzgar por la cara de aburrimiento de la mayoría de los presos en la sala, aquel hombre predicaba en el desierto. Los únicos que parecíamos prestar atención a su charla fuimos un puñado de novatos; o, según el argot de la cárcel, «pescados».

Tengo que admitir que el hecho de que me enseñasen cómo llegar a ser un preso como Dios manda era el ejemplo más extraño que se me podría haber ocurrido en relación a la idea de la «formación continua». Sin embargo, la charla me pareció fascinante y, para cuando acabó, mi cerebro estaba saturado con toda clase de datos que jamás había supuesto que llegaría a conocer. Por ejemplo, ¿quién podría haber supuesto que a los guardias no les gusta que les llamen *guardias*? Yo no, eso seguro. Por lo visto, nuestros carceleros preferían el trato de «agente» o (el término más común) «CO». No tenía ni idea de que la manera adecuada de reaccionar cuando se producía un disturbio en el comedor era tumbarse en el suelo, con las manos detrás de la cabeza, pues de no ser así podían tomarte por uno de los alborotadores durante la lluvia de porrazos que conllevaba la entrada de un equipo antidisturbios. «¿Disturbios en el comedor?», recuerdo haberme preguntado. ¿Tan frecuentes solían ser los disturbios que los presos tenían que recibir asesoramiento sobre cómo reaccionar cuando se produjese uno? De ser así, los meses que tenía por delante iban a resultar mucho más peligrosos de lo que un pescado como yo había supuesto.

Como descubriría en los días siguientes, todas las normas que había aprendido durante la sesión de orientación no eran más que una porción de lo que era necesario saber para sobrevivir entre rejas. La auténtica «formación» la recibí de manos de los compañeros tatuados que partían el bacalao en los bloques de celdas, muchos de los cuales cumplían su tercera o cuarta condena en la isla. Esa clase de reincidentes sabían más de la vida en la prisión que cualquiera de los guardias, de ahí que no tardasen nada en hacernos entender a los nuevos pescados quién mandaba allí; su intimidante manera de hablar nos dejó bien claro que los guardias iban a ser allí el menor de nuestros problemas.

Por fortuna, cuando me trasladaron desde la unidad de ingresos al bloque de celdas, pocos días después, me instalaron en un dormitorio junto a un «soldado» de una de las familias de la mafia que operaba en Westchester. Cuando le comuniqué que hacía negocios con Bobby Bats, hizo que uno de sus contactos en el exterior verificase la información. En cuanto supo que le había dicho la verdad, Sal, de Yonkers, me acogió bajo su ala y se convirtió en mi «protector». Incluso en Rikers Island, donde los negros y los hispanos superaban en número a los blancos, tener una conexión con una de las «familias» italianas imponía respeto, así que al situarme bajo el paraguas de protección que me ofrecía Yonkers Sal logré evitar que me cayese encima la lluvia de mierda que le cayó a los pescados que tuvieron que apañárselas por cuenta propia. Lo cual hizo que me alegrase de no haber cantado cuando la policía me presionó intentando que les diese el nombre de mi proveedor de cocaína. Al no mentar a Bobby Bats demostré que era un tipo de fiar. De ahí que me ofreciesen protección. Así que el tiempo que pasé en Rikers fue relativamente tranquilo, ajeno a los navajazos que, de tanto en tanto, enviaban a otros presos a la enfermería.

Gracias a la protección de Sal, no tuve que soportar que se me colasen los pandilleros cuando quería usar la cabina de teléfono del bloque. Tampoco nadie se atrevió a convertirme en su «galletita», eufemismo que se utilizaba para designar a compañeros demasiado débiles para oponerse a los depredadores sexuales que los señalaban como objetivo. La única salida para dichos «galletitas» era solicitar que los trasladasen a una celda

individual en la unidad de custodia protegida, que los presos de Rikers denominaban con sorna «Punk City». El confinamiento solitario siempre me pareció un precio muy alto a pagar por haber sido víctima de violación, pero en tanto que único remedio al suicidio, tenía su utilidad.

Nadie se suicidó en mi bloque durante mi encierro en Rikers, pero por lo visto un recluso de uno de los bloques adyacentes se colgó en las duchas poco después de que yo llegase. Recuerdo lo mucho que me molestó oírle a uno de los CO referirse a la víctima como «otro tonto colgando de una soga». Pero eso sucedió en una etapa temprana de mi condena, antes de que mi «formación» continua en Rikers me llevase a dar por supuesta la frialdad de la mayoría de los guardias. Los pocos guardias que trataban a los presos de manera decente resultaron ser los corruptos que colaban la droga en los bloques. Sus intereses personales constituían una razón para considerarnos clientes potenciales y no solo sacos de carne a los que tenían que contar tres veces al día. En el mundo al revés que era la vida en la cárcel, dichos capitalistas del mercado negro eran los únicos guardias que mostraban algo de compasión humana. Me pareció toda una suerte haber sido asignado a un bloque de celdas en el que se movía a sus anchas uno de esos guardias corruptos.

Estando nuestro particular camello de servicio, las noches en las celdas eran mucho más apacibles de lo que lo habrían sido de haber estado al cargo el CO que cubría el turno de día. Como mínimo, por las noches no teníamos que preocuparnos de que nadie diese parte al encargado de turno del olor a marihuana y que eso provocase la irrupción a saco del grupo antidisturbios para revolver nuestros cajones y armarios en busca de contrabando. No dejaba de ser una ventaja. Nuestro bloque, preparado para acoger cincuenta presos, alojaba ochenta, así que el ambiente siempre estaba cargado; incluso cuando abrían las ventanas enrejadas de la parte alta para ventilar. Pero el aroma a marihuana después de que se apagasen las luces suponía un agradable cambio que llegué a apreciar como una de las pequeñas bendiciones que hacían que la vida en la cárcel resultase algo más tolerable. Esa es una de las lecciones que podía enseñarte un lugar como Rikers: aprender a saborear las pequeñas cosas. Una lección que prometí tener presente cuando volviese a salir a la calle.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que escribí algo serio que para la hora del almuerzo apenas había garabateado unas pocas páginas, pero mientras leía mis palabras acompañando la lectura con un bocadillo de atún, sentí que había pergeñado un inicio decente. Daría con el ritmo en cuanto escribiese unas cuantas páginas más. Mientras tanto, lo más importante era seguir adelante mientras iba estructurando el momento clave. Y, a modo de recordatorio íntimo, mi entrada para aquel día en mi libreta fue una cita de Horacio (Apeles y Plinio): «NULLA DIES SINE LINEA». Ni un solo día sin una línea. Un mantra que podía leerse de manera irónica teniendo en cuenta que lo había adoptado un cocainómano en proceso de recuperación. Pero habida cuenta que mi relación con el latín venía de mucho más atrás que mi relación con la cocaína, decidí darle una oportunidad. Para ser sinceros, en las semanas siguientes Horacio cumplió con su parte del trato y me mantuvo centrado. Aunque he de confesar que algunos días mi compromiso con ese mandato era un acuerdo de mínimos, como él mismo habría señalado sin duda ninguna de haber estado contando líneas.

Fue todo un alivio que mis heridas en los talones solo requiriesen de cuatro días para curarse. Incluso las costras empezaron a caerse por sí solas el jueves por la tarde, así que mi convalecencia estaba a punto de tocar a su fin. Unos cuantos días más con los pies vendados con gasas antes de volver a las calles y mi cojera pasaría a la historia. Aleluya, ¡que Dios bendiga las botas militares!

En las siguientes semanas recorrí muchos kilómetros con esas botas mientras buscaba trabajo por toda la ciudad. A pesar del currículum que los voluntarios del centro de asistencia social

habían mecanografiado para mí con absoluta pulcritud, nadie se puso en contacto conmigo. Si existía alguna empresa en la ciudad a la que no le avergonzase contratar a un Abrigo Azul, yo no llegué a saber de ella. Pero no podía culparles. ¿Quién querría darle una oportunidad a alguien que tenía un hotelucho como el Joyce por residencia y cuyo contacto, por lo demás, era el número de teléfono del mostrador?

El único negocio que solía contratar a gente como yo era uno llamado Oregon Advertising. Una o dos veces a la semana enviaban una furgoneta al barrio para reclutar «repartidores de publicidad» —tipos que estaban dispuestos a pasar el día ejerciendo de carteros, pateándose todos los rincones del vecindario que les tocase en suerte—, para clavar folletos publicitarios en los pomos de las puertas de las casas de los suburbios, cuyos dueños no dudaban en soltarte al perro o en amenazarte con una demanda por asalto en cuanto leían el folleto que les habías dejado en las escaleras. Si tenías la piel lo bastante dura era un modo de conseguir quince o veinte dólares en una jornada laboral marcada por el sano ejercicio, el aire fresco y las siempre purificadoras lluvias del noroeste del Pacífico. Sí, me dediqué a ello durante unos días, lo admito.

Había un almacén vacío a unas pocas manzanas del Joyce y los chicos dispuestos a aceptar un día de trabajo se alineaban en la acera de la fachada a las siete de la mañana. Cuando llegaban los de Oregon Advertising, el conductor escogía a ocho o diez personas para formar un equipo. Yo era más joven que la mayoría de los vagabundos que aparecían por allí, así que solía ser unos de los elegidos; de hecho, mis dos primeros días repartiendo publicidad en los suburbios no fueron tan duros.

Era toda una pesadilla intentar mantener la bolsa de folletos seca cuando empezaba a llover — y siempre llovía en algún momento antes de acabar tu jornada laboral—, pero como mis pies estaban ya en condiciones no me costaba nada cubrir los siete u ocho kilómetros que requería el trabajo. Pero al tercer día la furgoneta que apareció tenía otro conductor, un joven machote mexicano que me dedicó una mirada hosca a la que no di importancia. En cualquier caso, en cuanto me hizo un gesto para que me montase en la furgoneta me subí a ella como un tonto y me fui con él a una zona muy alejada; más allá de las agrestes afueras de Beaverton. Me entregó el mapa de mi ruta cuando llegamos allí y fui el primero del equipo en bajar de la furgoneta.

Oí reír al resto del equipo cuando la furgoneta se alejaba y tuve el presentimiento de que me la habían jugado. Pero como era un repartidor de publicidad consciente de su labor, entregué todos mis folletos —cuidándome mucho de transgredir la política respecto a cruzar cualquier porción de césped— y cuando completé mi ruta me dirigí hacia el lugar acordado para que me recogiesen y me dispuse a esperar. Llegué treinta minutos antes al punto de encuentro, pues temía que la furgoneta pasase de largo si no me veía allí y no me llevase de vuelta a las oficinas. Como siempre, me tocó esperar bajo la lluvia, en la cuneta. Una hora y media más tarde seguía lloviendo. Finalmente entendí que el imbécil del conductor me la había jugado.

Me costó Dios y su ayuda que me llevasen en autostop hasta las oficinas de la compañía, a quince kilómetros de distancia. Había oscurecido cuando llegué. Todas las furgonetas estaban

aparcadas y los conductores habían desaparecido hacía mucho rato. Maldije mi suerte porque había perdido la oportunidad de darle a aquel cabrón la patada en el culo que merecía. La secretaria ya estaba cerrando la taquilla de pagos, pero le dije lo que me había ocurrido y me negué a que se fuese sin haber firmado mi cheque. De camino a casa, tuve la tentación de tomarme una copa y una cerveza cuando cambié el cheque por dinero en efectivo en un garito de mala muerte en Old Town, pero decidí que eso supondría verme derrotado también en ese sentido y me negué a hacerlo. Así que me conformé con una larga ducha de agua caliente cuando llegué al Joyce; un ritual de limpieza que puso el punto final a mi carrera como repartidor de publicidad.

Al día siguiente, todavía molesto por la jugarreta, decidí aclarar mis ideas acercándome al centro, a la calle Taylor, y hacerme un pequeño regalo gastando noventa y nueve centavos en la sesión matinal del único cine de Portland en el que había precios rebajados. Me importaba bien poco la película en cuestión, lo que pretendía era distraerme durante un par de horas. Supuse que la programación del cine dictaría mi elección. Vería la primera película que echasen una vez comprada la entrada, fuera cual fuese. Así fue como compré la entrada para *The Little Shop of Horrors*, una película que seguramente no me habría atrevido a ver en otra situación, pues nunca he sido aficionado a los musicales de Hollywood.

No tenía ni idea de qué era lo que iba a ver, lo único que sabía era que la obra había sido todo un éxito en el Off-Broadway a principios de los años ochenta. Imaginad mi sorpresa cuando la película dio comienzo con un gran número musical titulado *Skid Row (Downtown)*. ¡Alucinante! Mientras escuchaba la letra no pude evitar echar un vistazo a los espectadores en busca de algún Abrigo Azul, para comprobar si sonreían como yo; puedo asegurar que vi a más de uno cuya cara demostraba auténtica sorpresa. Allí estábamos, los hijos pobres de la calle Burnside, metidos en un cine, ajenos a la lluvia y a cualquier clase de problema durante un par de horas, ¿y eso era lo que Hollywood podía ofrecernos? ¿Rick Moranis y Ellen Greene cantando sobre lo difícil que resulta escapar de un barrio marginal? Resultaba difícil de creer: gente que llevaba años en la calle había pagado noventa y nueve centavos para ver en la gran pantalla a indigentes de mentira cantando. ¡Eso solo podía pasar en los Estados Unidos de Roger Corman!

No dejé de reír de vuelta al Joyce. Seguía sonriendo cuando crucé el vestíbulo y saludé con un gesto a Vern de camino a las escaleras. Pero mi sonrisa desapareció cuando llegué al segundo piso y vi la pila de bolsas llenas de basura junto a la puerta abierta de una de las habitaciones que estaba frente a la mía. El conserje del turno de día salió en ese momento de la habitación con unos guantes de látex y una mascarilla de papel y añadió otra bolsa más a la pila; su gesto reflejaba el desagrado por todo aquello. Supuse al instante qué había ocurrido. Tenía la suficiente experiencia para saber que estaba siendo testigo de un desahucio. A uno de mis vecinos, por lo visto, le habían pegado la proverbial patada en el culo.

En un principio yo era el único testigo presente en el pasillo, pero el Antiguo Marinero también salió de su habitación, que estaba al lado —con el mismo albornoz y la gorra de superviviente de

Pearl Harbor que llevaba la noche que le conocí—, y arrastró los pies por el pasillo para investigar.

—¿Lonnie se muda? —preguntó el Marinero con la vista clavada en las bolsas de basura.

—Sí —respondió el conserje—. Pero todavía no lo sabe.

—¿Cómo? ¿Lo estáis desahuciando?

—No te puedes quedar aquí si no pagas —dijo el conserje—. Debe el alquiler desde hace tres días.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el Marinero—. Hace cosa de una semana que no lo veo por aquí.

—Es probable que todavía esté en el centro de desintoxicación. Lou, el de la habitación 323, vio cómo se lo llevaban en la furgoneta de los borrachos el martes por la noche. El muy estúpido perdió el conocimiento en medio del puente Burnside.

—Eso no está bien —dijo el Marinero frunciendo el ceño.

—Fuera de juego, diría yo. No te imaginas la de mierda que tenía el tipo en su habitación —se lamentó el conserje mientras se agachaba para agarrar dos bolsas con cierre—. Escucha esto: he encontrado unos viejos pantalones de recoger fruta hechos una bola debajo de su cama, manchados con semillas de fresas. A estas alturas del año nadie recoge fresas, así que deben de ser semillas del año pasado. Increíble. ¿Cómo es posible que alguien quiera vivir rodeado de mierda?

«Porque la mierda de un hombre —estuve tentado de decirle—, es una prueba de que sigue vivo.» Rebusqué la llave de mi habitación en el bolsillo y mantuve la boca cerrada. Algo me dijo que el conserje sabía tan bien como podía saberlo yo que uno no se decide a vivir en una habitación amueblada a menos que esté desesperado. Y una vez que has llegado a ese punto, te agarras a lo poco que te queda, sin importar lo indigno que pueda llegar a ser, para demostrarte a ti mismo que sigues en la brecha.

Como a mí también me habían desahuciado, el proceso me resultó muy familiar. Salías por ahí, te emborrachabas, te gastabas el dinero del alquiler y para cuando regresabas a tu habitación, dos o tres días después, algún empleado del hotel con una llave maestra había sacado todas tus pertenencias y las había guardado en un almacén en el sótano, donde permanecían encerradas hasta que pagabas lo que debías. Por supuesto, para los desahuciados no se trata de un acuerdo justo. Si poseyeses algo que mereciese la pena recuperar no estarías alojado en un hotelucho de mala muerte. Así que uno suele hacer lo único que resulta razonable. Te despides de todo el mundo y te largas. Vuelves a la calle sin nada que perder y, te lo aseguro, no sientes en absoluto ninguna clase de sensación de libertad, diga lo que diga Janis Joplin.

El desahucio de Lonnie fue un inquietante recordatorio de que tan solo disponía de dos semanas de crédito según mi cheque de la LIEAP. Si no encontraba trabajo pronto iba a compartir las aceras con el señor Fresitas. Lo cual no era en absoluto deseable, a pesar de que el tiempo iba mejorando día a día. Si llegase a ese punto, supuse que lo mejor sería encaminarme hacia el sur, hacia San Francisco, para probar suerte con Tanner. Pero todavía no estaba preparado para

marcharme. Estaba convencido de que podría surgir alguna cosa si me quedaba allí. Al menos eso era lo que me decía a mí mismo.

Seguía barajando mis posibilidades días después, cuando oí hablar de pasada a dos vagabundos de mi edad sobre el dinero que habían ganado trabajando en las fábricas de conservas de Alaska cuando eran más jóvenes. Estaba detrás de ellos en la cola del Blanchet House a la hora del almuerzo, centrado en la lectura de un ejemplar de la biblioteca: los retratos personales de Teofrasto, el discípulo de Aristóteles, pero dejé el libro en cuanto oí las cantidades a las que se referían los dos vagabundos. ¿Veinte mil dólares por un curro de cuatro meses? ¿Cómo habría podido competir Teofrasto con algo así? Me sentí de inmediato intrigado y no tardé en empezar a hacerles preguntas sobre dicho trabajo. No podía imaginarme trabajando en una cadena de embalaje en una fábrica de conservas, pero sí me veía en las cocinas de alguno de aquellos barcos.

—Demonios, claro que sí, los cocineros ganan incluso más dinero que los que trabajan en las cadenas de embalaje —dijo uno de los tipos—. Los cocineros se llevan una parte de lo pescado, y si la pesca es buena dan con una buena tajada. A veces ganan el doble que los muchachos de las fábricas.

«Cada vez me suena mejor», pensé, así que les presioné para que me diesen cualquier clase de consejo para encontrar trabajo en la flota de pesca de Alaska.

—Si estás hablando en serio, lo mejor será que te vayas a Seattle lo antes posible —me advirtió el otro vagabundo—. Los barcos de Alaska empiezan a contratar gente en abril. Si esperas mucho perderás la oportunidad. La mayoría de los barcos tienen oficinas en tierra durante todo el año en el puerto de Seattle. Si no tienes contactos, tendrás que ir por ahí con tu currículum y cruzando los dedos para tener suerte.

—Tiene razón —añadió su compañero—. La semana pasada llegué en un tren de mercancías desde Seattle y puedo decir que ya estaban buscando a gente para trabajar en las fábricas de conservas. Si fuese tú, me subiría a un tren hacia allí mañana mismo.

Que hablase de montarse en un tren de mercancías fue la chispa necesaria para ponerme en marcha. Mi infructuoso intento de subir a un tren de mercancías en Nueva Orleans no me había permitido imitar el método favorito de viajar de Jack Kerouac. Por eso dejé de preguntarles sobre barcos y empecé a interesarme en cómo montar en trenes de mercancías, y lo cierto es que aquel tipo me dio buenos consejos sobre la mejor manera de que me «llevasen» a Seattle. Según me dijo, las terminales ferroviarias en Portland estaban fuertemente vigiladas. Mi mejor opción consistía, dijo, en tomar un autobús que me llevase hasta la frontera del estado de Washington y cruzar el puente que llevaba a las terminales de trenes de Vancouver, donde la seguridad era algo más laxa.

—Está bien saberlo —le dije.

Mi cerebro iba ya a mil por hora, haciendo planes para dirigirme a Vancouver a la menor oportunidad. Estaba tan concentrado pensando en la cuestión de los tiempos, que cuando estaba ya

dentro del comedor del Blanchet el voluntario que se encargaba de ubicar a la gente tuvo que gritarme tres veces hasta que me di cuenta de que la silla vacía a la que señalaba era para mí. No tengo ni la más remota idea de cuál fue el menú aquel día. Comí con la cabeza en las nubes y en cuanto acabé me fui al centro, a la biblioteca central, donde pasé una enfebrecida media hora volcado sobre un ejemplar de las páginas amarillas de Seattle, apuntando los nombres y las direcciones de las oficinas de todas las compañías pesqueras de Alaska que pude encontrar. Me animó mucho comprobar que había un buen número de ellas. Estaba ansioso por llegar allí y empezar a buscar trabajo. Pero antes tenía que pasarme por la tienda del Ejército para conseguir un petate para mi ropa, algo de comida y utensilios de cocina. Me resultó fácil.

La noche del viernes lo tenía todo preparado y tanto mi mochila como mi petate estaban listos para salir de viaje a primera hora de la mañana. Dejaría la llave de mi habitación en el mostrador cuando saliese y después me dirigiría al cruce de la calle Salmon con la Sexta Avenida para tomar el autobús metropolitano que me llevaría hasta la frontera del estado de Washington; un desplazamiento que tan solo iba a costarme un dólar con diez centavos. Apenas pude dormir tres horas esa noche, estaba muy nervioso y tenía ganas de ponerme en marcha. Portland se había portado bien conmigo, pero tras sesenta y seis días de marginación era el momento de buscarme un futuro en otro lugar.

Cuando me desperté al clarear el día ese sábado y oí el golpeteo de la lluvia contra la rejilla de ventilación de mi ventana, me dio la impresión de que los dioses del clima iban a alterar mis planes. Me puse algo de ropa y bajé al vestíbulo para ver cómo estaban las cosas en la calle. Lo que vi no me agradó en absoluto. La temperatura debía de haber descendido por la noche porque la lluvia parecía aguanieve y las aceras estaban hechas un asco.

«Hoy no te vas», me dije. Saltar a un tren de mercancías por primera vez ya resultaba lo suficientemente arriesgado con buen tiempo. Sería una locura intentarlo con aquella tormenta. Subí a mi habitación resignado a pasar un día más en el Joyce. Había pagado el alquiler de la habitación hasta el miércoles siguiente. Y como me había pasado las últimas noches en vela me vendría bien dormir algunas horas más. Un día de retraso significaba que me marcharía de Portland el domingo de Pascua, lo que a buen seguro implicaría un menor tráfico ferroviario. Pero no me importaba estar en Vancouver hasta el lunes. Había pasado un mes encerrado y tenía que acostumbrarme de nuevo a las dificultades. Las orillas del río Columbia no serían un mal lugar por el que empezar.

El domingo de Pascua amaneció frío pero despejado y después de un café de despedida en el McDonald's de la calle Alder, eché a andar por la calle Salmon y tomé el autobús número 5 a Vancouver. A esas horas, la gente que tenía que ir a la iglesia aún no se había levantado y el autobús iba casi vacío. Tenía todos los asientos del fondo para mí, así que mientras cruzábamos el Willamette abrí mi mochila y saqué el único libro de la biblioteca que había decidido llevarme conmigo para que me hiciese compañía durante el viaje (confiaba poder devolver el libro con un poco de ayuda de los bibliotecarios de Seattle). Difícilmente podría haber escogido un mejor

compañero de viaje, teniendo en cuenta que iba a montarme en un tren de mercancías, que Clyde Rice, un escritor nativo de Oregón que había montado en un montón de trenes de mercancías a lo largo de la Costa Oeste allá por los años treinta. Debido a una curiosa coincidencia, pocos días antes de mi partida la Biblioteca Pública de Portland había adquirido las memorias que Rice acababa de publicar, *Night Freight*; lo encontré en un estante dedicado a los trabajos más recientes de autores locales. En cuanto le eché el ojo supe que no podía marcharme de la ciudad sin él.

Había reservado la lectura de *Night Freight* para mi viaje y ni siquiera lo había abierto hasta que monté en el autobús. Pero en cuanto leí las primeras líneas supe que iba a viajar acompañado por el hombre adecuado: «Estaba apostado entre los matorrales que se extendían junto a las vías, en las afueras de Eureka. Corría un riachuelo entre los matorrales y había allí al menos veinte vagabundos alrededor de hogueras humeantes...».

Hacedme sitio, chicos. ¡Voy de camino!

Capítulo 10

Fui en el autobús hasta Jantzen Beach, en el límite noroccidental de Portland, y me bajé en la última parada de la ruta, junto a una zona comercial en la orilla sur del río Columbia. A esas horas de la mañana del domingo no había ni una sola tienda abierta. El único signo de vida visible era un atareado mexicano de cabello plateado que estaba descargando de su camioneta ramos de lirios de Pascua envueltos en papel de aluminio y los colocaba en orden sobre una mesa que había preparado en la entrada del aparcamiento de la zona comercial. Le deseé *Feliz Pascua*¹ cuando pasé junto a su paradita y él me saludó con la mano, pero yo no pude corresponderle. En mi mano derecha llevaba el petate y en la izquierda, enrollado, el saco de dormir. Había ascendido socialmente tras dos meses en Portland, a donde llegué solo con mi mochila al hombro.

El saco de dormir era nuevo, de la marca Coleman, y lo había conseguido en otra oficina de asistencia social días después de obtener mi parka de color azul. No había tenido siquiera la oportunidad de estrenarlo porque me instalé en el Joyce el mismo día en que aparecieron los sacos de dormir. Por desgracia, el aislante era fibra de Hollofil sintética en lugar de plumón de ganso, así que era más voluminoso de lo que a mí me habría gustado; aun así, me alegraba disponer de él. Esperaba que su tamaño no supusiese un obstáculo a la hora de subir a un tren en marcha.

Unos trescientos metros más adelante pude ver la estructura de acero de dos puentes elevadores verticales que parecían siameses. Supuse que uno de los dos había sido construido al comprobar que el tráfico entre Portland y Seattle era demasiado intenso para un único puente, y cuando llegué hasta donde se encontraban confirmé mi impresión. El que estaba en el lado en que me encontraba yo, por el que circulaban únicamente vehículos en dirección hacia el norte, parecía mucho más antiguo que el otro. A pesar de que ninguno de los dos habría ganado premio de diseño alguno, resultaban impresionantes. Entre una orilla y la otra, el Columbia debía de tener una anchura que doblaba la del Willamette, el río que cruza Portland, y me costó un esfuerzo considerable llegar a la otra orilla.

Pensé que no tenía sentido cargar con peso extra mientras buscaba un lugar en el que establecerme de camino a la explanada ferroviaria y escondí mi equipaje antes de dirigirme a Vancouver. Los altos matojos que crecían junto a los pilares de hormigón del puente me parecieron un buen lugar, así que descendí desde el camino con mi equipo. Al apartar algunas ramas para hacerle hueco a mis cosas, descubrí una placa de metal enganchada al puente. La placa indicaba la fecha de construcción, 1917, lo que no me sorprendió; aunque sí lo hizo la inspiradora

cita de John Ruskin que incluía. Intrigado por ese hallazgo inesperado, extraje de inmediato mi diario de carretera y copié las palabras de Ruskin:

Cuando construimos nos gusta pensar que lo hacemos para siempre. Pensamos que no es para el disfrute del presente, ni tampoco para uso exclusivo del presente, pensamos que lo hacemos para que nuestros descendientes nos den las gracias. Pensamos que, mientras ponemos una piedra sobre la otra, habrá un tiempo en que esas rocas se harán sagradas porque nuestras manos las tocaron y que los hombres dirán: «¡Mirad! Nuestros padres lo hicieron para nosotros».

John Ruskin era la última persona que pensaba encontrar escondido tras los matorrales bajo un puente en Vancouver, Washington, pero me alegró haberme topado con él. Ya fueses un constructor de puentes, colocando piedra sobre piedra, o un constructor de frases, colocando palabra sobre palabra, su exhortación funcionaba en ambos sentidos. Lo único que me faltó fue encontrar a alguien que pudiese quitar la placa de allí y colocarla en un lugar en el que todo el mundo pudiese verla.

Ya en la calle principal de Vancouver llegué a un pequeño bar detrás de la biblioteca pública, donde unos cuantos borrachos medio adormilados estaban sentados alrededor de una mesa de pícnic dando sus primeros tragos del día. Les pregunté dónde podría montarme en el tren Southern Pacific y me respondieron:

—Ocho calles en aquella dirección, pasada la estación Amtrak.

Entonces el mayor de ellos me preguntó:

—¿Adónde quieres ir?

—Seattle —respondí.

—Tendrás que esperar hasta mañana —me informó—. Los domingos no pasa ninguno, aunque los trenes de pasajeros sí pasan por ahí.

—Sí —dije—. Supuse que sería así. ¿Me tocarán las narices los policías si paso la noche junto al río?

—Qué va, hay mucha gente durmiendo por ahí. Si no enciendes un fuego grande, la poli no se mete contigo. ¿Quieres un trago? —me dijo ofreciéndome la botella que estaban compartiendo.

—No, gracias. Estoy bien —respondí con una sonrisa—. He dejado mis cosas junto al puente. Será mejor que vaya a buscarlas y que me busque un sitio para acampar.

Les deseé a todos una feliz Pascua y me dirigí a mi escondrijo. Veinte minutos más tarde desayuné en un tramo de playa un kilómetro río abajo, a la sombra de un paso elevado del ferrocarril que daba la impresión de haber sido construido por un niño habilidoso con un gigantesco juego de Meccano. Mientras estaba allí sentado untando mermelada de melocotón sobre rebanadas de pan Wonder Bread, vi como un enorme remolcador tirando de una barcaza cargada con arena ascendía por el río y hacía sonar su bocina al acercarse al puente; la bocina impidió que oyese los pasos de alguien que se acercó hasta donde yo estaba desde mi espalda, y no fui consciente de su presencia hasta que lo tuve encima.

Sobresaltado, me di la vuelta deprisa pero me relajé al instante al ver que se trataba de un

vagabundo y no de un policía.

—Lo siento, no pretendía asustarte —se disculpó el desgarrado vagabundo, sonriendo por entre la pelambreira de su larga barba pelirroja—. Me pareció bien pasarme a saludarte, dado que somos vecinos. He acampado ahí abajo, en la playa. Llevo dos días aquí y eres la primera persona que veo por aquí cerca. Me llamo Bill, por cierto, pero todo el mundo me llama Red —dijo tendiéndome la mano. Me fijé en que le faltaba el meñique.

—Encantado de conocerte, Red —dijo—. ¿Quieres desayunar?

—Gracias, pero acabo de tomarme un café y un brioche con pasas en el Plaid Pantry. Aunque te aceptaría un cigarrillo, si tienes uno para darme.

—Claro que sí —dijo sacando mi bolsa de Bugler del bolsillo de mi abrigo—. Toma una piedra y ponte cómodo.

—¿Alguna vez has visto uno de estos viejos puentes giratorios en movimiento? —me preguntó señalando con la cabeza hacia el río.

—Qué va —respondí—. ¿Así los llamas? ¿Puente giratorio?

—Sí —dijo—. Pues ahora vas a verlo. Observa. ¡Ahí va!

Mientras hablaba se encendieron unas luces intermitentes a ambos extremos del puente y, poco después, notamos a nuestro alrededor el ruido de enormes engranajes girando. Muy despacio, la mitad del puente que estaba más próxima a nosotros empezó a apartarse de la orilla del río, pivotó noventa grados y sonó una vez más la bocina del remolcador. El piloto salió de la cabina del timón para saludar con la mano al operario del puente, que le devolvió el saludo desde la pequeña caseta que había en la parte de arriba.

—Muy logrado, ¿no te parece? —dijo Red mientras el remolcador y la barcaza se colaban por el hueco que había dejado la sección del puente que había pivotado.

—Nunca había visto algo así —admití bastante impresionado.

—Yo tampoco —dijo Red encendiendo el cigarrillo—. He montado en trenes por todo el país, pero este es el único puente giratorio con el que me he cruzado.

—Qué bien haberlo visto en acción —dije liándome un cigarrillo—. ¿De qué parte del sur eres, Red? —Su acento era más marcado que el de Dolly Parton.

—Boone, Carolina del Norte —respondió—. ¿Has estado alguna vez por allí?

—No, no puedo decir que haya estado. Pero hace unos meses pasé una noche muy rara en Lumberton —le dije y acto seguido le narré mis aventuras con Sean, el guerrero ninja de Cristo.

Red rio a gusto y reconoció que Boone también tenía su cuota de cenutrios.

—¿Cenutrios? —repetí. Nunca había oído esa palabra.

—Sí, ya sabes, tipos que no tienen nada en la sesera. No hay que venir del sur para serlo. También vi a uno de esos por aquí la última vez que pasé por Vancouver. Un jovencito de aquí que es fácil de reconocer. ¿Ves esos dos grandes cables de ahí? —me preguntó señalando hacia un par de líneas de alta tensión que corrían bajo el agua y salían del río, serpenteaban por la playa de guijarros y desaparecían en el bosque que bordeaba la orilla—. Uno de esos cables todavía

funciona, pero el roído está fuera de servicio desde hace años, y este cenutrio del que te hablo se pasó ocho días en la playa intentando desmontarlo con una navaja y un clavo de las vías del tren, intentando romper la funda para sacar el cobre de dentro. Por eso está en ese estado. ¿Y sabes cuánto consiguió sacar de ahí después de dejarse las manos en el intento? ¡Quince miserables dólares! Eso es tener poca cosa en la sesera, ¿no?

—Increíble —dije.

—¿A que sí? El policía que me contó la historia me dijo que sorprendieron al jovencito en uno de sus viajes al chatarrero, pero cuando le vieron las manos llenas de sangre decidieron que estaba demasiado mal de la cabeza como para molestarse en arrestarlo.

Red era dos años mayor que yo y llevaba montando en trenes desde que regresó de Vietnam, así que tenía un montón de historias que contar. Mientras pude darle tabaco se mostró encantado de compartirlas conmigo.

Antes de que nos diésemos cuenta el sol empezó a ponerse y Red me propuso que llevase mi saco de dormir hasta su fogata para seguir charlando. Red montó una pequeña hoguera y cuando vi que disponía de un cazo de cobre en su campamento saqué una lata de carne de cerdo con judías para cenar. Mientras esperábamos a que se calentase, me contó que hubo un tiempo en el que recorrió Texas en tren con un colega llamado Willy, que también era veterano de Vietnam.

Tuvieron que saltar del tren en Fort Worth cuando el convoy en el que iban se detuvo para añadir más vagones de mercancías y, mientras esperaban para volverse a montar, apareció un guardia como salido de la nada y empezó a atosigarles pidiéndoles sus carnés de identidad. Cuando ya los había acorralado, vieron que su tren a El Paso se ponía de nuevo en movimiento y en lugar de dejarlo ir ambos se lanzaron sobre el guardia y lo noquearon.

—¡No jodas! —exclamé—. Los veteranos no se andan con tonterías.

—Sí, pero no podíamos dejarlo allí. Habría informado por radio en cuanto nos hubiésemos ido. Así que lo cargamos y lo metimos en el vagón con nosotros y nos lo llevamos hasta El Paso. Antes de que se despertase le inmovilizamos manos y pies con las abrazaderas que llevaba y le tapamos la boca con uno de los viejos pañuelos de Willy. Así que cuando despertó no pudo hacer otra cosa que mirarnos con odio y gruñir como un puerco en celo. Cuando llegamos a El Paso pusimos al corriente del asunto a uno de los guarda-frenos que iban en el vagón de cola. Le pareció tan gracioso que nos dijo que se iba a tomar su tiempo antes de liberarlo para que pudiésemos irnos tranquilamente antes de que se hiciese público. En serio.

Seguimos hablando después de cenar y cuando nos metimos en nuestros sacos de dormir a ambos lados de la fogata nos dimos las buenas noches. Pero durante la noche me fui despertando cada vez que un tren Amtrak cruzaba el puente giratorio; lo que me permitió maravillarme de la capacidad de Red para seguir roncando a pesar del ruido.

Debía de ser pasada la medianoche cuando el tercer o cuarto tren me despertó. Salí de mi bolsa de momia para orinar y me fijé en la luna creciente que colgaba del cielo nocturno. Sonreí para mí mismo al apreciar su palidez; un tono más parecido a la margarina que a la mantequilla. Pero el

auténtico espectáculo estaba en el río. Su superficie estaba ahora atravesada por franjas de color marfil, el relejo de las luces provenientes de la orilla de Oregón. El agua negra entre cada una de las franjas me produjo la extraña impresión de estar mirando el ondulante teclado de un piano gigante. Estando allí de pie, escuchando, momentáneamente paralizado, casi pude oír sonar la música de las esferas.

Desmontamos el campamento por la mañana y Red escondió sus cosas entre los árboles de la orilla. Fuimos juntos hasta una tienda Plaid Pantry que había cerca y en el aparcamiento nos tomamos nuestro café matinal. Red se lio varios cigarrillos de mi bolsa Bugler y a cambio del tabaco me hizo un favor usando sus habilidades para ceñir con más fuerza la sogá con la que tenía ligado mi saco de dormir, lo que me permitió atar el saco a mi mochila.

—Así es como tienes que llevarlo —dijo—. Necesitas las dos manos si quieres montarte en un tren en marcha —me advirtió—. No puedo hacer nada con el petate. Tendrás que lanzarlo dentro del vagón antes de saltar.

Me llevó un rato llegar hasta el cambio de vías una vez que Red y yo nos separamos. Me dijo que el tren de mercancías Southern Pacific a Seattle no solía pasar hasta el mediodía. No me preocupaban los guardias porque me había dicho exactamente dónde esconderme mientras esperaba el tren. Me detuve en la estación Amtrak y entré al lavabo para asearme y volver a llenar mi botella de dos litros de agua para el viaje. Al salir me mantuve alerta y anduve el resto del camino hasta la arboleda que Red me había descrito.

Al adentrarme entre los arbustos me sorprendió encontrar un caro colchón de cama reclinable tirado bajo un álamo, seguramente arrastrado hasta allí por algún vagabundo con querencia por la comodidad. Lo escudriñé en busca de bichos pero no encontré ninguno, así que me acomodé en él y saqué *Night Freight* para leer un rato mientras esperaba mi tren. El día era soleado, hacía buen tiempo y la mañana pasó muy deprisa. Antes de darme cuenta tenía el sol justo sobre mi cabeza y supuse que lo más adecuado sería recoger mis cosas y prepararme para montar en el tren.

Cuando oteé desde los arbustos para hacerme una idea del cambio de vías me fijé en dos vagabundos que se acercaban hacia donde estaba y me pregunté si también tendrían pensado montarse en el tren a Seattle. Parecían de mi edad y ninguno de los dos llevaba nada consigo. Al más delgado le sacaba una cabeza de altura y lucía una ligera perilla que le hacía parecer un herborista chino. Su compañero era incluso más bajo, pero era fuerte y tenía una barba negra muy poblada. Cuando llegaron a la altura de mi escondrijo me hice visible y les saludé. Me dijeron que iban a Seattle después de haber pasado el fin de semana en Portland celebrando el cuarenta cumpleaños de un amigo. El de la perilla se llamaba Keith; su amigo se llamaba Paul, pero Keith le llamaba «Bulldog» y no resultaba difícil entender por qué.

Keith y Bulldog habían cruzado el puente hasta Vancouver después de haber tomado el autobús hasta Jantzen Beach, igual que había hecho yo el día anterior. Ambos tenían resaca y estaban sedientos por la caminata, así que cuando les ofrecí mi botella de agua no supieron cómo darme las gracias. Habían dejado todas sus cosas en Seattle, su centro de operaciones, y ni siquiera

pensaron en llevar con ellos una cantimplora cuando se subieron al tren camino de Portland. Les dije que era novato en eso de montarme en trenes de mercancías y que agradecería cualquier consejo que pudiesen darme y Keith dijo que no me preocupase, que ellos saltarían primero y que me ayudarían a subir cuando pasase el tren.

Debido a su sed me quedé sin agua y Bulldog se ofreció a cruzar las vías hasta una espita que había al otro lado. Cuando regresó, cinco minutos después, dijo que había visto a una zarigüeya muerta en el paso a nivel, con la cabeza convertida en pulpa por las ruedas del tren, y sus cinco crías huérfanas rondaban alrededor de su cadáver.

—Qué triste —dije.

—Sí, me sentí mal por las crías. Serán las siguientes en ser aplastadas. Eso es lo que tienen los trenes. Esas ruedas de acero te joderán bien jodido si les dejas.

No eran esas precisamente unas palabras muy inspiradoras para mi primer día en eso de montar en trenes en marcha, pero no dije nada.

—El tren tendría que haber llegado ya —dijo Keith cuando dieron las doce y media—. Tiene que tener alguna clase de problema mecánico. Como no llegue pronto no vamos a poder cenar en el Novia de la Muerte.

—¿Novia de la Muerte? —repetí. ¡Y yo que había pensado que Baloney Joe's Junction era un nombre raro!—. ¿Quién demonios le pondría a su misión un nombre como ese? —pregunté.

—Nadie —dijo Bulldog riéndose—. Así es como llama Keith a la Misión Pan de la Vida. Un tanto cínico, ¿no?

—¿Cuánto se tarda en llegar a Seattle? —pregunté.

—En un día bueno —dijo Keith—, unas cuatro horas. Pero me da la impresión de que hoy no va a ser un buen día.

A la una de la tarde vimos las marcas amarillas de una locomotora SP proveniente del sur. Bulldog echó a correr junto a las vías. Keith y yo le seguimos. El tren redujo la velocidad cuando llegó al cambio de vías. Cuando la locomotora nos superó debía de circular a unos quince kilómetros por hora y seguía aminorando la marcha. Había un vagón plataforma vacío en medio del convoy y Bulldog gritó:

—¡Saltemos a ese, chicos! —exclamó mientras esprintaba al lado del vagón y agarraba el asidero de la escalera de uno de los costados. Dio la impresión de que le resultaba sencillo saltar hasta el peldaño inferior y después alcanzar la plataforma.

Después de que Keith repitiese el proceso, me gritó:

—Venga, ¡lánzame tu petate!

Durante unos segundos de paranoia me lo pensé dos veces antes de tirar el petate, pues me imaginé a aquellos dos riéndose mientras el tren se largaba sin mí. Pero a esas alturas ya estaba demasiado metido en el papel como para detenerme, así que lancé el petate sobre la plataforma y me agarré desesperadamente a la escalera. Sentí entonces cómo Bulldog me agarraba por el antebrazo y, sin que apenas me diese cuenta, subí los escalones y estaba ya a salvo en la

plataforma, con mi corazón latiendo como loco y una estúpida sonrisa en la cara. ¡Virgen santa, lo había logrado!

Los chicos me palmearon en la espalda mientras avanzábamos hacia el norte hasta alejarnos de la zona del cambio de vías. Pero de repente empezaron a chirriar los frenos y el tren se detuvo. Me vino a la memoria el desagradable recuerdo de mi fallido intento de subirme a un mercancías en las afueras de Nueva Orleans. ¡Oh, mierda, otra vez no!

Keith se echó a reír y se golpeó la frente con la mano.

—¡Somos estúpidos, Bulldog! ¿No te acuerdas? Los trenes de la SP siempre se detienen aquí para cambiar las radios. No tendríamos que habernos subido en marcha. ¡Podríamos haber esperado un minuto y habernos montado sin sudar la gota gorda!

—¿Cómo es que tienen que cambiar las radios? —pregunté.

—Porque Burlington Northern controla las vías desde Vancouver hasta la frontera de Canadá. Las radios de la SP están sintonizadas en otra frecuencia. Así que los ingenieros de la SP siempre tienen que detenerse aquí a recoger las radios B&N antes de seguir hacia el norte. ¿Por qué cojones se me habrá olvidado eso?

—Demasiado alcohol durante el fin de semana, seguramente —respondió Bulldog.

Dos minutos después, tal como Keith había predicho, el tren reanudó la marcha, en esta ocasión de verdad. Al ganar velocidad nos sentamos apoyándonos en la cabecera de madera de la parte de delante del vagón, a resguardo del viento, y nos liamos algunos cigarrillos para el viaje. No tardamos en alcanzar los sesenta kilómetros por hora y el ruido se hizo demasiado intenso para mantener una conversación, lo cual a mí me pareció bien. Estaba contento de estar allí sentado haciéndome una idea de conjunto de lo que estaba pasando. De camino hacia St Helen's pude entrever el volcán, nevado y con forma de sierra, a un buen puñado de kilómetros hacia el este. Habían pasado siete años desde la última gran erupción, pero pude apreciar un montón de pruebas del alcance de la actividad del volcán. A lo largo del camino había varias ramblas secas todavía cubiertas por una gruesa capa de cenizas grises, con la superficie ondulada debido a la erosión del viento, como si se tratase de arena de la playa; entre las cenizas aún no había surgido ni la más mínima muestra de vegetación que demostrase que aquella zona había vuelto a la vida.

—¡Algo no va bien con este tren! —me gritó Kevin al oído cuando la velocidad empezó a aminorar cerca de la ciudad de Kelso—. ¡Tendríamos que ir mucho más rápido!

Tenía razón. Cuando llegamos a Longview el tren volvió a detenerse durante otros veinte minutos, mientras el guarda-frenos desenganchaba una de las dos locomotoras y la cambiaba por una nueva. Librarnos de la locomotora averiada supuso una diferencia radical y en cuanto nos pusimos en marcha de nuevo la velocidad alcanzó los ochenta o noventa kilómetros por hora, intentando compensar el parón. De repente, el paisaje literalmente volaba ante nuestros ojos.

Cuando estábamos llegando a Longview nos fijamos en las nubes de tormenta que se aproximaban por el oeste, de modo que cuando nos detuvimos cambiamos la plataforma por un vagón cerrado que estaba vacío. Ahora estaba sentado frente a la amplia puerta del vagón,

apoyado cómodamente en mi saco de dormir enrollado, observando cómo todo pasaba ante mis ojos como si fuese la imagen de un vídeo en *fast-forward*. El ruido que hacían las traqueteantes puertas de acero del vagón era tan fuerte que tuve que hacer un par de bolitas con algo de tela y metérmelas en las orejas para sofocarlo; en cualquier caso, se trataba de un incidente menor que no me arruinó el espectáculo.

Cruzamos a toda velocidad toda una serie de pequeños pueblos con sus molinos de madera y sus criaderos de peces, y a medida que iban quedando atrás escuchaba el sonido, como de juguete, de las campanas de las puertas. No tardábamos en llegar a la siguiente cascada de agua oculta o a un desfiladero cubierto de helechos o a un pasto salpicado de vacas Holstein blancas y negras. A todo esto, el ritmo que marcaba el vagón resultaba hipnótico. ¡Me encantaba! De repente, nos adentramos en una zona de marismas, marcada por el aroma salado del mar. Recorrimos la parte más elevada del estrecho de Puget durante unos treinta y cinco kilómetros hasta llegar a Tacoma, a setenta kilómetros de Seattle, justo cuando empezaba a ponerse el sol.

Estuvimos detenidos en Tacoma durante otra hora mientras el guarda-frenos recomponía el tren, desenganchando algunos vagones y enganchando otros. Durante esa parada, Keith propuso que volviésemos a un vagón plataforma porque tendríamos que bajar del tren en marcha al llegar a Seattle y las escaleras de ese tipo de vagones hacían que la maniobra resultase algo más sencilla. Para mí, sencillo significaba también más seguro, de ahí que me alegrara de estar viajando con gente experta en el asunto.

Cuando el tren volvió a ponerse en marcha, Bulldog me estuvo indicando cuál era la técnica más adecuada para saltar de un tren en marcha.

—Tira tu mochila y tu petate primero —me dijo—. Después ponte en la escalera y descende hasta que tus pies rocen la grava y empieza a correr como un hijo de puta para intentar mantener la velocidad del tren, sin soltarte de la escalera. Si el tren va más rápido de lo que tú puedes correr, tendrás que volver a subirte. Nunca te sueltes de la escalera si no puedes mantener el ritmo del tren. Pero cuando sientas que el ritmo es el adecuado, suéltate y apártate del tren. Ese es un detalle fundamental. Como ya te he dicho, estas ruedas pueden joderte vivo.

Keith creía que el tren reduciría la marcha lo suficiente para saltar cuando estuviésemos cerca del Kingdome, en el centro de Seattle, pero no tuvimos tanta suerte. Siguió avanzando a toda velocidad, pasamos por un túnel que cruzaba la ciudad al que Keith llamó «Moose Hole» y cuando finalmente empezó a ralentizar la marcha lo suficiente como para bajarnos estábamos ya a tres kilómetros del túnel. Keith y Bulldog saltaron primero, para que me fijase en cómo lo hacían, y después lancé mis cosas y empecé a bajar la escalera. Mis pies casi rozaron las duras piedras y me alegré de llevar unas botas de suela gruesa.

En realidad, tenía que correr muy deprisa para mantener el ritmo del tren. Pero, dado que era novato, mantuve la vista clavada en mis pies en lugar de mirar hacia delante, lo cual fue una estupidez. No sé por qué, pero algo (tal vez el avemaría que había rezado antes de empezar la maniobra) me advirtió de que alzase la vista justo antes de soltarme de la escalera. Tuve mucha

suerte porque en esas milésimas de segundo pude ver un poste de acero lleno de luces a tan solo unos tres metros de distancia. Si me hubiese soltado entonces habría ido a topar directamente contra el poste, sin duda con un fatal resultado. Gracias a Dios lo vi a tiempo y no me solté de la escalera hasta que el camino quedó despejado. Cuando me solté logré mantener el equilibrio sobre las duras piedras al tiempo que me alejaba de las ruedas del tren. Cuando me detuve sin llegar a caerme chillé triunfal y Bulldog gritó:

—¡Enhorabuena!

—¡Gracias, entrenador! —le respondí y eché a correr junto a las vías para recuperar mi petate.

¡Por fin en Seattle! Eran más de las ocho de la noche y las luces del Space Needle centelleaban sobre el *skyline* del centro de la ciudad mientras nos encaminábamos hacia el arrabal, cerca del Kingdome, para pasar la noche en el campamento de Keith y Bulldog.

Teníamos hambre después del largo viaje en tren, pero por desgracia llegamos demasiado tarde para que nos diesen de comer en alguno de los centros de acogida locales. Bulldog se las ingenió para recuperar algunos panecillos de un contenedor que había detrás de un restaurante Spaghetti Factory cerca de Pike Place Market, en el paseo marítimo, y nos los zampamos de camino al campamento. Pero seguíamos teniendo hambre cuando llegamos al barrio, así que gasté mis últimos dos dólares de los cupones de comida en un par de latas de cerdo con judías en una tienda de comestibles, donde Keith y Bulldog conocían a todos los borrachos que se arracimaban en la acera. Estaba pagando las latas de judías en el mostrador cuando entró Bulldog exhibiendo una gran sonrisa en el rostro. Uno de los borrachos le había dado monedas suficientes como para comprar una botellita de Wild Irish Rose, que Keith y él no tardaron en abrir de camino al campamento.

Un par de kilómetros más allá del Kingdome y del refugio del Ejército de Salvación llegamos al aparcamiento de una tienda Jartran de alquiler de camiones y caravanas de segunda mano.

—Bienvenido a nuestro «parque de caravanas» —dijo Keith—. Escoge una caravana vacía que te guste. Siempre que nos vayamos antes de que llegue el encargado, a las seis, no tendremos problemas por dormir aquí.

Junto a uno de los costados del aparcamiento corría un ramal de las vías del tren en desuso, cubiertas de hierbajos. Keith y Bulldog habían dejado allí sus cosas, en una caseta abandonada del ferrocarril. Mientras ellos recuperaban sus sacos de dormir yo me dediqué a abrir las latas de cerdo con judías. Nos las acabamos, Keith puso una alarma para las cinco de la madrugada y nos fuimos a pasar la noche por separado en diferentes caravanas vacías.

Estaba dormido cuando Keith golpeó en un lado de mi caravana a las cinco y cuarto. Me levanté, recogí mis cosas y, después de dejarlas en la caseta de Keith y Bulldog, nos encaminamos a oscuras a la Misión Union Gospel, que era la que primero abría sus puertas.

—Tomaremos café y comeremos unos donuts en la misión y después nos acercaremos al centro de plasma Alpha antes de que llegue todo el mundo —dijo Keith, dándonos órdenes de buena mañana.

Su plan me pareció bien. Me había tomado mi último café en el Plaid Pantry de Vancouver.

En el centro de extracción de sangre todo fue mucho más tranquilo de lo que imaginaba. Mi identificación del laboratorio de Portland también tenía validez en Seattle y después de pasar el rutinario control de orina empezaron a sacarme sangre casi de inmediato. En la taquilla de cobro me sorprendió comprobar que en Seattle te daban diez dólares en lugar de los ocho que ofrecían en Old Town. ¡La Ciudad Esmeralda iba a conquistarme muy rápidamente!

Después de eso nos encaminamos a la oficina de Asistencia Social para ver si podía trasladar mi cuenta de cupones de comida a Seattle. Mi carnet del DHS de Portland facilitó el proceso, a pesar de que el sistema en Seattle era algo más estricto en lo referente a acreditar que residías en la localidad. No podías limitarte a señalar con una X un punto en el mapa de la ciudad. Si no disponías de dirección permanente te exigían que pasases tres noches consecutivas en el centro de acogida para indigentes de la Tercera Avenida. A mí no me apetecía en absoluto pasar por ese trámite... hasta que me dijeron el nombre del lugar: ¡Hotel Morrison! Yo era fan de Doors desde hacía mucho tiempo, sabía que el álbum que llevaba ese título se refería a una pensión de mala muerte en Los Ángeles, no en Seattle, pero aun así...

Keith y Bulldog, que me esperaban en la puerta del centro de Asistencia Social, ya se habían ventilado la mitad de la botella que se habían comprado con el dinero conseguido donando sangre y cuando me uní a ellos mascullaron que era el momento de subirse a un autobús gratuito y acercarnos al «Centro indio» para almorzar. Al igual que en Portland, el sistema local de autobuses ofrecía el «cuadrado de tarifa gratuita»: dos kilómetros cuadrados del centro de la ciudad en los que el trayecto del autobús era gratuito. Lo cual estaba muy bien porque tanto Keith como Bulldog se cansaban enseguida de caminar.

A pesar de su nombre, los que atendían en el Centro Nativo Americano eran blancos y su hogareño comedor recordaba más al comedor de un colegio de primera que los habituales comedores de beneficencia. La comida era excelente y cuando nos zampamos aquel salmón al horno con arroz salvaje mis dos guías parecieron revivir.

Después del almuerzo nos montamos en el autobús gratuito de vuelta al arrabal, donde aquellos dos quisieron compartir otra botella de Rosie de camino a Occidental Park, una extensión de césped cubierta de árboles donde se congregaban la mayoría de los vagabundos de la ciudad. Yo no quería malgastar la tarde, así que les pedí que me indicasen dónde se encontraba la biblioteca pública, donde supuse que podría disponer de una máquina de escribir de alquiler con la que poder redactar un currículum vitae revisado del que servirme cuando empezase a visitar las diferentes envasadoras.

El currículum que había traído conmigo de Portland estaba enfocado para trabajos editoriales y en iglesias. Tenía que corregirlo para destacar mi experiencia en cocinas de restaurantes si lo que pretendía era encontrar trabajo como cocinero. Lo cierto era que mi experiencia era más bien escasa. A excepción de los cuatro años que pasé trabajando en las cocinas de la Universidad en Dartmouth, así como los pocos meses de la temporada estival en el club de golf de Dartmouth, mi

única formación culinaria la recibí de manos de mi amigo Danny B, un chef de Tribeca que me contrató para que trabajase en su servicio de *catering* en el Washington Street Café; el último trabajo auténtico que tuve antes de que mi adicción a la coca me llevase a ser incapaz de hacer otra cosa más allá de traficar con drogas en un bar.

La biblioteca del centro de la ciudad, ubicada en un rascacielos en el cruce de la calle Spring y la Cuarta Avenida, iba a convertirse en mi refugio preferido durante el tiempo que pasaría en Seattle; especialmente la cafetería que había en la terraza de la tercera planta, donde por un precio razonable podías tomarte una taza del famoso café de Seattle mientras disfrutabas de las vistas de Elliott Bay y de las islas esparcidas por el estrecho de Puget, a una brumosa distancia. Dudaba de que existiese en todo el país otra biblioteca pública que pudiese ofrecer semejantes vistas, y yo me intenté aprovechar de los escasos días en los que el sol lograba imponerse a la niebla y la lluvia; días que a la gente de Seattle parecían tomarle siempre por sorpresa. Una tarde en la que estaba en la terraza me fijé en dos bibliotecarios que hablaban del clima durante una pausa para tomar café. Cuando el primero se quejó de que hacía demasiado sol el segundo preguntó: «¿Te asusta que acabe con el moho?». Humor típico del noroeste del Pacífico.

Durante aquella primera tarde en la biblioteca, sin embargo, no tuve tiempo para disfrutar de las vistas. Estaba demasiado ocupado empleando la mitad del dinero de mi sangre en la máquina de escribir y la fotocopidora. Mi renovado currículum quedó bastante apañado y estaba deseando empezar a buscarme la vida por el puerto a la mañana siguiente. Aunque antes de eso tenía que sobrevivir a la primera noche en el Morrison; un lugar al que Keith y Bulldog se habían referido con sorna como el «Zoo». Ambos se veían obligados a pasar de vez en cuando por allí: estaban inscritos en un programa social para alcohólicos y quienes los gestionaban exigían una vez al mes una dirección verificable para poder entregarles el estipendio mensual, al que, por supuesto, ellos se referían como «cheque borracho».

El programa que proporcionaba los cheques borrachos se conocía como GAU: Asistencia General para Desempleados, y había sido creado para ayudar a que los indigentes alcohólicos dejaran las calles entregándoles dinero suficiente para alquilar una pequeña habitación amueblada. Así pues, Keith y Bulldog recibían los ciento ochenta y ocho dólares mensuales para emborracharse y, como la mayoría de sus colegas de correrías, preferían gastarse ese dinero en vino en lugar de alquilar un lugar donde dormir; lo cual venía a demostrar que cuando el viento idiota sopla ni siquiera los ingenieros sociales son capaces de construir un cortavientos lo suficientemente fuerte.

Keith y Bulldog me dijeron que se registrarían esa noche conmigo en el Morrison, así que me fui a Occidental Park cuando empezó a ponerse el sol para pasar a buscarlos. Pero antes de irnos al centro de acogida propusieron ir al Pan de la Vida (Novia de la Muerte) para cenar. Como la mayoría de las misiones de orientación protestante, en esa nos dieron una charla antes de darnos de comer. Esa noche el predicador era un honesto joven recién salido de la Bible School. El tema de su sermón fue nuestra salvación como regalo de Dios, pues no era algo que pudiésemos

conseguir por cuenta propia. Según su opinión, poco importaba todo el bien que pudiésemos hacer en nuestras vidas: nunca superaría el peso acumulado por nuestros pecados. Para aclarar el concepto podría haber utilizado muchas analogías, pero se le ocurrió hablar de... ¡multas de aparcamiento!

—Digamos que cometes únicamente tres pecados por día —dijo—. Multiplica esos tres pecados por los trescientos sesenta y cinco días del año y por unos setenta y cinco años, que es lo que suele durar una vida. Tendrás que afrontar el Día del Juicio con setenta mil pecados en tu haber. Ahora imagina que tuvieses que acudir ante un juez con setenta mil multas de aparcamiento. ¿Qué crees que ocurriría? —preguntó.

—¡Alojamiento y comida gratis! —gritó un bromista que estaba sentado al fondo.

La congregación al completo estalló en risas. El pobre predicador enrojeció y durante unos segundos se quedó callado. En la Bible School no debían de haberlo preparado para hacer frente a personas escépticas como nosotros. Pero iba a tener que aprender muy rápido si quería pasar unas cuantas noches en el Hotel Morrison, de eso no cabía duda.

El Morrison, una monstruosidad de ladrillo rojo de ocho plantas de altura, había sido construido a principios del siglo XX como residencia para el Arctic Club, una organización social formada por los supervivientes de la fiebre del oro del Klondike. Ahora era el mayor centro de acogida para hombres de toda la ciudad y cientos de indigentes hacían cola todas las noches en el callejón de la parte de atrás del edificio para que les dejasen entrar por la puerta de servicio.

—No te preocupes —me dijo Keith cuando nos incorporamos a la cola—. Entraremos y saldremos de aquí antes de que te hayas dado cuenta. A nadie le importa si te vas temprano. Tenemos que subir hasta el mostrador, firmar para una noche, sentarnos en el dormitorio con nuestro saco de dormir hasta que pase el tipo con la lista para ver que estamos allí. Después de eso, podremos largarnos —dijo con una sonrisa.

—No puede ser —dije sorprendido de que el sistema pudiese ser manipulado tan fácilmente—. ¿Y cómo consigues una prueba de tu dirección si te vas tan rápido? —pregunté.

—No reparten los papeles hasta mañana. Te pasas por aquí cuando estés por el barrio y lo recoges en el mostrador. Pan comido. Bulldog y yo nos vamos a conseguir un par de botellas y nos iremos al campamento en cuanto comprueben que estamos aquí. De ser tú haría lo mismo.

—Bien, demonios, si así es como funciona también me largo de aquí. —Sonreí.

Acabó siendo una decisión acertada, pues cuando subí las escaleras pude comprobar por qué Keith y Bulldog llamaban el «Zoo» a aquel lugar. La media hora que pasé sentado en el dormitorio de la planta que me había tocado —una sala enorme de techos altos que daba la impresión de haber sido antaño la sala de baile del Arctic Club— fue suficiente para tener claro que sería mejor pasar la noche al raso que tener que lidiar con el barullo que había allí montado.

La variedad de manías que podías presenciar allí era algo digno de ver. Sobre uno de los sacos estaba sentado un alma cándida llamado Billy Beck, que con mucho orgullo me informó de que se iba a Indianápolis a la mañana siguiente haciendo autostop para perseguir su sueño de ganar una

fortuna haciendo de conejillo de Indias en el centro de investigación farmacéutico Eli Lilly. A su lado estaba sentado un joven negro, bajo y delgado, de apenas dieciocho o diecinueve años, que hojeaba con pasión una revista sobre culturismo y le decía a todo aquel que quería oírlo que estaba entrenando para el campeonato de Mr. América. Afirmaba que iba a engordar hasta llegar a los cien kilos antes de competir, lo cual iba a suponer todo un hito, teniendo en cuenta de que apenas debía de pesar cincuenta y cinco. Ni siquiera las pastillas de esteroides que sacó de su mochila podrían obrar semejante milagro. Pero su entusiasmo era imbatible.

—¡Sí señoooooor! —exclamó cuando me mostró las pastillas—. Me tomo esto y trabajo con las pesas y algunos días mis músculos empiezan a retorcerse, ¡crecen! Al principio da un poco de miedo, pero luego te acostumbras.

Sí, debo decir que me encantó largarme de allí en cuanto el tipo con la lista me marcó como presente. Comparados con los tarados del Morrison, dos veteranos de Vietnam borrachines como Keith y Bulldog casi me parecían cuerdos.

Pasé otra noche más en el «parque de caravanas» y por la mañana regresé al Morrison para recoger el primero de los tres resguardos que necesitaba. Aproveché que estaba allí para ducharme y adecentarme un poco con la intención de afrontar el día buscando trabajo. Con esa voluntad me encaminé al puerto muy esperanzado. Sin embargo, tras recibir las mismas malas noticias en cuatro diferentes compañías pesqueras no tardé en descubrir que no había esperanza alguna de que pudiese ocupar un puesto de cocinero ni tampoco de operario en una cadena de envasado.

Por lo visto, ninguna compañía de Alaska quería contratar a nadie a menos que pudiese cubrir el depósito del seguro o bien el importe del vuelo hasta Anchorage, además de los costes de la ropa adecuada para poder trabajar en el Ártico. Según el cálculo que hice, necesitabas entre quinientos y mil dólares. Al parecer, las compañías estaban escarmentadas debido al elevado número de aspirantes que habían volado allí a costa de ellas y habían dejado el trabajo antes incluso de firmar el contrato. Disponer de un depósito tenía sentido; recuperabas el dinero en cuanto terminaba el contrato. Pero yo no tenía ninguna oportunidad de conseguir ese dinero antes de que se repartiesen los trabajos, así que todo mi plan se fue al traste rápidamente. Daba la impresión de que mi única opción era ponerme a buscar trabajo en los anuncios del *Seattle Intelligencer*. Esperaba poder aguantar en las calles de la Ciudad Esmeralda lo suficiente como para encontrar uno.

«Bueno —pensé—, al menos en esta ciudad mi parka azul no resulta un inconveniente.»

Les conté las malas noticias a Keith y a Bulldog cuando me encontré con ellos durante el almuerzo en el Indian Center y ambos dijeron que, en ese caso, sería una tontería no acudir a la oficina de la Asistencia Social y solicitar la entrada en el programa del cheque borracho.

—Es dinero fácil y podrías utilizarlo hasta que las cosas se pongan bien. Te concertarán una cita con el loquero, pero es muy inocente, de lágrima fácil. A un escritor como tú no le costará inventarse una historia triste y conseguir que se la trague. Cuando te firme los papeles, recibirás el

cheque en un par de semanas. Anímate, muchacho —me urgió Bulldog—. No tienes nada que perder.

—Sí, a lo mejor me paso —dije evasivo.

No estaba convencido de que fuese un movimiento que quisiese llevar a cabo. Tenía que pensármelo. Mientras tanto, tenía que ponerme con los anuncios del periódico, así que tomé el autobús gratuito hasta la biblioteca y me fui directo a la sala de los periódicos para consultar el *Intelligencer*. Nada más empezar el repaso me topé con un anuncio muy intrigante: ofrecían puestos de cocinero para trabajar en la temporada de verano en el Parque Nacional de Yellowstone. Nunca antes había estado en las Rocosas, pero durante mi juventud había leído muchas de las historias que aparecían en la revista *Field & Stream* sobre la pesca en Montana y Wyoming, así que tenía la sensación de conocer un poco el terreno; me pareció el momento idóneo en mi vida para ir a explorarlo personalmente.

El anuncio iba acompañado de un número 800 al que podías llamar para presentar tu solicitud, lo que hice de inmediato; por suerte constaba en los registros del Morrison, que era el único centro de acogida que permitía recibir correo. Cuando llamé al departamento de personal de TW Services, que era la concesionaria que regentaba los hoteles y restaurantes del parque, hablé con una joven y agradable mujer llamada Carly, que me dio una rápida explicación del proceso de solicitud y también la esperanzadora noticia de que todavía había vacantes disponibles en la cocina del hotel Mammoth Hot Springs, que abriría sus puertas para la temporada dentro de tres semanas. Me prometió incluir mi solicitud en el correo de ese día y también me dijo que tenía que enviar tres cartas de recomendación y pagar una tasa reembolsable de veinticinco dólares cuando enviase por correo mi solicitud. Le di las gracias y le dije que ojalá llegásemos a conocernos pronto en persona. En cuanto colgué llamé a Información para saber el número de teléfono de las tres únicas personas que se me ocurrió que podrían dar referencias favorables de mi persona: Ace, mi colega, dueño del Racoon Lodge; Danny B, mi antiguo mentor; y el padre Gary, de la iglesia St Francis en Portland, a pesar de que apenas había trabajado un par de meses en su cocina. Tuve que esperar hasta el día siguiente para telefonarlos. Necesitaba conseguir dinero en el laboratorio de donación de sangre a la mañana siguiente antes de poder permitirme tres conferencias de larga distancia. Pero confiaba en que los tres escribirían esas cartas para mí y casi pude imaginarme ya en Yellowstone, cocinando para los turistas y pescando truchas salvajes. Después de las desalentadoras noticias por la mañana en el puerto, ese fue justo el cambio que necesitaba, estaba seguro de ello, y pasé el resto de la tarde hojeando todos los libros que encontré en las estanterías sobre el parque Yellowstone, ilusionándome más y más a cada minuto que pasaba.

Todavía estaba de subidón cuando llegué al campamento de los chicos esa noche. Ambos me dijeron que iban a cruzar los dedos para que pudiese conseguir el trabajo. Incluso acepté un desgarrador trago de Rosie para celebrar el momento; un único trago fue lo máximo que pude tomar. Para mí era un misterio cómo eran capaces de beber un día tras otro aquel veneno appestoso.

—Demonios, si consigues el trabajo vas a necesitar dinero para el viaje —dijo Bulldog—. Es el momento indicado para utilizar el dinero del cheque borracho. Si yo fuese tú, me pasaría por ahí mañana mismo para que me viese el loquero y así pudiesen darme el cheque antes de irme.

—Sí, eso me vendría francamente bien —admití—. Supongo que tendría que tomar un par de tragos de Rosie después de salir del laboratorio para que mi aliento resulte convincente.

Incluso con una considerable cantidad de Irish Rose en mi sistema sanguíneo seguía sintiendo pánico cuando al día siguiente entré en la oficina de los Servicios Sociales. La última vez que había tenido trato con un loquero fue cuando ingresé en Rikers, donde estabas obligado a pasar por una «evaluación psicológica» con el fin de comprobar si tenías o no impulsos suicidas que te impidiesen relacionarte con el común de los presos.

El loquero de la cárcel, que hablaba con un cantarín acento propio de Bollywood, revisó el cuestionario que rellené y alzó las cejas.

—¿Te licenciaste en Dartmouth?

—Así es —dije—. ¿Te sorprende?

—Pues lo cierto es que sí —respondió—. Por aquí no tenemos a muchos exestudiantes de la Ivy League.

—Supongo que no —dije encogiéndome de hombros—. Pero aquí estoy yo.

El loquero se centró después en las preguntas relacionadas con mi consumo de alcohol y drogas, que yo había respondido con sinceridad, pero cuando me preguntó si había intentado alguna vez hacerme daño voluntariamente me eché a reír en su cara.

—¿Te parece graciosa la pregunta? —preguntó con el ceño fruncido y aire de perplejidad.

—Venga ya, doctor. Seamos honestos —dije—. Estoy aquí sentado, vestido con un mono de presidiario color verde. ¿Acaso no resulta obvio el daño que me he infringido a mí mismo?

La sala de espera de la oficina de los Servicios Sociales disponía de una zona anexa, acristalada, para fumadores, donde pude calmar mis nervios antes de la cita con el psiquiatra. Mientras me encendía un cigarrillo escuché de pasada cómo una anciana borracha le daba la tabarra a un tipo de pelo blanco; el tipo temblaba de tal modo que apenas podía llevarse el cigarrillo a la boca.

—¡Mírate! —dijo la mujer—. Será mejor que te eches un rato o no vas a poder recoger tu siguiente cheque. Tiembles como un jodido perro cagando cuchillas de afeitar.

El hombre sonrió y le dijo:

—Sí, esta mañana me dio la impresión de estar utilizando un cepillo de dientes eléctrico.

Cuando finalmente me senté en el despacho del doctor Nelson no me resultó tan difícil hablar como había temido. Me preguntó qué era lo que yo creía que me había llevado a tener problemas con el alcohol, así que le solté el rollo de lo difícil que era crecer junto a una madre alcohólica. Redondeé mi triste historia culpando a la depresión que había sufrido tras la muerte de mi esposa, Kate. Hasta salir de nuevo a la calle no me di cuenta de que la mayoría de las «chorradas» que le había soltado al psiquiatra eran mucho más ciertas de lo que habría estado dispuesto a admitir.

Chorradas o no, mi actuación hizo que el doctor estampase su sello de aprobación y en un par de semanas cobraría mi primer cheque borracho. Mi deseo de conseguir algo de dinero para marcharme dio comienzo de un modo bastante prometedor.

Pocos días después encontré en mi buzón del hotel la solicitud para Yellowstone, y tampoco tardaron en llegar tres cartas de recomendación que había pedido. Todo parecía alinearse. Mi generoso amigo Ace, del Racoon Lodge, incluso metió un billete de veinte dólares junto a su carta, que me servirían para cubrir los gastos de la solicitud que tenía que enviar en mi paquete, así que me ayudó mucho más de lo que podría haber supuesto. La carta de recomendación del padre Gary fue la última en llegar y en cuanto la tuve en las manos corrí a la oficina de correos. A partir de ese momento solo me quedaba rezar y esperar.

Al no recibir respuesta postal en lo que a mí me pareció una interminable semana, mi impaciencia sacó lo mejor de mí, crucé los dedos y llamé a Carly a las oficinas de TW Services. No pude elegir mejor el momento. Alegremente me informó de que había enviado mi contrato por correo el día anterior. ¡Me habían contratado! Y las noticias mejoraron cuando me dijo que haría lo posible por conseguirme una habitación individual en uno de los dormitorios de los empleados. Como era bastante mayor que los estudiantes universitarios que conformaban el grueso del personal del hotel durante la temporada de verano, había supuesto que me sentiría más cómodo con algo de privacidad. Le dije que eso era fantástico porque estaba intentando escribir un libro, y estar a solas me vendría muy bien.

Durante los siguientes diez días estuve ocupado llevando a cabo los preparativos del viaje. Llegó mi cheque borracho y le pedí a Keith que cambiase la mitad de mis cupones de comida por dinero en efectivo en la fraudulenta tienda donde siempre cambiaba sus cupones mensuales. Me alegró recibir mis setenta céntimos por dólar. Era mejor porcentaje que el que te daban los timadores de Portland. Con ese dinero, y el que había ahorrado con mis extracciones de sangre, disponía de doscientos cincuenta dólares para gastar en todo lo necesario para el viaje a Montana. Compré ropa y equipo de acampada y una mochila de montaña. Me gasté prácticamente todo el dinero, pero no me importó. Dentro de poco iba a recibir una paga de verdad y mientras tanto no iba a necesitar mucho dinero pues el viaje a Montana iba a salirme gratis. Me llevaría un tren de mercancías.

Las circunstancias del destino llevaron a que conociese a un tipo de la reserva india de Blackfeet, en Montana, la semana anterior, mientras comía en el Centro Nativo Americano. Me contó que podía tomar un autobús hacia el norte hasta la cercana ciudad de Everett y que allí podía montarme en un tren que me llevaría hasta el este de Spokane. Me dijo que tendría que cambiar a la que llamaban la Southern Line y que allí podría tomar otro tren que me acercaría hasta Bozeman, Montana, a solo ciento cincuenta kilómetros al norte de Yellowstone. Según el ritmo de los trenes cabía la posibilidad de que llegara a mi destino en tres o cuatro días como mucho, calculó, lo cual me resultó de gran ayuda porque de ese modo pude prever el día de mi

partida. Tenía que estar en Yellowstone a principios de la tercera semana de mayo. Si me encaminaba a Everett una semana antes dispondría de tiempo suficiente.

Cuando finalmente llegó el domingo de mi marcha, fui con Keith y Bulldog a la Misión Union Gospel para desayunar juntos. Al despedirme me palmearon la espalda y me dieron cariñosos puñetazos en el hombro. Durante el último mes aquellos dos tipos habían sido de gran ayuda para mí, además de ser buena compañía. Deseaba que algún día lograsen encontrar un modo de salir de las calles tal como había hecho yo. Pero tenía la triste impresión de que la botella no iba a soltarles pronto, de ahí que mi despedida fuese un tanto agri dulce.

El autobús a Everett me dejó en el centro, en la zona de negocios, y gracias a un lugareño conseguí la dirección que necesitaba y recorrí las adormecidas calles dominicales hacia el cambio de vías en el límite de la ciudad, contento de no llevar conmigo un petate para variar. Mi nueva mochila era lo bastante espaciosa para meter en ella todas mis pertenencias, con mi saco de dormir adecuadamente metido en una bolsa impermeable y ceñido a la parte baja de la mochila. Necesitaba ambas manos cuando me dispusiese a montar al tren y ahora me sentía más confiado que en Vancouver. Estaba ansioso por empezar el viaje.

Me detuve en un parque junto a las vías y leí una placa en honor a los sindicalistas tiroteados por los justicieros locales durante los disturbios de 1916. Estaba seguro de haber oído una canción de Woody Guthrie sobre la masacre en uno de sus viejos discos, pero no podía recordar de qué canción se trataba exactamente. Había unos cuantos vagabundos sentados en los bancos del parque, disfrutando del tiempo primaveral, y me acerqué a ellos para comprobar si sabían cuándo pasaría el próximo mercancías en dirección al este. Por lo visto iba a tener que hacer noche en Everett; me dieron las mismas malas noticias que en Vancouver: los domingos no pasaban por allí trenes de mercancías. Pero me mostraron dónde había una brecha en la alta verja metálica que separaba el parque de las vías, y me dijeron que podía pasar la noche entre los arbustos del extremo más alejado de las vías. «Vaya —pensé—. Otra noche bajo las estrellas. Un problema menor.» Ahora disponía de un hornillo de campo y podría preparar café y judías calientes para cenar.

Mi espera en Everett resultó más larga de lo previsto. El mercancías en dirección este que estaba esperando no apareció hasta la puesta de sol del lunes. Lo bueno del asunto era que se trataba de un tren con contenedores, lo que habitualmente significaba que era un expreso, así que tal vez podría recuperar algo de tiempo en el trayecto. Y las perspectivas mejoraron porque el tren se detuvo por completo y no tuve que echar a correr. Uno de los guardafrenos que recorría la vía me vio cuando salté a bordo de uno de los contenedores, pero se limitó a asentir con empatía y cuando pasó junto al vagón me preguntó hasta dónde iba.

—Primero a Spokane, después a Bozeman —le dije.

—Llegaremos a Spokane cuando empiece a salir el sol —dijo—. Después de eso nos dirigiremos hacia el norte, así que tendrás que tomar un tren diferente para llegar a Montana.

Aunque ya estaba al corriente del cambio, se lo agradecí igualmente, pero acto seguido me dio

un consejo que acabaría resultando crucial. Me advirtió de que cruzaríamos un túnel muy largo de camino al norte después de Cascades, y allí el humo de los motores diésel de la locomotora se hacía muy espeso.

—Será mejor que te pongas una prenda de ropa húmeda en la cara en cuanto entremos en el túnel o estarás tosiendo desde la mitad —me advirtió.

Ese era un detalle que no había tenido en cuenta. El bondadoso ángel que cuida de los locos que se montan en trenes de mercancías había puesto en mi camino a aquel amable guardafrenos. A pesar de taparme la boca y la nariz con un pañuelo mojado, respiré tanto humo mientras cruzábamos aquel túnel interminable que seguí tosiendo cuando nos detuvimos en un manzanal en mitad de la noche para recoger más vagones en Wenatchee. Mientras el tren estuvo detenido oteé para ver si había algún guardia por allí. No vi ninguno, salté a las vías para echar una meadita rápida y me fijé en varios vagabundos acampados en una arboleda de sauces en el extremo más alejado del cambio de vías. Habría envidiado su fogata si no hubiese tenido conmigo mi saco de dormir para mantenerme caliente. Montado en el tren, incluso con el viento silbando a mi alrededor cuando íbamos a cien kilómetros por hora, me mantuve bien cómodo en mi saco, como lo estuve cuando el tren volvió a ponerse en marcha en Wenatchee. No me desperté hasta que el sol de la mañana empezó a darme en la cara.

Atravesamos los desérticos campos de avena de la zona este del estado de Washington. Bajo el brillante sol matinal las gigantescas ruedas de irrigación de los granjeros desplegaban arcoíris por todas partes al tiempo que el tren trazaba un amplio arco hacia el norte y recorrimos toda una serie de elevadas mesetas que nos llevaron hasta las inmediaciones de Spokane. Enrollé de prisa mi saco, lo metí en su bolsa, la enganché a mi mochila y me preparé para saltar en cuanto la velocidad del tren disminuyese.

El único detalle en relación a un descenso adecuado del tren que no aprendí en mi sesión práctica con Keith y Bulldog fue cómo calcular cuándo la velocidad del tren es lo bastante lenta como para llevar a cabo de un modo seguro la maniobra. Esa era una habilidad que solo podía adquirirse a través de la experiencia, y mi lamentable carencia de esta quedó patente esa mañana cuando lancé mi mochila de manera prematura; cuando me agarré a la escalera para intentar correr al lado del tren me di cuenta de que todavía iba demasiado rápido. En cuanto mi pie tocó la graba entendí que estaba en problemas. El suelo volaba debajo de mí y lanzaba mi pie hacia atrás como un disparo, hacia las amenazadoras ruedas de acero. «¡Esto no va bien! ¡Arriba!», gritó mi cerebro. Una punzada de pánico me ayudó a sacar las fuerzas necesarias para agarrarme de la escalera con fuerza. Lancé un sonoro suspiro de alivio.

Tres kilómetros más allá el tren finalmente empezó a reducir la velocidad hasta un punto que me pareció más apropiada para mis intereses y pude descender sin problemas. Mi error de cálculo, sin embargo, me obligó a caminar seis kilómetros de vuelta hasta el lugar en el que había tirado mi mochila. Mientras caminaba —maldiciendo por semejante equivocación— me crucé con otro vagabundo y le pregunté si sabía dónde podía tomar el tren a Montana.

—Tiene que ser la línea del sur —dijo—. Pero vas en dirección contraria. La línea del sur está en el cruce principal. Tienes que dar la vuelta.

—Primero tengo que recuperar mi mochila —dije con una sonrisa boba—. La tiré del tren demasiado pronto.

—Sé de qué me hablas —replicó el viejo vagabundo. Me advirtió entonces de que posiblemente tendría que esperar mucho, pues apenas circulaban ya trenes de mercancías por la línea sur—. Es posible que tengas que esperar dos o tres días antes de que pase un tren proveniente del este —dijo.

—¿En serio? ¡Mierda! —exclamé—. Supongo que tendré que hacer autostop. Tengo que estar en el parque Yellowstone a finales de semana.

—Pues parece que tendrás que hacer autostop —coincidió conmigo el vagabundo—. Si tienes suerte haciendo dedo podrás llegar antes de que anochezca.

«Dios mío, espero que esté en lo cierto», murmuré antes de seguir caminando para recuperar mis cosas. Pero la predicción de aquel vagabundo resultó ser demasiado optimista. Al anochecer tan solo había conseguido llegar hasta Missoula, Montana, después de una serie de viajes cortos a través de Idaho; y pasar un montón de tiempo en las afueras de pequeños pueblos mineros dejados de la mano de Dios como Bitterroot Mountains, moviendo el dedo pulgar hasta que el siguiente buen samaritano pasaba a mi lado. Trescientos kilómetros en ocho horas de autostop suponían un avance patético, pero cuando el último viaje del día me llevó al otro lado de la cima de Lookout Pass y pude echarle un vistazo por primera vez a las tierras de Montana, me dio la impresión de que todos mis esfuerzos habían valido la pena.

Aquella noche acampé bajo unos sauces a orillas del Clarks Fork, el río que Norman Maclean hizo famoso en su novela *El río de la vida*. Llegaba un aire fresco de la montaña y la noche era clara, y puedo decir que mientras estaba sentado a resguardo del viento tras mi tienda de lona, tomando café bajo aquel millón de estrellas que brillaban sobre el estado del Gran Cielo, me sentí un hombre feliz. Supuse que si al día siguiente tenía algo más de suerte podría llegar hasta el parque Yellowstone. Tan solo quinientos kilómetros me separaban de la nueva vida que venía persiguiendo desde hacía cuatro meses, así que estaba ansioso por volver a la carretera en cuanto volviese a salir el sol.

No me sentí tan afortunado unas horas después cuando el sonido de la lluvia repiqueteando contra la lona de mi tienda me despertó poco después de la medianoche y descubrí que, mientras dormía, había entrado agua en la tienda y había empapado no solo mi saco de dormir sino también mi ropa. No tuve más remedio que desmontar el campamento a oscuras y echar a andar río abajo en busca del puente más cercano. Pero para cuando encontré refugio el daño ya estaba hecho y estaba empapado y me sentí fatal el resto de la noche. Pero justo antes de que amaneciese me relajé un poco. El cielo se despejó y cuando salió el sol el cielo era de un azul radiante.

En cuanto hubo luz suficiente para ver lo que hacía, saqué ropa seca de mi mochila y me quité la mojada con la esperanza de que no me viese ningún corredor mañanero. Podía imaginar el

titular del periódico local: «Vagabundo desnudo arrestado bajo el puente de Clarks Fork». Me apresuré de lo lindo: puedo asegurar que no había vuelto a vestirme con semejante celeridad desde la noche en que el padre de mi novia, marino mercante, llegó a su casa dos días antes de lo previsto y casi nos pilla desnudos en su vacío apartamento de Bay Ridge.

Una vez adecentado, extendí mi ropa empapada y mi igualmente empapado saco de dormir sobre unas rocas que había junto al río para que se secasen al sol. Lo único que podía hacer en ese momento era esperar. Cuatro frustrantes horas después, mis cosas estaban lo bastante secas para poder volver a guardarlas. Solo entonces pude dirigirme a la autopista y ponerme otra vez en ruta.

Eran ya las once de la mañana. Había perdido un montón de horas. Pero supe que mi suerte estaba a punto de cambiar cuando me recogió un coche solo cinco minutos después y descubrí que el universitario que conducía iba camino de Red Lodge. Tuve que pellizcarme para aceptar lo que me dijo: ¡en tres horas estaríamos en Bozeman! Bozeman estaba a unos ciento treinta kilómetros al norte de Yellowstone. Mis probabilidades de llegar al parque antes del anochecer habían vuelto a aumentar.

El joven se llamaba Tom, me dijo que estudiaba ingeniería y que regresaba a la casa familiar en Red Lodge, desde la Universidad de Idaho, para pasar allí dos semanas de vacaciones antes de que diese comienzo su trabajo de verano. Para ser tan joven había viajado mucho, así que pasamos las horas compartiendo historias sobre lugares en los que habíamos estado. Se sentía especialmente orgulloso del viaje que había hecho al Nepal el verano anterior. Su mirada desprendió un apasionado fulgor al describir los remotos desfiladeros del Himalaya que había recorrido con un kayak a la espalda, por el puro placer de recorrer con él rápidos que nunca nadie hubiese bajado en canoa.

«Tiene que ser bonito ser rico», pensé. Pero aquel muchacho tenía los pies en el suelo y no se mostró en absoluto pretencioso. Parecía igual de impresionado por mis aventuras en los trenes de lo que yo lo estaba por sus viajes por todo el mundo en busca de corrientes de agua clase V. Congeniamos enseguida.

—¿Estás seguro de que quieres que te lleve hasta Bozeman? —me preguntó Tom cuando nos acercábamos a los límites del pueblo—. Si quieres ir directo al parque lo mejor sería que te dejase en Livingston. Igualmente vas a tener que cruzar Livingston si quieres tomar la autopista 89. Esa es la única carretera que te lleva a la Entrada Norte.

—Sí, claro. Livingston me parece bien —dije—. Cuanto más cerca me dejes del parque más feliz me sentiré.

Al este de Bozeman se iniciaba la larga ascensión hasta la cima de Bozeman Pass. Allí donde ponía la vista la naturaleza mostraba su esplendor; un chico de ciudad como yo no podía hacer otra cosa más que abrir los ojos como platos ante aquella maravilla. Prados alpinos en los que yeguas de pelo castaño jugueteaban con sus crías. Arroyos fruto del deshielo correteaban entre tierras rojizas. Halcones de cola roja y águilas americanas sobrevolando en círculos las densas laderas verdes de la reserva forestal de Gallatin. Y luego estaban las cimas de las montañas

Rocosas, creciendo a mi alrededor, mucho más altas que las montañas Blancas de New Hampshire; que me impresionaron en mis tiempos de universitario pero que ahora me parecían «liliputienses» en comparación. Era un paisaje que te hacía sentir muy pequeño. Incluso a un adulto como yo, acostumbrado a sentirse poca cosa.

Todavía lucía el sol cuando Tom me dejó en Livingston. Caminé hasta la interestatal y me situé en el costado sur de la autopista 89, frente a un enorme cartel de color verde que anunciaba: «ENTRADA NORTE, PARQUE YELLOWSTONE, 83 KILÓMETROS». Estaba tan cerca que no dudé que llegaría antes de que se pusiese el sol.

«¡Estás ya casi en la línea de meta, Hat!» Sonreí para mí mismo mientras me colocaba bien el sombrero y alargaba la mano para mostrar el pulgar. Tras haber recorrido ocho mil kilómetros y haber cruzado la frontera de veinte estados, finalmente había llegado al lugar que andaba buscando, y a medida que cada nuevo desplazamiento de esa tarde me acercaba un poco más a la línea de meta te aseguro que no podrías haber borrado la sonrisa de mi rostro ni con una palanca.

A dos kilómetros al sur de Livingston, subido en la cabina de un tráiler maderero, tuve el primer atisbo del río Yellowstone, y mientras seguíamos su curso a través de Paradise Valley pensé en todas las noches que me había sentado en la sala de estudio de St Mary a hojear *Field & Stream*, soñando, imaginando cómo sería pescar truchas desde las orillas de aquel río legendario. Pues bien, ahora iba a descubrirlo en persona; en cuanto recibiese mi primera paga y pudiese permitirme comprar caña y sedal.

Estaba a menos de veinte kilómetros de la entrada norte del parque cuando el camión maderero salió de la autopista para tomar una carretera de tierra que le adentraría en el bosque a la altura de Tom Miner Basin. Le agradecí el viaje al camionero, él me deseó un buen verano en Mammoth, y dos minutos después subía a la parte trasera de una furgoneta Volkswagen de alquiler de una joven pareja de alemanes en viaje de luna de miel por Estados Unidos. Ambos parecían tan impresionados por el paisaje como lo estaba yo, y cuando cruzamos el cañón de Yankee Jim y seguimos la corriente del río hasta llegar al pequeño pueblo de Gardiner, donde un gran arco de piedra marcaba la entrada del parque Yellowstone, la novia se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Vives aquí?

—A partir de ahora, sí —respondí con orgullo.

—Qué suerte la tuya —me dijo.

—Sí —contesté con una sonrisa.

Qué suerte la mía.

Epílogo

El rústico arco de piedra de la entrada norte del parque de Yellowstone está grabado con un fragmento del Acta del Congreso que indica que Yellowstone se convirtió en el primer parque nacional del mundo en 1872. Puede leerse: «PARA EL BENEFICIO Y DISFRUTE DE LAS PERSONAS». Millones de visitantes de Yellowstone han pasado bajo esa inscripción desde que el Arco Roosevelt fue construido en 1903, pero me atrevo a decir que ninguna de esas personas se ha beneficiado o ha disfrutado más del parque de lo que lo hice yo durante los cinco años que trabajé en el hotel Mammoth Hot Springs. Desde el mismo momento en que bajé de la furgoneta Volkswagen de los turistas alemanes en aquella remota tarde en Gardiner, mi vida dio un vuelco a mejor; tal como había deseado.

Gracias a una feliz coincidencia, el encargado jefe de todas las cocinas del parque, David Rees, era también un refugiado de Brooklyn y bajo su tutela perfeccioné mis habilidades como cocinero y fui ascendiendo rápidamente. En cuestión de dos años me convertí en jefe de cocinas y la experiencia que adquirí en el Mammoth fue el trampolín de una carrera culinaria que se extendería durante dos décadas. A pesar de que no ha tenido nada que ver con la carrera literaria que soñé estando en la universidad, sí ha sido, sin embargo, una profesión creativa plagada de retos y muy satisfactoria. Nunca he lamentado haber escogido ese camino una vez que fui capaz de dejar atrás el viento idiota.

A excepción de una aterradora noche de recaída cuando el parrandero actor Dennis Quaid se presentó en el Blue Goose Saloon de Gardiner durante mi primer verano en Yellowstone, me alegra decir que no he vuelto a esnifar una sola raya de cocaína. Y todo el senderismo que practiqué por los caminos de montaña del parque no tardaron en ponerme fuerte y en hacerme sentir más en forma de lo que lo había estado en muchos años; así que puedo decir que mi salud también experimentó un cambio a mejor en Yellowstone. Y lo que resultó incluso más sorprendente: también mi vida emocional mejoró.

Durante mi segundo verano en Mammoth —el verano de 1988, cuando más de doscientos incendios en los bosques ennegrecieron una tercera parte de la vastedad del parque— conocí y me enamoré de una joven californiana de enorme corazón llamada Kathy Brunn, que trabajaba en el departamento de reservas del hotel. Teniendo en cuenta las circunstancias, nuestra relación era improbable, pues Kathy era quince años más joven que yo. Ella era lo que los budistas denominan un «alma vieja» y, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más comprendía que el destino me había

enviado la compañera de vida que jamás creí que podría llegar a tener tras la muerte prematura de Kate, mi segunda esposa.

Cuando los incendios nos obligaron a ser evacuados del Mammoth a mediados de agosto, Kathy y yo nos instalamos en Gardiner y alquilamos juntos una cabaña de dos habitaciones en Jardine Hill. Después de eso, y al igual que el resto de los ochocientos residentes de Gardiner, nos pasamos las siguientes semanas rezando para que los incendios no llegasen al pueblo y volvieran a evacuarnos. Pero en la primera semana de septiembre el fuego alcanzó Sepulcher Mountain —la última barrera natural que protegía Gardiner del avance de las llamas— y dio la impresión de que nuestras plegarias no obtendrían respuesta.

Todavía recuerdo como si fuese ayer la noche del sábado en que ardió la parte alta de Sepulcher. Kathy y yo habíamos acudido al Blue Goose Saloon junto a una multitud de trabajadores del parque para oír tocar a una banda de Bozeman, la Hyalite Blues Band. El Blue Goose se encontraba en la calle Park, en la parte del pueblo más cercana a Sepulcher Mountain. Para cuando la banda acabó su primera serie de temas, el fuego había alcanzado ya la cima de la montaña. De repente, todo el mundo empezó a pedir que tocasen *Fire on the Mountain*, un conocido tema de los Grateful Dead que la Hyalite Blues Band solía tocar. Los tipos de la banda accedieron y la mayor parte de la gente salió a la calle, bebidas en mano, para contemplar el espectáculo del fuego. Todo aquello guardaba un inquietante parecido con la escena de *Titanic* en la que se ve cómo la orquesta del barco sigue tocando incluso en mitad del desastre.

Cuando cerraron el local, a las dos de la madrugada, nos fuimos de allí convencidos de que no tardaríamos en escuchar las sirenas de emergencia. Unos pocos días antes nos habían advertido de que hiciésemos las maletas, para que pudieran llevarnos al gimnasio del instituto Livingston en caso de ser necesario. Debido a alguna clase de milagro inverosímil, aquella mañana muy temprano empezó a nevar, así que el domingo, 11 de septiembre, obtuvimos la respuesta a nuestras plegarias y las llamas del Sepulcher se extinguieron. Además, el viento cambió y llevó el incendio de vuelta hacia Yellowstone, alejándolo del pueblo.

En otoño del año siguiente, Kathy y yo nos casamos dos veces en un mismo día; algo que dudo puedan decir muchas parejas. La primera ceremonia formal se celebró en la histórica capilla de piedra del Mammoth, pero como nuestra licencia matrimonial era de Montana y la capilla estaba ubicada en Wyoming, el único modo de legitimar nuestra unión fue descender la colina de Mammoth hasta llegar a la frontera del estado en el paralelo 45, donde todo el cortejo nupcial volvió a reunirse a orillas del río Gardiner para ver cómo repetíamos los votos en territorio de Montana.

Lo único que empañó la ceremonia fue la falta de miembros de la familia del novio. Obviamente, Kathy sabía que sería así. En los inicios de nuestra relación le conté todo lo referente al distanciamiento con mis padres. Le expliqué, por ejemplo, cómo estando en la cárcel de Rikers les escribí una larga carta de disculpa expresándoles mi deseo de hacer las paces con ellos en cuanto saliese de prisión. No me sirvió de nada. Mi padre siempre había dejado que fuese mi

madre la que respondiese las cartas —durante mis años en el seminario y en la universidad, nunca respondió a ninguna de las cartas que yo, muy responsablemente, enviaba a casa con regularidad —, sin embargo, en esa ocasión quebrantó sus propias normas y me respondió con una nota sucinta escrita a mano, dejando bien claro que tanto mi madre como él ya no me veían como su hijo y no querían volver a saber nada de mí.

No podía culparles, pero el carácter definitivo en el tono de la carta de mi padre todavía me dolía a aquellas alturas, de ahí que no hubiese hecho ningún otro intento por contactar con ellos durante los cuatro años previos a mi boda con Kathy.

A pesar de todo, cuando ese año llegó la Navidad, Kathy insistió en enviarle a mis padres una postal y unas cuantas fotos de nuestra boda con la esperanza de que hubiese pasado tiempo suficiente para ablandar sus corazones en relación a su hijo. Kathy siempre se mostraba optimista.

A pesar de que mis padres no respondieron, nunca le estaré lo bastante agradecido a Kathy por haberme convencido para hacerlo porque, tres años más tarde, cuando mi tía Mary estaba cuidando de mi madre en sus últimos días, encontró aquella vieja tarjeta navideña y utilizó la dirección del remitente que había en el sobre para contactar conmigo y darme la terrible noticia de que mi madre había muerto. Mi padre, al parecer, había muerto cuatro años antes debido a un cáncer de próstata. Es decir, mi padre murió el mismo verano en que conocí a Kathy; pero de todo ello me enteré tras la muerte de mi madre.

Gracias a Dios pude apoyarme en Kathy, porque de no haber sido así probablemente me habría dado a la botella y no habría vuelto a soltarla nunca más. Kathy dio lo mejor de sí para aliviar mi dolor indicando que mi madre debía de haberme querido hasta el último momento pues había guardado la tarjeta y no la había tirado a la basura. Y mi tía Mary, la mayor de las hermanas de mi madre, me dijo lo mismo cuando la llamé aquella noche. Así pues, obtuve un mínimo consuelo en el hecho de haber seguido el consejo de Kathy llevando a cabo un último intento de reconciliación con mis padres.

En los meses posteriores a aquella terrible noticia, pasé mucho tiempo pescando en el río Yellowstone, en la soledad del cañón Yankee Jim, intentando dejar a un lado la pena y el sentimiento de culpa por no haber llegado a ser un mejor hijo. Finalmente, hice las paces con aquello que no tenía modo de cambiar, aunque no podía librarme de la sensación de sentirme un fracasado; a pesar de todos los pasos positivos que había ido dando desde que me instalé en Yellowstone. Esa grieta en mi autoestima era lo bastante ancha como para permitir que el viento idiota se colase por ella en forma de silbido. En cualquier momento podía verme sumido otra vez en la confusión. Y en ese proceso arrastraba conmigo a Kathy, aunque no tuviese ninguna responsabilidad en ello.

Había dejado mi trabajo en el hotel Mammoth para convertirme en el encargado del Blue Goose Saloon, un empleo con un sueldo más elevado. En aquel local, como en la mayoría de los bares de Montana, una buena parte de los ingresos mensuales provenían de las monedas que dejaban los clientes en la chillona hilera de máquinas tragaperras colocadas estratégicamente

junto a la puerta principal. Yo jamás había sentido la tentación de malgastar mi tiempo o mi dinero jugando a las tragaperras; cuando me apetecía gastar una moneda lo hacía en la mesa de billar. Pero el año posterior a saber que mis padres habían muerto empecé a gastar obsesivamente el dinero de las propinas en las máquinas Keno, buscando el típico subidón que todo jugador persigue: el golpe de adrenalina ante la posibilidad de llevarte el bote, algo que durante unos minutos te hace olvidar que sigues siendo un fracasado que se está dejando llevar por una adicción destructiva. No tardé en convertirme en un adicto a las máquinas Keno como lo había sido a la cocaína. No le dije nada a Kathy y fui acumulando tanta deuda en las tarjetas de crédito, miles de dólares que se fueron por un agujero negro, que al final mi sentido de culpa me obligó a confesar la estúpida locura que había cometido.

Para empeorar las cosas, también alteré los libros de contabilidad del Blue Goose y me apropié de dinero del bar para mantener mi adicción, lo que me habría llevado directo a la cárcel si el dueño del Goose no se hubiese apiadado de mí ofreciéndome la oportunidad de evitar los cargos criminales devolviendo mi deuda a plazos durante los siguientes veinticuatro meses.

Para mí fue un alivio acabar confesando un secreto que venía manteniendo desde hacía meses, corroído por la culpa. Sin embargo, para Kathy no supuso alivio alguno. Mi revelación la tomó por sorpresa y le hizo mucho daño; no solo por sentir traicionada su confianza sino también por haber causado un daño irreparable a su inmaculada solvencia crediticia. Temí que quisiese librarse de mí de inmediato y que pidiese el divorcio. Y no habría podido culparla en caso de haberlo hecho. Puse todo su mundo patas arriba. Pero divorciarse de mí no la habría librado de las deudas que yo había contraído a su cuenta, así que decidió seguir a mi lado y, a regañadientes, aceptó afrontar juntos el único plan que se me ocurrió para lograr que volviésemos a ser solventes en el menor tiempo posible: mudarnos a Las Vegas. Podría entenderse como una propuesta de lo más extravagante, tratándose de un jugador compulsivo, pero tanto a nivel logístico como financiero tenía todo el sentido del mundo. Mi buen amigo Greg Hahn —el antiguo chef de repostería en el Mammoth, padrino de nuestra boda— se había instalado recientemente en Las Vegas con su esposa Mary y ambos nos habían instado a que hiciésemos lo mismo. Greg ocupaba un puesto muy bien remunerado en la pastelería del hotel Stardust y, según sus propias palabras, el salario de los jefes de cocina de Las Vegas doblaba el que estaba ganando en Montana, así que mudarnos al desierto parecía ser la mejor solución posible a mi problema.

Gracias a la generosa ayuda de Greg y Mary, nos instalamos en Las Vegas a principios de 1996. La ciudad estaba en auge en ese momento y había mucha oferta laboral para jefes de cocina experimentados, así como para encargados de las reservas. Kathy encontró trabajo en la falsa pirámide del Luxor, en el centro del Strip, y a mí me contrataron como cocinero jefe en el Stockyard, el lujoso restaurante especializado en carne y marisco recién abierto en el Texas Station Casino, la última aventura empresarial de la familia Fertitta, en el extremo norte de la ciudad. Era un trabajo que conllevaba una gran presión y me obligaba a pasar sesenta horas semanales en la cocina, pero el salario era alto y las bonificaciones cuatrimestrales nos

permitieron saldar las deudas a un ritmo constante. Por fortuna, durante los dos años en la capital del juego de Estados Unidos, la dura lección que aprendí en el Blue Goose me mantuvo alejado de la tentación de echar una sola moneda en las máquinas tragaperras. Salí de allí indemne —y solvente de nuevo— cuando finalmente regresamos a Montana en la primavera de 1998.

Durante un par de años resultó agradable mantenerse alejado de las nieves y las temperaturas bajo cero de los seis meses de invierno, pero cuando saldé mi deuda con el Blue Goose estaba deseando volver a las Rocosas. Otro de nuestros viejos amigos del parque Yellowstone, Paul Mineau, fue a visitarnos a Las Vegas y me ofreció un puesto como jefe de *catering* en la Montana State University en Bozeman, y utilicé todo mi poder de persuasión para convencer a Kathy de que regresásemos al norte.

Me costó mucho convencerla. ¿Podría haber sido de otro modo? Ya la había apartado de un trabajo que le encantaba en Yellowstone y ahora volvía a pedirle que dejase un buen empleo en el Luxor y volviese a apostar por un estado, Montana, en el que los sueldos eran bajos, donde, por lo demás y al contrario de lo que sucedía conmigo, no tenía ninguna oferta laboral esperándola. Pero en última instancia, persistente en el error, Kathy aceptó darle una oportunidad a mi propuesta. Yo estaba entrando en la cincuentena en aquel entonces y ella sabía que necesitaba desesperadamente la pensión de jubilación que conllevaría un trabajo en la Michigan State University, así que me permitió aceptar la oferta de Paul. (En la actualidad, cada nuevo cheque de la pensión me recuerda lo agradecido que le estoy por aquel sacrificio.)

En Bozeman nos compramos una caravana que estaba instalada en un parque de casas rodantes junto al río Gallatin, a tan solo dos solares de distancia de la caravana en la que vivió Richard Brautigan dos décadas antes, cuando estaba librando su propia cruzada —que finalmente perdió de manera trágica— con el viento idiota. Por fortuna, mi estancia en Gallatin fue más terapéutica y nunca volví a verme inmerso en ningún otro proceso autodestructivo; ni siquiera cuando, cuatro años más tarde, Kathy me anunció su decisión de dejarme para irse a vivir al parque Yellowstone como mujer soltera.

Como es lógico, después de catorce años juntos, lamenté su marcha, pero entendí su necesidad de vivir la vida sin mí. Tenía treinta y ocho años en aquel entonces, la misma edad que tenía yo cuando me eché a la carretera en busca de un futuro lejos de Nueva York, así que entendía perfectamente su necesidad de cambiar. La ayudé con la mudanza a Gardiner y me despedí de ella entre lágrimas. Sin embargo, nunca me sentí traicionado por su decisión; a día de hoy seguimos siendo buenos amigos.

Una de las ventajas de trabajar en la MSU fue tener acceso al sistema de correo electrónico de la universidad. Al verme solo de nuevo empecé a mantener contacto regular con un antiguo colega de Bay Ridge con el que trabajé en Harcourt Brace Jovanovich durante mis primeros años en el mundo editorial. Gerry era el más antiguo de mis amigos y a lo largo de los años se había labrado una sólida reputación como editor literario, ganándose el respeto de toda una serie de ilustres escritores, entre los que se encontraban Don DeLillo y David Foster Wallace. Gerry y yo

habíamos perdido el contacto desde que salí de Nueva York, pero tras una serie de pesquisas en Internet logró dar conmigo en Las Vegas, poco antes de que regresásemos a Montana. Me encantó recibir su inesperada carta pidiéndome que le pusiese al día de mi vida. Pasé la siguiente semana escribiendo una carta de veinte páginas que resumía a grandes rasgos mi viaje de cuatro meses hasta Yellowstone.

Tras leer la carta, Gerry empezó una campaña, que acabaría durando años, para convencerme de que convirtiese dicha carta en un libro. Durante mucho tiempo me resistí a seguir su consejo. Todavía estaba convencido de que podía escribir una novela y me daba la impresión de que escribir mis memorias antes de publicar algo de ficción era traicionar mis sueños de juventud (aunque sospecho que la principal razón para negarme a hacerlo fue mi reticencia a volver a mantener relación con el hombre con el que estaba cuando el viento idiota me obligó a marcharme de Nueva York). Sin embargo, cuando Kathy se mudó a Yellowstone, empecé a pasar mis solitarias noches en la caravana trabajando en las memorias que Gerry me había animado a escribir y, a lo largo de los siguientes años, fui enviándole capítulos esporádicos a Nueva York para que Gerry pudiese leerlos.

A pesar de que el entusiasmo de Gerry por el proyecto no decaía, a mitad de camino de la primera versión de estas memorias me sentí muy desanimado porque me veía incapaz de encontrar la voz adecuada para la historia que estaba intentando contar, y mi insatisfacción me llevó a la conclusión de que Gerry se había equivocado depositando su fe en mí. Así pues, guardé las cien páginas del borrador de mis memorias junto al resto de manuscritos que había dejado a medio acabar a lo largo de los años y allí languideció durante casi una década.

Después de divorciarme de Kathy empecé a ir a Long Island cada verano para visitar a mis dos hermanos menores. Con cada visita aumentaba mi preocupación por el evidente declive de su salud. El menor de mis hermanos, Kevin, que heredó la casa de mis padres, iba en silla de ruedas desde principios de los años setenta como resultado de la lesión en la columna que había sufrido a causa de un accidente de coche durante la adolescencia. Mi hermano Steve, el segundo hijo de nuestra familia, fue la única persona que cuidó de Kevin tras la muerte de mis padres. También tenía sus propias dolencias con las que lidiar. Además, el estrés que suponía cuidar solo de Kevin era más de lo que se veía capaz de soportar. Así que en cuanto me asignaron una pensión y pude beneficiarme de la Seguridad Social, solicité la jubilación anticipada, vendí mi caravana y me trasladé a la vieja casa de mis padres en Lindenhurst para ayudar a mis hermanos en todo lo que pudiese.

Mi ayuda llegó justo en el momento adecuado. Solo dos semanas después de mi llegada desde Montana, el huracán *Sandy* golpeó Long Island y convirtió el jardín delantero de la casa de mis hermanos en un amasijo de ramas de arce derribadas por el viento. Eso nos mantuvo a Steve y a mí ocupados con las motosierras durante el resto del otoño. «Por Dios, Steve —bromeaba—, de haber querido convertirme en leñador, ¡me habría quedado en Montana!»

Durante los tres siguientes años, los tres compartimos muchos buenos momentos y muchas

risas. Me lo habría perdido de haberme quedado en Montana. Pero el reencuentro con mis hermanos fue demasiado breve. En el verano de 2015, a ambos les diagnosticaron cáncer terminal —Steve de pulmón y Kevin de hígado— y pasé la mayoría de las noches de junio y julio despierto junto a sus camas en el hospital Good Samaritan. Murieron en la misma semana, con tan solo cuatro días de diferencia. Supongo que, en cierto sentido, también eso fue una bendición. Tras todos los años que pasaron juntos, lo más apropiado parecía ser que ese vínculo fraternal no lo rompiese... ni siquiera la muerte.

Los meses posteriores a la muerte de mis hermanos me consolé pensando que había hecho por ellos todo cuanto había estado en mis manos. También me reconfortaba pensar que Kevin y Steve le harían saber a mis padres que había estado a su lado cuando fue necesario y que, en última instancia, había demostrado ser fiel a la familia. Aun así, echaba mucho de menos a mis hermanos. Cuando algún ruido me despertaba a media noche, durante unos segundos pensaba que se trataba de alguno de mis hermanos yendo de aquí para allá. Después me echaba a llorar pensando que jamás volvería a oír algo así.

Los cuatro meses siguientes fueron muy oscuros para mí, pues entre otras cosas tenía que hacerme a la idea de que yo era el único superviviente de la familia. Por fortuna, Gerry y su esposa Susanne me animaron mucho cuando fui a visitarlos a mediados de septiembre y pude compartir todas mis penas con ellos durante una larga tarde en su terraza.

Eran las únicas personas cercanas que me quedaban en el mundo, así que cuando pude contarles mi historia me sentí más aliviado y esperanzado de lo que habría creído posible. Tan esperanzado, de hecho, que ni siquiera me avergoncé cuando Gerry lanzó la inevitable pregunta:

—Entonces, Peter ¿qué pasa con tus memorias?

—¿Sabes una cosa, Gerry? —le dije con una sonrisa—. Creo que tal vez ahora ya esté preparado para ponerme manos a la obra.

Esa misma tarde, cuando llegué a casa, saqué mis viejos diarios de viaje y empecé a imaginar la posible forma que tendrían dichas memorias. Decidí no intentar recuperar ninguno de los borradores anteriores y empezar de nuevo desde el principio para poder encontrar un estilo que me sonase más auténtico.

El Día de Acción de Gracias estaba ya preparado para sentarme frente al teclado y afrontar una última oportunidad. Para mi sorpresa, los capítulos empezaron a fluir a un ritmo bastante alentador. *El viento idiota* iba creciendo con el paso de los días.

Antes de darme cuenta, habían transcurrido diez meses. Me puse a gritar de júbilo cuando escribí la última página. Aquella alegre tarde —casi un año exacto después de la charla en la terraza de Gerry—, la historia que había acarreado conmigo durante veintinueve años finalmente salió a la luz. Sentado en la antigua casa de mis padres, el Hijo Pródigo por fin había regresado, y mientras me centraba en dar las gracias por todo, me vinieron a la memoria mis versos favoritos de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot:

Y el fin de todas nuestras búsquedas

*será llegar adonde comenzamos,
conocer el lugar por vez primera.*

O como lo habría expresado Neal Cassady: «Sigue adelante y tarde o temprano volverás a cruzar la línea».

Agradecimientos

Sin los ánimos ni el infatigable apoyo que recibí de Gerry Howard y Susanne Williams, jamás habría escrito este libro. Por esa razón (y por muchas otras), les dedico *El viento idiota* a ellos.

Quiero darle las gracias también a mi agente literario, David McCormick, que no dudó en apostar por un autor primerizo que ha tardado en florecer. Los consejos de edición de David han sido de un incalculable valor desde el principio y no tengo duda alguna de que las revisiones que él sugirió han desempeñado un papel relevante en el hecho de que, finalmente, el libro vaya a publicarse.

Fueron muchas las personas que ofrecieron su tiempo generosamente para leer los primeros borradores de *El viento idiota* y sé que estoy en deuda con todas ellas. Me gustaría darle las gracias de un modo especial a Don DeLillo, Walter Kirn, Donald Ray Pollock, Jay McInerney, Joel Rose, Paul Slovak, Emmanuelle Heurtebize y Sander VanVlerk por sus comentarios.

Mi agradecimiento también para Kathy Maravetz, John y Kathy Nappi, Jakob y Maria Hoyland, Andreas Nowara, Susan Dumois, Rebecca Cole, Greg y Mary Hahn, Paul Mineau, Brenda Biddy-Hoffman, Sandi Tansey, Richard Young, Greg Daskalogrigorakis, Patricia Davis, Kenneth Brown, Geoffrey Gerow, William Sharkey, Jeff Dahlman, Edward Kozelka, John Clemente, Bill Procaccini y, por último aunque no menos importante, mi «familia de pescadores» en Montauk, Nueva York, los Quaresimo: Capitán Jamie, Capitán Anthony, Capitán Tyler y «Almirante» Sharon.

Por último, quiero expresar mi agradecimiento, por el sobresaliente trabajo llevado a cabo, al increíble Jamie Byng y sus colegas de Canongate Books: mi editora, Hannah Knowles; John Gray, que diseñó la cubierta; Leila Cruickshank, Vicki Rutherford y Debs Warner, que realizaron las correcciones y pidieron los permisos; y Andrea Joyce y Jessica Neale, mis ángeles del departamento de derechos internacionales. ¡Gracias a todos y cada uno de ellos!

Peter Kaldheim

Estudió Literatura inglesa en la prestigiosa Universidad de Dartmouth y construyó una breve pero intensa carrera en el mundo editorial neoyorquino de los años setenta y ochenta del pasado siglo, hasta que su adicción a la cocaína lo llevó al infierno o, lo que es lo mismo, a la prisión de la Isla Rikers. Muchos kilómetros y años han pasado desde entonces y ahora se dedica sobre todo a pescar cerca de Montauk, en el extremo norte de Long Island. *El viento idiota* es su debut literario.

Sobre *El viento idiota*

Una mezcla ingeniosa y cálida entre *En el camino* de Jack Kerouac y *Sin blanca en París y Londres* de George Orwell.

THE TIMES

Treinta y tantos años más tarde, debemos estar agradecidos de que Peter haya conservado sus notas, porque son la base de estas convincentes y valientes memorias.

THE HERALD

Un debut impresionante.

BOOKSELLER

La voz, tan inteligente y transparente, así como la honestidad y la humildad que encontré en las memorias de Peter Kaldheim me atraparon desde la primera página y terminaron por hacerme desear que el libro nunca se acabara.

DONALD RAY POLLOCK

El viento idiota son unas memorias absolutamente convincentes: la historia de una vida desperdiciada y luego recuperada. A pesar de su inmoralidad, Kaldheim es un observador agudo y un gran narrador de historias: el relato de sus noches dedicadas a traficar con cocaína en el centro de Manhattan en los años ochenta es desgarrador e hilarante. Y las descripciones de sus posteriores peregrinaciones entre vagabundos son ricas en detalles polvorientos. Kaldheim canaliza a Orwell, Kerouac y Frederick Exley mientras cruza a trompicones Estados Unidos y encuentra su improbable camino a la redención.

JAY MCINERNEY

Notas

1. En español en el original. (*N. del t.*)

El viento idiota
Peter Kaldheim

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Idiot Wind*

© Peter Kaldheim, 2019
Publicado originalmente en inglés por Canongate Books
© por la traducción, Juan Trejo, 2020
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2020
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Extracto de Cuatro cuartetos. © T.S. Eliot, 1942. Renovado en 1970 por Esme Valerie Eliot. Editado por Alianza Editorial, 2017. © por la traducción, José Emilio Pacheco.

Extracto de On the Road. © Jack Kerouac, 1955, 1957.

Extracto de Night Freight. © Clyde Rice, 1987.

Algunos nombres, fechas, ubicaciones y características han sido modificadas para proteger la privacidad de las personas involucradas.

Diseño de la cubierta: Gray318
Foto de portada: iStock

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-9998-785-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



PETER KALDHEIM

EL VIENTO IDIOTA

«Una mezcla ingeniosa y cálida entre
Jack Kerouac y George Orwell»

THE TIMES

